

Giancarlo De Cataldo



ITALIA

COSA NOSTRA

Lectulandia

Otoño de 1992, año negro y convulso en una Italia sobrecogida por los homicidios de los jueces Falcone y Borsellino, y en el que la Cosa Nostra se ha alzado en armas. Ha caído el Muro de Berlín y el panorama político está agitado tras la revolución de *Mani pulite*: se debe ocupar el vacío de poder que ha dejado el viejo sistema de partidos y no se puede perder tiempo. Varios antihéroes y sus microhistorias se entrecruzan en la escena de este drama colectivo. Allí están los asesinatos de «u zu» Cosimo, el mafioso cínico, sin prejuicios y paciente que deambula por una Sicilia espectral, y Nicola Scialoja, que desempeña el papel de bisagra secreta entre Estado y crimen organizado. Con él trabajan el carabiniere Camporesi y la fascinante Patrizia, que juega a la dualidad y tiene una relación con Stalin Rossetti, quien a su vez estrecha lazos con Angelino Lo Mastro, un *capo* siciliano en ascenso.

Lectulandia

Giancarlo De Cataldo

Italia Cosa Nostra

ePub r1.0

dacordase 24.05.14

Título original: *Nelle mani giuste*
Giancarlo De Cataldo, 2007
Traducción: Jorge Rizzo
Retoque de cubierta: dacordase

Editor digital: dacordase
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Advertencia al lector

Esta novela no traiciona la historia, la interpreta representando acontecimientos reales bajo el signo de la metáfora.

La labor de reconstrucción se basa sobre todo en la lectura de actas judiciales, en conversaciones con protagonistas de la época de las matanzas y en profundas intuiciones de agudos observadores de las relaciones entre la mafia y la política, en particular de Francesco La Licata. A Maurizio Torrealta le debo mucho por su inestimable volumen *La trattativa*. En cuanto al «vocabulario» y al *modus operandi* de los mafiosos, me he basado, principalmente, en transcripciones de conversaciones interceptadas.

No obstante, salvo por las fuentes expresamente citadas, los personajes de esta novela son fruto de la fantasía; los nombres de empresas, instituciones, medios de comunicación y personajes políticos se emplean sólo con el fin de señalar ciertas figuras e imágenes, así como la esencia de los sueños colectivos que se formularon en torno a ellos.

Es la metáfora la que transforma en arquetipos literarios a las personas que pueden haber dado base a la inspiración del autor.

A los no pocos amigos que me han echado una mano con valiosas sugerencias y sinceras críticas, «gracias» desde lo más profundo de mi corazón.

En cuanto al coche bomba del Estadio Olímpico, la interpretación que da el libro se aparta de lo que se declaró en el proceso de Florencia, cuyo resultado lleva a pensar que el atentado falló por causas ajenas a la voluntad de sus instigadores intelectuales, y no debido a la situación que plantea la novela.

Por otra parte, siempre he pensado, como Tolstoi, que la historia sería algo bonito, sólo con que fuera cierta.

Y esto, en definitiva, no es más que una novela.

Prólogo

Campo de Caserta, verano de 1982

El hombre que tenían que eliminar se hacía llamar Sietecoronas. Seguro de sí mismo hasta la chulería, se escondía en un caserío en pleno territorio del clan de los Casalesi, por la parte de los infieles. Era protegido por una red de informadores que debían garantizarle la seguridad del escondrijo. Para su desgracia, uno de ellos, un canalla de Acerra, estaba desde hacía tiempo en la nómina de la Cadena. El Viejo le había asignado el trabajo a Stalin Rossetti.

—Pero ¿por qué? ¡Es cosa de ellos!

—Efectivamente. Su intervención se limitará a una simple cobertura. Si observa algo extraño, desaparezca inmediatamente.

De modo que ahí estaba Stalin, fumando, apoyado en el Land Rover escondido entre un grupo de pinos escuálidos, a cien metros de Via Domitiana y con vistas al caserío. En una tarde de *spaghetti-western*, en aquel campo de *spaghetti-western*, de macarras, zorras y pobres desgraciados que ninguna acción humana ni milagro divino alguno hubieran podido rescatar nunca de su irremisible banalidad de *spaghetti-western*. El camorrista encargado de la ejecución, Ciro 'o Russo, se había puesto en marcha un par de minutos antes. Era un tipo gordo que jadeaba y que enmascaraba una antigua peste a cebollas bajo litros de colonia de la marca «la-más-cara-que-tenga». Stalin fumaba y reflexionaba. Un asunto de camorra, pero también un asunto de Estado. Y como siempre, al final el juego sucio les tocaba a ellos. A la Cadena.

Ese Sietecoronas era uno de los sicarios de más confianza de don Raffaele Cutolo. Debía su nombre a las coronas que llevaba tatuadas sobre el hombro derecho en recuerdo de los enemigos asesinados: siete coronas, siete cabelleras. Pero no cabelleras cualesquiera, que de éstas no se preocupaba ni de llevar la cuenta. Cabelleras, por así decirlo, cualificadas. De jefes de zona hacia arriba, e incluso una de un alcalde obsesionado con la «legalidad». Un duro, uno que no bajaba la cresta, fiel hasta la muerte al jefe que le había dado educación, categoría, prestigio. En otras palabras, una esperanza. Poco más de un año antes, cuando las Brigadas Rojas habían secuestrado al diputado provincial Ciro Cirillo, y las altas esferas habían decidido que habrían hecho por Cirillo lo que anteriormente se habían negado a hacer por Aldo Moro —es decir, negociar con los secuestradores—, Cutolo había demostrado ser un magnífico aliado. Gracias a su mediación, Estado y terroristas habían alcanzado un acuerdo satisfactorio, y el rehén había sido liberado tras meses de cautiverio. Los camaradas combatientes habían obtenido algo de dinero para seguir invirtiendo en la

lucha por la liberación del pueblo de la opresión capitalista. A Cutolo le habían dado amplias garantías: mano libre contra los clanes rivales y un trato de favor en los concursos para adjudicar la reconstrucción de las tierras devastadas por el terremoto de noviembre de 1980. También le habían garantizado algo más. Una intervención decidida sobre su delicada situación judicial. Lo que no quedaba del todo claro era qué ataque de locura le había dado al jefe de la Nueva Camorra, organizada en el momento en que había dado vía libre a la operación. Porque sólo un loco podía hacerse ilusiones y creer que el Estado habría sacado realmente de la cárcel a un recluso condenado a siglos de prisión. Existen límites que nadie, ni siquiera el Viejo, se habría atrevido nunca a rebasar. El primero de ellos, el límite de la «conveniencia». Se había hecho ya demasiado por Cutolo, y el tal Cutolo, que pasaba por ser un jefe sabio y prudente, habría tenido que entenderlo. En cambio, una vez pasada la euforia por el éxito de la negociación, no sólo había demostrado estar a la altura de su fama de hombre de mundo, sino que había apuntado aún más alto. El reconocimiento de su semidiscapacidad mental no le bastaba. Cutolo quería la libertad. De su celda salían mensajes tan explícitos como inquietantes. Amenazaba con hacer revelaciones y con causar estragos. Aquello era inaceptable. Así pues, poco a poco, con discreción pero decididamente, se había permitido a los viejos clanes que levantaran la cabeza. El predominio militar de los de Cutolo había vuelto a ponerse en tela de juicio con una rápida e inteligente contraofensiva. Sus hombres iban cayendo inexorablemente. Y ahora le tocaba a Sietecoronas.

Stalin encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Pero ¿cuánto tiempo necesitaba ese Ciro 'o Russo? ¿Ya había entrado? Según el informador, el infame estaba solo y, por muy hábil que pudiera ser con las armas, con el factor sorpresa de su parte, no habría tenido tiempo de escapar.

Se oyó el eco de un disparo. «Bien, asunto zanjado», se dijo Stalin, que se preparó para volver a subir al Land Rover. Luego llegó el segundo disparo. Y el tercero. Y el grito. Stalin armó la pistola del calibre 22 y se puso a correr en zigzag hacia el edificio. Otro grito. La puerta estaba entreabierta. Stalin entró. Lo que vio no le gustó nada. El interior era inesperadamente lujoso: dos sofás, un pequeño televisor, alfombras, una vulgar acuarela con una marina y con el Vesubio al fondo. Stalin tuvo claro enseguida cómo estaban las cosas. El infame había pasado a mejor vida. Un agujero en medio de la frente. Pero el informador había sido impreciso. Había una mujer y un chico. La mujer se estaba muriendo. Aún joven, un poco entrada en carnes, emitía un leve quejido, sacudida por un temblor irrefrenable. El muchacho, al borde del desmayo, se frotaba la cabeza. Tendría trece o catorce años. Alto, delgado, moreno. Ciro 'o Russo soltaba exabruptos mientras intentaba arrancarse un pequeño cuchillo del muslo izquierdo. Sobre los pantalones de color caqui iba extendiéndose una gran mancha de sangre.

—¡Ese bastardo! *Accirile, Rosse', accirile e jamme!*^[1]

Stalin analizó fríamente la situación. 'O Russo había entrado y había fulminado a Sietecoronas. La presencia de la mujer y del muchacho le había pillado por sorpresa. Había disparado instintivamente a la mujer. El muchacho se le había echado encima y le había herido en un muslo. 'O Russo se lo había quitado de encima lanzándolo contra la pared. El muchacho había tenido valor.

—*Accirile*, mierda, he perdido la pistola, *accirile, chillu fetiente!*^[2]

El muchacho había conseguido por fin ponerse en pie. Trastabillaba y apenas conseguía encuadrar la escena. Ciro 'o Russo gritaba y perjuraba. Stalin recuperó el revólver del camorrista. La mujer había dejado de quejarse. Sus ojos, como platos, estaban fijos en el techo. Ojos verdes.

Stalin se acercó al muchacho y señaló a la mujer.

—¿Es tu madre?

El muchacho dijo que no con la cabeza.

—Pero ¿qué cojones estás esperando? ¡Dispara, idiota, y vámonos!

Stalin colocó el índice bajo la garganta del muchacho y le obligó a mirarle. Tenía los ojos azules. Ojos desesperados. Stalin Rossetti detestaba a los mártires y a los héroes. Pero sabía reconocer a primera vista a un luchador. Aquel muchacho merecía vivir.

Stalin le dio el revólver de Ciro 'o Russo.

El camorrista gritó e intentó echársele encima.

El muchacho disparó. Ciro 'o Russo se retorció sobre sí mismo, pero no cayó. El muchacho disparó de nuevo, una y otra vez. Cuando agotó el cargador, Stalin, con delicadeza, le quitó de las manos el arma, que ardía.

—¿Cómo te llamas?

—Pino. Pino Marino.

—Ven conmigo, Pino Marino.

El muchacho bajó la cabeza. Y se echó a llorar.

Diez años más tarde

Otoño de 1992

Cosas de la Cosa Nostra

Unos días después del asesinato de Salvo, aquel recaudador de impuestos, el tío Cosimo había tomado posesión de un bungalow a dos pasos del mar. Había elegido el lugar porque era seguro, ya que, según sostenía, el yodo es mano de santo a cierta edad. Oficialmente era otoño, aunque Sicilia aún no se había dado cuenta, y como siempre el sol abrasaba y cegaba campos y ciudades, a cristianos y animales. El tío Cosimo no bajaba nunca a la playa. Un eficaz sistema de enlaces le permitía disfrutar de rapidez en los desplazamientos y protección contra encuentros desagradables. De vez en cuando, algún subalterno de absoluta confianza le regalaba *cannoli*, los dulces que tanto le gustaban.

—*Mangia, mangia, figghiu*^[3]. Están hechos con la flor del requesón, el *di cavagna*... ¡Una cosa así no la encuentras en la península!

Ya. La península. Precisamente de allí venía, aquella tarde, Angelino Lo Mastro. Había sido el tío Cosimo en persona quien había convencido a los miembros más escépticos de la comisión provincial para llamarlo para la escabechina entre los peces gordos de Resuttana. En realidad no había ninguna necesidad de incomodar por una bagatela como aquélla al brillante muchacho, el incensurable enlace que llevaba la palabra de la Cosa Nostra a ciertos ambientes que se tenían por «respetables» (adjetivo que al tío Cosimo le provocaba furiosos accesos de tos). Pero cuando un par de miembros de la comisión habían señalado aquel evidente desperdicio de energía y de talento, el tío Cosimo los había despachado encogiéndose de hombros.

—¡El tío Totó dice que un poco de movimiento nunca va mal!

Es decir, que el que quería ver al joven en acción era Riina en persona. Y las órdenes de Riina no se discutían. La inclusión de Angelino en el comando había sido aprobada por unanimidad.

Hasta al propio Angelino le había quedado claro inmediatamente que se trataba de una prueba. Y también había sido inmediato su malestar al tener que inventar de pronto farragosas excusas para cancelar una serie de compromisos programados tiempo atrás. Un malestar que le había acompañado, con su persistente hedor a viejo y a marchito, durante todo lo que duró el viaje, durante los preparativos, durante el «hecho» y después. Un malestar que en aquel momento la presencia del viejo hacía insostenible.

La primera orden del tío Cosimo había sido enviarle a comprar una botella de agua mineral sin gas al cercano centro comercial La Vampa.

Hasta que no tuvo su botella el viejo no estuvo tranquilo.

Y ahora esperaba, paciente, el final del rito de la degustación del *cannolo*. Esperaba la explicación. El tío Cosimo nunca tenía prisa.

Angelino Lo Mastro tragó el último bocado y se aclaró la voz. El tío Cosimo no tenía prisa, pero detestaba las divagaciones innecesarias. Y oía poco de un oído.

Tras las sonadas ejecuciones de los jueces, se había creado cierta alarma a causa de los *tragediatori*, encargados de la difusión de la noticia. Como primera medida de urgencia, se había procedido a extraer ciertos cadáveres de la madre tierra y a darles digna y definitiva sepultura en el ácido. Para la tarea se había recurrido a unos muchachos de Belmonte Mezzagno. Habían hecho un buen trabajo. Los maderos hicieron después una inspección en la finca indicada por los *tragediatori* y no encontraron un carajo. A los muchachos se les dio una gratificación.

El tío Cosimo asintió.

La escabechina de los peces gordos de Resuttana había resultado más problemática de lo previsto. El encargado de la ejecución, Nino Fedele, no había estado a la altura de la misión. Así pues, Angelino había tenido que arreglarlo personalmente.

—¡Cuenta!

Cuando Nino Fedele y él habían ido a buscarlo, el jefe de zona no tenía motivo para sospechar nada. Angelino llevaba un mensaje de la comisión, tenían que hablar en un lugar seguro. En cuanto subieron al coche, Nino Fedele había sacado la cuerda y se la había pasado alrededor del cuello. Fue en aquel instante cuando Nino Fedele se transfiguró. Se le hincharon las venas del cuello y se le inyectaron los ojos en sangre; sudaba copiosamente. Un momento antes parecía normal, pero se había transformado en una especie de diablo. Había empezado a insultar a la víctima. Esputaba y ofendía a la madre y al padre de aquel desgraciado, a sus hermanos, a toda su gente. Mucha charla y cero resultados. El jefe pataleaba e intentaba agarrar la cuerda. De un codazo había roto en pedazos el deflector derecho. Cuanto más se hinchaba Nino Fedele, más se aflojaba el lazo.

—¿Y entonces?

—Entonces le he disparado justo aquí, en la nuca.

El tío Cosimo, los párpados pesados, los labios agitados con un temblor continuo, hizo un ademán para que continuara con el relato.

De pronto, al ver que su ex jefe se desplomaba, sin vida, Nino Fedele se deshinchó. Trasladaron el cadáver al maletero de otro coche, más seguro, y quemaron con gasolina el que habían usado para el asesinato. Después se dirigieron al bar de L'Albergheria^[4] y se lo entregaron todo a Vittorio Carugno, que ya estaba avisado y que se había encargado del ácido.

El tío Cosimo suspiró.

—¿Y Nino Fedele?

—Se llevó el reloj de oro, la cartera, el cinturón, la cadenita con la imagen de la Virgen, el nomeolvides y se fue...

El tío Cosimo sonrió.

—Tenías que haberle disparado también a él. A ese perro sarnoso lo hemos reclutado expresamente para este trabajo. Pero es un tipo sin estómago y sin cerebro. ¡Tenías que haberle disparado!

Angelino se quedó pálido. El tío Cosimo parecía haberse adormecido de pronto. Pero Angelino lo conocía muy bien. Había sido él quien lo había introducido en la familia. Él era quien había trazado su destino, tan diferente a la carrera habitual del típico *uomo d'onore*. Su mentor y su condena. El tío Cosimo estaba reflexionando. Tenía que decidir si había superado la prueba. Si los años en el norte le habían debilitado o si aún era digno de desempeñar un papel relevante en la Cosa Nostra. Si podían confiar totalmente en él. Por eso le habían hecho tomar parte en aquel estúpido homicidio de segunda categoría. ¡Y él no había estado a la altura de la misión!

Sin embargo, el tío Cosimo pensaba que, en el fondo, el pecado era venial, porque en cualquier caso el resultado entraba dentro de la «conveniencia». El objetivo se había conseguido. El muchacho había demostrado rapidez y sangre fría. La crítica le había dolido y le había metido miedo en el cuerpo. El muchacho respetaba las reglas. Aunque viviera a mil kilómetros, vistiera y fuera perfumado como un mariquita, y aunque quizás hasta se le hubiera olvidado el dialecto del campo..., el muchacho seguía siendo uno de los suyos.

Eso es lo que tenía que demostrar, y eso es lo que había demostrado.

El tío Cosimo abrió los ojos. Había deliberado.

—Está bien. Está hecho. A Nino Fedele lo mantenemos tranquilo un tiempo. Pero tú... ¿tienes algo más que decirme?

Antes de emitir su «no», Angelino Lo Mastro dudó. El tío Cosimo parecía penetrarlo con aquellos ojos suyos, acuosos y vacíos, que podían hacerse de pronto de hielo o de fuego. Angelino Lo Mastro bajó la mirada.

—Hazme un café —ordenó, seco, el viejo.

Vaya. Ni Angelino le había mirado directamente a los ojos. La sombra de la duda se estaba extendiendo, si ni siquiera uno como Angelino le miraba directamente a los ojos. El tío Cosimo se preparó el mensaje para todos los que ya no lo miraban a los ojos. Había habido que actuar contra el jefe de zona infiel porque el infame había extendido el rumor de que Provenzano, el tío Binnu, se había posicionado en contra de la Cosa Nostra. En principio no le habían dado importancia. Le habían dejado hablar, como si su voz no fuera más que un grito lejano traído por el viento de siroco. Además, ¿cuándo se ha visto que el Padre Eterno se ponga en contra de todos los

santos? Pero el infame se había mostrado indigno de tanta benevolencia. El infame había planteado dudas sobre las decisiones que se estaban tomando. El infame había osado declarar públicamente que se estaban tomando un camino sin salida; estaba en juego la propia supervivencia de la organización; el tío Totó y el tío Cosimo se habían puesto como locos. La situación se les escapaba de las manos. Y entonces fue cuando se desveló el juego del infame, que dejó claro que quería llevarse a su campo al tío Binnu. No existía, no podía existir ninguna desavenencia: era el infame quien intentaba crearla. ¿Y si alguien le hubiera seguido? ¿Y si la voz del viento se hubiera hecho coro? Por eso había habido que intervenir. El momento no admitía vacilaciones. Ésa era la versión oficial. La verdad era otra. Eran muchos los dubitativos y los perplejos. Si el tío Cosimo hubiera decidido hacer una lista, habría tenido que incluir por lo menos a una parte de los mejores cerebros de la Cosa Nostra. Un día haría esa lista. ¿Tendría que poner en lo alto de la lista a Angelino Lo Mastro, que para él era como un hijo? Se oían rumores desagradables. Historias distorsionadas. La duda, la duda... Donde hay dudas, hay inercia. Y donde hay inercia, hay muerte. Un cuerpo sin movimiento es muerte. Por eso había que acelerar el paso. Golpear ahora, cuando las heridas aún están abiertas y duele más.

Golpear, hasta que alguien dé la cara y diga: «Parad. Así no se llega a ningún lado. Parad y pongámonos de acuerdo. Como en los viejos tiempos».

Angelino Lo Mastro volvió de la cocina con dos tazas de café negro, como mandan los cánones.

El tío Cosimo le miró fijamente a los ojos.

—Quédate tranquilo. Quedaos todos tranquilos. La situación sigue siendo conveniente.

Esta vez Angelino le aguantó la mirada. El chico no estaba corrompido. Había que mostrarse clemente, con él y también con los otros, con los que ya estaban picados por la carcoma. El ejemplo del jefe de zona debía bastar. Se trataba únicamente de dar tiempo al tiempo. El tiempo habría creado la «conveniencia».

—Vuelve a Milán. Habla con Giulio Gioioso y dile que su amigo tiene que ponerse al día con los pagos. Y ya que nos ha hecho perder tiempo y dinero..., y que el tiempo es dinero..., dile que su amigo tiene que añadirle un pequeño presente...

—¿Cómo de pequeño?

—El 1,5 por ciento. Una cosa justa y conveniente... Y a propósito de conveniencia: ¿cuánto has pagado por el agua mineral?

—Doscientas liras.

—¡Entonces hay conveniencia!

El tío Cosimo torció el morro, sacudió la cabeza y resopló. Le explicó que cada día subía uno del supermercado a traerle seis botellas de agua mineral, y que le hacía pagar mil quinientas liras. De modo que aquel desgraciado le estaba sisando

trescientas liras diarias.

—Será por el servicio —observó Angelino, que empezaba a entenderlo.

—Pero no hicimos ningún trato. No, lo hace por «conveniencia». ¡Y si es así, me está sisando!

Y dado que estaba a punto de efectuarle la entrega del día —concluyó el tío Cosimo—, Angelino debía tener la cortesía de quedarse unos minutos con él. Así estaría presente cuando llegara el mozo del supermercado. Entonces el tío Cosimo le metería una bala en la boca, para que entendiera lo que son la educación y la ética en los negocios, y Angelino sería tan amable de ocuparse del traslado del cuerpo del marrano.

Angelino se dio cuenta, en aquel preciso instante, de que el tío Cosimo estaba completamente loco. Loco y viejo. Le vino a la mente la víctima elegida: Saro Basile, sesenta años, siete hijos, tres dientes, con una pierna renqueante. Empleado por piedad como mozo en el supermercado del centro comercial La Vampa. El tío Cosimo había perdido el contacto con la realidad... La Cosa Nostra estaba gobernada por una banda de locos. Viejos locos. No veían nada más que lo suyo, aunque el mundo tomara otros derroteros. Angelino Lo Mastro no tenía ninguna reserva moral con respecto a la violencia. El uso consciente de la violencia era una de las piedras de toque de la organización. La violencia servía para poner las cosas en orden, y era el modo más sencillo e inmediato para hacerse entender por los numerosos profetas del desorden. Pero en el destino del pobre cojo no tenía nada que ver la violencia. Era sólo cuestión de estupidez. ¡No, eso no! ¡La Cosa Nostra tenía que cambiar! ¡La Cosa Nostra tenía que adaptarse a los nuevos tiempos! Modernidad. Progreso. Si un día él, Angelino, y otros jóvenes como él, pudieran...

—¡Llega tarde! —murmuró el tío Cosimo—. ¡Ve a ver si llega, haz el favor, Angelino!

Angelino Lo Mastro habría querido aplastar a aquel viejo como un piojo. Pero no podía. Angelino Lo Mastro le tenía miedo.

Sin embargo, por otra parte, estaba aquel miserable, aquel padre de familia, aquel borrego que se dirigía hacia la más estúpida de las muertes mientras el tío Cosimo sonreía encantado, anticipándose a la acción.

Angelino Lo Mastro tuvo una idea.

—Pero ¿está seguro de que hay «conveniencia»? Quiero decir que éste es un refugio seguro, tendría que dejarlo...

La sonrisa en los labios del tío Cosimo se desvaneció. Sus ojos vagaron por la estancia, evitando posarse sobre Angelino.

Llamaron a la puerta. Angelino se quedó inmóvil. El tío Cosimo suspiró.

—Cógela. Dale mil doscientas liras y dile que a partir de mañana manden a otro.

Los huérfanos del Viejo

1

Por el *lungotevere*, ruido de fondo de tráfico. Un ocaso de plátanos acariciados por un moribundo viento de poniente. Desde la mesa que había sido del Viejo, Scialoja impartía instrucciones a Camporesi, el joven teniente de los *carabinieri* que había escogido como ayudante.

Marzo. Homicidio de Salvo Lima. El viejo equilibrio entre la política y la mafia había volado por los aires definitivamente. Falcone en mayo. Dos meses más tarde Borsellino. En medio, Scalfaro elegido presidente de la República. Y finalmente, en septiembre, homicidio de Salvo, el del fisco. El último de la lista. Al menos por el momento. La clase dirigente de la Primera República agonizante bajo el soplo impetuoso de Manos Limpias. Craxi se defiende como un león, pero su destino está marcado. Los poscomunistas se prueban el traje de los domingos, impacientes por irrumpir en la sala de los botones. La obligación de permanecer en el centro ha desaparecido con la caída del Muro de Berlín. Los pactos de una vida se han disuelto a golpe de Semtex-4. Todos contra todos. Absoluta libertad de acción para todos. Gran caos bajo el cielo, un momento excelente para hombres hábiles y sin prejuicios. Y antes o después acaba por volver el equilibrio. Pero ¿cuál? En el Estado, preocupación extendida por los círculos económicos y financieros. Ninguna garantía de rendimiento futuro. Posibilidad de que aparezcan coaliciones inconvenientes, cerebros peligrosos. Encapuchados latentes. Católicos vacilantes entre la derecha y la izquierda. El propio Papa, perplejo ante el enorme vacío abierto con la caída del comunismo. La mafia, una fuerza en juego. Tras Borsellino, el Ros había abierto un canal con la Cosa Nostra. Intermediario: Vito Ciancimino, ex alcalde de Palermo, hombre relacionado con los corleoneses de Riina. Actualmente en arresto domiciliario y con una dura condena. Ciancimino se había mostrado insospechadamente posibilista. No todos en la Cosa Nostra eran partidarios de aquella deriva sanguinaria. El Ros apuntaba a la rendición incondicional de los perseguidos. Riina quería algo, pero nadie sabía aún qué. Hechos conocidos para un círculo de personas bien informadas. Excluidos los magistrados: en su caso se imponía, desde siempre, la consigna del silencio. ¿El objeto de la apuesta? Para algunos el poder; para otros, simplemente, la supervivencia. La mafia, una potencia en juego. Los atentados, su mercancía.

En su opinión, había sido claro y convincente. Camporesi mostraba una expresión de pasmo.

—¿Me he explicado, teniente?

—A decir verdad...

—¿Quiere que sea más explícito? Bueno. Tenemos que tratar con la mafia. ¿Ahora lo ha entendido?

—¿Tratar con la mafia? Pero ¿nos hemos vuelto locos? ¡Es inmoral!

Scialoja no sabía si ponerse a gritar o a reír ante aquel tono de virgen ultrajada: «¡Por Dios, muchacho! Pero ¿de verdad me quieres hacer creer que no has oído hablar nunca del papel de la camorra y de la *Onorata Società* en la Expedición de los Mil^[5]? ¿Entre la judicatura de los primeros tiempos de la República? ¿En el desembarco de los ingleses y de los norteamericanos en el 43? Pero ¿por qué no les dejas esas tonterías a los historiadores revisionistas?».

—No es cuestión de moral. Le he dado una orden. ¡Cúmplala!

Por otra parte, una reacción indignada era lo mínimo que se podía esperar de alguien que tenía sobre el escritorio la foto histórica de los jueces Falcone y Borsellino. En cualquier caso, lo sorprendente del asunto era otra cosa: ¿era posible que aún existieran italianos tan devotos de una interpretación del Estado que éste sería el primero en juzgar cuando menos contraproducente? ¿Camporesi era un ingenuo idealista o un hábil farsante?

Lo único que podían hacer era esperar a ver cómo se desarrollaba el asunto. En ciertos casos, sólo la muerte hace justicia de verdad. ¿No se había insinuado que Falcone se había organizado un falso atentado para conseguir fama y prestigio? ¿No se los definía con desprecio, a él y a Borsellino, como los profesionales de la Antimafia?

Falcone, Falcone... Borsellino, Borsellino... Los héroes... Los modelos... Los iconos de referencia del «italiano como Dios manda». Como no será nunca...

Scialoja había conocido a Falcone en enero. Una cena organizada para ponerlos en contacto. Un restaurante napolitano. Folclore y, para comer, *casatiello* y capón cocido. Una escolta discreta. Un conocido *chansonnier* que, con las persianas bajadas, echaba mano a la guitarra. Los colegas que se hacían ver. La eterna combinación, tan italiana, de exhibicionismo y tragedia. Quince años antes, cuando aún era un joven policía idealista, se había dirigido a Falcone en relación con una información delicada.

La respuesta había llegado dos semanas más tarde. En aquella segunda reunión se rieron recordando el episodio: en esencia, el juez lo había sometido a un examen antimafia. Pero cuando, en el momento de la despedida, le pidió a Falcone si habría aprobado de nuevo aquel examen, el otro le traspasó con su sonrisa leve, errabunda. Y no respondió. Se habían dicho todo, en aquel precioso instante. Le había bastado conocerlo por encima para comprender que aquel hombre daba miedo. Que la mafia haría cualquier cosa para eliminarlo. Por eso para él las cosas estaban claras desde

hacía bastante tiempo. Al menos en líneas generales. Fuera lo que fuera lo que se cocía, personas como Falcone y Borsellino eran demasiado peligrosas para algunos.

—Intente no perder el sueño, Camporesi. Mañana le daré algún nombre en el que trabajar.

2

Más tarde, Scialoja llegó a un anónimo barracón industrial en Pavona, a las afueras de Roma. Aparcó el Thema azul en el centro de una inmensa plaza, a oscuras, bajó del coche con los brazos abiertos y dio una voz para identificarse.

—Soy yo, Rocco.

De algún lado, peligrosamente cerca, le respondió un gruñido sordo y un ladrido sofocado.

—¡Rocco, soy el *dottore*! —repitió, algo molesto.

—¡Tranquilo, *Rolf*! ¡Perdone, *dottore*, con esta oscuridad no le había reconocido!

—Tranquilo, no importa.

Los focos a los cuatro lados del aparcamiento llenaron todo de luz. El vigilante, con el fusil en bandolera, vino hacia él tirando del perro, un enorme rottweiler con collar de clavos.

—Pero podía haberme llamado por teléfono, ¿no?

—No se me ha ocurrido, Rocco. ¡Ve a darte una vuelta!

—¿Y el perro?

—Llévatelo.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Déjate caer dentro de una horita.

—Como quiera. Y... *dottor* Scialoja...

—¿Qué hay, Rocco?

—Es la primera vez que viene sin el Viejo...

—¿Y qué?

—Nada, nada...

—Lo echas de menos, ¿no?

—Ahora usted es el jefe.

Lo vio alejarse en la oscuridad. Iría a apostarse en algún otro lugar, donde pudiera tener a la vista el Thema, el barracón y a cualquiera que quisiera acercarse; a menos que fuera él mismo, Scialoja, quien le ordenara que dejara pasar al desconocido.

Rocco Lepore era otra invención del Viejo. Un bandido calabrés que se había manchado las manos de sangre en el infame invierno del 44 combatiendo con un

batallón de SS ucranianos. El Viejo le había salvado de la furia de sus compañeros partisanos. Desde entonces la vida de Rocco había pertenecido al Viejo. Y desde la muerte de éste, aquella vida pertenecía a Scialoja.

Rocco Lepore. El guardián de los archivos.

Scialoja entró en el barracón y encendió todas las luces.

Los camiones estaban aparcados en dos filas. Vehículos propiedad de una empresa de transportes que no tenía nada que transportar. Diligentes conductores los trasladaban de un punto de Italia a otro siguiendo un ritual meticulosamente organizado, redactando hojas de ruta para mercancías inexistentes. Unos empleados soñolientos las catalogaban en archivadores y en unos registros que fornidos obreros volcaban periódicamente en el remojadero de una fábrica de papel.

El Viejo, una vez más el Viejo.

Scialoja rondó por entre los vehículos y se dirigió al fondo del barracón.

Dos antiguos AC-70, camiones de maniobras del Ejército en desuso desde años atrás, languidecían cubiertos de óxido contra una pared sucia de grasa.

«Le presento a Ciccio Uno y Ciccio Dos», y lo que pretendía ser una sonrisa sarcástica en la boca del Viejo, demacrada y contraída por el ictus, tomó la forma de un estertor casi penoso.

Scialoja se colocó en la parte trasera del Ciccio Uno, levantó la cubierta, subió con un movimiento ágil y, cuando estuvo dentro, encendió un interruptor.

Estaba en el archivo del Viejo.

Los documentos dormían su sueño indiferente en las cajas de cinc marcadas con una numeración progresiva.

La clave de la numeración estaba en la agenda del Viejo.

La agenda que ahora le pertenecía a él.

Durante años, la Italia que cuenta se había preguntado dónde demonios escondía el Viejo su archivo.

Durante años, los don Nadie que se creían dueños del mundo, y que el Viejo hacía saltar a su antojo como castañas en una lata perforada, habían invertido ingentes sumas de dinero en la búsqueda de la sede.

En 1975, en un trastero de la Via Appia, se habían encontrado «casualmente» unos baúles con documentos que prometían sensacionales revelaciones.

Cuando aquellos documentos llegaron a quien correspondía, quedó claro que eran papel mojado. El Viejo tenía un notable sentido del humor.

Los documentos de verdad nunca se detenían. Viajaban continuamente de un lugar a otro, en la caja de los camiones de la empresa de un testaferro de confianza.

Archivo móvil. De lo demás se encargaba el Viejo, con su memoria prodigiosa.

El Viejo había empleado cuarenta años en recopilar aquel material. El núcleo original —le había explicado— provenía de dossiers y de informes de la OVRA, la

Policía política de Mussolini.

«Un cuerpo “extremadamente” eficiente», había añadido, con una mueca siniestra.

En su lenguaje significaba que, de algún modo, él había formado parte.

Pero, por otro lado, ¿qué es lo que no había sido el Viejo? Partisano con el nombre de batalla de «Arcángel» y miembro del Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia.

Joven funcionario del Ministerio del Interior.

Discípulo predilecto de James Jesus Angleton, en Langley, en la sección que — cuando la CIA se llamaba aún OSS— se ocupaba de las filtraciones rojas en las democracias occidentales.

Maduro funcionario del Ministerio del Interior.

Coleccionista de autómatas.

Los destinos del Viejo y de Scialoja se habían cruzado en la época en que Scialoja daba caza a una banda de criminales romanos. El Viejo los protegía o, mejor dicho, acordaba algunos favores a cambio de otros.

En su primer cara a cara, el Viejo se había presentado como «fiel servidor del Estado». Y había añadido: «Eso no quita para que yo sea, en definitiva, un hombre que no existe y que dirige un tráfico que no existe».

Scialoja había intentado arrestarlo.

El Viejo se las había arreglado para hacérselo pagar.

Scialoja había quedado hecho una escoria.

El Viejo lo había repescado. Y lo había nombrado su heredero.

Ahora Scialoja buscaba, en aquellos papeles, un nombre.

El Viejo había empleado cuarenta años en recopilar aquella inmensa masa de información.

Y dos meses para seleccionarla.

Ahora el archivo eran Ciccio Uno y Ciccio Dos.

—¿Es todo? ¿Aquí está todo? ¿Cuántas cajas serán? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta?

—Cincuenta y seis. No sé si verá el significado simbólico del número...

—¿El 56? ¿El final de la ilusión comunista? No me diga que usted hacía el doble juego...

—Doble, triple, cuádruple y más aún. Pero nunca ni más ni menos que lo estrictamente necesario.

—¿Y todo lo demás? ¿Dónde ha ido a parar? ¿A otros camiones? ¿A otros depósitos?

—¡Todo lo demás ya no existe!

Scialoja escrutó la agenda. La caja que buscaba era la número trece. Las carpetitas, meticulosamente etiquetadas, estaban en perfecto orden. Junto a las

cabeceras, a veces, aparecían anotaciones de puño y letra del Viejo.

El nombre estaba en la tercera carpetita: Angelino Lo Mastro. Scialoja registró mentalmente los detalles esenciales. El contacto tenía que realizarse lo antes posible. Volvió a archivar la carpetita. La investigación había ido más rápido de lo previsto.

—¿Necesita algo, *dottore*?

La voz de Rocco. Un golpe de tos de fumador empedernido. Un día, muy pronto, tendría que reemplazarlo. Ya se había encargado de ir transfiriendo material a un soporte informático. Ni siquiera durante aquellas largas tardes solitarias había conseguido memorizar las fichas. Hacerlas definitivamente suyas.

Pero no conseguía decidirse.

Aquel archivo de inmundicia le inspiraba un terror casi místico.

—Ya he acabado, Rocco.

Por el camino de regreso, se encontró bajo la casa de Patrizia. Las luces estaban encendidas. ¿Subir? ¿Ir a verla? Dos días antes se habían reído juntos de los viejos tiempos. Antiguos amantes sin pasión. Expertos navegantes de la existencia que ya no estaban dispuestos a dejarse engañar por la marea del sentimiento. Pero no había sido más que una amarga mascarada. Aún la quería. En el silencio que de noche cubría el elegante barrio de Parioli, le pareció percibir el débil eco de una risita sofocada. ¿Estaría con alguien? Patrizia le había hecho entender que tenía una relación con el Seco, el rey del blanqueo. Así que seguía lanzándose a los brazos de tipos de poca monta. Y a lo mejor a él lo tenía como uno más de ellos. Patrizia era su gran derrota. Las noches que iba con prostitutas de buen ver se le llenaban de recuerdos de ella, de su dolorosa ausencia. Y sin embargo, la había tratado con frialdad. Había decidido relegar la pasión, de una vez por todas, a un rincón de la memoria. Temía que, si se dejaba llevar, acabara por desmoronarse el muro que había levantado entre él y los demás. El muro que le garantizaba respeto, admiración, éxito.

Se puso en marcha, descontento consigo mismo. Pero no estaba preparado. Aún no.

Éxito y soledad, binomio inseparable. Igual que deseo y perdición.

3

Patrizia corrió la cortina rosa y se giró.

Vestido aún con chaqueta y corbata, sonrisa amable, indescifrable, Stalin Rossetti servía cuidadosamente el Pouilly Fumé. La langosta les esperaba entre los dos platos dispuestos sobre la larga mesa de la cocina Merloni.

—Vuelve a ponerla, por favor —le susurró.

Él dejó las copas, asintió y tocó unos botones del mando a distancia del difusor Bang & Olufsen. Las notas de *Wonderful tonight* llenaron la estancia. ¡Su canción! Eric Clapton que arrancaba a su guitarra unos lamentos que le sentaban bien al corazón. Patrizia no quería que Stalin Rossetti la viera turbada. En la calle había un coche azul parado con alguien dentro. Parecía como si mirara hacia su apartamento. Había estado a punto de gritarle: «Vete. Sal de mi momento mágico. No te pertenece. Es mío, este momento es sólo mío. Y no durará».

Mientras le servía el vino, Stalin Rossetti le preguntó si Scialoja la había buscado.

—No.

—¿Tengo que preocuparme? ¡Ya han pasado dos días!

—No funcionará.

—¿En qué sentido?

—He estado demasiado...

—¿Dura? ¿Inconstante?

—Frívola. El inconstante era él.

—Lo compensarás.

—Él está..., está cambiado. Es otro.

—Explícate mejor.

—Frío. Es más frío. Ya no reconozco su olor. Antes me bastaba con mirarlo para saber que se estaba excitando, antes...

—No ha sido más que el primer encuentro. Insistiremos. No te faltan recursos...

—A lo mejor yo ya no soy la de antes, Stalin.

—Tú sigues siendo Patrizia, no lo olvides.

—¡No funcionará!

Stalin le quitó la copa de las manos y la besó en el cuello.

—Confío en ti. No me decepciones.

Ella agachó la cabeza, con una sonrisa forzada. A Stalin no se le pasó por alto el leve escalofrío que le recorrió el cuerpo. Un escalofrío de placer, pero también de miedo.

—Tú sabes lo importante que es todo esto para nosotros...

Habría tenido que responderle: «No, no lo sé. Pero sé que cuando me dices que es importante para nosotros, estás mintiendo. Con ese tono amable tuyo, me estás engañando».

—Lo intentaré de nuevo —susurró ella.

—Ven aquí.

En el fondo no le importaba. No le importaba traicionar ni que la traicionaran. Ni utilizar ni que la utilizaran. Sólo le importaba el presente. Aquel presente, en su gran ático en Parioli, con la música, el vino francés y todo lo demás. El sueño al que había llegado abriéndose paso por caminos turbios y misteriosos. Su vida había sido como

un río de aguas sucias e insidiosas. Nunca había deseado a nadie realmente, oculta tras la pantalla de la pequeña Cinzia, a la que cualquiera podía comprar con dinero. No había deseado a Scialoja, con sus ambigüedades y su tempestuosa voluntad de poseerla. Ni tampoco al Dandi, aquel bandido callejero que le había prometido un paraíso. ¡Cuánto la había amado! A su modo, se entiende. Pero no era el modo acertado. Ella no había sido nunca de nadie. De nadie.

Sólo aquel hombre que pelaba con pericia la langosta mientras le obligaba a repetir por enésima vez la historia (los detalles, todos los detalles: «le he dicho que estaba con el Seco. ¿Y si se le ocurriera comprobarlo? ¡No lo hará, lo conozco! ¿Y si lo hiciera? Le diré que quería ponerle celoso. ¡Pero cómo se te ha ocurrido! Así, no había un motivo real... Ah, pequeña, pequeña, y él ha dicho que el negro me sienta bien, era un consejo suyo, al fin y al cabo, ¿de verdad? Entonces quiere decir que por lo menos una cosa en común sí que la tenemos, él y yo...»). Sólo aquel hombre.

Después de hacer el amor, Stalin se quedó abrazándola un buen rato. Patrizia sonreía. Una vez, una de las primeras veces, le había dicho que «adoraba» que la abrazaran después. Él se lo había tomado en serio. Había hecho de aquello un caso de honra. También le agradecía aquello: que, a veces, él también fuera un hombre como los demás.

Stalin se puso a roncar suavemente. Ella se liberó de su abrazo y se levantó de la cama. Rápidamente llegó a la salita. Su refugio. Encendió la luz. Los animales de peluche que tanto le gustaba coleccionar estaban allí, mirándola fijamente con sus ojos claros y vítreos. Tan parecidos, pensó, a los de él. Patrizia tuvo la impresión de que los peluches apartaban la mirada. ¿Desaprobaban su comportamiento? ¿Y qué importancia podía tener?

Había momentos en los que se sentía como una muñeca que hubiera caído en manos de un niño caprichoso. Ocurría cuando él estaba lejos. Días o semanas de soledad. ¡Era la libertad! Pero no había embriaguez en aquella libertad. No había pasión. No sabía qué hacer con aquella libertad. Se encerraba en casa. A la espera. Después él volvía, y le ofrecía una sonrisa como única explicación. Y todo volvía a empezar. Su cautiverio, su satisfacción. Stalin hablaba con frecuencia del futuro, de cuando las cosas volvieran al punto justo, de cuando recuperara lo que la traición y el engaño le habían arrebatado. Lo miraba, cómplice. Sabía que cuando Stalin obtuviera lo que deseaba, en aquel preciso momento todo se acabaría. Patrizia no creía en el futuro. El futuro sólo podía ser más horrible que el presente.

—Miradme —susurró, como desafiando a los peluches—, estoy aquí. ¡Soy el presente!

Se acercó a mamá leopardo, que vigilaba a sus cachorros con el ceño fruncido, y la apartó con delicadeza. Mamá leopardo custodiaba algo más. Custodiaba la fotografía de ella y de Stalin en Taveuni. En el fondo se entreveía el emblema del

Pacific Resort. Aquella foto le había costado cien dólares neozelandeses. Stalin detestaba que le fotografiaran. Si hubiera imaginado que el gordo indígena sonriente en realidad le estaba haciendo una foto disimuladamente, habría montado una escena. O a lo mejor se habría limitado a mirarlo con sus ojos de hielo y le habría pedido educadamente..., le habría «ordenado» educadamente que destruyera el negativo. Después ella habría sido castigada. Como se merecía.

Por detrás, ella había escrito: «Al comisario Scialoja-Bula, desde otra vida, Patrizia».

Había sentido la tentación de enviarla varias veces. Nunca lo había hecho. Era su vínculo con el hombre que le había dado un hombre. Su marido. Que había vuelto.

¿Y qué importaba si todo aquello tenía un precio?

¿No era acaso la vida un continuo intercambio?

¿Y ella no había conseguido a cambio más felicidad de la que se había atrevido a desear nunca?

Se lo debía. Y lo haría. Lo haría por él. Se impondría a la frialdad de Scialoja. Lo conseguiría.

Volvió a colocar la foto en su sitio, cogió uno de los cachorritos murmurándole palabras tranquilizadoras a la madre y se volvió a la cama.

Stalin notó que se le colocaba al lado, pero fingió que seguía durmiendo. Había momentos en que el aire tierno y sumiso de Patrizia le irritaba profundamente.

4

Scialoja apareció hacia las diez de la noche. Con una botella envuelta en cartoncillo rojo y un ramo de rosas del mismo color.

La llamada de Patrizia le había llegado en el momento álgido de una enardecida discusión con Camporesi. El motivo de la contienda: los detalles sobre el inminente encuentro con Angelino Lo Mastro. Camporesi había trazado un plan tan detallado que parecía ridículo.

—Piense que no tenemos que arrestarlo, sólo hablar con él, Camporesi.

—Sólo me he ocupado de los perfiles de seguridad..., ésa es mi misión, *dottore*.

—Anúlelo todo. Me ocuparé yo personalmente. Y le informaré en el momento oportuno.

—Permítame disentir...

—Permiso denegado.

Al reconocer el número de Patrizia en la pantalla, había sentido la tentación de rechazar la llamada. Pero no había sabido resistirse a aquella voz cálida suya, con un

punto de tristeza, la voz de Patrizia que le susurraba: «Ven, te echo de menos, tengo ganas de ti...».

Desde el interior de su todoterreno, Stalin Rossetti vio cómo se ajustaba el nudo de la corbata, vacilaba y por fin embocaba con paso incierto el portal. Entre la llamada y su llegada no había pasado ni una hora. Estaba colado como un colegial, el *dottorino* que le había robado la vida. Con un suspiro, encendió el motor. «Patrizia, mi vida, mi futuro están en tus manos. Y tú no me decepcionarás, lo sé, lo presiento. No puedo equivocarme. No debo equivocarme.»

¡Qué lástima no poder contárselo al Viejo! Por fin habría podido explicarle el concepto de «inversión afectiva». El Viejo habría respondido con algún comentario desagradable. El Viejo detestaba a los hombres y a las mujeres en igual medida. El Viejo detestaba todo lo que apestara a «factor humano». Enardecido, explicaba: «¡Está demostrado i-rre-fu-ta-ble-men-te que el factor humano, antes o después, asegura la perdición de todo el que cometa el fatal error de ceder ante él!».

El Viejo no podía comprender.

El Viejo no conocía a las mujeres.

El Viejo se negaba a conocer a las mujeres.

Las mujeres creen en un número limitado de sueños. Stalin Rossetti había descubierto algunos. Y en muchos casos se habría aprovechado de ello. Con Patrizia había funcionado.

«¿Conocéis alguna chica que nunca haya soñado con una boda polinesia? Pueden ser reinas. Pueden ser putas. No importa. El sueño es siempre el mismo.»

Él había cumplido su sueño.

Ella estaba encantada.

Ella le había entregado a Scialoja.

Él obtendría lo que le habían arrebatado tan innoblemente: el lugar que le correspondía en el mundo.

Demostraría a Scialoja que las guerras no las ganan los oficiales de medio pelo. Las guerras las gana la tropa. ¡Las guerras las gana la chusma!

Contactos y contratos

1

Artesanos, asesinos, arquitectos, azafatas, abuelas, antifascistas, anticomunistas, artistas. Bergantes, boyantes, boyardas y boyardos. Cambistas, cantantes, camareros, censores, cronistas, comunistas, confidentes y chivos expiatorios. Damas desmitificadas, damiselas divinizadas, directores dirigidos, divas dolientes, democristianos dispersos. Efebos, eunucos, escoltas, encubridores, ex comunistas, editores, estilistas, estiletes, extremistas y exportadores. Fascistas, facinerosos, filisteos y frailes fondones. Golfillas, gerentes, geriatras, geógrafos, gargantas profundas. Honestos, heteros, horteras, hugonotes y humillados. Ignorantes, iluminados, intrigantes, intelectuales, indispuestos. Libertinos, liantes, licenciados, lamentosos lloricones, licenciosas y lamentosas. Madamas, minotauros, miserables, monicacos, medievalistas. Narcisos, napolitanos y novelistas. Oráculos, obstaculizados, obscenos onanistas ofuscados. Prelados, primados, premiados, procuradores, poscomunistas, productores, posfascistas, padanos y padrinos. Quasimodos, querindongas y quebrantahuesos quitamiedos. Rebeldes, radicales, románticos y radicados. Sin techo, santeros, socialistas sobreactuados, súbditos soñadores, sobrealimentados y soberbios. Tahúres, *terroni*^[6], turineses, trogloditas. Undívagas universitarias, ultranacionalistas, utópicos uticenses. Vencedores, vejados, viticultores, vanagloriosos, vengadores y la Virgen santísima. Zorras zarrapastrosas, zoroástricos zurdos y zafios zaborreros.

Y, naturalmente, masones.

La casa del siglo XVIII donde vivía Trebbi, el director de cine.

Roma. La Gran Elite de Pacotilla.

Con la sonrisa fría y amable que se había convertido ya en su uniforme, Scialoja recibía el homenaje de los siervos que se creían poderosos y de poderosos con actitud de siervos.

Patrizia, elegantísima con su vestido negro minimalista que ponía en evidencia su largo cuello blanco y el óvalo eslavo de su rostro, lo observaba moverse por entre la multitud de los que le mendigaban con la habilidad de un experto comediante. Patrizia lo veía planear, socarrón e inalcanzable, por encima de susurros y frases ocurrentes pronunciadas demasiado en alto, por encima de los guiños esperanzados de las inevitables putas de altos vuelos, concediéndose a aquél por unos segundos, a aquélla negándole el beneficio de un mínimo gesto de atención... Cuando lo había dejado era un poli tímido y apasionado, y ahora se encontraba con un sofisticado

dominador. Scialoja había cambiado. El mundo entero se había rendido a sus pies. Y él lo gobernaba desapasionadamente, en voz baja, permitiéndose incluso soltar distraídamente una opinión despectiva, una condena sin posibilidad de apelación. Y sin embargo..., sin embargo a veces se detenía, como preso de una duda. Entonces miraba a su alrededor y buscaba la mirada de aprobación de Patrizia. Dependía de ella. El antiguo vínculo nunca se había roto. Rey de su mundo, pero, a su vez, devoto de su reina. «Stalin diría que lo tengo en un puño», pensó ella. Curiosamente, aquello no le producía ninguna excitación.

—Vengan. Les presento al señor de la casa..., por así decirlo...

Camporesi, con una torpe galantería, se ofrecía a guiar a Patrizia tras los pasos de su jefe, que se dirigía hacia un hombre alto, distinguido, sonriente. Una muralla humana se interpuso, en el último instante, entre Scialoja y su objetivo. Patrizia observó una serie de movimientos diversos: rostros que adoptaban unas muecas incomprensibles..., furiosos gestos tocándose el cuello del traje o las agujas de corbata..., dedos que se cruzaban.

—Creo que son saludos masónicos —susurró Camporesi.

—¿Ah, sí? No sabía que él fuera masón.

—Cuando lo son, nunca lo dicen.

—¿Y usted?

—No. No... Creo que no tengo la categoría suficiente, señora.

Y al decirlo se había puesto rojo. Patrizia reprimió una risita. Con ella siempre había demostrado una educación que rozaba la pedantería. El legado de la estirpe, sostenía Scialoja: Camporesi descendía de una antigua familia toscana.

Scialoja, mientras tanto, intentaba defenderse del afectuoso asalto de sus cofrades.

Había sido el Viejo quien lo había inscrito directamente en la poderosa logia Sirena. Una logia «reservada», obviamente.

—Deme las gracias. Le he ahorrado los capirotos y las espadas y le he llevado directamente a la esencia del poder —le había anunciado después, a cosa hecha.

—¿Qué es esto de la logia Sirena? ¿Una especie de *revival* de la P2^[7]?

Scialoja había visto cómo los pequeños y hundidos ojos del Viejo se iluminaban con una chispa divertida. Era la primera vez que lo veía de buen humor desde que sabía que tenía los días contados. Sería también la última.

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué llamaron a aquella maldita logia Propaganda 2? ¿No? Bueno, pues se lo explico yo, jovencito. Porque evidentemente, en algún lugar, debe existir una logia Propaganda 1...

—Y quizás en algún otro lugar, una Propaganda 3 ó 4 ó 5...

—No podría excluir la posibilidad...

No volvieron nunca más a tratar del tema. Por falta de tiempo —el Viejo se iría pocos días después— o quizá porque su tono de indiferencia le había sentado mal.

La noticia de la nueva afiliación se había extendido con extrema rapidez. Scialoja se había encontrado de pronto rodeado de cofrades, presa de un jubiloso asedio que a ratos amenazaba con sofocarlo. En su vida anterior, cuando era un simple poli lleno de ideales, nunca habría podido imaginar que en las altas esferas también tuvieran tantos. Una noche, en un salón especialmente atestado de encapuchados, se había divertido fingiendo sorpresa ante un apretón de manos ritual con el que se había presentado un cofrade. Éste, un oficial de los *carabinieri* en uniforme de gala, se había batido en retirada, temblando de la vergüenza, farfullando excusas incomprensibles. Cuando volvieron a verse, fue Scialoja el primero en saludarlo al estilo masón. El oficial había soltado un suspiro de alivio, e inmediatamente adoptó una aire de espabilado: «Aaah, ya entiendo, tú no querías que un tercero, que a lo mejor nos estaba observando en aquel momento, comprendiera que los dos, tú y yo...».

Scialoja lanzó a Patrizia una mirada implorante. Ella dejó atrás a Camporesi y se abrió camino hacia el anfitrión.

—Creo que necesita ayuda —le susurró, indicando a Scialoja.

Trebbi asintió. Dejó plantada a la pareja *agée* por la que hasta aquel momento había simulado el máximo interés, arremetió contra el grupito y, haciendo caso omiso de las protestas de los cofrades, cogió a Scialoja del brazo y lo arrastró hasta un terreno más seguro.

2

«También Trebbi, el director de cine, es una creación del Viejo», pensaba Scialoja, mientras éste se lo llevaba por la escalera interna hasta la buhardilla.

Trebbi. Un hombre alto y ceremonioso, de sonrisa amable, de aspecto *charmant*. El director Trebbi había dirigido una única película, diecisiete años atrás. De título pomposo y escenas arriesgadas. Creada con la intención de revolucionar el cine italiano. Elogios de algún crítico amigo, un paso rápido por algunos festivales periféricos. Rápidamente olvidado. El director Trebbi había pasado de *enfant gaté* con futuro a mosca cojonera. El director Trebbi había llenado diez estantes de guiones que nunca se producirían.

Sin embargo, el director Trebbi no había perdido el ánimo. Se había llevado a la cama a una noble madura de escasas gracias y en decadencia, pero que se había hecho cargo del contrato de alquiler de su elegante ático con vistas a la Piazza Navona. El director Trebbi lo cedía periódicamente para la grabación de producciones pornográficas semiclandestinas. El director Trebbi organizaba discretas

reuniones entre las estrellas de dichas producciones y de personalidades a la vista de la Gran Elite de Pacotilla. Al enterarse de aquella actividad, el Viejo había decidido ocuparse de él. El hombre era simpático y afable, un gran conversador. El hombre conocía vida, muerte y milagros de la Gran Elite de Pacotilla. El hombre podía resultarle útil.

Alabado fuera el Viejo. Alabada fuera su infinita y clarividente sabiduría.

El Viejo había fichado el ático. Trebbi sacaba un alquiler y un sueldo regular. Inscripción en la cuenta de salidas del registro de fondos reservados: recogida de datos. La misión de Trebbi: crear un salón. Suscitar discusiones. Estimular encuentros. Y, naturalmente, observar e informar, informar y observar. Tras un par de años de ensayos generales, el Viejo había hecho correr la voz. La fama del director Trebbi se había consolidado. El salón se había convertido en una feliz «cámara de compensación». Acudía a él todo el que tenía algo que comunicar a alguien, algo que vender a alguien. Acudía quien quería saber algo de alguien, quien quería comprarle algo a alguien. En el salón de Trebbi se respiraba el aire de libertad y soltura de un viejo zoco. En el reino de Trebbi, donde todos intentaban liar a todos, y todos eran perfectamente conscientes, dominaba la más absoluta e indefectible lealtad. A cambio del favor que le había concedido, el Viejo había puesto una única condición: que el director Trebbi renunciara para siempre a la idea de una segunda película.

—No es lo tuyo. ¡Es lo que hay!

El director Trebbi había respetado el pacto. Había vertido lágrimas de auténtico dolor sobre el catafalco del Viejo, y del campo santo se había dirigido inmediatamente a presentar sus respetos a Scialoja.

El director Trebbi abrió la puerta de la buhardilla y se retiró con una media reverencia.

Angelino Lo Mastro se dirigió al encuentro de Scialoja.

3

Al pasar a su lado, con Trebbi, Scialoja le había sonreído, agradecido. Pero en su mirada Patrizia había detectado los signos evidentes de una excitación cargada de inquietud. ¿Adónde se dirigía su pareja con tantas prisas, del bracito del anfitrión? La agradable velada no era más que una apariencia. Scialoja estaba «trabajando». No debía perderlo de vista. Pero Camporesi no se separaba de ella. Scialoja se la había confiado, y el teniente hacía todo lo que podía para cumplir la misión.

El aire a su alrededor estaba impregnado de los más refinados perfumes. Camareros en librea trazaban un eslabon entre montaditos, tartitas, gambitas, copitas y

bocaditos. Un bardo del librepensamiento lamentaba la desaparición del *risotto* espolvoreado con oro que en los viejos tiempos se servía en *chez Marchesi*, para los amigos sólo «Gualtiero». Un presentador de televisión evocaba, riendo, ridículas reprimendas recibidas por un director general en el ocaso de su carrera.

Patrizia rebuscó en el interior de su microscópico bolso. Se llevó a los labios un cigarrillo. El chasquido de una llama. Camporesi sostenía el encendedor, ruborizándose a ojos vista, y casi no se atrevía a mirarla a la cara. ¿Le resultaba antipática? ¿O eran los preliminares de un cortejo? Se preguntó si el jovencito estaría al corriente de su pasado. Hay hombres que no soportan encontrarse cara a cara con una ex prostituta. Otros que se sienten con el deber de probar. Ninguno se queda indiferente.

—¿Me haría el favor de ir a buscarme una copa, teniente?

Vio cómo salía disparado, como si hubiera recibido la orden decisiva en una batalla.

Todo aquello, en el fondo, le gustaba. Le gustaba la curiosidad de las miradas. Le gustaba la avidez famélica de ciertos señores que parecían querer decir: «sabemos lo suyo». ¿Habría algún antiguo cliente entre ellos? Mejor. Ella no lo reconocería. Y ellos ya no podían tenerla. Ya no era una Patrizia cualquiera. Le gustaba, le gustaba... que la tomaran por un apéndice del poderoso policía, por una pieza para exhibir. Ella también tenía un «trabajo» que llevar a cabo.

—¡Dom Pérignon!

Le dio las gracias a Camporesi con una sonrisa de las suyas. Otro sonrojo. «Está cortejándome, instintivamente», decidió. Y aquello también le gustaba. Se bebió la copa de un trago. El champán era excelente. Había tenido clientes de cierta categoría que le regalaban botellas caras. El Dandi las compraba a cajas. Una vez habían llenado el *jacuzzi* de champán. Él se había divertido de lo lindo, pobrecito. Scialoja y Trebbi habían atravesado una puertecita al fondo del salón. Patrizia le entregó su copa a Camporesi y le ordenó que la esperara.

4

Después de intercambiar el saludo masónico, Scialoja y Angelino Lo Mastro tomaron asiento en dos cómodas butacas y se sirvieron dos dedos de una botella de bourbon que, junto a una bandeja de dulces de la reputada pastelería Mondì, ocupaba la mesita estratégicamente dispuesta por el dueño de la casa.

Se sentaron, rígidos, escrutándose. Los dos esperaban que fuera el otro quien diera el primer paso.

Desde el piso inferior llegaba, a ratos, el eco de alguna risa estridente, el ruido de algún portazo.

Por fin, con un suspiro, Angelino dijo que la desaparición del Viejo era una pérdida irreparable.

—Sí —susurró Scialoja. Después, mirándolo fijamente a los ojos, añadió—: Pero, dado que, en su lugar, ahora estoy yo...

Angelino se relajó. Había salvado la cara. El poli era «experto». Se podía empezar a hablar en serio. Y dado que había sido el poli quien se había puesto al descubierto, le tocaba hablar a él.

—Me ha buscado. He venido, *dottor* Scialoja. Le escucho.

—Me han encargado que busque, con usted, una solución para detener esta... guerra...

—Nosotros sólo estamos defendiendo nuestra existencia, comisario.

—Pero ¿a qué precio? ¿La destrucción total? ¿Le parece... razonable?

—La razón no importa lo más mínimo, cuando es cuestión de vida o muerte.

—Digamos entonces: ¿le parece..., les parece que hay «conveniencia»?

Angelino apreció la matización y asintió. «Pero la sangre llama a la sangre, la sangre excava agujeros que no es fácil rellenar», observó. En el fondo, el Estado y la mafia eran instituciones que convivían desde la noche de los tiempos. Siempre había habido un pacto. Un pacto que no excluía acciones de guerra, aunque siempre con vistas a alcanzar un equilibrio que contuviera la guerra dentro de límites aceptables. Límites establecidos, por decirlo así. Ahora bien, la institución que él representaba se encontraba en unas circunstancias equivalentes a las de una empresa que denuncia un contrato excesivamente oneroso. Porque el otro contrayente no ha respetado las reglas, porque se han entrometido terceras partes en el juego, porque la historia lo ha querido así..., no tiene mayor importancia. Por todas aquellas razones, no podía decir que no estuviera de acuerdo, al menos en teoría, con Scialoja.

—Lo importante es que se redefinan los términos del acuerdo.

Un nuevo pacto. Y los ataques cesarían. Era imprescindible para el bien de ambas partes.

Scialoja sonreía. ¿Cómo habría reaccionado Camporesi si oyera definir a la mafia como una institución, y además al mismo nivel que el Estado? ¿Habría disparado al mafioso allí mismo, sin pensárselo? ¿Le habría desafiado a un duelo? ¿Le habría anunciado pomposamente que estaba detenido?

Angelino Lo Mastro se correspondía exactamente con el retrato que había hecho de él el Viejo. Un hombre de nuestro tiempo, había anotado el Viejo sobre la ficha, subrayando dos veces un explícito «por fin».

Era razonable, el joven mafioso. Razonable y lúcido. Uno siempre acaba descubriendo, en un momento dado, que los que llamamos «asesinos» o «terroristas»

no pertenecen al reino de la locura, sino a la democracia del raciocinio. Y la «conveniencia» es la vía de referencia para todos, tanto para «los nuestros» como para «los suyos».

Angelino Lo Mastro lo miraba fijamente, con un cigarrillo en un extremo de la boca. Antes de responder, Scialoja se tomó un poco de tiempo. Después intentó explicarle la situación desde el punto de vista de su «institución».

En los días previos al encuentro, Scialoja había seguido, por así decirlo, la ruta de las siete iglesias. A todos les había planteado una única pregunta: «¿Qué puedo ofrecerles?». En otras palabras: «¿Cuáles son los límites de mi poder?». Oficialmente, todos le repetían que con la mafia no se negocia, que el Estado no puede prometer nada. Oficialmente eran todos «camporesianos». En realidad, aparte de una exigua minoría de revolucionarios capitaneados por el senador Argenti, tanta dureza no era más que una fachada.

El problema radicaba todo en el poder. En aquel momento —le confió al mafioso con un tono sentido—, en Italia no existía un verdadero poder. En unos meses, un referéndum podía hacer que se pasara del sistema proporcional al mayoritario. Los viejos partidos, que los jueces ya habían puesto contra las cuerdas en Milán, podrían desaparecer. Iban a nacer nuevas coaliciones. En aquel caso, sería inevitable el recurso de las elecciones anticipadas. Sólo quien venciera esas elecciones podría garantizar un gobierno estable y seguro.

Mientras escuchaba al poli, Angelino Lo Mastro pensaba que, en el fondo, las instituciones que ambos representaban tenían más de un punto en común. Las dos, por ejemplo, se presentaban como monolíticas y bien sólidas. Y en cambio estaban quebradas por dentro. Las dos se jactaban de seguir una única dirección, de tener una capacidad de liderazgo que, en cambio, ya no poseían.

—Bonitas palabras, *dottore*. Pero yo, a los de allí abajo, ¿qué les cuento?

Scialoja estaba a punto de responder, pero en ese momento la puerta de la buhardilla se abrió. Los dos hombres se pusieron en pie de golpe. Scialoja vio que Angelino se llevaba una mano hacia el bolsillo de la chaqueta Armani, y se precipitó hacia el umbral. Maldita sea, se suponía que nadie tenía que interrumpirlos. Había sido clarísimo al respecto. ¿Dónde se había metido Trebbi? ¡Sólo faltaba que el mafioso pensara que era una trampa!

Sin embargo, la intrusa era Patrizia. Con aire distraído miraba en dirección a la penumbra de la sala, sin atreverse a adentrarse.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Te buscaba. ¡Has desaparecido!

—Espérame abajo. Estaré contigo dentro de unos minutos.

Volvió a cerrar la puerta a sus espaldas, con un rastro de sudor frío por la espalda. Angelino se había sentado de nuevo. Lo observaba sonriendo. Scialoja se dirigió a él

esforzándose por sonreír.

—Tiene que perdonarme. Una amiga.

—¿Muy amiga?

—Sí, muy amiga.

—¿Me permite que le felicite por la elección?

—Estoy acostumbrado.

Angelino registró la información. Intrusión involuntaria. La reacción en caliente del poli había sido demasiado sincera como para dudar de él. ¡Al *dottor* Scialoja, la elegante señorita que había entrevistado en el umbral de la puerta le hacía bullir la sangre!

Desde un punto de vista humano, le entendía perfectamente. Otra cosa era el perfil de seguridad. Cuando menos, era un descuido por parte del poli, aquello de mezclar el tálamo con la «conveniencia».

—No ha respondido a mi pregunta, comisario.

—Han hecho demasiado ruido. Cualquier acción sobre penas o sobre prisiones especiales..., y no hablemos de los procesos..., actualmente no lo aprobarían. La gente está demasiado cabreada con ustedes. Hace falta un poco de silencio.

—¿Y esperar a que nos liquiden uno a uno? ¡El silencio del que habla usted, para nosotros equivale al fin!

—¡Estoy hablando de una tregua, Lo Mastro! Cojamos aliento los dos. Bajen la cresta durante un tiempo..., un año..., quizá menos..., esperen a las elecciones... Después, poco a poco, se podrá empezar de nuevo a tejer la tela...

—¿Y ustedes a cambio qué ofrecen?

—Se podría empezar con alguna información discreta que los proteja de algunos investigadores demasiado celosos de su trabajo..., como decir: tal sitio ya no es seguro..., se está organizando algo en la zona X o Y... Todo para garantizar la tregua, podríamos...

—¡Una tregua! —le interrumpió Angelino—. Pero ¿a nosotros quién nos garantiza que los que ganen no serán peores que los de hoy... o los de ayer? ¿Quién nos lo garantiza, eh?

La cuestión de fondo —tuvo que aceptar Scialoja— estaba precisamente ahí. Todos los indicadores de opinión y los sondeos daban por segura la victoria de la izquierda. Y la izquierda hacía de la lucha contra la mafia una bandera. Pero la izquierda no era toda igual. No todos los hombres de la izquierda pensaban del mismo modo. La izquierda era garantista, por ejemplo. La izquierda tenía que demostrar que podía gobernar en paz un gran país..., así que sólo había una respuesta posible.

—Nadie. Nadie se lo puede garantizar. Sólo pueden confiar. ¡Confiar y esperar!

—Pero ¿confiar en quién?

—En mí.

Era el arriesgado final, y el único punto verdaderamente importante del coloquio. Angelino se levantó, sacudiendo la cabeza.

—Tengo que dar parte.

—Yo también. ¡Y eso —murmuró Scialoja, como si se tratase, para él, de una revelación— será porque en algo nos parecemos!

—¡Nosotros nunca nos pareceremos! —se le escapó al siciliano, con una risita que denotaba un punto cruel y hasta chabacano.

Lo que se correspondía con la segunda parte de la nota del Viejo. Hombre nuevo, Lo Mastro, pero... «en cualquier caso, mafioso». Y orgulloso de serlo.

Antes de despedirse, Scialoja le entregó a Lo Mastro un teléfono móvil «seguro».

—Es una línea protegida. A prueba de escuchas. Y no deja ningún rastro en los registros. Cuando tenga alguna novedad, llámeme.

Angelino se metió el aparato en el bolsillo con un gesto seco y desapareció. Rechazarlo habría sido de mala educación, teniendo en cuenta que se trataba de la oferta de un hombre que había formulado una propuesta razonable y con el cual podían llegar a establecerse nuevos contactos. Entre otras cosas, se lo había entregado educadamente, con un respeto que no merecía un desprecio. Por otra parte, no dejaba de ser un regalo de un poli, y por tanto un potencial caballo de Troya. Deshacerse de él habría sido lo sensato. Lo que le convenció, no obstante, a quedarse con el aparato, fue la «conveniencia» del hecho. En primer lugar, el poli parecía sincero. No porque fuera mejor ni diferente a cualquier otro poli, sino porque parecía desesperado. Si la Cosa Nostra estaba nerviosa, el Estado se estaba tirando de los pelos. Si no, ¿por qué se iban a dirigir a ellos? En segundo lugar, desde aquel momento, era él, Angelino, el único depositario del contacto. El interlocutor privilegiado. Y por tanto, también bajo el punto de vista de las relaciones internas de la organización, la conveniencia estaba garantizada.

Una vez resuelta la angustiada duda, Angelino se fue al cine. Era la cuarta o quinta vez que veía *Uno de los nuestros* y, como siempre, la película le suscitó violentas emociones. Scorsese había sabido capturar, como nadie, aquella fuerza salvaje que les había hecho no sólo célebres y celebrados, sino, sobre todo, únicos y —por lo menos Angelino lo esperaba— eternos. Incluso el horrible final, con su insostenible apología del delator que vendía a los amigos, incluso con su asqueroso moralismo, contenía un atisbo de sabiduría. Aquel final decía que toda la energía, sin una trayectoria, una dirección, un carril, un objetivo..., toda aquella enorme fuerza estaba destinada a desvanecerse en un estéril vivir el día a día. Hacía falta un poco más de cerebro para que cambiaran las cosas. Había que renovar los viejos métodos. El verdadero problema era el bastón de mando. Eso era. Ante aquella película, Angelino Lo Mastro se atrevía a confesarse a sí mismo su fe ciega en el verdadero

objetivo de la propia existencia: convertirse en el nuevo líder de la Cosa Nostra. El hombre que sacaría a flote una organización desgastada, agotada, contra las cuerdas, y que la llevaría a un brillante futuro de dominio y de «conveniencia».

5

Patrizia, en *négligé* negro de satén, se estaba desmaquillando. Scialoja la besó en la base del cuello. El vago perfume de su piel, unido al sutil aroma de un poco de colorete, le excitaba.

—¿Ha resultado muy aburrida la noche?

—Todo lo contrario. Tu tenientito es de lo más entretenido.

—¿Camporesi?

—El mismo. ¡Aún no he descubierto si me tiene miedo o me hace la corte!

—¿Debería preocuparme?

—¿Por qué no?

—Tomaré medidas.

—Mantén esas manotas lejos del pobre muchacho, Scialoja. Y también de una servidora. Necesito una ducha.

Desde que habían vuelto a verse, era la primera vez que Patrizia aceptaba quedarse a pasar la noche. Había vuelto de verdad.

Scialoja era un hombre feliz. Su presencia luminosa le daba la seguridad para afrontar el legado del Viejo. Todo se resolvería, de un modo o de otro..., mientras pudiera contar con ella.

Patrizia salía de la ducha. Desnuda. Con el pelo aún empapado. Los pequeños senos con los pezones en punta. Patrizia le lanzó una mirada torva. Scialoja inició un lento acercamiento progresivo, casi una danza. Ella se rio y se lanzó entre sus brazos.

Era pasión, desde luego, pensó después Scialoja mientras se acariciaban, satisfechos, en la gran cama redonda rodeada de espejos. Pero una pasión madura. Pasión de amantes que se toman el tiempo necesario. Y no se pierden, no, el placer del amor de antaño, cuando los besos que se intercambiaban eran besos robados, y el sentimiento, para ambos, era sólo una máscara. Ahora ya no había máscaras. Cambiaban ambos a la vez.

—Perdóname por lo de antes. Si hubiera sabido que estabas ocupado en una reunión tan privada no habría ido a tocarte las narices.

—No ha pasado nada.

—¿Quién era aquél?

—Un..., uno.

—¿Un masón?

—¡Camporesi debería tener la boca cerrada!

—Lo habría deducido por mí misma, querido. También el Dandi era un «hermano». ¡Por lo que parece, para llegar a lo más alto hay que serlo!

—En cualquier caso, ese tipo es siciliano.

—¿Mafioso?

—¿Tú eres de esas que creen que todos los sicilianos son mafiosos?

—¿Cuántos sicilianos elegantemente vestidos... y guapotes, entre nosotros..., se reúnen cada día en privado con el poderosísimo *dottor* Scialoja en una salita reservada, y se ponen en pie de un salto al presentarse inesperadamente una señora...?

—Patrizia..., ¿podríamos hablar de otra cosa? Tengo un hambre...

Ella se apoyó sobre los codos. Su voz tenía un leve tono desafiante.

—Has sido tú quien ha insistido en que conociera «tu mundo». Me has retado a que observara. ¡Y yo lo he hecho!

—Escúchame, Patrizia: hay cosas de las que no puedo hablar ni siquiera contigo.

—¿Porque la adorable cabecita de tu putita preferida no sería capaz de entenderlas?

—Sólo por protegerte, amor mío.

Vio cómo se retiraba. Herida, desconcertada. Patrizia empezó a vestirse con una furia gélida.

—Me habías prometido que te quedabas —murmuró él.

—Ya te he causado suficientes problemas por esta noche.

—Te acompaño.

—Preferiría que no.

—¡Deja al menos que llame un taxi!

Su tono decepcionado. El aire de perrito apaleado. El gesto servicial con el que se dirigía hacia el teléfono... respetaba su voluntad. Dejaba que lo abandonara, en aquella noche, que tenía que ser tan especial. La primera que iban a pasar juntos. ¡Desde luego Scialoja había cambiado! La otra cara de la seguridad de que hacía gala en público era aquella agresividad desmochada, blanda, incluso abandonista. Pero en aquella sumisión había algo que le mosqueaba. ¿Por qué no se había puesto a gritar? ¿Por qué no le había impuesto límites: «éste es mi espacio, y éste es el tuyo»? Habría tenido todo el derecho de hacerlo, porque... Era sincero cuando afirmaba que quería protegerla. Era su modo de decirle: «Eres una presencia esencial en mi vida. Quiero tenerte apartada del peligro. No quiero perderte».

—Sí, querría un taxi en la calle...

Patrizia apretó la horquilla del teléfono, cortando la conversación. Él se quedó mirándola, desconcertado.

—Dejémoslo correr. He cambiado de idea. ¿Hay algo en la nevera?

La larga sonrisa franca, casi incrédula, en el rostro de él. El gesto ágil con el que se ponía de nuevo en pie, apretando los puños en un infantil gesto de victoria.

—Sushi. Antes de la fiesta he desvalijado Hamasei...

—¡Sushi! ¡Desde luego, has pensado en todo!

Scialoja había ironizado cierto día sobre su recientísimo apasionamiento por la cocina japonesa. Ella lo había mandado al diablo. ¿Qué problema había en comer sano? Ahora era ella la que ironizaba sobre la premura de él. Pero Scialoja se estaba aplicando, agitado y contento, con la cena. No era capaz siquiera de percibir ciertos matices. ¡Qué bien había aprendido a fingir Patrizia! Stalin estaría orgulloso de ella. La idea le provocó una desazón inesperada. Se obligó a sobreponerse. Las cosas iban bien. Más tarde, mientras iban navegando por los canales de televisión, se preguntó si aquel almíbar que desprendía Scialoja sería alguna especie de enfermedad contagiosa. ¿Cómo se justificaba, si no, aquella sutil sensación de ternura que le inspiraba el hombre que le susurraba frases dulces mientras se enredaba entre sus piernas, al tiempo que con la mano en que no tenía el mando a distancia le acariciaba un costado...? ¿Una pareja de toda la vida que se hace compañía pasando la noche frente al televisor? ¿Una pareja como tantas otras? ¿Era aquello lo que la enternecía?

—¡Mira, mira! ¡Un poco de sana política-espectáculo!

Atraído de pronto por la pantalla, Scialoja había dejado de tocarla.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Ese del centro se llama Maurizio Costanzo...

—¡Muchas gracias, *dottore*!

—El de la izquierda es un comunista. Se llama Mario Argenti; si por él fuera, me despedía de una patada mañana mismo.

—¡Qué simpático!

—Ya. El otro, el que desprende hielo con cada sonrisa fingida, es el doctor Emanuele Carú. Tiempo atrás trabajaba para nosotros.

—¿Policía?

—No exactamente. El Viejo le pagaba a cambio de ciertas informaciones.

—El Viejo... ¡Por lo que tú dices, debía de ser una especie de dios en la Tierra!

—Él podía ser mucho más que un dios, si hacía falta...

—Háblame de él...

—Lo haría si pudiera. La verdad es que, aunque nos vimos bastante..., asiduamente..., nunca lo conocí de verdad...

—Parecen más bien tensos, esos dos de la tele...

—Es como si estuvieran a punto de iniciar un combate de sumo...

Maya y los otros

1

Maya. Maya, tan dulce, fresca, desenvuelta. ¡Maya, tan excitante!

Al verla venir hacia él, a la entrada del alto edificio Donatoni, Giulio Gioioso simuló un educado estupor.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Darle una sorpresa a Ilio. ¿Y tú?

—Me parece que hemos tenido la misma idea. Pésima idea, por lo que parece.

—¿Ilio no está?

—Lo que es estar, está. Lo que pasa es que, desgraciadamente, también están los japoneses. Una de esas reuniones tremendas...

—¡Qué aburrimiento!

—Pues sí. Y tu querido maridito está de un humor decididamente pésimo. En tu lugar yo me volvería a casa. A menos que...

—¿A menos que...?

—Me han hablado bien de un nuevo local por Corso Buenos Aires. Una pastelería, creo.

—¿Siciliana?

—¡*Ça va sans dire*, querida!

Su rostro afilado se contrajo con un gesto pensativo. Una decisión rápida, comunicada con tono travieso.

—Venga, vamos. De hecho, aún hace sol...

Giulio la cogió del brazo, y juntos se pusieron en marcha en dirección a la Galleria. Una bonita tarde de otoño. También las hay en Milán. Gente guapa por las calles. Sensaciones agradables por todas partes. Y buena idea, la de esperar a la impredecible Maya. Una idea dictada por su innegable sentido de protección. Sólo faltaba la irrupción de la mujercita de Ilio en la oficina, con todo lo que estaba sucediendo. Por no hablar de lo que podría suceder. No, Maya debía mantenerse apartada de todo aquello. Protección. Como con una hija un poco atolondrada, se dijo Giulio Gioioso, aunque no es que la diferencia de edad fuera tan..., más o menos la misma diferencia de edad que entre ella y el idiota de Ilio Donatoni. Lástima que la dulcísima, la adorable, la tierna y sensual Maya hubiera decidido casarse con el idiota. Sí, realmente era una lástima.

—Ésta es.

Maya se dejó guiar por entre las mesitas decoradas con cestitas de limones y

reproducciones del más convencional carrito isleño. Un eslabon entre parejas de señoritingos de barrio bien con aspecto de haber vivido mucho y ampulosos empresarios lombardos que se inclinaban a susurrar al oído de finas secretarias de aspecto lascivo. Música de fondo: *Jam*, de Michael Jackson. Desconsoladora mezcla de *kitsch* y de vanguardia. Sólo faltaba que en lugar del carrito hubieran puesto el *carroccio* milanés para provocar orgasmos en cadena a los más fieles militantes de la Liga Norte. ¡Dios Santo, qué horror! A lo lejos, el sonido frenético del ajetreo de la ciudad. A lo lejos, aquellos tonos de voz siempre una octava demasiado altos. Como si el mundo entero tuviera que ser informado necesariamente de los asuntos que hacían tan complicada, envidiable y, al mismo tiempo, única e irrepetible la existencia del insigne milanés del momento. El mundo a los pies de Milán, la capital de las finanzas y la economía... A Maya, los milaneses le parecían grotescos. Corrían como los norteamericanos. Pero los norteamericanos te daban siempre la sensación de estar a punto de conquistar alguna nueva frontera. Los milaneses parecían huir de quién sabe qué. Y más grotesco aún era que consideraran aquella actitud una especie de símbolo de una ciudad a la que no pertenecía. Un sentimiento confuso que aspiraba a un idílico regreso al campo. Casi un mestizaje ampliado a toda la provincia. De la parte sana, se entiende, y muy por encima de la Línea Gótica trazada por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial... Grotesco. Ella, que venía de lo más profundo de la agreste y sensual Romaña. Ella, que de todo aquello, por dentro, se reía.

—Excelencia, discúlpeme. ¡No le había reconocido! ¿Qué puedo servirle a usted y a esta bella señora?

El camarero, de tipo rubio normando (Sicilia estuvo dominada durante mucho tiempo por los normandos, y Giulio Gioioso se sintió en el deber de explicárselo, como si la mujer que le acompañaba fuera una alumna de secundaria ignorante), se agachó tanto que casi rozó la superficie de la mesa; poco le faltaba para besarle las manos... Se decidieron por una *cassata*, «como manda la tradición». El camarero se retiró ceremoniosamente. Giulio Gioioso le rozó distraídamente una pierna pasando una mano, en un gesto como para comprobar la perfecta verticalidad de su traje de chaqueta cruzada, de fresca lana. De Caraceni, *of course*.

—Desde luego, Maya, si no hubiera llegado tan tarde a la fiesta, aquella noche...

Era el inocente jueguito de siempre. Giulio que no encuentra el modo de quitarse de encima una amante molesta, llega con un inusitado retraso a la recepción de Fuffi Baldazzi-Striga y descubre a la divina criatura justo un instante después de que lo hiciera el apuesto y gallardo Ilio Donatoni. *Quel dommage, chérie!* Pero los dos sabían que aquel encuentro frustrado nunca había tenido lugar. Era su jueguito. Giulio Gioioso ni siquiera estaba en Milán en aquella época. En realidad, nadie sabía dónde estaba, y él era el primero que se guardaba de descubrir sus cartas. Había

aparecido de pronto. En un momento de crisis de la empresa, con Ilio asediado por pedidos por tramitar y acreedores enfurecidos. Ilio se lo había presentado como asesor de relaciones públicas del grupo. Llegaron las *cassatas*. El camarero se negó decididamente a aceptar la tarjeta de crédito oro que Giulio, con una complacencia que rayaba en la vulgaridad, exhibía con ostentación («invita la casa, es un honor para nuestro local tener a su señoría entre nosotros», etcétera; se hablaría en los salones, de aquel *tête-à-tête* entre ella y Giulio), y desapareció. Giulio Gioioso cerró los ojos. Como si estuviera saboreando el perfume de ella. *A tiny flirt in a sweet afternoon in Milano...*, todo tan vulgar, y sin embargo también tan *cool*... Maya sabía que el encuentro no había sido casual. Todo el mundo la tomaba por tonta, superficial y boba. Se olvidaban de que era la hija del Fundador. Maya se había dado cuenta de aquellas miradas encendidas que iban mucho más allá de los límites de su jueguito inocente. No había nada de malo en flirtear. Al fin y al cabo, aquel hombre no poseía ni un gramo de la fuerza de Ilio. No imaginaba siquiera cuánto le había costado arrancarse del corazón al Fundador, confinarlo a un rincón, hacer suya aquella empresa, que era la criatura más querida de su padre, su única razón para vivir. Quedarse con el paquete entero, como decían las dinosaurias, esposas de los dinosaurios que se sentaban en el consejo de administración (bueno, el *cedeá*)... y ponerlo todo en manos de Ilio. Por amor, sólo por amor, ¿por qué si no? Así que Giulio Gioioso ya podía considerarla una conquista fácil, una tontita que llevarse a la cama. ¿Qué importancia podía tener? El amor es otra cosa. El amor está en otro lugar. El amor está con Ilio...

Cuando se separaron, él le besó la mano; ella se despidió apartándose sólo un poco, pero lo suficiente como para garantizar la distancia necesaria.

Más tarde, desde su apartamento con vistas al edificio Pirelli, Giulio Gioioso encargó por teléfono que le mandaran a Maya, como recuerdo de aquella deliciosa tarde, dos docenas de rosas escarlata. Angelino Lo Mastro, que comprobaba frente al espejo la caída de su nueva chaqueta de la colección Oliver, estalló en una sentida carcajada.

—¿Has mojado, por lo menos?

—¿Podrías evitar ser tan vulgar?

—Ya veo. No has mojado.

Giulio Gioioso sintió la tentación de mandarlo al diablo. A veces, los orígenes eran un peso insoportable. El propio pasado era un peso insoportable. No todo lo que se veía obligado a hacer le gustaba. A veces, un peligroso atisbo de depresión se insinuaba en el aire de seguridad que tanto le gustaba ostentar. Angelino Lo Mastro se le acercó y lo abrazó, cubriéndolo con una nube de perfume con un retrogusto de tabaco.

—¡*Lassamu perdi*^[8]!, Giulio, ya sabes que me gusta bromear!

—*Lassamu perdiri.*
—¿Qué te ha dicho Donatoni?
—Que no se hace nada.
—Mala cosa.
—Démosle un poco de tiempo y lo entenderá.
—No hay tiempo, Giulio.
—Con una semana basta y sobra.
—Que así sea. Ahora perdóname, pero tengo un compromiso ineludible.
—¿Vas a mojar? —insinuó Gioioso, dándole la réplica.
—¡Ojalá! ¡Vuelvo a casa, amigo mío!
—¡Buena suerte e hijos varones!

2

—¡*Lo mando todo a paseo!*

Ilio Donatoni era un hombre alto, fuerte, elegante, guapo y viril como un actor de cine americano. Ilio Donatoni se había hecho a sí mismo a partir de la nada, y de la nada había construido un imperio. Ilio Donatoni se había infiltrado en una poderosa dinastía avejentada por las arrugas del éxito y le había insuflado su sangre de filibustero. Ilio Donatoni siempre tenía una ocurrencia a punto y nunca perdía la calma. Con horror, el ingeniero Viggianò vio cómo tiraba del anaquel del escritorio el pesado busto de bronce del Fundador. Tras el estruendo se presentó una secretaria asustada. Con una sonrisa forzada, Ilio Donatoni le dijo que se volviera a su despacho. Después levantó delicadamente el busto y lo estrelló contra la vitrina que custodiaba los trofeos de su brillante carrera deportiva. El vidrio estalló. Placas, copas y diplomas desencuadrados emitieron un tintineo melancólico. El célebre palo de golf de mango historiado con la efigie de Ilio voló a los pies del ingeniero. Por los pasillos del inmenso edificio se oía el ir y venir del personal, la agitación de los vigilantes, los espasmos contenidos de los fieles colaboradores que veían cómo iba arreciando la tormenta. Su miedo tenía un olor ácido. Penetraba por los resquicios de las puertas. Impregnaba las pesadas cortinas de brocado, la *chaise-longue* destinada a las pausas de reflexión, la pantalla gigante sintonizada en el Canal 5, los terminales conectados con las principales bolsas del mundo que transmitían las cotizaciones.

—¡Todo a paseo!

El ingeniero Viggianò recogió el palo de golf y acarició la empuñadura.

—No tenemos elección —susurró.

—¿Quién lo dice?

—Giulio Gioioso. Ha sido categórico.

—¡Giulio Gioioso no es nadie!

—Es uno que nos tiene cogidos por el cuello. Y no es el único.

—¿Quién? ¿Quién más?

—Los balances.

—Los balances se ajustan.

—Tenemos a Hacienda en los talones.

—A Hacienda se le paga.

—Hemos alcanzado un acuerdo. No será tan fácil desdecirse. ¡Hemos sido nosotros quienes los hemos buscado!

—Trasladaremos las fábricas a los países del Este. Están apareciendo ocasiones increíbles por allí...

—Sin los sicilianos se acabarán los pedidos en el sur, señor. Y sin encargos en el sur no habrá fábricas.

—Entonces vendámoslo todo. Ya. ¡Enseguida!

—No sacaremos dinero suficiente para pagar a todos los acreedores.

—Venderé las propiedades familiares.

—Seguirá sin bastar. Si rompemos el trato, caemos en bancarrota fraudulenta. La cárcel, Ilio...

¡La cárcel! Viggianò la había llamado por su nombre. No sucedía desde hacía... ¿Cuántos años? Desde que se habían subido juntos, con una maleta llena de ambición y falta de escrúpulos, al galeón del éxito... Los sicilianos querían un 1,5 por ciento más de comisión. Los sicilianos le estaban chantajeando. Los sicilianos le habían parecido una idea genial para resolver la crisis. O los sicilianos o la cárcel. Como ahora. Los sicilianos le tenían cogido por las pelotas. Los sicilianos. La cárcel. La libertad. Y después, quizá, la muerte.

—No hacemos nada.

—Sólo esta última semana hemos tenido dos bombas en la fábrica de Partinico. Se han despedido quince vigilantes nocturnos. Los capataces cogen la baja y los camiones salen llenos de material y no vuelven...

—¡Me importa un carajo!

—¡Piénsatelo bien, Ilio! ¡Ésos son capaces de todo!

—Está decidido. Ya basta. Déjame solo, por favor.

¡La libertad! La libertad que había perseguido toda la vida. La libertad que había conquistado haciendo uso de ese conjunto de habilidades que tan generosamente el Todopoderoso le había concedido. La belleza. El *savoir faire*. La decisión. El arrojo. El gusto por la aventura. La libertad del viento del océano y de las carreras en moto entre las dunas. Recogió el busto del Fundador y volvió a ponerlo sobre el escritorio. Pese a los golpes, su austero perfil bronceado seguía intacto. ¡Ni que lo mandara

fundir borraría aquella expresión pueblerina! El Fundador le advertía que no debía vivir por encima de sus posibilidades. El Fundador había construido un imperio con calma y abnegación. El Fundador tenía mil ideas y descartaba novecientas noventa y nueve. Las más geniales, las más audaces. El Fundador seguía siempre la idea más elemental, la más simple, la única que se pudiera explicar en veinticinco palabras. Veinticinco palabras de oro. Él, las ideas, las había tenido siempre de una en una. Siempre la idónea. O la errónea. ¿Qué importaba? ¿Qué importa una vida sin poder ir más allá de sus posibilidades? ¿Una vida de empleado? ¿Una vida de vía estrecha?

De pronto, necesitaba a Maya. Sus labios enfurruñados. La pasión que nunca le había negado. Que nunca se habían negado. Se precipitó a casa. La niña practicaba al piano. Maya pintaba un paisaje. Imágenes de paz. De olvido. Maya, paradójicamente, su fijación.

—Antes de que cuelguen carteles en todas las fachadas de esta especie de pueblucho que te obstinas en llamar «metrópolis» con la noticia del día, querido, quiero que sepas que he pasado la tarde con tu amigo Giulio Gioioso..., ¡y sin acostarnos!

¡Giulio Gioioso! Ilio apretó los puños. Maya lo miró, sorprendida.

—No pensarás en serio...

Se le acercó. La abrazó con fuerza. Ella lo observaba, atenta. Maya era una chica inteligente. ¿Y si se lo dijera todo? ¿Si le dijera quién era realmente aquel galán de pacotilla de Giulio Gioioso...?

—Cuéntamelo todo, Ilio.

—Te quiero.

Alta política

1

En el *backstage*, tras el cara a cara, tras una leve vacilación, Carú y el senador Argenti se dieron la mano.

—Has estado bien —dijo Carú, que retuvo un instante más de lo debido la mano de su rival.

Argenti, sorprendido por el inesperado cumplido, bajó instintivamente la mirada. Carú le soltó con una sonrisa benévola, se giró rápidamente y se refugió en el camerino que Costanzo le había preparado.

El camerino olía a cosméticos, con un leve rastro de ambientador. Carú se encendió un Hoyo de Monterrey Epicure I. Alguien, una vez, le había hecho notar que la pasión por los puros habanos era algo incoherente en un comunista declarado. Carú, educadamente, le había mandado a freír espárragos. ¿Desde cuándo un hombre tiene la obligación de ser coherente?

El espejo le devolvía la imagen de un cuarentón pulcro, aseado, respetable, elegante, comedido, atrincherado tras la nube azulada del humo. Los auxiliares de plató le habían felicitado por el éxito del programa. Costanzo le había dado un abrazo. Todo aquello no significaba absolutamente nada. Los auxiliares de plató felicitaban siempre a todos los invitados importantes. Costanzo era un viejo amigo, y si Argenti no le había dado un abrazo era sólo porque el senador era un tipo frío y poco efusivo.

La verdad es que había perdido. El mensaje transmitido a los espectadores era: Argenti es el futuro; Carú, el pasado.

—¡Está claro, señor Carú, que usted es como uno de aquellos japoneses que, treinta años después de acabar la guerra, seguían defendiendo el islote de un enemigo que ya no existía! Pero usted es también un hombre inteligente, Carú. ¡Y yo confío en que, gracias a su inteligencia, antes o después usted también entienda por fin que la guerra ya ha terminado!

Y con esta bromita, acogida por el público de la sala con una ovación, Argenti lo había mandado definitivamente a la lona.

Mientras consideraba la posibilidad de haber hecho una barbaridad al abandonar el partido, consideró las posibles consecuencias de un cambio de equipo. Podía tomarse un mes sabático, empezar a matizar el tono de sus editoriales, y después lanzar con gran estilo la «Operación Realineamiento».

«Me he equivocado, camaradas, no tenía que haberme ido, y he vuelto.»

Los camaradas eran lo suficientemente idiotas como para creer en el arrepentimiento. Pero también lo suficientemente rencorosos como para hacérselo pagar caro.

Así que no tenía otra opción más que seguir combatiendo.

Por otra parte, Carú era un periodista de batalla.

Carú era un articulista combativo.

Carú se exaltaba frente al enemigo.

Sus artículos eran fulminantes lecciones de sarcasmo. Sus apariciones televisivas eran arrolladoras incursiones arrasando territorio enemigo.

Carú se aferraba a su presa y no la soltaba hasta la muerte.

Carú clavaba dentelladas a diestro y siniestro. Carú tenía siempre para todos. Carú daba la impresión de ser malo, pero imparcial. A un observador imparcial podía parecerle que seguía una línea fluctuante, incluso irregular. En realidad, tras todos sus oponentes, había sólo uno. Y tras todos sus enemigos veía uno solo.

Los rojos.

No había sido él quien se había equivocado al irse.

Habían sido los rojos: habían cometido un error fatal alejándolo del partido.

Carú era el gran acusador de los rojos.

Carú había jurado destruir a los rojos.

Carú se había hecho célebre por su lucha sin tregua contra la dictadura cultural del marxismo.

Carú pensaba que, más que las alianzas, más que los proyectos, más que el recuento de las tropas, lo que realmente decidiría el resultado del enfrentamiento sería el control de las pulsiones más profundas.

Italia era un país de derechas y lo sería siempre.

Una derecha moderna, sin prejuicios, una derecha que, usando una de sus expresiones preferidas, «se anticipaba al paso de la historia, más que seguirlo».

Le había parecido encontrar esta derecha en los socialistas.

Pero los socialistas se estaban viniendo abajo ante el ataque de la Fiscalía de Milán.

Y los rojos se preparaban para clavar los dientes en el apetitoso pastel.

Carú se había quedado solo. En eso Argenti, su viejo ex amigo Argenti, metódico, algo cariacontecido pero sutilmente peligroso, tenía toda la razón.

Él era el pequeño soldado amarillo en una gran isla que nadie asediaba. La imagen tenía en sí misma algo de poético y de noble. Pero Carú despreciaba tanto la poesía como la nobleza.

Mejor concentrarse en los acontecimientos para comprender en qué se había equivocado, en qué se habían equivocado todos ellos. Y empezar desde allí.

El control de los impulsos profundos. Aquélla era la clave de todo.

Mientras en el resto del mundo, los rojos eran execrados y maldecidos, en Italia se preparaban para tomar las riendas.

Pero los italianos no se habían vuelto de pronto todos rojos.

Era sólo que se habían cometido trágicos errores. Eso era todo. Y ahora tocaba correr a refugiarse.

Carú se había empleado generosamente en promulgar la idea de «instaurar una nueva orientación cultural destinada a crear un sentimiento positivo en la opinión pública. Un sentimiento de repulsa hacia el radicalismo permisivo que ha pervertido nuestro país en los últimos años. Una señal para reaccionar ante el laxismo moral. Pero una señal laica, abierta a los fermentos sociales. Una señal de ataque, no de defensa».

Había tenido una acogida más bien tibia. Había tenido que responder con fuerza a las críticas del Movimiento Social Italiano, celosos guardianes de la «tradición». Celosos y fosilizados, con sus votos lanzados al viento. Porque nadie se había declarado aún dispuesto a una alianza con los herederos del Duce. Y nadie lo iba a hacer, a menos que ellos tuvieran el valor de cambiar. El verdadero problema de la derecha era que pensaba que aún podía salir adelante con la vieja *trimurti*: Dios-Patria-Familia... ¡Un contexto de lo más respetable, por supuesto! Pero los italianos estaban volviéndose laicos, pese a lo que pudiera decir el Papa. Los italianos iban en otra dirección. Había que alcanzarlos antes de que fuera demasiado tarde. Recuperar la sintonía con el italiano. El típico viejecito cagón que todos conocemos..., vive de miedos, se alimenta del sueño imposible de un milagro, necesita una madre protectora y un padre autoritario y severo..., adora que le regañen y al mismo tiempo que le complazcan, no le desagrada que le tomen el pelo con estilo, pero detesta pasar por idiota, y sobre todo no tolera que se entere todo el mundo...

¡Volver a llevar a los italianos a su casa de verdad!

Haría falta una gran paciencia. Habría que emplear una gran cantidad de energía y de inteligencia. Sobre todo, lo que hacía falta era una idea brillante. La Idea.

En aquel momento, Carú no sabía que la Idea estaba tomando forma entre la niebla de Milán. Que muy pronto de la Idea nacería un proyecto. Y que él se convertiría en uno de sus actores principales.

Un apartamento en el tercer piso de un bloque anónimo, burgués, en Viale Ippocrate. Una cantidad impresionante de libros, sobre todo ensayos históricos, pero también una colección de poesía, narrativa y teatro. Reproducciones de cuadros políticamente

coherentes, desde el *Guernica* al *Funeral del anarquista Pinelli*. Música de jazz de fondo. Una joven y luminosa compañera, Beatrice, con el pelo recién lavado, camiseta blanca y un delicado perfume afrutado. La guarida del senador Argenti, pensó Scialoja con una punta de admiración, daba una sensación de sana y robusta serenidad «democrática». Scialoja se había quedado gratamente sorprendido ante la inmediata disponibilidad de Argenti al proponerle un encuentro.

—Creía que no le caía bien, senador.

—¿Usted? ¡Si apenas nos conocemos! Es su papel el que me deja algo perplejo, señor Scialoja.

El rápido apretón de manos que habían intercambiado le había servido a Scialoja para excluir la posibilidad de que Argenti fuera un cofrade, un hermano masón, lo cual lo complicaba todo mucho más. Scialoja sabía que lo que estaba a punto de decirle al senador no iba a gustarle. Sólo cabía esperar que Argenti fuera lo suficientemente elástico como para seguirle en una valoración «política» del caso. Que se diera cuenta de que, pese a sus evidentes diferencias, les unía la voluntad de evitar un baño de sangre.

—Permítame, en cualquier caso, felicitarle por el debate televisivo...

Argenti rebufó, más bien molesto. Sí, había ganado. Pero había sido todo demasiado fácil, demasiado mascado. Era como si, de pronto, todos los adversarios hubieran desaparecido.

—Parece que Carú está deprimido —prosiguió Scialoja—. A lo mejor uno de estos días lo ven volver al redil...

¡Por amor de Dios! Sólo faltaba eso. ¡En el partido serían capaces de acogerlo con los brazos abiertos! En el partido tenían debilidad por las inteligencias perversas, sobre todo por las de los enemigos. Dependía de la necesidad de aceptación de cada uno. De la voluntad feroz de sentirse considerado uno más. Miserias humanas, a su modo de ver.

Se extendió un aroma de café, y Beatrice se asomó por la puerta. Scialoja se apresuró a quitarle de las manos la pequeña bandeja. Ella se lo agradeció con una mirada amable.

—¿Se queda a cenar, *dottor* Scialoja?

—En realidad tenemos un compromiso. ¿Te acuerdas, Beatrice?

—Ah, sí, es cierto. Me olvidaba. ¡Disculpe, otra vez será!

Argenti, en silencio, le lanzó una mirada de agradecimiento. Ella le pasó la mano por el cabello, con una especie de sarcástica ternura. ¡Nunca aprendería a jugar al hombre de mundo, su querido Mario!

Después ella se fue, ligera, y la admiración despertada en Scialoja adoptó un matiz de envidia. Quizás algún día, con Patrizia, pudiera tener una compenetración tan profunda... Pero mientras tanto Argenti lo miraba fijamente, impaciente. Scialoja

se mojó los labios en el café e intentó explicarle cómo estaban las cosas.

Más tarde —el policía se había ido hacía unos veinte minutos— ella irrumpió de nuevo en el estudio. Mario, refugiado tras el escritorio cubierto de papeles, tenía la mirada perdida. La tormenta estaba en el aire.

—No soportas a ese tipo, ¿eh?

—Si supieras lo que me ha dicho...

—¿Te apetece hablar de ello?

—Mejor no.

—Como quieras. ¡Pero no te olvides de que tenemos un compromiso!

—¿Qué compromiso...? Ah, sí, ya, gracias por lo de antes, Beatrice.

—¿Quieres ir al cine?

—Estoy trabajando.

—Nadie lo diría.

—¡Pues te aseguro que sí!

—¡Pero es domingo!

—¿Y?

—En el Rivoli dan *Un corazón en invierno*.

—¿Género?

—Comedia dramática, creo. Es una película francesa.

—Siempre puedes ir con alguna amiga.

—¡Pero yo quiero ir contigo!

—En otra ocasión.

Ella se retiró y cerró la puerta con exasperante cautela. Un gesto cargado de violencia reprimida. Beatrice estaba ofendida. Y no podía negarse que tenía razón. Bueno, él se había comportado como un animal. Y ahora tendría que compensarlo. ¡Qué bonito domingo! El encuentro con Scialoja le había dejado traspuesto, no servía de nada negarlo. Durante toda la reunión él había mantenido una actitud firme y resuelta, a veces hasta despreciativa. De comunista de la vieja escuela, para entendernos. Le había bastado con unas frases para comprender adónde quería llegar aquel ambiguo personaje: «Ustedes, los comunistas, están decididos a tomar Italia. Muy bien, ustedes mismos. Pero sepan que, de un modo u otro, tendrán que hacer frente a ciertas cuestiones problemáticas, digámoslo así, que van agitándose en nuestro querido y desdichado país. Y no será agradable, querido senador. Porque una cosa es llenarse la boca con la defensa de la legalidad y de la justicia desde la oposición, pero otra es mancharse las manos con el ejercicio del poder». Así que sería oportuno prepararse, para que la situación no los pillara desprevenidos... Estar «preparados». Pero ¿preparados para qué?

El senador repasó mentalmente sus inicios. El momento de la elección. Se había afiliado al partido por un impulso, o quizá como un desafío. Un desafío a un entorno

académico en el que se oía la revolución tras cada esquina, y en el que los más espabilados y perseverantes —para el vulgo, los lameculos— iban construyéndose brillantes carreras como ejecutivos a la sombra del más desenfrenado e inocuo extremismo de salón. El partido era, para él, Berlinguer. Berlinguer había sido su luz, su guía. Berlinguer había sido su estrella.

Berlinguer veía el futuro.

Berlinguer sabía que Italia era un país de derechas.

Berlinguer había comprendido que no podían ganar solos, o pasaría lo que en Chile.

Berlinguer sabía que el socialismo real había generado monstruos.

Berlinguer intentaba dirigir a su mastodóntico partido hacia el mañana.

Berlinguer estaba muerto. El Muro había caído. Las cartas se habían vuelto a barajar. La antigua exclusión de la Iglesia ya no tenía razón de ser. Era impensable que el partido no se resintiera. Argenti no era hostil al cambio. El cambio es el alma de la política. Argenti creía en la política, a pesar de los políticos —se le escapaba alguna vez, sonriendo, entre los amigos más íntimos—. «A pesar de los políticos de mi partido», añadía, pero nunca en público. Argenti creía en la política. La militancia le había enseñado a distanciarse del entusiasmo y a practicar constantemente la disciplina de lo posible. Argenti desconfiaba de los grupos, las facciones y los movimientos. Cuando alguien se atribuía el derecho de hablar en nombre de la sociedad civil, le venían a la cabeza ideas homicidas. Él conocía la sociedad civil italiana muy bien. Brutal, la definiría, más que civil. A por el cambio, pues. Habían empezado por el nombre del partido. Aquel «comunista» había pasado a evocar siniestros escenarios. Argenti había conocido una vez a un intelectual polaco. El Muro acababa de caer. El polaco divagaba sobre los horrores del comunismo, horrores que había experimentado en su propia piel.

—Ustedes lo sabían, camarada Argenti. Y no movieron ni un dedo.

—Aquí es diferente —se había defendido, con cierto malestar—. Aquí el partido era algo bueno.

—Una cosa mala en Varsovia no puede ser buena en Roma, «camarada».

¡Ah, si se hubieran desmarcado antes, si hubieran sido más decididos en su condena...! Agua pasada. Ahora eran otros los problemas que había que afrontar. El cambio del partido estaba influyendo peligrosamente sobre los hombres. En lo negativo de la organización centralizada había algo innegablemente positivo: la acción anónima, el sentirse parte de un diseño más vasto, la pertenencia —sí, ¿por qué negarlo?— a una especie de Iglesia laica. Bueno, aquella tranquilizadora comunidad de fieles era la víctima más ilustre —y añorada, al menos por él— del cambio. Se podía ironizar sobre la devoción bovina de los viejos camaradas. Pero lo que Argenti veía pasar ante sus ojos superaba con mucho las previsiones más

pesimistas. Una comedia humana propiamente dicha, en nombre del oportunismo, de la vida, del compromiso, del arribismo más desenfrenado. Los camaradas percibían el olor a puesto de mando y se abrían paso frenéticamente a codazos. Y los tipos como Scialoja habían llegado a la conclusión de que estaban «preparados». ¿Preparados para todo, entonces? ¿Preparados para tratar con la Cosa Nostra?

El senador se sentía cansado.

Era domingo.

Y él odiaba los domingos.

Había sido injusto con Beatrice, y él amaba a Beatrice.

Fue a buscarla al salón. Estaba leyendo una novela negra americana, con la larga melena iluminada por los últimos reflejos del sol. La besó en el cuello.

—Perdóname.

Beatrice no levantó la vista del libro. Argenti se puso a hojear con aire distraído un ejemplar de *La Repubblica*.

—¿Qué te parecería ir a ver *Instinto básico*?

—Ésa la vas a ver tú con tus amigotes, si tanto te apetece.

—Está bien, me rindo. Que sea *Un corazón en invierno*.

Beatrice encajó el triunfo con una sonrisa y, finalmente, le dio un beso.

La hija del Fundador

1

A la puerta de Urgencias, ante la mirada preocupada de la médica que apenas una hora antes la había metido en la ambulancia, Maya fumaba su primer cigarrillo tras dieciocho meses de abstinencia.

Maya fumaba y esperaba. Esperaba a Ilio. Aunque el Saab había quedado hecho un guiñapo tras el choque contra el álamo, el teléfono de a bordo aún funcionaba. Típico de Ilio. El avance vertiginoso de la tecnología. La elección del modelo de última generación. Querer lo mejor de todo para todos los que le rodeaban. Ilio vivía rodeado del éxito social. Lo recibían con buena cara, pero a Maya, que a fin de cuentas era la rica de los dos, le habían insinuado claramente que lo consideraban un fanático provinciano. Un tipo corrompido por el éxito. Maya sabía que no era así. Tras la vanagloria se ocultaba la inseguridad. Y en la inseguridad, aquella profunda dulzura canalla que la había enamorado a primera vista.

Pero lo había buscado por todas partes y no lo encontraba.

Bajo la mirada ceñuda del primer enfermero que la había atendido, un estudiante que la exhortaba a que se tumbara y que farfullaba algo sobre posibles fracturas, había conseguido hablar por fin con Giulio Gioioso.

—Me he salido de la carretera. El coche está destrozado.

—Voy enseguida.

—No. Busca a Ilio. Por favor, Giulio. ¿Dónde está mi marido?

—Veré qué puedo hacer.

Así que ahora estaba esperando. Al jefe de los *carabinieri*, gordo, orondo y presuroso, le había dicho que no recordaba nada del «siniestro».

—He oído un claxon y me he apartado a la derecha para dejar paso..., pero será que la calzada era demasiado estrecha, o el tipo habría bebido..., el hecho es que me he encontrado en el desnivel, bueno..., no, eso no puedo decirlo..., en fin, estaba ese álamo que se me venía encima..., es decir, era yo, obviamente, la que me iba directa hacia el álamo..., en fin, ha sido un momento...

—¿Ha visto la matrícula? ¿El tipo de vehículo?

—Lo siento. Sólo puedo decir que era grande. Grande y oscuro.

El jefe de los *carabinieri*, la médica, los enfermeros y los camilleros tenían claro cómo había ido la cosa. Y de quién era la culpa: de uno de esos jovencuelos dispuestos a atropellar a su propia madre para ir a ponerse ciegos a la discoteca.

Maya había asentido con una sonrisa dulce. Maya los había tranquilizado:

esperaba a su marido, cuestión de momentos.

Al final la dejaron en paz. Por fin sola. Sola con su rabia y con su decepción.

Vaya una suerte, tenía que ser un paseo agradable, por hacer algo diferente y animar un domingo muerto: con la pequeña en el campamento de actividades del colegio, liberadas por fin de la insoportable presencia de la institutriz suiza... Raffaella la había apodado Annamaria Bigotes, la mujer de Samuel, como en el cuento de Beatrix Potter... Otra brillante idea de Ilio... Pero ¿por qué no aparecía?

Hacía tiempo que Ilio estaba raro. Más brusco, a veces arisco. Capaz incluso de pasarse horas en silencio. Debía de atormentarlo alguna preocupación secreta. Era como si estuviera perdiendo la alegría de vivir. ¿Estaría acabándose lo suyo, como solían augurar sus «amigas»? ¿Con el cansancio que cubre cada encuentro de una pátina de polvo? Ella no concebía un Ilio triste, un Ilio apagado. Le vino a la mente una tediosa reunión para tomar el té en casa de la Vingelli-Orsolatti. Todo, según parecía, giraba en torno al concepto de «entregarse o no entregarse». El sentido último en las palabras de la baronesa, curtida a base de saunas y ayunos para quitarse veinte años de más, era que no costaba nada entregarse. El problema es cuando él dejaba de pedir. Problema bastante común, por lo que se decía por ahí. Cuando le llegó su turno, cuando la amiga la sometió a un brutal interrogatorio sobre «la cuestión de entregarse o no», Maya había confesado cándidamente sus arrebatos de felicidad, los frecuentes y alegres encuentros amorosos, el placer recíproco que duraba tantos años. La Vingelli-Orsolatti había encendido una varilla de incienso y con una sonrisa forzada la había acusado de «escondarse». De mentir, en otras palabras, por falta de confianza en su confidente.

—¡Pero cuando tengas ganas de decirme la verdad, yo estaré encantada de escucharte, cariño!

En fin, que no era creíble que una pareja funcionara. Y en cambio, funcionaba. Incluso ahora, ahora que Ilio había descubierto el silencio y estaba cambiando ante sus propios ojos, aun así el entendimiento en la cama era perfecto. Y no sólo en la cama. Maya volvió a pensar con un escalofrío en ciertas escapadas de novios, en algunas chifladuras en la oficina, en el juego de la señora y el botones, en el baño de señoras del restaurante japonés la noche de aquella aburridísima reunión con unos dignatarios saudíes... Aquello excluía la posibilidad de una amante. Ilio le era fiel. Ojalá ella se fiara tanto de sí misma. Ojalá se diera cuenta por fin de que ella era la hija del Fundador no sólo y no tanto porque el Fundador le había dado los mejores colegios, una educación exquisita, todas las oportunidades que una chica pueda soñar... Ojalá hubiera comprendido lo parecidos que eran, en el fondo, los tres: el Fundador, ella, que era sangre de su sangre, y el propio Ilio...

Maya detuvo a un camillero que pasaba y le pidió un nuevo cigarrillo. Era oscuro, sin filtro, vulgar como el hombre de dedos toscos que lo había extraído de un paquete

arrugado y cubierto de manchas indefinibles.

—Gracias.

—Si quiere que la lleve, señora, yo acabo dentro de veinte minutos.

Curioso —¿no?— que la encontraran aún deseable. Con el pequeño suéter de cachemir prácticamente hecho jirones por el golpe. El collarín que le daba arcadas. El maquillaje corrido. Un leve corte sobre el ojo izquierdo. No, no curioso. Típico. Mujer igual a vaca. Sólo sirve para una cosa. Maya aplastó la colilla contra el tacón del botín. Y sonrió. Era aquello precisamente lo que las señoronas como la Vingelli-Orsolatti no conseguían entender. Que se pudiera estar con alguien de igual a igual y amarse sin tapujos...

Pero ¿por qué tardaba tanto Ilio? ¿Dónde diablos se había metido? Habría hecho cien mil veces mejor en quedarse en casa, en vez de coger el cochazo de Ilio para ir a inspeccionar un terreno en venta por la zona de San Zenone. O a lo mejor habría tenido que volver antes. Quizás inmediatamente. Y no sería por falta de señales. Su tristeza inquieta frente al brillo difuso de las farolas que languidecían en la niebla creciente. El solo de saxo en la radio. Las persianas cerradas y las ventanas de seguridad de los pueblos de Broni y Casteggio, desiertos en aquella tarde de domingo. Las hileras de chopos sepulcrales. Antes de que aquel loco, borracho o lo que fuera, la sacara de la carretera. Maya se había sorprendido a sí misma, una vez más, sintiendo compasión al ver los arados y los tractores alineados a la entrada de los almacenes de las granjas. Padanos hacendosos. Padanos acorazados tras las vallas de una tristeza irredimible.

—¡Maya, gracias a Dios! ¿Cómo estás, cariño?

Giulio Gioioso le ofrecía sus brazos y su perfume.

Giulio Gioioso la había rodeado con su gabán color camello.

Giulio Gioioso la escoltaba, premuroso, hacia el reluciente Lamborghini con el que había llegado —desde luego quemando rueda— para estar a su lado en aquel momento de necesidad.

Maya se mostró frágil. Tenía frío. Giulio Gioioso le acariciaba el cabello. Las lágrimas le hacían sentir coherente consigo misma.

—Todo va bien, ya ha pasado todo, ya ha pasado todo.

Ilio no estaba a su lado. Ilio no estaba. Ilio.

2

Cuando Maya se quejó de la luz, estaban abrazados, intentando dormir.

—Apaga, Ilio, por favor, ¡estaba durmiendo tan a gusto!

—Pero si está apagada, cariño. ¡Está todo apagado!

Maya abrió los ojos. El dormitorio estaba inmerso en la oscuridad. Y sin embargo, veía una medialuna de color rojo, cegadora, palpitante, insoportable, en el cuadrante inferior del ojo izquierdo.

—¿Te importa encender la luz, Ilio?

—Pero ¿qué te pasa, Maya? Primero me despiertas porque ves una luz que no hay, y luego...

—¡Por favor!

Ilio accionó un interruptor. Maya se llevó las manos a los ojos, presa de un terror antiguo, irracional. Ahora la medialuna roja había dejado paso a un círculo negro. Cerró el ojo derecho. Con el izquierdo abierto percibía un temblor incierto, la silueta confusa de la *étagère*, el tocador con las cosas de maquillarse... Todo lo demás estaba negro, de un negro profundo, devastador, obscuro...

Una hora más tarde, el profesor Nivasi le diagnosticó un desprendimiento de retina. Consecuencia del accidente, sin duda. La llevaron al quirófano, tumbada sobre la camilla, cogida de la mano de Ilio, que le murmuraba frases tranquilizadoras, pero que tenía aspecto de estar conmocionado, más incluso que ella... Pero ya se sabe cómo son los hombres..., tan enérgicos y luego, cuando tienen que enfrentarse al dolor, querrían salir corriendo..., unos animalotes avergonzados, de pronto espantados al encontrarse ante la vida real... Mientras le inyectaban algo en el brazo, ella hizo jurar a Ilio que no le aplicarían anestesia total.

Quería estar consciente. Por nada del mundo se entregaría a la nube gaseosa de la inconsciencia. Oyó que Nivasi daba una orden. Ilio le apretó la mano más fuerte. Demasiado tarde. Todo estaba decidido. Intentó gritar, pero la parálisis iba subiendo poco a poco. La parálisis envenenaba su voluntad. Nunca más se despertaría. No...

Sin embargo, se despertó. Un martillo le introducía clavos en el ojo enfermo. Un dolor lacerante continuo, sin tregua. Un confuso borboteo de voces. Siluetas temblorosas al otro lado de las vendas que le cubrían ambos ojos. Intentó llamar su atención, pero no notaba el paladar. ¿Le habrían mentido? ¿Tendría alguna otra cosa, algo más grave? Se concentró en las voces, ya que parecía que el dolor estaba decidido a absorber cualquier chispa de su energía. Reconoció el modo de hablar profundo, cultivado de Ilio. Hablaba con alguien. Quizá Giulio Gioioso... Las palabras no conseguía distinguirlas. Pero los tonos, en cambio... El de Ilio revelaba rabia y un fondo de miedo. Y Giulio... Giulio parecía que tuviera que defenderse de alguna acusación... Maya hizo un esfuerzo por comprender. Empezaba a filtrar alguna palabra: «Están perdiendo la paciencia...», «No quiero verte más». Oscuridad. Alusiones. La sensación de una amenaza inminente. Se le escapó un quejido. Las voces callaron. Ruido de pasos. La mano fresca de Ilio sobre la frente. Su beso húmedo en el cuello. Maya se sumió en el sueño arrullada por las dulces frases

tranquilizadoras de él: «Todo va bien, amor mío, todo va bien...».

3

Cuatro.

Ilio Donatoni nadaba alrededor del *Nostramo*: un tiburón sin aliento, un delfín entristecido.

El *Nostramo*, su *Nostramo* fondeado en un ridículo brazo de mar a la vista de la costa. El *Nostramo*: nacido para desplegar sus poderosas velas y navegar, ligero, sin límites ni horizontes.

Ilio Donatoni había decidido dar treinta vueltas alrededor del barco. Su barco, con las velas arriadas. Su barco, sacado del puerto con los obtusos motores de emergencia. Giulio Gioioso se mareaba. Giulio Gioioso era su invitado de honor. Giulio Gioioso había intentado matar a Maya. Giulio Gioioso había hecho sufrir a Maya.

Cinco.

Sobre el castillo de popa, Giulio Gioioso hablaba de los etruscos del Tirreno.

Los antiguos Tirsenoí. Insuperables constructores de torres. Excelentes marineros. Celosos guardianes del secreto de la fusión del bronce.

Sobre el castillo de popa, Maya se recuperaba de la intervención dando sorbitos a su champán helado. Sobre el castillo de popa, su hija escuchaba fascinada al improvisado conferenciante.

Seis.

—Menuda idea, ese baño fuera de temporada —había dicho Maya.

—Ponte al menos el traje de neopreno —le había aconsejado Gioioso.

Pues sí, menuda idea.

En el último mes: dos fábricas cerradas en Petralia Soprana; cuatro excavadoras desaparecidas; tres palas mecánicas que habían acabado en el fondo de un barranco; huelgas intermitentes de oficiales; el concurso para la licitación en aquel pueblucho de Sicilia (Italia, en teoría), perdido por un soborno millonario; dimisiones en masa de capataces. Una cabeza de cordero podrida enviada por paquete postal a Viggianò.

Y el accidente de Maya. En aquel coche tenía que haber estado él. Giulio Gioioso había llorado. Giulio Gioioso había jurado que los responsables recibirían su merecido. Giulio Gioioso había prometido que protegería a Maya como..., como a una hija. Como a la hija que nunca había tenido. Giulio Gioioso estaba enamorado de Maya. Aplastarle la cabeza. Como a una serpiente asquerosa.

Siete.

Giulio Gioioso estaba financiando una investigación sobre los antiguos Tirsenoi. Giulio Gioioso invertía en cultura. Giulio Gioioso había quedado seducido por los antiguos Tirsenoi al descubrir que no se habían extinguido, sino que estaban diseminados. Habían rechazado la batalla final y habían optado por la diáspora. Habían seguido existiendo durante milenios bajo falsos nombres. Existían aún, escondidos bajo apellidos improbables, etnias olvidadas, raíces que se perdían en la noche de los tiempos. Era una señal, decía Giulio Gioioso. La señal de que lo que es eterno nunca morirá.

Ocho.

En el último mes: fuga precipitada de amigos y aliados. Obsesivos contestadores telefónicos. Secretarios y ministros ilocalizables, reunidos, en viajes de negocios, en sus momentos íntimos, donde fuera, siempre que fuera lejos del alcance del tocapelotas de Donatoni. Invitaciones anuladas, cenas canceladas en el último minuto. Periodistas de batalla entregados de pronto a una reserva monacal. La prensa amiga volatilizada. Resultado: un montón de dinero pagado a fondo perdido. Sólo le quedaba Giulio Gioioso. Giulio Gioioso que deseaba a Maya.

Nueve.

Giulio Gioioso nunca había pateado la calle, apretado los puños, vertido una gota de sudor. Giulio Gioioso había nacido alto, rubio, comedido de modales y de palabras, lleno de detalles y de encanto. Sus caminos nunca se habrían cruzado si no lo hubiera buscado él. Había sido él quien había lanzado el grito de dolor. Giulio Gioioso lo había recogido y lo había vuelto a colocar en la cima. Pero aquella cima ahora se había convertido en un abismo.

Diez.

Giulio Gioioso nunca levantaba la voz. Giulio Gioioso no amenazaba. Giulio Gioioso miraba a los ojos y sacudía la cabeza.

Once.

Pensó en la lucha. Soñó con la resistencia. El Fundador habría organizado batallones armados. El Fundador habría pagado a los anárquicos y habría hecho saltar por los aires la sede central. El Fundador habría declarado la guerra y habría combatido hasta el final. El Fundador se ponía en pie cuando hablaba de los partisanos. El Fundador nunca se fiaría de alguien como Giulio Gioioso. Pero él no era el Fundador. Él era su sucesor. Un sucesor indigno.

Doce.

El corazón le iba a estallar. Tiburón sin aliento, delfín indigno. Nunca conseguiría hacer treinta. Había una solución. Desaparecer. Para siempre. Mandaría a la pequeña y a Maya al extranjero. Liquidaría toda actividad. Luego un balazo. Había una solución. Conjuguar libertad y muerte. Había una solución. Pero el corazón le iba a estallar. Después, quizá después...

Ilio Donatoni trepó jadeando por la escalerilla de proa. Un marinero se aprestó a ayudarlo a quitarse el traje de neopreno. Ilio se lo sacó de encima con un gesto decidido.

Giulio Gioioso lo miraba expectante, sorbiendo con aquella boca bien modelada de la boquilla de una pipa apagada.

—¿Entonces? ¿Has tomado una decisión?

—Está bien. Acepto.

Giulio Gioioso suspiró aliviado.

4

Maya adoraba el Fuerte. Maya adoraba el color apagado del mar fuera de temporada, las olas que levantaban espumarajos y reflejaban el blanco cegador de los Alpes Apuanos, aquella luminosidad velada de una calina agresiva que parecía querer devorar hasta la curva del horizonte.

Maya adoraba el Fuerte. Echada sobre una tumbona entre dos cabañas, situada en la misma longitud de onda que el respiro inquieto de las aguas, conseguía incluso mantenerse impenetrable ante la insoportable perorata de los Bendonati-Richter sobre la dificultad de encontrar, hoy en día, criados que estuvieran a la altura. Ante el último cotilleo mundano de Bea Montalenti. Ante el relato de una negociación sindical durante la cual el ingeniero Perrot le había leído la cartilla a jefazos y jefecillos de la Tríada Roja. Ante el hastío con el que Ramino Rampoldi, joven promesa socialista, maldecía a su compañero Mario Chiesa por haberse dejado coger con las manos en la masa, o mejor dicho en el fajo de billetes, para arrastrar por el fango —de modo absolutamente inmerecido— el honroso nombre del partido.

—Ah, pero Craxi le ha cantado las cuarenta a ese sinvergüenza. ¡Y fuera del partido, así, cara a cara, sin perderse en divagaciones!

—¡Venga, Rami, si ese Craxi está ya más que acabado!

—¡Ya verás..., ya veréis todos!

A veces, cuando estaba segura de que nadie la observaba, Maya se levantaba la venda del ojo aún convaleciente y se esforzaba en enfocar la boya de un submarinista, o la vela temblorosa de una tabla de *windsurf*. El ojo se le había quedado débil. La retina corría peligro, así que se había acabado hacer deporte. A menos que probaran con ciertas técnicas de vanguardia, pero que aún estaban en fase de experimentación... Maya confiaba en la ciencia, pero sobre todo confiaba en su tenaz voluntad. ¡Era la hija del Fundador, diantres! El accidente le había proporcionado una pausa. El desprendimiento de la membrana como metáfora del distanciamiento de lo

cotidiano. Época de balance. Infancia dorada, adolescencia de prestigio, juventud chispeante, matrimonio, procreación, destete de la prole. El Fundador se había ocupado de que tuviera lo mejor. Quizás hubiera otro modo de ver las cosas: treinta y dos años que habían volado. ¡Bueno! Por mucho que intentara rebuscar en el archivo de la memoria y de las posibilidades..., por muchos esfuerzos que hiciera..., no encontraba una cualidad que la hiciera única, inconfundible, irremplazable. Maya, la... Maya, la que..., Maya la transparente, habría tenido que decir. Sintió el deseo, o quizá la nostalgia, de volver a empezar. Trabajaría. Había hablado de ello con Ilio. Él había asentido sin convicción: sí, un poco de voluntariado le habría ido bien. Por otra parte, todas sus amigas... Claro: en el mundo de Ilio, trabajo femenino igual a voluntariado. Pasatiempo. Ocio. Y en cambio para Maya se trataba..., se trataba de recuperar el control de su propia vida.

—Estoy hablando de trabajo. Trabajo de verdad. Con horarios, normas, encargos... y una retribución.

—Tú no necesitas una retribución.

—Yo necesito hacer algo que sea algo más que presentarme como la señora Donatoni.

—¿Es decir?

—Es decir: dame un puesto en la empresa. Uno cualquiera. Para empezar...

—La empresa es tuya, Maya.

—La empresa es nuestra, Ilio. Y eres tú el que la diriges.

—Encontraremos una solución también para esto, cariño.

Sucedía tras la extemporánea salida con el *Nostromo* y la *performance* natatoria de Ilio. En cuanto al fin de semana en Versilia, Ilio había decidido agregarse en el último momento. Soportaba tan poco a aquella chusma como ella, o aún menos, y se pasaba las horas nadando en el lago. A Ilio no le importaba el hielo ni el viento. Había vuelto a ser el Ilio de siempre: rápido, decidido, afectuoso y desenfrenado sexualmente. De algún modo que no conseguía explicarse, Maya sentía que todo aquello se debía al accidente. No es que no hubiera intentado hablar del tema. Pero Ilio lo había negado todo. No había existido ningún momento de crisis. Nunca había estado taciturno o distraído. ¡Todo eran fantasías suyas!

Ilio salía del agua. Bea Montalenti se le echó encima con una toalla en la mano. Ilio rechazó la oferta, molesto, y se dirigió con paso exageradamente lento hacia las duchas. ¡Ilio no podía mostrarse vulnerable al frío! Apareció Giulio Gioioso, con su camiseta estilo Capri y su pipa. Ilio, empapado como estaba, se le acercó y se puso a hablar con él.

Maya había resistido la tentación de unirse a ambos. Había otra cosa que Ilio juraba y perjuraba que no había ocurrido nunca: la conversación a los pies de su cama cuando se había despertado de la anestesia. Ni él ni Giulio Gioioso se encontraban

allí. Sólo había una enfermera que le había contado que ella, Maya, había hablado en el duermevela, diciendo frases inconexas. Gritos, incluso. Por eso le habían tenido que administrar otro sedante más suave, y hasta la mañana siguiente no había recuperado completamente la conciencia. Ilio negaba con tanta convicción que, al final, Maya había acabado por ceder. ¿Le mentía Ilio?

En definitiva, todo aquello no tenía importancia. Conseguiría ese trabajo. Usaré un *nom de plume*, Ilio. ¡Venga, Maya, si todos te conocen! ¿Cómo se comportarían con ella los trabajadores? ¿Y los ejecutivos? Le darían algo serio que hacer o... El ojo, de pronto, dio señales de vida con una punzada lacerante. Se levantó la venda, preocupada. Nada de destellos, gracias a Dios. Los destellos eran el presagio de los desprendimientos, socarrones fuegos artificiales...

Con el sol, la calina se había disuelto.

Cicci Zandonel untaba de crema hidratante los hombros secos y cubiertos de pecas de Bea Montalenti. Por un instante, las dos «amigas» —por así decirlo— dejaron de lado su juego de sociedad predilecto: soltar paladas de mierda sobre los italianos del sur.

—Oye, Cicci, pero ese Gioioso..., ¿ya sabes que él también es siciliano?

—¡Qué tendrá que ver! ¡Él es diferente!

La Cadena

1

Scialoja se había reunido con un mafioso elegante y, justo después, con un político comunista. Es decir, un viaje entre dos potencias. La antigua y vacilante de los sicilianos y la de los nuevos señores. Si dos y dos son cuatro —había reflexionado Stalin Rossetti—, el *business* era la seguridad. Lógico. El Estado, sacudido por la ofensiva de la Cosa Nostra, corre a buscar refugio. Y se pone en manos del *dottor* Nicola Scialoja. ¡Ja, ja! ¡Qué risa! El mafioso elegante no podía ser otro que Angelino Lo Mastro. Stalin lo había conocido, años antes, haciendo de segundón del tío Cosimo. Era evidente que Angelino había hecho carrera. En otros tiempos, para alcanzar un acuerdo, le habría bastado con pronunciar el nombre del Viejo. El Viejo gozaba del máximo respeto en cualquier esfera más allá del estrecho. En otros tiempos, claro. Ahora, sólo para conseguir que Angelino condescendiera y accediera a un encuentro, había tenido que implorar e invocar la antigua amistad. Evidente. Él ya no era el delfín del Viejo. Él ya no era nadie. Y para convencer a los mafiosos de que se fiaran de él, no tenía más que un camino. Ofrecer algo a cambio. Pero se sacaría el conejo de la chistera en el momento oportuno. Antes tenía que darle un repasito a aquel estirado que parecía salido de un folleto publicitario del *made in Italy*. Aunque sólo fuera para recordarle con quién estaba tratando.

—Sé que te has reunido con Scialoja.

—Enhorabuena por tu servicio de información —sonrió Angelino, sin alterarse. Y añadió—: ¿Por casualidad ese James Bond no será la mujer que entró y nos vio juntos?

—Enhorabuena por tu capacidad de observación —replicó Stalin, con el mismo tono.

—Nos han pedido una tregua —dijo, serio, Angelino.

—¿Y vosotros?

—Estamos discutiéndolo.

—Me parece justo. ¡Pero acordaos de que ése no deja de ser un poli!

—¿Y tú? ¿Tú qué eres, *dottor* Rossetti?

—¡Yo estaba con el Viejo, no te olvides!

—En otra época, quizá. Pero ahora..., ahora es ese otro. Es él el que tiene las riendas ¡Y tú, diría que vas a pie!

¡Uuuh, la metáfora agrícola-ganadera, tan recurrente en el lenguaje de la vieja y honorable sociedad! ¡Pese a aquel aire de pijito, Angelino seguía siendo el pueblerino

de siempre!

Angelino se levantó y se llevó una mano a la aguja de la corbata a modo de saludo. El diálogo, por lo que a él respectaba, había acabado.

Stalin Rossetti sonrió. Bien. El sepulcro ya estaba abierto. Había escupido el sapo. Ya había acabado el tiempo de los preliminares. Stalin se relajó sobre la butaca. Esperó a que el otro llegara a la puerta del estudio y se aclaró la voz. Habló, y lo hizo con tono socarrón.

—¿Aún os interesa Manuele Vitorchiano?

Esta vez Angelino no consiguió controlarse tan bien. Temblor, rubor, un sobresalto inesperado. Los consabidos signos de debilidad humana. ¡Aún tenía mucha mili por delante, el pichoncito!

—¿Y tú qué sabes de esa historia?

—¿Servicio de información, no? ¿Así pues? ¿Aún os interesa?

—Nuestros asuntos estamos acostumbrados a gestionárnoslos personalmente.

—En vuestra casa, quizá. Pero aquí, en la península, tengo entendido que tenéis algún problema..., ¿cómo decirlo...?, logístico... Entonces, ¿qué? ¿Otro vaso de Coca-Cola?

Más tarde, después de haber definido los términos del asunto y de haber acompañado hasta la puerta a un Angelino aún escéptico pero decididamente menos arrogante, Stalin llamó al Tuerto y le ordenó que le buscara inmediatamente a Pino Marino. Pero el Tuerto, que llevaba una tirita sobre el pómulo izquierdo y se frotaba un brazo dolorido, le dijo que no tenía noticias suyas al menos desde..., desde hacía una semana, sí, una semana.

Stalin consideró con cierta repulsa el aspecto miserable de su colaborador. Sabía que el Tuerto complementaba sus ingresos vendiendo algo de mercancía al detalle, y en principio no tenía nada en contra. Como defensor convencido de la libertad de empresa, la iniciativa individual no le preocupaba lo más mínimo. Yáñez, por ejemplo, colocaba sustancias químicas y vendía al mejor postor datos privados de empresas. Pero, al mismo tiempo, nunca permitiría que el libre mercado interfiriera con el cumplimiento de sus obligaciones. Hasta el momento lo había tolerado, pero ya no podían arriesgar. El juego se estaba endureciendo. Desde aquel momento no admitiría ningún error. ¡Sólo faltaba que un poli demasiado diligente fuera a meter la nariz en los asuntos de los bajos fondos!

—Desde hoy has acabado con eso de hacer de camello, Tuerto.

—Pero jefe...

—Nada de «si» y nada de «pero». Eso vale para ti, y también para Yáñez y sus trapicheos. ¡Desde este momento volvemos a estar operativos!

—¡Entonces es cierto, jefe! ¡Recuperamos la Cadena!

—Ya no hay ninguna Cadena, Tuerto. ¡Y ahora vete y tráeme a Pino!

Stalin lo vio salir con aire desconcertado y decepcionado. Se sirvió medio dedo de whisky y suspiró. No, ya no existía la Cadena. Nunca más habría una Cadena. «Las cosas cambian, pobre animal, viejo y patético Tuerto.» Aquella época exultante e irrepetible había quedado definitivamente atrás. Había que adaptarse a los nuevos escenarios, tal cual.

—Muchas personas de talento se han esforzado en vano en mejorar el mundo, sin caer en una verdad elemental: el mundo no soporta que lo mejoren. Por eso yo me propongo hacer caso al mundo, y empeorarlo. Por otra parte, soy un jugador, y sé que no siempre es posible ganar el pleno. Digamos, por tanto, que me contento con hacer lo que esté en mi mano para que las cosas sigan como están.

Así se había presentado ante el Viejo, tantos años atrás. Y el Viejo, tras leer su breve nota, se había echado a reír.

—Usted no me cuenta la verdad, Rossetti.

Touché. No era jugador, y detestaba perder. El mundo no le importaba un bledo, que siguiera su curso. Lo único que contaba era que, en lo alto de la pirámide, estuviera él, Stalin Rossetti.

Se había convertido en el jefe de la Cadena. El Viejo había premiado su propensión a la falsedad.

¡La Cadena! ¡La flor y nata de los agentes operativos!

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, en todos los países occidentales las operaciones subterráneas de contención del avance comunista en Occidente habían sido confiadas «oficialmente» a una red de organizaciones secretas coordinadas por la OTAN. La rama italiana se llamaba Gladio. Se trataba, en realidad, de un reagrupamiento de «altos cargos» destinados a asumir decisiones de relieve en caso de victoria —incluso electoral— de los comunistas. La Gladio era un cuerpo semioficial, a fin de cuentas limpio. Había cursillos de adiestramiento en centros específicos, los comandantes iban rotando y algún alma cándida, de vez en cuando, se proponía hacer limpieza eliminando los elementos más extremistas.

Gladio no era más que un pequeño e inocuo batallón de reservistas.

¡Ahora se hablaba de la Cadena! ¡De los Doce del Patíbulo!

Gestión autónoma de unos fondos prácticamente ilimitados. Carta blanca en cualquier tipo de operación. Único referente: el Viejo. Una única misión: impedir, a toda costa, la difusión de la plaga roja.

Había sido emocionante. Mientras duró.

Poco a poco, su relación con el Viejo se había consolidado. El Viejo había empezado a usarlo para misiones que no tenían nada que ver con el acto constitutivo de la Cadena. Misiones extremadamente delicadas. Misiones que el Viejo, en otro tiempo, habría ejecutado personalmente.

Con él, el Viejo había adquirido una confianza que no había tenido nunca con

nadie. El Viejo le había confesado a él incluso haber tenido, en algún tiempo, algo parecido a un corazón. Stalin había acabado convenciéndose de que era el único depositario de tal secreto. Era el único que podía leer dentro de lo que quedaba de aquel corazón.

Había sido emocionante. Mientras duró.

Pero había durado poco. Había durado lo que el respiro de una ilusión.

Un día el Viejo lo había convocado y le había dicho: «Ha acabado la guerra».

El Viejo había dicho: «Las cosas están cambiando».

El Viejo había destruido todos los documentos de la Cadena.

El Viejo había dicho: «Tómame unas vacaciones. Unas largas vacaciones».

Stalin Rossetti había sonreído educadamente.

Stalin Rossetti había bajado la cabeza.

Stalin Rossetti se había puesto en marcha.

Stalin Rossetti había eliminado en la destructora de documentos los papeles que le comprometían, y se había llevado y había escondido en un lugar seguro los papeles comprometedores para otros. Stalin Rossetti había vendido títulos, había liquidado negocios, había desbloqueado fondos.

Stalin Rossetti había convocado a los viejos camaradas en la cervecería de Via Merulana. Había bebido y cantado con ellos hasta entrada la noche. Había homenajeado con ellos al que ya no estaba allí. Había brindado con ellos por el triunfo de la libertad.

Y, al final, cuando todos estaban tan borrachos que no se aguantaban en pie, había dicho: «La guerra ha acabado. Las cosas están cambiando».

Los camaradas habían gritado: «¡Nos han traicionado!».

Los camaradas habían gritado: «¡Hemos librado la más sucia de las guerras y nos dejan tirados como chatarra!».

Los camaradas habían gritado: «¡El Viejo se vendió a los rojos!».

Los camaradas habían propuesto matar al Viejo.

Stalin Rossetti, con gesto apesadumbrado y con la voz convertida en un controlado susurro hipócrita, se había puesto de su parte, les había dado la razón, había estigmatizado la inhumana ingratitud.

Stalin Rossetti había dicho: «Considerémoslo un repliegue táctico temporal».

Stalin Rossetti había prometido: «¡Volveremos! ¡Seguirán necesitando a gente como nosotros!». Por eso no había lugar para iniciativas temerarias. Por eso había que mantener intacta la fuerza. ¡La fuerza de los ideales!

Stalin Rossetti había anunciado que emprendía un largo viaje.

Los camaradas habían gritado que era una injusticia, que Italia no se merecía a un héroe como él. Stalin Rossetti había tolerado la ovación bajando la mirada, con un noble suspiro. Y había empezado a repartir palabras amables.

Los camaradas se habían lanzado sobre los talonarios de cheques al portador.

El día siguiente, Stalin Rossetti había salido hacia su Salento natal. De toda su antigua vida sólo se llevó consigo a Yáñez, al Tuerto y, naturalmente, a Pino Marino.

Tenía apartado lo suficiente como para establecerse por su cuenta. Apulia era el terreno ideal para un hombre con tantas cosas aún por hacer.

En unas semanas había montado una pequeña empresa de navegación. Tres barquitos, un modesto despacho en la parte vieja de Bari, el mínimo personal. Como cobertura, una agencia de importación/exportación de mercancías varias.

Stalin Rossetti traficaba con la Sacra Corona Unita^[9].

Stalin Rossetti traficaba con los serbios.

Stalin Rossetti traficaba con los albaneses.

Stalin Rossetti compraba a los serbios armas y municiones y se las hacía llegar a los pulleses de la Sacra Corona Unita a cambio de heroína turca que Manuele Vitorchiano, un siciliano condenado a muerte por la mafia, distribuía por el centro de Italia.

Stalin Rossetti se llevaba el diez por ciento de cada una de las putas que el Chef de Valona le enviaba semanalmente. La mercancía y las mujeres viajaban con documentos intachables. Stalin Rossetti les proporcionaba permisos de residencia. Ningún problema por parte de los supuestos controladores: la mitad de ellos formaban parte de la misma logia que Stalin Rossetti; los otros se contentaban con algún regalito.

En poco tiempo, el volumen de negocio se había quintuplicado. Stalin se había comprado un helicóptero y una casa de campo a las afueras de Ostuni.

Stalin Rossetti era un hombre rico.

Stalin Rossetti era un hombre deprimido.

Echaba de menos el olor a pólvora. Echaba de menos las misiones imposibles. Echaba de menos la acción. Echaba de menos el sabor del cuerpo a cuerpo.

Stalin Rossetti quería recuperar el puesto que le habían usurpado tan fraudulentamente. El heredero del Viejo era él. No podía acabar así. No podía acabar en Salento, entre paletos albaneses y putas malolientes.

Salento no era el principio de una nueva era. Salento era la caída, la degradación, el exilio. Salento era el *finis terrae*.

Así que decidió volver.

menos un trabajito con la boca.

Valeria intentó arrancarle el ojo sano. El Tuerto le aferró la mano con dureza y la tiró por el suelo, haciendo caso omiso a sus gritos y a sus feroces insultos.

—¡Vete a tomar por culo, desgraciada!

Ella fingió resignación. El Tuerto se recompuso e hizo ademán de irse. Ella le sonrió y se lanzó contra el portal. El Tuerto la agarró por un brazo y la obligó a detenerse. Valeria consiguió soltarle una patada en el bajo vientre. El Tuerto apenas arrugó la frente, y se puso a retorcerle el brazo por la espalda.

—¡Ahora vas a pedirme perdón, zorra!

Ella gritó de dolor. Un par de transeúntes se pararon a mirar, curiosos y asustados. La sonrisa sarcástica del Tuerto les convenció y siguieron su camino con la cabeza gacha. La intensidad de la presión aumentaba. Pero Valeria no abría la boca. Había dejado incluso de quejarse. No quería pedirle perdón a aquella bestia. No quería pedirle perdón a nadie. Si había alguien a quien pedirle perdón, era a sí misma. Pero nunca lo haría, nunca. Y si tuviera un arma, habría vaciado su contenido en el cráneo de aquel bastardo. Y luego habría acabado con todo, de una vez y para siempre. Mientras tanto, el dolor aumentaba, y el Tuerto estaba a punto de romperle el brazo, y sentía el dolor que se mezclaba con el sudor, y su olor que se volvía ácido, el olor de los monos, y se odiaba por ello, y odiaba al mundo, y luego... Y luego la presión cedió, y ella se encontró libre, desplomada en el suelo, con el brazo anquilosado, pero libre. Y el Tuerto jadeaba, apoyado contra el lateral de la puerta del Centro de Estudios, y frente a él había un chico. Tenía los puños apretados y desafiaba al Tuerto. El Tuerto se tocó un costado y levantó una mano en señal de rendición, con una sonrisa humilde en el rostro.

—Vale, vale, ya lo he entendido. Pero no le digas nada al jefe, ¿eh? Ya sabes cómo es, se me ha escapado la mano...

El Tuerto desapareció del portal. El muchacho se le acercó y la ayudó a levantarse. Era un tipo alto, moreno, fuerte. Muy moreno. Quizá del sur. Pero con dos ojos de un azul casi transparente. Ella se apoyó en él, pero luego se lo quitó de encima de un empujón. No quería que notara su terrible olor. No quería tener que darle las gracias. No quería dar las gracias a nadie.

Se alejó de allí, intentando dominar el temblor que la sacudía de arriba abajo. El muchacho se le puso al lado.

—¿Qué coño quieres, eh? ¿Tengo que darte las gracias? Gracias. Y ahora vete a tomar por culo, ¿vale?

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¡Tú no puedes ayudarme en nada!

—Prueba a pedirme algo.

—Déjalo estar.

—¡Tú prueba!

—¡Muy bien, muy bien! —gritó ella, exasperada—. Me iría bien medio gramito, ¿lo tienes?

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? ¡De heroína, joder!

—Tengo el dinero. Y puedo acompañarte a buscarla, si me dices dónde.

Decidió seguirlo porque su calma le había impresionado. Era una calma de otro mundo, de otro tiempo. Y decidió seguirlo porque no había alternativa. El mono que tenía encaramado en la espalda le mordía rabioso en el cuello, y no había ni lágrimas ni gritos que pudieran ahuyentarlo.

Él tenía un cochazo blindado. Hizo que la llevara a las Termas de Diocleciano. Él le pasó un par de billetes. Ella le compró la mercancía a un par de egipcios. Después acabaron en el apartamento de Via del Banchi Vecchi. Una casa que debía de haber tenido una historia, y que ahora estaba hecha una ruina. Ella se metió media dosis y corrió al baño a darse una ducha. Se puso una batita corta y volvió al salón. Le ofreció un tiritito, pero él lo rechazó. Dio un último repaso para limpiar el papel de aluminio. Por fin había dejado de sudar. Ahora se sentía feliz. Feliz y atontada. El muchacho jugueteaba con un retrato que tenía entre las manos. Mostraba a un hombre joven, con cara de televisión. Le decía algo. Una cara de goma, pero le decía algo. Cuando ella se dio cuenta del interés suscitado en él por la foto, se la quitó de las manos.

—¿Es tu novio? —preguntó él, educadamente.

—Es una historia que acabó.

—¿Te ha hecho daño?

—Métete en tus asuntos. ¿Quieres follar?

—No.

—¿Por qué no? ¡A lo mejor es una buena idea!

—No, no creo.

—Pero ¿por qué?

—Porque..., no sé por qué, pero no.

Ella cogió el clarinete y tocó unas notas de *When the saints go marching in*. Él la miraba como a una flor perfumada, como a un diamante extraordinario. A ella le faltó el aire.

—En otro tiempo sabía tocar.

—Sigue, por favor.

Pero el entumecimiento se estaba apoderando de ella. Fue a tumbarse en la cama.

—Ven aquí —le susurró.

Él se le colocó al lado, rígido, tenso. Ella se acurrucó entre sus brazos.

—Yo me llamo Valeria.

—Pino Marino.

—¡Qué gracioso!

Y se durmió enseguida.

Pino Marino acariciaba los cortos cabellos rubios de la muchacha dormida entre sus brazos. Ella era alta, esbelta, nerviosa. Y estaba enferma. Pino Marino decidió cuidar de ella. No había un porqué, no había un motivo.

Pensó que hay a quien le toca en suerte una bonita casa en el corazón de Roma y a quien le toca un cuchitril en un barrio de mala muerte de Nápoles, como Pallonetto di Santa Lucia. Chulitos que violan a las mujeres y cortan la garganta a sus hombres. Y un hombre amable llamado Stalin Rossetti.

Él no había hecho nada para merecerse el destino que estaba viviendo. Simplemente se lo había encontrado. Nunca había protestado. No se había rebelado. Ni siquiera se había preguntado si podía existir, en otro lugar, un destino diferente. Nunca, hasta aquel momento.

Con un brazo, sin darse cuenta, le rodeó el pecho. Echó la mano atrás, con una sensación de sacrilegio. Ella se movió lentamente. Olor a canela, con una leve reminiscencia del sudor ácido de antes. Pino Marino juró que eliminaría aquel rastro. Ella suspiró.

—¿Aún estás aquí?

—Sí.

—Me alegro. Es bonito.

La respiración se volvió regular, casi imperceptible. Sí, era bonito, pero no tenía ningún sentido. Y cuando no tiene sentido, no tiene futuro. Pino Marino liberó delicadamente el brazo. Habría tenido que tirársela. Cualquiera otro, en su lugar, habría aprovechado la ocasión. La tapó delicadamente con una esquina de la sábana. Tenía que irse. Pero volvería. Era una promesa. Era un juramento.

Stalin le esperaba debajo de casa. Más bien cabreado. Le entregó las llaves de la Honda 750 que Yáñez había recogido por la tarde y le mandó ponerse en marcha enseguida.

3

Cuando llegó aquella nueva orden, Manuele Vitorchiano bajó la cabeza y dijo: «Sí, señor». Retiró el revólver y se puso en marcha, con paso cansino, ante la mirada indiferente de los paisanos que sorbían su café en el Bar dello Sport.

Con su cuñado, Lillo, habló a la mañana siguiente. Lillo se sorprendió al encontrárselo enfrente, ojeroso y con la boca pastosa.

—Ha llegado un encargo, Lillo.

—¿A quién le toca?

—A ti.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo de malo?

—Nada. Pero ya no se fían. Dicen que uno que se ha rebotado una vez, en cualquier momento, puede rebotarse de nuevo.

Lillo recordó aquella noche en Bronte. Uno de los capos corleoneses había ofrecido una cena de reconciliación a la familia de don Saro. Se juntaron cuarenta, entre jefes, jefes de zona, oficiales caballeros y soldados. Lillo, del brazo de don Saro. «'U me' figghiu^[10]», lo llamaba don Saro. Y él, en aquel momento, ya lo había traicionado. Grandes abrazos y grandes sonrisas, ningún registro, porque nadie habría soñado siquiera llevar un arma; en aquella época algunas cosas eran impensables. Cordero, vino tinto, quesos de Le Madonie. En el último brindis por la amistad, el corleonés hizo una señal a Manuele. Y empezó la matanza. No salió ni uno con vida. Todos degollados como cabritillos. Lillo, como prueba de su nueva fidelidad, se ocupó de don Saro. El corleonés asintió. Más tarde, mientras vertían ácido en las tinajas y arrastraban uno a uno los cadáveres, Lillo le dijo a Manuele que él era dueño de su propia vida.

—Y una mierda. Eres el marido de mi hermana. Eres mi hermano. ¡Y acuérdate de que he dado la cara por ti!

Y precisamente porque había dado la cara por él, ahora le tocaba a él resolver la cuestión.

—Pero yo no lo siento así. ¡Y si no, ya verás!

Lillo abrazó a Manuele y se fue sin pasar siquiera por casa. Tal como iba vestido, con la ropa de cada día y en el bolsillo el dinero justo para un billete de segunda y un par de semanas de supervivencia.

Manuele había declarado que debían de haberle dado algún soplo porque él, pese a buscarlo tal como le habían ordenado, no lo había encontrado.

Sin embargo, cuando, una semana después, apareció en todos los periódicos la fotografía de Lillo en su nuevo papel de mafioso arrepentido, Manuele pensó que su suerte estaba echada. Y él también se dio a la fuga. Por supuesto, podía haber «cantado» él también. Y no es que no lo pensara. Pero ¿qué sería entonces de su familia? Mientras los jefes tuvieran la duda, mientras estuviera a cubierto, no les tocarían ni un pelo. En cuanto a él, sabía que no era más que cuestión de tiempo. Pero mientras durara...

La historia se alargaba desde hacía dos años y él se iba escondiendo y desafiando a todo y a todos, hasta que un día, a través de uno de Bari que había conocido en la

cárcel de la Pianosa, el *dottor* Rossetti lo reclutó. Rossetti buscaba a alguien que le pudiera colocar mercancía en la zona centro de Italia. Manuele sólo tenía una pretensión: sobrevivir. Sellaron el pacto con un apretón de manos. Luego fueron cogiendo confianza. Manuele le contó su historia, y Rossetti lo alabó: «Es bueno no traicionar a los seres queridos», le dijo. Por su parte, le contó que tenía conocidos en la mafia y le prometió que hablaría en favor del pobre Manuele en cuanto se le presentara la ocasión. Después Rossetti le hizo saber que durante un tiempo el tráfico quedaba suspendido. Empezaron unos meses grises, de miseria, de miedo.

Y por fin llegó la llamada.

—Algo se mueve. He conseguido un trato. Los he convencido de que se olviden de ti. No te muevas. Te envío a un hombre.

Y renació la esperanza. Y Manuele pensó que podría volver a abrazar a su mujer y a sus hijos. Que recuperaría su lugar en la vida. Que todo lo que había oído decir de aquel Rossetti, cuando era un miembro feliz y respetado de la Cosa Nostra, era cierto: Rossetti era un hombre poderoso, tan poderoso que incluso los capos hacían pactos con él.

Y un hombre generoso, si se había acordado de él, si no lo había abandonado en aquel pueblecito perdido de Las Marcas...

Así, cuando la mañana tras la llamada, a las ocho en punto, fue a encontrarse con el desconocido con casco que le esperaba en la carretera provincial junto a una motocicleta de gran cilindrada, su sonrisa era la sonrisa de un hombre feliz y esperanzado.

Sin embargo, el desconocido sacó del bolsillo de la cazadora una pistola con silenciador y le disparó dos veces a quemarropa, con lo que le destrozó media cara.

Pino Marino dejó la moto en un aparcamiento público de Macerata y se volvió a Roma en tren. En un estanco cercano a la estación había comprado un cuadernito y una caja de rotuladores. Durante todo el viaje, se esforzó en trazar esbozos de sus vírgenes. Vírgenes con el rostro de Valeria. Pero los rotuladores y sus pensamientos seguían caminos diferentes, y el resultado eran unos garabatos indescifrables. Pensaba en el hombre que había matado. No era la primera vez, y quizá no sería la última. Pero aquel hombre le había dejado dentro una extraña sensación. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué culpa cargaba, a los ojos de Stalin? ¿Tendría una mujer esperándolo en algún lugar? ¿Hijos? «Nunca dejes que se conviertan en personas —le había advertido Stalin, durante su adiestramiento—. Para ti son sólo objetivos. Si se convirtieran en personas, sería el principio del fin.» Bueno, ahora él sabía que había matado a una persona. Stalin había ordenado y él había ejecutado. Pero había sido su mano la que había apretado el gatillo. Su mano, no la de Stalin. ¿Era el principio del fin? ¿Era aquella la «culpa» de la que hablaban algunos libros que había leído y que siempre había considerado con cierto desprecio? ¿Todo aquello tenía algo que ver

con la chica? Pino estaba confundido. Quería volver a verla. Lo deseaba con todas las fuerzas de un despertar inesperado. Y aquel despertar le provocaba algo bastante parecido a un terror ancestral. «No tengo que buscarla» se dijo, por fin, y tiró el cuaderno y los rotuladores por la ventana. «No debo. Me apartará de mi camino. Me alejará de Stalin.»

Pero después, cuando llegó a la estación, la llamó desde un teléfono público.

También Stalin, aquella noche, hizo una llamada. A las doce en punto. Angelino Lo Mastro aún estaba despierto.

—¿Has visto la televisión?

—Sí, lo has hecho muy bien.

—Bien. La próxima vez hablaremos de cosas serias.

Colgó sin esperar respuesta. Casi inmediatamente, el móvil empezó a sonar furiosamente. Lo apagó. En su momento, en su momento. De vez en cuando también hay que concederse alguna pequeña satisfacción. En cuanto al pobre Manuele, bueno, en aquel caso también podía aplicarse aquel viejo proverbio chino: «Ninguna buena acción queda sin castigo».

La Muerte y la joven

1

El diputado Corazza tenía orígenes proletarios y un pasado oscuro. Había tenido relaciones con la escoria de la capital. Su *cursus honorum* político estaba plagado de traiciones y abjuraciones.

Aquello era precisamente lo que le hacía interesante a los ojos de Scialoja. De las cloacas, Corazza había heredado instinto, falta de prejuicios y visión de futuro.

Scialoja paseaba por el jardín de la clínica Salus. Era un día claro de octubre. Los árboles de la verde Suiza ya habían perdido sus hojas. A su alrededor, Lugano, somnolienta, resplandecía como en el canto anarquista^[11]. Al cabo de unos minutos, tras la terapia, Corazza le recibiría.

Se sentó en un banco y revisó los documentos que se había traído de Roma.

CARTA ENVIADA POR EL DETENIDO ELIO CIOLINI
AL JUEZ INSTRUCTOR DE BOLONIA, DR. GRASSI
6 DE MARZO DE 1992
NUEVA ESTRATEGIA DE LA TENSIÓN EN ITALIA
PERIODO MARZO-JULIO 1992

En el periodo marzo-julio de este año se registrarán acciones orientadas a desestabilizar el orden público, como atentados con dinamita contra personas «comunes» en lugares públicos, el secuestro y eventual «homicidio» de personalidades políticas del PSI, PCI o de la DC, o el secuestro y eventual «homicidio» del futuro presidente de la República.

Todo esto se ha decidido en Zagreb, YU (septiembre, 1991), en el marco de un «reordenamiento político» de la derecha europea, y en Italia está orientado hacia un nuevo orden «general», con sus correspondientes ventajas económico-financieras (ya en curso) para sus responsables, basado en la comercialización de estufefacientes.

La «historia» se repite tras casi quince años, habrá un retorno a las estrategias homicidas para conseguir lo que no pudieron en sus intentos fallidos.

Vuelven, como el fénix árabe.

Había sido Camporesi quien le había recordado el *affaire* Ciolini. En un principio habían infravalorado las revelaciones sobre la «nueva estrategia de la tensión». Pero cuando, seis días después, la mafia había asesinado en Mondello al parlamentario Salvo Lima, el valor nominal de Ciolini se disparó de pronto. Acudieron a verle a la cárcel agentes del Cuerpo de Operaciones Especiales de los *carabinieri*. Ciolini había detallado su *j'accuse*.

ESTRATEGIA DE LA TENSIÓN
MARZO-JULIO 1992

Matriz masonería-política-mafia = Siderno Group Montreal-Cosa Nostra-Catania-Roma (DC-ANDREOTTI)-ANDREOTTI-vía D'ACQUISTO-LIMA. Sissan. Acuerdo futuro Gobierno croata (TUDJMANN)

masón para protección trabajadores heroína-tránsito cocaína-cambio-reestructuración economía croata y reconocimiento República croata-inversión prevista 1.000 millones \$ (ilegible)-Sissan-Acuerdo entre grupos extremistas para política de derechas en Europa comercial-Austria-Alemania-Francia-Italia-España-Portugal-Grecia. Comercialización heroína-cocaína-vía (ilegible) Sicilia-Yugoslavia (proc. heroína Turquía).

Comercialización-Sicilia-Yugo-transporte submarino proc.

URSS (mini) pers. croata.

Protección DC vía Mr. D'ACQUISTO y LIMA-previsto futuro presidencia ANDREOTTI.

DC pide votos en la cúpula para nueve elecciones.

Corriente DC izquierda no de acuerdo con votos cúpula.

ANDREOTTI según el desarrollo de la política de izquierdas y derechas, poco (inciso) reticente.

Se justifica LIMA, por presión a ANDREOTTI.

Prevista también, con acuerdo PSI, República presidencial Andreotti.

Cúpulas-Presión a Andreotti (con el fin de) nuevos desarrollos, dirección política, alianzas etcétera crean dificultades en la situación de la mafia, en Sicilia.

Estrategia.

Intimidación dirigida a los sujetos e instituciones del Estado (fuerzas de Policía, etc.) para que no quieran hacerlo y distraer a la opinión pública de la lucha contra la mafia, con un peligro diferente y mayor al de la mafia.

En fin, un escenario tan inquietante que más de uno apelaría al golpe de Estado. Camporesi le había preparado un completo dossier de prensa.

La Repubblica, 19 de marzo 1992

EL ESTADO ESTÁ EN PELIGRO.

EL MINISTERIO DEL INTERIOR: EXISTE UN PLAN
PARA DESESTABILIZAR EL PAÍS.

L'Unità, 19 DE MARZO DE 1992

SCOTTI LLAMA AL GOLPE DE ESTADO.

REVELADO UN PLAN SUBVERSIVO QUE PREVEÍA
EL ASESINATO DE MIEMBROS DE LOS TRES PARTIDOS PRINCIPALES.
EL MINISTRO NO HABLA HASTA AHORA Y NO HA DICHO
NADA AL PRESIDENTE. ¿POR QUÉ? ¿QUÉ SOSPECHA?

Corriere della Sera, 19 DE MARZO DE 1992

ALARMA: COMLOT EN ITALIA.

Después, al cabo de menos de veinticuatro horas, todo se había deshinchado. Se había sabido que el tal Ciolini ya había sido condenado por calumnia y falso testimonio. Se le consideraba una fuente desacreditada. Y la alarma se quedó en falsa alarma.

La Repubblica, 20 DE MARZO 1992

EL BULO DEL GOLPE.

L'Indipendente, 20 DE MARZO 1992

UN COMLOT QUE SE HA QUEDADO EN NADA.

Corriere della Sera, 20 DE MARZO 1992

UNA ALARMA EXAGERADA Y SIN FUNDAMENTO.

La noticia se había servido de un modo torpe y confuso: nadie podía creer realmente en la reunión al estilo de SPECTRE en Croacia, en las que, entre

distendidas conversaciones, una banda de rufianes internacionales habría creado sin más un plan de desestabilización tan elaborado. Pero en el fondo había algo de verdad.

Falcone y su escolta habían saltado por los aires.

Borsellino y su escolta habían saltado por los aires.

Todo había sucedido entre marzo y julio.

Todo lo que había previsto Ciolini había pasado.

¿Y dónde estaba Scialoja cuando todo aquello se estaba preparando?

Ah, sí, estudiaba los documentos del Viejo, cogía práctica en el oficio, seguía sus propios sueños de gloria. Estaba tras la barrera, en otras palabras. Y mientras tanto la presión de la olla iba en aumento.

Sólo había una interpretación posible de lo sucedido. Alguien, informado de un proyecto efectivamente en marcha, había decidido aprovechar la fuente desacreditada para lanzar una señal. A cómplices potenciales o a los que tendrían que contrastarlo, eso no podía saberse. Lo retorcido de la génesis de aquella revelación tenía como fin evitar una investigación a fondo por parte de los jueces (que cuanto menos se metan en la zona gris, mejor para todos, como solía decir el Viejo) y, al mismo tiempo, hacer que saliera a escena quien pudiera ser útil en uno u otro sentido: para agilizar la maniobra o para obstaculizarla.

Una señal que el Viejo habría recogido inmediatamente.

Y una vez más se encontraba diciéndose a sí mismo: «¡No eres el Viejo! No lo eres, ni eres tampoco como él».

Historias como la de Ciolini corrían el riesgo de poner en jaque la efímera seguridad que creía haber conseguido con tanto esfuerzo. Su sensación de omnipotencia, demasiado reciente, demasiado frágil, se iba quebrando con una pregunta: ¿por qué diablos el Viejo le había escogido precisamente a él? En el momento de la investidura, el Viejo le había entregado una de sus famosas «cargas». Contenía toda la vida de Scialoja. «Ésta destrúyala. Es más seguro.»

Lo había hecho, pero primero lo había leído. No conseguía borrar de la mente aquellas palabras: «Inteligente. Fiel pero compulsivo. Hormonal. Se echará a perder».

Y si era aquello lo que pensaba el Viejo, ¿por qué diablos le había escogido precisamente a él?

No conseguía verlo claro.

Tenía que haber alguien que moviera los hilos detrás de Angelino Lo Mastro y de los suyos.

Pero ¿quién?

Corazza debía de saberlo. Corazza había sido el único que se había tomado en serio a Ciolini. Corazza había concedido entrevistas incendiarias. Había señalado con

el dedo a los norteamericanos, y éstos habían reaccionado, indignados, con un desmentido. Corazza había profetizado el «bombazo» de Capaci^[12].

Corazza y el Viejo se respetaban.

Una enfermera con bata blanca salió del edificio principal de la clínica. Era una joven alta, con una vistosa melena pelirroja. Miraba a su alrededor, como buscando a alguien. Lo localizó y sonrió, agitando una mano. Scialoja salió a su encuentro.

—El *onorevole* le espera.

—Gracias —respondió Scialoja, y añadió, tras echar un vistazo a la tarjeta prendida sobre un seno decididamente generoso—, Valentina.

Ella sonrió, con una sonrisa verdaderamente grande y bonita. Era una muchacha realmente guapa. Ojos verdes, piernas espectaculares y un perfume afrutado, nada agresivo. Scialoja dejó volar la imaginación pensando en ella mientras recorrían el pasillo immaculado al que daban las puertas blindadas de las habitaciones de los internos. Scialoja pensó de pronto que era un animal: pero ¿qué le pasaba por la mente, en un momento tan delicado? ¡Qué cosas de pensar, con Patrizia esperándole en el hotel!

—Aquí es.

Al llamar con los nudillos a la número 15, Valentina lo rozó. Un contacto fugaz del seno contra el hombro. ¿Involuntario o malicioso?

—¡Pasa, pasa, Scialo'! ¡Perdóname si no me levanto, pero esta quimio te deja hecho polvo!

A Scialoja se le escapó una sonrisa melancólica. Su camino y el de Corazza se habían cruzado muchos años antes. Cuando él no era más que un simple policía e indagaba sobre la banda del Libanés. Corazza era uno de los que más había trabajado por la liberación de Moro. Al oír el acento romano del ex congresista se sintió transportado años atrás. Era la música de un pasado que no volvería.

¡Pero cómo se había quedado Corazza!

En su bata de seda rosa, jadeante, en una butaca giratoria, con el rostro pálido y hundido por la enfermedad, con una voz ronca y haciendo esfuerzos por articular sus ideas, el gesto agotado con el que liquidaba la oferta de un apretón de manos...

—¡La mano no te la doy porque no está nada claro que esta cosa no sea contagiosa, Scialo'!

—¡Pero qué dice, *onorevole*! Ya verá como pronto...

—¡Pronto se darán un banquetazo los gusanos, Scialo'! La única satisfacción que tengo es que les dejaré poco que comer... ¡Mira en qué me he quedado!

Todo, todo en aquella sala olía a muerte. Scialoja cogió otra butaca giratoria y se dejó caer en ella.

—He venido a verle porque hay algo que no alcanzo a entender..., y usted podría ayudarme.

—¡Habrías tenido que decidirte antes, Scialo'! Pero ¿cuánto tiempo has tardado? ¿Estabas ocupado jugando con soldaditos de plomo? Ya sé por qué has venido..., lo sé... ¿Y sabes una cosa, Scialo'? Demasiado tarde...

—¿Usted está detrás de todo esto, *onorevole*?

—¿Yo? Yo, como se dice, sólo he ejercitado la mente. Dos más dos: cuatro... ¡Nada más, Scialo'! ¡Pero ya es tarde!

—¿En qué sentido?

—¿Y cuántos sentidos quieres que tengan estas palabras? ¡Es tarde porque ya no hay nada que hacer! ¡Ganarán ellos, Scialo'!

—Pero ¿ellos? ¿Quiénes?

—Digamos que los desconocidos de siempre, ¿vale?

—¡Venga, *onorevole*! ¡Los desconocidos de siempre siguen siendo ustedes!

—No, querido. Los «otros de siempre». Aquí los que están moviéndose son los del banquillo, esos que no sacabas al campo ni aunque hubiera una epidemia en el primer equipo. Los marranos. Los impresentables. ¡Los que todos estos años..., mientras nosotros hacíamos el trabajo..., estaban escondidos en las catacumbas con la capucha y la espadita!

—¿El famoso complot masónico?

—¿Sabes qué es aquí la masonería? ¡Una careta! Un montaje teatral que esconde a todos los traficantes y trapicheros... ¡Pero qué te voy a decir a ti, que estás metido hasta el cuello!

—Porque usted, en cambio...

—La cuestión no es ésa, Scialo': se trata que desde que cayó el Muro, a los del banquillo se les ha metido en la cabeza dejarnos de lado...

—¿Y eso le parece tan dramático?

—¡Tú bromea; ya sabes que a mí me gusta la gente alegre! Escúchame bien: para bien o para mal, durante cincuenta años hemos dado de comer y de beber a todo el mundo..., comunistas incluidos..., pero estos capullos creen que sólo ellos tienen derecho a comer. ¿Me explico?

—No. ¡Sigo sin entender!

—¡Es porque no eres el Viejo! Perdona si te lo digo, Scialo', pero tenía razón el Dandi... ¿Te acuerdas o no, del pobre Dandi?

—Que Dios lo tenga en su gloria.

—Bueno, pues el Dandi dijo una vez: el poli..., no te ofendas, ¿eh?, el poli puede que tenga la ambición necesaria, pero en cuanto a pelotas... ¡Sobre todo no te ofendas! ¿Eh?

Scialoja se levantó de golpe, preso de una rabia sorda. Primero el Viejo, luego incluso aquel bandido callejero del Dandi..., muy listo, él, que había acabado tiroteado de día en pleno centro, como un payaso de feria en el pim-pam-pum...

—¿Qué podía hacer, *onorevole*? ¿Qué iba a hacer? ¿Abrir una investigación? ¿Presentarme ante los jueces y poner en sus manos los papeles del Viejo? ¿Qué demonios podía hacer?

—¡Vaya por Dios, cómo se ha puesto Scialoja! Siéntate, anda, que me da vueltas la cabeza... ¡Los jueces! ¡Buenas piezas! Pero ¿qué cojones dices? ¿Tú no has entendido que hasta los de Milán les hacen el juego?

—¡No faltaba más que eso!

—¡Ah! ¿No me crees? Pues escúchame bien: éstos tienen las ideas claras. Primero: acabar con la clase política y destruir los partidos..., como se dice, representativos, nosotros, los rojos y los socialistas. Segundo: apoyar a las formaciones locales: otra Liga en Palermo, y así Italia se va a tomar por culo de una vez por todas... Tercero: poner bombas, disparar y provocar daños, así la gente se acobarda y corre a refugiarse en sus brazos... Así que, recapitulando, nos atacan desde la calle con balas y dinamita, y desde arriba con investigaciones... Nos quieren machacar. Es el cambio de la guardia. ¿Me he explicado?

—¿Y entonces por qué no han reaccionado? ¿Usted qué carajo ha hecho, eh, *onorevole*?

—¿Yo? ¿Y qué puedo hacer yo solo, y con el cáncer que se me está comiendo el hígado? Son otros los que tienen que moverse, Scialo'. Tú. Los comunistas, porque son ellos los que más tienen que perder, junto a nosotros. Habría que unir fuerzas, eso es lo que habría que hacer. Todas las fuerzas razonables, por decir algo, y organizar un gobierno con un par de cojones... Empezar a hacer las cosas en serio, como se suele decir, y reformas, dar una señal de cambio..., pero es tarde, Scialo', es tarde...

—¡Si no le conociera me sentiría tentado de decir que me encuentro frente a un demócrata convencido!

—Yo quiero lo mejor para este país. Pero ¿tú qué te crees? Todos los de la vieja guardia le deseamos lo mejor... Claro que hemos hecho más de un chanchullo..., y no sólo nosotros, no te creas que los rojos son unos angelitos... ¡Yo no quiero que se rompa todo en pedazos! ¡Y ten la seguridad de que, si el golpe tiene éxito, echaremos de menos a los ladrones democristianos y compañía! Éstos son bandidos callejeros, Scialo'... Tú sabes de lo que hablo, me parece...

—Si le digo una cosa, con la máxima reserva...

—¡Estaré mudo como una tumba! —dijo Corazza con una risita socarrona.

—Estamos tratando con la mafia.

—¡Qué cojones! ¡Menuda novedad! ¿Y los comunistas lo saben?

—Se lo he insinuado a Argenti...

—Y te ha echado los perros, ¿no? Ése se cree más Robespierre que Borrelli... Pero tiene cojones... Ya le escribiré yo unas líneas... Pero tú negocia, negocia, Scialo'. ¡Total, los frutos no te los llevarás tú, sino esos otros!

Corazza emitió una especie de hipido reprimido, se llevó la mano a la garganta y cerró los ojos. La respiración se le había vuelto casi imperceptible. Scialoja se inclinó sobre él. Corazza tosió y luego, con un manotazo, le agarró una mano. En los ojos brillaba una chispa de sarcasmo.

—No, no estoy muerto. Aún no.

Scialoja intentaba liberarse de la presión, pero Corazza se aferraba a él, a la salud que corría por sus venas.

—Desde que la de la guadaña se ha apuntado la dirección de mi casa, me da vueltas una idea, Scialo'... ¡Esperemos que no me haya equivocado! Esperemos que Dios exista de verdad..., si no, ¿puedes decirme qué cojones hemos venido a hacer a este mundo?

Por fin Corazza lo soltó. Scialoja huyó de aquel lugar de muerte frotándose la mano, como si quisiera liberarse de un contacto impuro.

En aquella habitación no había sólo un hombre moribundo. Había toda una época que se iba pudriendo. Y él se sentía como si fuera de paso, como una serpiente cambiando piel: la antigua se descomponía a una velocidad impresionante, pero aún no le había salido la nueva.

Valentina coincidió con él en la recepción. Se había cambiado. Llevaba un traje chaqueta gris, con la falda justo por encima de la rodilla, un abrigo ligero de color anaranjado, algo ordinario, y botas que la hacían más bien alta. El perfume era algo más intenso. Se ofreció a acompañarlo hasta la ciudad. Cuando supo que se alojaba en el Splendide Royal le puso una mano sobre el brazo.

En el coche pasaron a tratarse de tú. Valentina le dijo que aquélla era la primera visita que recibía Corazza desde su ingreso. Sobre su futuro nadie se hacía ilusiones, él menos que nadie. Era un hombre un poco vulgar, pero generoso con los regalitos. Aunque a veces no conseguía tener las manos quietas.

En el aparcamiento del hotel, ella le confesó que nunca había estado en el Splendide Royal y que le haría muchísima ilusión verlo.

Scialoja propuso una copa. Zumo de naranja sin azúcar para ella; una copa de Châteauneuf-du-Pape para él.

Valentina había nacido en Mendrisio. Hablaba tres idiomas y el trabajo en aquella horrible clínica, tan «suiza» (lo que quería decir, en realidad, alemana, y, por tanto, hostil), era temporal.

¿Qué hacer? Llevarse a la habitación estaba fuera de toda consideración. ¿Quizás a casa de ella? ¿A otra habitación? ¿Ante las narices de Patrizia? Valentina le cogió una mano: «Se me da muy bien leer el futuro», dijo. Bajo la mesa, cruzó las piernas con las de él.

Patrizia atravesaba el vestíbulo. Un botones la seguía, cargado de paquetes.

Sus miradas se cruzaron por un instante.

Valentina sabía bailar y cantar. Su interpretación de *I will survive* había sido premiada en un concurso para aficionados en una radio suiza en italiano. Su sueño era, naturalmente, encontrar un lugar en el mundo del espectáculo. Si alguien le echara una mano, no lo decepcionaría.

Scialoja perdió todo interés en ella.

Le dijo al camarero que la muchacha era invitada suya y la dejó plantada, evitando su mirada de decepción y enojo.

2

Tras la decimoctava serie de los Cinco Ejercicios Tibetanos, Patrizia se detuvo, en perfecto equilibrio, frente al espejo, y se giró con aire despreocupado hacia el reflejo de la imagen de Scialoja.

—¿Tu nueva conquista te ha dejado a dos velas?

—No digas tonterías.

—¿O pensabas en un numerito a tres bandas?

—A veces sabes ser desagradable.

—Debe de ser el pasado que aflora, cariño. La puta que llevo dentro.

Scialoja se sentó en la cama.

—No es más que una pobre infeliz. Hemos tomado algo. Nada más. ¡Y no tengo ganas de discutir!

Ella se giró. Scialoja tenía el rostro desencajado. De pronto parecía como si hubiera envejecido varios años.

—¿Un día duro? —tanteó ella, rebajando la tensión.

Scialoja le explicó el encuentro con Corazza. Le habló del olor a muerte que se respiraba en aquella habitación. Y sí, si realmente le importaba, sí que había sentido alguna tentación con aquella fulanilla.

—Quería demostrarme a mí mismo que aún era capaz —susurró.

—¿Capaz de qué? ¿De traicionarme? Nunca te he pedido la exclusiva, que yo sepa.

—No. Estoy hablando de otra cosa. Algo que tiene que ver con la vida y con la muerte...

—¿No te parece que exageras?

—Hay un montón de gente que espera algo de mí, Patrizia. Pero yo soy el primero que no sabe dónde empezar. A veces no sé exactamente ni quién soy...

—¡Oh, Dios mío, no, por favor! ¡No la soporto, esa autocompasión! La próxima putilla que encuentres, tíratela, por favor. ¡Así después tendrás algo más serio por lo

que lamentarte!

—¿Por qué eres tan mala conmigo, Patrizia?

Aquella frase infantil le tocó el corazón. Patrizia se quedó rígida. Mala. Había sido mala. Un niño que riñe a la mamá, y en su lamento se esconde el doloroso estupor del que no comprende. Porque no hay nada que comprender. Depende de cómo estás hecho. Y de lo que te han hecho. Su madre pasaba días enteros tumbada en la más absoluta oscuridad. Se quejaba continuamente de insistentes dolores. Si Patrizia se le acercaba, la echaba inexorablemente. Si insistía, la madre pasaba del lamento a los gritos. Un día Patrizia había recogido por la calle un perrillo abandonado. Cuando se lo enseñó a su madre, ésta se puso a gritar: «¡Llévate de aquí a esa bestia asquerosa, fuera de mi casa!». Patrizia se había echado a llorar. Un llanto inútil. Su madre dejó de dirigirle la palabra. Patrizia comprendió que su madre había muerto. Seguía alimentándose, lamentándose, vegetando. Pero estaba muerta. Y ella empezó a coleccionar animalitos de peluche. A ellos les confiaba sus penas, sus sueños. Pero un animalito de peluche no puede responderte. Un animalito de peluche es una cosa graciosa, pero muerta. Y fue entonces cuando ella, al igual que su madre, empezó a morir. Se sentó al lado de Scialoja. Él se lanzó entre sus pequeños senos. Aspiró su perfume, mezclado con el de la piel de la chaqueta. Ella le alborotó el cabello.

—Perdóname —susurró.

Y en aquel preciso instante comprendió, consternada, que empezaba a ser sincera.

Pino Marino y Valeria

Aquel extraño muchacho, dulce y amable, le había ofrecido un fin de semana de sexo y droga. Valeria había aceptado. Quizás algo decepcionada. Parecía diferente, y en cambio era igual a todos los demás. Bueno, paciencia, así es como estaba el mundo. Ella tenía algo que a él le interesaba mucho. Y él algo que le interesaba mucho a ella. Ella no sabía qué hacer con eso que le interesaba tanto a él. Y él había prometido ser generoso con eso que a ella le gustaba tanto. Peshawar de primerísima calidad. Quizás incluso demasiado pura. Hacía ya tiempo que iba tirando con mierda de poca calidad. «Así que, Valeria, atenta a la dosificación. O —qué carajo—, un buen chute y amén, y acabas de una vez por todas con esta vida de mierda...»

Durante el trayecto por la Pontina, carretera infestada de camiones articulados y paranoicos obsesionados con los cambios de carril, no habían intercambiado ni una palabra. Él conducía absolutamente concentrado; ella observaba, indiferente, el paisaje devastado por la expansión de la ciudad, las fábricas y los supermercados de Pomezia, los campos y los hangares de Aprilia, la silueta lúgubre de la periferia de Latina. En un momento dado, él puso un casete de música napolitana. Pero nada clásico, música melódica contemporánea. Ella le dejó claro que detestaba aquel rollo insoportable. Pino se ruborizó. Valeria toqueteó el sintonizador. Khaled no estaría mal. Se durmió al son de *Didi*. Al despertar se encontró junto a la playa de Sabaudia.

—Mis padres me traían aquí de niña —dijo, sin más, por romper el hielo, con una punta de nostalgia.

—La casa es de un amigo —respondió Pino Marino, sonriendo. Y añadió, por algún motivo—: es una casa segura.

Valeria se encogió de hombros. A ella le daba exactamente igual.

En cuanto bajaron del coche, ella le pidió caballo. Pino respondió que primero tenían que descargar el equipaje y ordenar un poco las cosas. Ella no se había llevado prácticamente nada, apenas un par de suéteres para el frío que venía del mar en otoño y una muda. Él cargó, sin esfuerzo, un saco y un maletón.

Una vez finalizada la fase de descarga, ella volvió a pedirle el caballo.

—¿No te apetece primero un baño?

—¡Tú estás como una cabra!

Pino renunció al baño. La playa, desierta. Él le hablaba de la belleza del monte. Le describía el perfil del monte Circeo, deteniéndose en la cumbre puntiaguda y en la capa de árboles verdísimos que se extendía hasta el mar. Aún no le había puesto la

mano encima, y hablaba como un poeta. Ella, mientras tanto, sentía crecer la urgencia. No se metía un pico desde hacía doce, no, quince horas. Estaba llegando al límite.

—El caballo.

—¿No te apetece comer algo?

—No. Teníamos un acuerdo, joder. Fóllame rápido y dame la mierda. ¡O dame la mierda y vete a tomar por culo!

—Yo tengo hambre. Me parece que tendrás que esperar.

Carne a la parrilla. Vino tinto. Pino Marino hablaba de cuadros, de la belleza de Roma, de Caravaggio. Cosas sin sentido. Palabras que pertenecían a otra Valeria. Pero ¿qué coño quería aquel tipo? ¿Era un maniaco? ¿La cortaría en pedazos para luego asarla a la parrilla? En cualquier caso, estaba demasiado cansada hasta para sentir miedo de verdad. Cada vez más cansada. En su interior la droga la llamaba a gritos. La destrozaba por dentro. El caballo, el caballo. Él había dejado de hablar y la estaba observando. La intensidad de su mirada le provocó un escalofrío.

—Bebe.

Se dio cuenta de que enfrente tenía una copa llena. Olió. Vino. No le iba el vino. No le atraía lo más mínimo. Quería la droga, maldito bastardo, pedazo de mierda, hijo de puta cabronazo, la droga...

Pero él repitió:

—Bebe.

Con una sonrisa tranquila. Desafiándola con una sonrisa tranquila.

Valeria bebió. En aquel momento, de algún lugar de algún pueblo de alrededor, en Terracina o en San Felice Circeo, explotaron decenas de fuegos artificiales. Valeria agachó la cabeza. Pino Marino le acarició el cabello y por fin se la cargó sobre el hombro, como si fuera una niña adormilada.

Valeria se despertó en plena noche. Con el estómago encogido por los calambres, el frío que le atenazaba los miembros y unas arcadas que hacían que deseara morir.

Pino Marino estaba fuera de la habitación en la que la había cerrado. Esperaba aquel momento desde hacía horas. Intentó adoptar un aire dulce. Tranquilizador.

—En el vino había un poco de somnífero. En la mesita de noche te he dejado Narcan. Te ayudará a pasar la crisis. El baño está a la izquierda. También hay agua caliente. Yo estaré por aquí, para lo que sea...

—¡Ábreme, imbécil!

—Eso es lo único que no puedes pedirme.

Valeria empezó a gritar. Sus peores pesadillas se estaban materializando. Y aquel dolor..., simplemente no podía soportarlo. Y la humillación, la rabia, la furia... Valeria gritó. Y gritó. Y volvió a gritar.

Así pasaron tres días. Valeria gritaba. Cuando el dolor arreciaba, perdía el sentido.

Al despertarse, gritaba. En el sueño, poblado de monstruosas pesadillas, gritaba. Al despertarse, gritaba. Gritaba. Gritaba. Gritaba.

Al amanecer del cuarto día se encontró de nuevo en un mar de luz. Las ganas de gritar se habían desvanecido. El dolor había desaparecido. Valeria tenía hambre. Miró alrededor. La habitación era un estercolero. El baño estaba en condiciones indescriptibles. Abrió la ventana. Al otro lado de los barrotes veía el ir y venir de las olas con la resaca. Había un pálido sol que a duras penas atravesaba una neblina fresca. El mundo, allí fuera, olía a fresco y a limpio.

—Quiero darme un baño —dijo, en voz baja.

Oyó cómo él se agitaba al otro lado de la puerta cerrada.

—No te oigo.

—¡He dicho que quiero darme un baño!

—El baño está a la izquierda...

—No me has entendido. ¡Quiero darme un baño en el mar!

Oyó cómo la llave giraba en la cerradura. Se acercó despacio a la puerta. Probó a mover la manija, que cedió a la primera. Salió. Él no estaba. Desde la puerta con ventana vio cómo corría hacia el coche. Un instante después el vehículo subía la cuesta hacia la cerca que daba al paseo marítimo de Sabaudia.

Él volvió al anochecer. Ella le esperaba.

Valeria era alta y tenía el cabello corto y rubio. Valeria tocaba el clarinete y vivía en una vieja casa familiar detrás de la Piazza Navona. Valeria llevaba camisetas blancas y vaqueros negros. Valeria un día les había dicho a sus padres que se fueran al diablo. Valeria se había ido a vivir sola. Valeria quería ser libre. Sus padres habían muerto en un accidente. Valeria había vuelto a la gran casa familiar detrás de la Piazza Navona. Valeria había tocado el clarinete por su padre, escultor, y por su madre, pianista. Aficionados. De profesión eran periodistas. Periodistas y comunistas. Valeria había crecido en el partido. Valeria odiaba el partido. Valeria había odiado a sus padres. Valeria había llorado por su soledad. Valeria había llorado porque no había podido despedirse. B.G. la había conocido en una fiesta de niños ricos. B.G., el de la televisión. La historia se había prolongado casi un año. El mundo de B.G. era un mundo «estupeendo», donde todos se besuqueaban y se sentían obligados a ser «estupeendos» con todo el mundo. El mundo de B.G. era un mundo falso y de mierda. A Valeria le parecía detestable, pero no podía evitar sentir cierta atracción. El mundo de B.G. era justo lo que sus austeros camaradas padres habían odiado siempre. Por eso, en cierto sentido, era inevitable que le atrajera. Después, un día, B.G. había encontrado algo mejor. El descubrimiento de la soledad había sido un golpe demasiado fuerte. Se había sentido tan débil cuando ella se había presentado, con su sonrisa cálida y sus promesas de ternura... ¿Cómo que quién? Lady Hero, ¿no? Se encontraron una noche, seis meses atrás, en los bares de San Lorenzo. Se

habían gustado mutuamente desde el primer momento. Desde entonces nunca más se habían separado.

—¿Qué curioso, no? En el mundo de B.G., el caballo ya no está de moda. Es algo para viejos. En el mundo de B.G. se viaja a mil por hora sobre papelinas de boliviana rosa... En el fondo, me pregunto si no era precisamente eso lo que estaba buscando. Quiero decir, algo que no estuviera de moda. Y algo que te mate con una muerte pasada de moda. No lo sé, no lo sé, hablo por hablar, ya me doy cuenta. Bueno, ésa soy yo. De momento. ¿Y tú? ¿Tú quién demonios eres, señor Pino Marino? ¿Uno de esos curas que recorren las calles en busca de ángeles caídos que recoger del suelo? ¿Quién eres tú?

Pino la cogió de la mano y la llevó a la terraza. Encendió las luces y le enseñó las telas. Doce grandes telas que había pintado durante su crisis de abstinencia. Valeria con la jeringa. Valeria con traje de astronauta, soltándose de un enorme cordón umbilical en forma de jeringa. Valeria rodeada de monstruos de sonrisa sarcástica de rostro destrozado. Valeria que caminaba sobre nubes rosas que eran cuerpos de niños lacerados. Valeria en todos los cuadros. Valeria con la túnica rosa y azul de la Virgen. En el centro del último cuadro, Valeria se levantaba, invicta pero incrédula por encima de unos cuerpos retorcidos con el rostro desfigurado por el impacto de numerosos proyectiles. A unos pasos de distancia, de rodillas, había un caballero con camisa hawaiana con una metralleta Uzi y una cartuchera en bandolera. Dos alas de arcángel asomaban por encima de sus huesudos hombros.

—Mira —dijo, señalando aquel personaje—: ése soy yo.

Valeria se echó a reír. Poco a poco la risa fue convirtiéndose en un sollozo histérico. Luego llegaron las lágrimas. Un río de lágrimas.

La bella y la bestia

Stalin Rossetti aparcó el BMW en el aparcamiento del área de servicio de Riofreddo y salió con los brazos bien separados del cuerpo.

Angelino Lo Mastro fumaba un cigarrillo apoyado en el quitamiedos, con la mirada perdida en un atardecer de colores encendidos. Stalin se le acercó con la mano extendida. El mafioso apartó la mirada. «Empezamos bien», se dijo Stalin. Por otra parte, la dureza con la que Angelino le había tratado dos horas antes al teléfono no presagiaba otra cosa.

—Muy bien, nos has hecho un favor. Lo tendremos presente. ¡Pero ahora deja de tocar las pelotas y dime qué andas buscando!

Stalin suspiró. El resentimiento de Angelino Lo Mastro era tan previsible como justificado. Había tenido al muchacho en ascuas un buen rato. Era hora de concederle algo.

—Estáis en una situación difícil. Los de Operaciones Especiales quieren joderos. Scialoja no cuenta una mierda. Si queréis salir de ésta, tenemos que hacerlo juntos.

—¿Juntos? ¿Tú con nosotros? ¿Estás chocho, Rossetti?

—Estáis en un callejón sin salida.

—¡Eso lo dices tú!

—Lo dicen los hechos. Tenéis la isla invadida por el Ejército. Vuestros jefes, en las cárceles especiales, son sometidos a humillaciones sistemáticas. El régimen de vigilancia especial, el 41 bis, es una fábrica de arrepentidos. Vosotros vais soltando amenazas y en Roma fingen que no os oyen. ¡Habéis matado a Lima, a Falcone, a Borsellino, a Salvo, y no ha servido de nada! Os ofrecen una tregua, y mientras tanto traman a vuestras espaldas para joderos. ¿Cómo pensáis salir de ésta?

—¡Daremos algún otro golpecito!

—¡Ah, ya entiendo!

—¡Ya está decidido!

Había movimientos, estados de ánimo, intenciones, que Stalin Rossetti reconocía antes que nadie. Una especie de instinto. Y conocimiento de la naturaleza humana, obviamente. No basta con saber manejar un kalashnikov para convertirse en un jefe respetado y temido. Es el cerebro el que marca la diferencia. A aquel muchacho no le faltaba cerebro. En cuanto a la ambición, le devoraba por completo. Aquella historia de los «golpecitos» no encajaba con él. Stalin Rossetti le ofreció un cigarrillo, cogió otro para él y, tras dos o tres bocanadas meditabundas, serio de pronto, casi hierático,

le dijo:

—Pero tú..., Angelino Lo Mastro..., ¿tú qué piensas?

El mafioso sonrió. Una sonrisa increíble, serena e inteligente, tal como la definiría posteriormente Stalin. Nada que ver con el estereotipo del mafioso.

—¡Hay quien dice que esta historia del golpecito es una gilipollez!

Stalin hizo esfuerzos por dominar su entusiasmo. Había franqueado la barrera. Habían instaurado la comunicación. Por fin Angelino se quitaba la careta de la organización y empezaba a hablar por sí mismo.

—Y tienen razón, Angelino. Está clarísimo que cuando cae un hombre ponen enseguida a otro en su lugar.

—¡Hasta Falcone lo decía siempre! —confirmó el mafioso, con el aire hipócrita de quien rinde homenaje al valor del enemigo apenas degollado—. Pero... tenemos que ganar algo con ello. ¡Si no, al final de esta historia habrá más muertos que espinas en una chumbera!

A veces, le confió Angelino, a veces tenía la sensación de que se volvía loco. Hablaba con uno, hablaba con otro, pero era como hablar con todos y con ninguno. A veces —¡y desde luego no era el único!— echaba de menos los viejos tiempos. Los democristianos untuosos; aquellos socialdemócratas de pueblo que no se quejaban aunque hicieran de rueda de recambio; las batallas de los socialistas por el garantismo; algún amigo republicano que sabía escoger el momento para soltar la palabra justa... Y tampoco habían faltado incluso comunistas, en casos raros y esporádicos, pero algunos había habido que, en el momento de meterle mano al *pizzo*^[13], no se habían echado atrás. Aquél era un mundo ordenado, donde todos jugaban el papel que tenían asignado y en el que, cuando alguien se desviaba, siempre había alguien dispuesto a meterlo en vereda. Pero aquello era antes. Ahora... El problema es que ellos tenían una necesidad desesperada de negociar. Pero no sabían con quién. ¿Quién coño había en el otro lado? ¿Quién demonios mandaba realmente en Italia? ¿Los jueces de Milán? ¿Sabía Stalin, lo sabía, que alguien en Palermo había propuesto matar a Di Pietro, que estaba tocando demasiado los cojones...? ¿Era consciente de que algún otro había preguntado a quién le estaba tocando los cojones?: «¿A esos cornudos que nunca se han mojado? ¡Pues bien por Di Pietro!». Y algún otro había dicho: «Pero ¿y si a Di Pietro le da por meter mano en ciertas cuentas y en ciertos negocios?». Y entonces la cuestión se había reabierto. Estaba, por decirlo así, en suspenso. Pero incluso la resolución de aquel asunto, en el fondo, dependía de la consabida pregunta: «¿Quién manda hoy en Italia?».

—Nadie —le explicó, paciente, Stalin—. O, mejor dicho, todos y ninguno. Los de antes están en las últimas. Y los que vendrán después aún no han llegado. Es una guerra aún desconocida para quien tome el control del país. Se trata de aguantar mientras no sepamos quién ganará. Pero, sea quien sea, al final tendrá que hacer

cuentas con vosotros.

—Me parece estar oyendo a ese poli, Scialoja...

—Scialoja quiere que paréis. Yo, en cambio, creo que tenéis que seguir adelante. Que tenemos que seguir adelante. Hay que ponerlos entre la espada y la pared. ¡Si mantenemos alta la tensión, habrá «conveniencia» para todos!

—¡Yo no te entiendo, Rossetti! ¡Estás dando la razón a los que quieren dar el golpecito!

—Pero depende de qué golpecito.

Posteriormente, por mucho que intentara rebuscar en la memoria, recorriendo paso a paso cada momento de aquella conversación que no dudaría en calificar de «surrealista», Stalin Rossetti nunca conseguiría determinar con exactitud la paternidad de la idea. ¿Había sido él quien la había sugerido, o el mafioso? ¿O habían llegado juntos a la misma conclusión, razonando con diligencia matemática sobre los pocos elementos de valoración de los que disponían? ¿O había sido la desesperación la que se había apoderado de sus mentes, insinuándose hasta imponerse? El caso es que en cierto momento la idea se materializó. Tenía la forma inconfundible de la Torre de Pisa. El brillo atornasolado de la Cúpula de San Pedro en una maravillosa mañana romana de octubre. La elegancia compuesta y distante de la Loggia della Signoria. Tenía el sugerente rostro de la belleza pura. Era la belleza. La belleza ajada. La belleza corrompida. Era Italia, en el fondo.

La enormidad de la revelación tomaba forma lentamente. Stalin y Angelino se sintieron de pronto casi iluminados. Y paralizados. Era una intuición colosal. Un diseño titánico. Una obra maestra absoluta. Excesiva, extrema como todas las obras de arte. La iconoclastia fruto de la negociación. La muerte de una ciudad. La muerte de cien ciudades. Y una ciudad que muere hace mucho, mucho más ruido que un juez que cae. Podía ser el triunfo del proyecto. Lanzarlos adelante. Romper los vínculos. Detenerlos en el instante mágico del exceso. Ni un momento antes ni un momento después. Concederles algo. Quizá más de una cosa. Detenerlos. El país habría invocado el armisticio. Detenerlos. Tener el país en la mano. Dominarlo. Y para siempre.

Naturalmente, quedaba aquel pequeño detalle. Scialoja. Pero no era el momento de pensar en él. Era el momento de las decisiones históricas. En los detalles ya pensarían más adelante.

En el apretón de manos que intercambiaron había algo más que un recuperado respeto.

Había un pacto de sangre.

Antes de irse, Angelino dijo que, siguiendo las reglas, tendría que hablar del asunto con los otros jefes. Stalin estuvo de acuerdo. Angelino suspiró.

—¿Me puedes resolver una curiosidad?

—Claro.

—¡Stalin! Pero ¿qué nombre es ése?

—¡Mi padre era comunista!

A su vuelta a Sicilia, Angelino le contó a tío Cosimo la nueva propuesta.

El tío Cosimo, que estaba podando amorosamente un pequeño seto en el refugio a las afueras de Siracusa donde había tenido que ocultarse tras escapar milagrosamente al arresto en el centro comercial La Vampa —«*Te lo dissi, fighiu, che quella era mala gente!*»—, se limpió el sudor de la frente y soltó una carcajada.

—Por lo que parece, todos te quieren...

—¡Eso parece!

—Pero nadie nos compra... ¿Tú te fías, Angelino?

—¡Yo me fío sólo de la Cosa Nostra, tío Cosimo!

El tío Cosimo sonrió. El chaval no perdía el norte.

El tío Cosimo organizó una rápida ronda de consultas.

El tío Cosimo le dijo a Angelino que harían como el asno que come de dos pajares: un poco de uno, y un poco del otro.

Angelino le comunicó a Scialoja que habían acordado la tregua.

Y a Stalin Rossetti le hizo saber que muy pronto tendría noticias suyas.

Manos limpias

Al final, lo del trabajo había quedado en nada.

Las molestias en el ojo. La convalecencia. La sorda resistencia de Ilio, mascarada de empatía y muestra de afable pesar: «Pero querida, contra la opinión del médico, no se puede...».

Al final se había regalado unas vacaciones en el Casentino, en la Toscana, con la pequeña y la tata.

Así que ahora se encontraban en la casa de campo, a las afueras de Poppi, magnífico lugar escogido por el Fundador en el verano de 1973 por su lejanía con respecto a los centros habitados y porque el propietario, un campesino venido a más, tenía necesidad urgente de efectivo para correrse su última aventura con una bailarina de tango.

Era un final de otoño sorprendentemente suave. El invierno apenas se insinuaba a lo lejos. Sin embargo, a veces se formaba de pronto una neblina fría y húmeda. La silueta de las colinas destacaba tras alguna llovizna esporádica. Más allá de la casa, el bosque se poblaba de espesas sombras. Las copas de los cipreses se agitaban con gemidos péfidos de los que parecía filtrarse el dolor de un sufrimiento antiguo. Ninguna otra tierra italiana ha producido tal cantidad de terribles leyendas como el Casentino. Raffaella había encontrado un libro de fábulas de Emma Perodi. Pretendía que Maya le leyese dos o tres seguidas. Aquellas oscuras historias de curas lujuriosos, campesinos decapitados y caballeros asesinados le arrancaban grititos de excitación. Se apretaba contra su madre y juraba que, de mayor, sería «directora de dibujos animados». Dibujos animados de terror, nada de esos dibujos de Walt Disney, con gatitos, conejitos y demás. Maya se preguntaba, preocupada, si todo aquello no tendría que ver con la tensión que había aflorado en los últimos meses entre Ilio y ella. No había conseguido disimularlo muy bien. No había sido la mejor de las madres. Y Raffaella se había resentido. Pero después el sol volvía a imponerse, imperioso, sobre las espléndidas colinas. Se podía salir. Y Maya y la pequeña descubrían los lentos caracoles, la ágil lagartija verde, el terrible ciervo volante, el peligrosísimo abejorro, la delicada pasionaria que nos recuerda la pasión de nuestro señor Jesucristo, y las setas que son el regalo que deja la lluvia tras de sí después de su fugaz paso, setas mágicas como las de *Alicia en el país de las maravillas*, pero que es mejor no comerlas, porque ¿cómo puedes saber cuál te vuelve pequeña, pequeña como Pulgarcito, y cuál grande, grande como un ogro?

Maya sabía que Ilio no había querido darle un empleo porque a la vista de todos habría sido inconcebible que la hija del Fundador se rebajase a trabajar.

Maya sospechaba que la había mandado a la Toscana porque habían vuelto los problemas y, en definitiva, no quería tenerla de por medio con sus preguntas mudas y su actitud de veneración.

Después, tras una serie de interminables días de naturaleza y aburrimiento, de pronto «la comitiva» anunció a bombo y platillo su llegada por sorpresa. El espacio no faltaba, y el servicio no era un problema. Ilio parecía en gran forma, espléndido como siempre y, como siempre, al lanzarse a sus brazos, Maya sintió enseguida el deseo.

No faltaba, naturalmente, Giulio Gioioso, con su aire de perrillo necesitado de una caricia urgente y, por lo que parecía, con un renovado contrato de estima recíproca con su marido.

Nanni Terrazzano había abierto una mágnam de Bollinger Gran Reserva y había brindado a la salud del juez Di Pietro.

—Que ha arrestado a ese fanático usurero de Malacore. ¡A ver si lo encierran y tiran la llave al mar de una vez!

Porque este señor, un *terrone* sin oficio ni beneficio ni siquiera en su tierra, en la Calabria Saudita, despreciado por todos, que le llamaban, jugando con el apellido, «Malacarne», ese apestoso no sólo se había hecho a golpe de comisión con todos los contratos para la reconstrucción de no sé qué isla del Caribe destruida por el tornado de turno, sino que...

—Tuvo el valor de decirme a mí, ¡a mí!, Nanni Terrazzano, a mí, hijo de unos padres que se tuteaban con el Rey y con el *duce*, que descanse en paz, mientras los suyos picaban carbón en las minas...

Pero ¿qué insensatez se le habría ocurrido decir a ese Malacore-Malacarne para ganarse el odio eterno del megafascista Terrazzano? Algo muy, muy simple: «Aunque pagues, y aunque pagues mucho, no te dejaré trabajar».

—¿Os dais cuenta? ¡Yo ofrecía el diez, y estaba dispuesto a subir hasta el quince, y ése nada! ¡Todo para mí, nada para ti! Bueno, pues toda para él, la cárcel.

En el jugoso episodio, interrumpido por una y otra copa de champán helado («Sublime —salmodiaba Terrazzano—. ¡Ah, los franceses, los franceses!»), se intercalaban otras voces, otras historias, otros detalles sobre la sucesión de chanchullos que un brillante cronista había tenido la idea de bautizar como «Tangentópolis».

Estaban exagerando.

Tenían demasiadas ganas.

Desde que el mundo es mundo, ya se sabe que para avanzar hay que engrasar las ruedas.

Pero todo tiene un límite.

Ésos ya no se contentaban con la comisión, la famosa «tangente».

Ésos decidían por su cuenta quién trabajaba y quién no. Cabrones.

Infames.

El más indignado de todos era Ramino Rampoldi. Figuraos: un amigo suyo gana un concurso para unas obras y se presenta al «cajero» para ingresar el óbolo. Aquél, amedrentado, lo abraza y después se atrinchera tras el escritorio. ¿Óbolo? ¿Es una broma? No, más bien es una locura, porque el «cajero» es napolitano (el típico *terrone*, ¡maldito sea! Pero la imitación de Rampoldi hacía que la pequeña se partiera de risa)... ¡Una locura! Resulta que el amigo es suegro de una muchacha que pertenece a la familia..., en fin, la sobrina del ministro. ¡De modo que, está claro, una petición de ese tipo sería de una mala educación inaudita!

—Mi amigo se guarda el dinero, tan contento, y se vuelve a casa. Dos días más tarde se presenta el secretario del ministro en cuestión, consternado. Y le dice: «Mira, yo ya sé cómo ha ido. Pero tienes que pagar igualmente». Y el amigo: «Pero ¿estamos locos? Pero si anteayer mismo...». «Sí, sí, lo sé. El “cajero” y compañía..., pero, en fin, el sistema es el que es. Tú lo conoces mejor que yo. Si se llega a saber que no has pagado, quedamos todos bien retratados... Y un día podría presentarse cualquiera y decir: “Mi hermana es amiga de Fulanito, mi madre jugaba al golf con la tía del presidente..., en fin, por el bien del partido, por el bien del sistema, por el bien de Italia... paga y no toques los cojones”.»

Cuando Ilio preguntó de qué partido estaban hablando, Rampoldi hizo un gesto vago. Alguien le preguntó si realmente había devuelto el carné socialista. Él asintió. Porque antes o después llegarían alto, muy alto. «Hasta Craxi, llegarán. Os lo garantizo. Así que mejor mirar alrededor y buscar otra casa. La Liga Norte, por ejemplo; ahí hay gente que habla claro y llama al pan pan y al vino vino...»

Se sirvió la última gota de la mágnam y se brindó por los jueces.

Fue entonces cuando Maya, con su voz dulce modulada con un toque de ironía quizás involuntaria, hizo su primera pregunta.

—O sea, que todos pagabais comisiones...

La comitiva se rio. Alguien gritó: «¡Que levante la mano quien no haya pagado nunca una comisión!». Todas las manos permanecieron abajo. Incluso la de Ilio. Maya sonrió y tomó en brazos a la pequeña, que había empezado a tocarse la oreja con un típico gesto que precede a un sueño inminente. Maya hizo su segunda pregunta.

—Pero ¿por qué no lo habéis denunciado a los jueces?

Todos se pusieron de pronto serios. Y se quedaron mirando a Ilio, que tenía la mirada baja, clavada en el plato. Se cambió enseguida de tema. Pero incluso el clima alrededor de la mesa había cambiado. Un silencio tenso e incómodo había venido a

reemplazar la alegría de antes.

El amigo americano

1

Apenas habían puesto el pie en la elegante suite que Scialoja había reservado en el Pierre cuando él le dijo que no la llevaría consigo a Washington.

—Tendrás que conformarte con Nueva York, me temo.

—Pero ¿por qué?

—No sabría cómo justificar tu presencia.

—¡Siempre puedes decirles que soy tu secretaria!

—No es tan simple, con esos puritanos..., pero dentro de dos días estoy de vuelta.

¡Te lo prometo!

Había durado una semana. Patrizia había aprovechado la ocasión para visitar Nueva York de cabo a rabo. Había experimentado la espontaneidad y la velocidad de los neoyorquinos. Había quedado impresionada por los rascacielos. Había gastado tres carretes de fotografías estudiando los enfoques más absurdos de las Torres Gemelas. Durante sus largos paseos, o mientras se relajaba en el *jacuzzi* o en el bar del hotel, donde había distribuido propinas a los camareros para que mantuvieran alejados a los inoportunos, había tenido la ocasión de descubrir un nuevo placer. El placer de la libertad. Por primera vez, tras tanto tiempo, la soledad no le parecía temible, sino seductora. Había vuelto a sentirse dueña de sí misma, de su tiempo, de sus decisiones e incluso de sus indecisiones. Le habían aflorado a la mente recuerdos que le habían provocado una gran turbación. Y, tras la estela de los recuerdos había empezado a proyectar vagamente algo parecido a un futuro. Ella, que nunca había creído en el futuro. Patrizia sentía que estaba al borde de una tormenta. La advertía con dolorosa lucidez: un torbellino inminente, un cambio, quizá. Había intentado hablar de ello con Scialoja. Hablaban por teléfono todas las noches. El tono de él, a veces expeditivo, otras formal hasta resultar frío, la había frenado. Era el tono de un hombre que trabaja, de un hombre que está «de servicio». Un hombre que nunca se esforzaría por penetrar más allá de la superficie de la conversación. Decidió dejarlo para mejor ocasión. Y sin embargo, aquel puntito indefinible que se le estaba formando dentro antes o después explotaría. En su soledad hizo otro descubrimiento. Cuanto más tiempo pasaba, más se desvanecía en su recuerdo la imagen de Stalin. Una sensación nueva, en ocasiones devastadora. Stalin, por su parte, le había prohibido cualquier contacto hasta su vuelta a Italia. La prohibición, que en un primer momento la había irritado, había resultado ser una auténtica bendición. No era a Stalin a quien quería hablarle de la tormenta, sino a Scialoja. Y ahora que él había

vuelto, ahora que lo veía venir hacia ella por la Quinta Avenida, con su abrigo de corte elegante y los cabellos ligeramente enmarañados, ahora tenía ganas de decirle que estaba contenta de tenerlo de nuevo a su lado, que Nueva York sería un lugar excelente para partir de cero. Pero el beso que intercambiaron era frío, demasiado frío, como la tarde que el sol se apresuraba por abandonar. Scialoja tenía un aspecto hosco, devorado por una angustia que ni siquiera el cálido contacto de su piel conseguiría aplacar.

—Mañana te llevo a Maine, Patrizia.

—¿A Maine? ¿Y qué hay en Maine?

—Oh, un montón de cosas. Ballenas, por ejemplo.

—¿Y desde cuándo te interesan las ballenas?

Las ballenas, a decir verdad, no le importaban demasiado. Pero en Maine estaba un tipo, un tal Billy Goat, que quizá podría darle las respuestas que había venido a buscar a Estados Unidos. Patrizia le lanzó una mirada de decepción y se dejó absorber por una tienda de moda italiana.

Scialoja aprovechó para encenderse un puro. Hacía un tiempo que había vuelto a fumar. En Estados Unidos era un problema. Los norteamericanos se estaban volviendo intolerantes con el humo, como con tantas otras cosas.

En teoría, habría podido perfectamente ir a Maine solo. Patrizia desde luego habría preferido quedarse un poco más a orillas del Hudson. Pero ya se había sentido solo bastante tiempo. En Washington le había resultado duro.

Le habían llevado de un despacho a otro, había sido recibido en todas partes con un respeto incluso ofensivo por parte de una banda de impasibles hijos de puta que lo negaban todo fingiendo escandalizarse: «¿Nosotros, desestabilizar Italia? *Come on, Mr. Scialoja, come on!* ¡Nuestros queridos amigos italianos! ¡Nuestros mejores aliados!». Ni siquiera el Libanés y sus muchachos negaban algo con tanto ahínco.

Todo aquello apestaba a patraña. Tanta negación era un insulto a su inteligencia. Pero ni siquiera lanzándose a los pies de los más experimentados contactos del Viejo, Scialoja había conseguido abrir una grieta en aquel muro de silencio. Y se preguntó si también el Viejo, cuando volaba a Washington para sus «consultas» periódicas, habría tenido aquella misma sensación de ser tratado como un vasallo insignificante. «Quizás el Viejo no iba a Washington. El Viejo “era convocado” a Washington», se dijo con una punta de maligna satisfacción.

En fin. Estaba a punto de izar la bandera blanca cuando Freddy M., un joven analista homosexual, tras atizarse el quinto o sexto Martini e informarse sobre el estado del movimiento de liberación homosexual en Italia, le había puesto una mano en la rodilla y, mirándolo fijamente a los ojos, le había dicho:

—Tendrías que hablar con Billy Goat. Es el único que puede ayudarte.

Scialoja había apartado delicadamente la mano, encajando la sonrisa dócil y

decepcionada del otro, y le había rogado que le organizara un encuentro.

—Te costará un pico —le anunció Freddy.

—Tú organízame el encuentro.

Al día siguiente había ordenado a Camporesi que efectuara el ingreso en un banco de la isla de Guernsey. Su ayudante se había puesto a gritar.

—¡Pero son doscientos mil dólares!

—¿Y? ¡Sáquelos de los fondos que ya sabe y no me maree!

—¿Y si fuera un timo?

—Camporesi, está adquiriendo un feo vicio: habla demasiado. ¡Ejecute y basta!

Sí, podía ser un timo. En los discos que llevaba consigo, una pequeña selección del archivo del Viejo de la serie «Véase la voz EE. UU.», ese Billy Goat no aparecía. ¿Podía ser que se le hubiera escapado al Viejo un contacto potencial como aquél, al más alto nivel? Pero aunque fuera un timo..., él tenía que saberlo. Y aquel tipo que se había retirado a vivir en Maine, tras lo que Freddy M. había definido como «una vida pública de novela», era la única conexión que le quedaba con «el proyecto americano».

Patrizia salió de la tienda con las manos vacías.

En toda la noche no se dirigieron la palabra.

2

Mientras conducía su descapotable de color naranja hacia el pequeño aeropuerto de Bangor, Billy Goat pensaba en el mejor modo de resolver el asunto.

El italiano había pagado, así que se había ganado el derecho a acceder a la información solicitada. Enviarlo a casa con las manos vacías iba en contra de la ética protestante a la que la mitad americana de Billy prestaba ciega obediencia.

Sin embargo, su otra mitad, la que llevaba en el ADN de un niño nacido como Santo Mastropasqua en un barrio popular de Milwaukee y que se había convertido en Billy Goat por vergüenza, a pesar de las burlas y el racismo de los buitres anglosajones, le decía que no se fiara. Los italianos eran retorcidos, ambiguos, poco claros, paranoicos, propensos a faltar a su palabra, enamorados de la traición, que cultivan como un arte sublime. Con los italianos había que estar siempre en guardia.

Por otra parte, una divulgación de datos excesiva podría resultar contraproducente, incluso pensando puramente en la «conveniencia».

Tres años antes, cuando habían ganado la guerra santa contra el Satanás rojo de Oriente, Billy Goat, al igual que muchos otros oscuros héroes que se habían cubierto de gloria en acciones que oficialmente nunca habían tenido lugar, había sido

desplazado brutalmente.

Ya no hacía falta gente como él. Es lo que habían decidido en las altas esferas.

Billy había contactado con Freddy M., un mariquita tirando a radical obsesionado con la historia secreta de la guerra al comunismo, y en el momento de la despedida le había dado a olisquear un poco del material que había llevado hasta allí de un modo no del todo transparente. La historia de la operación Cóndor, en la que en realidad apenas había profundizado, al jovencito de mejillas rosadas le había fascinado. Ciertos detalles —se hablaba de cuando, con los muchachos de la Dina, la Policía secreta de Pinochet, cargaban a los prisioneros en los aviones y los descargaban en el océano tras haberles aturcido con morfina con fines humanitarios— habían provocado en él indignación y conmoción. Una indignación y una conmoción que se habían traducido en un buen fajo de billetes cuando Freddy M. había presentado el proyecto *My Life as a State Killer* a un importante editor. El editor había abierto inmediatamente el grifo del dinero. En aquel punto, Billy había hecho correr la voz de su nueva pasión literaria, y había llegado a algunos elementos destacados que desde luego no iban a dar saltos de alegría al publicarse el libro. Pero la voz iba acompañada de una siniestra y muy sagaz profecía: «Si me ocurriera cualquier cosa, las páginas, depositadas en un lugar seguro, serán publicadas con nombres y apellidos. Los de verdad».

Así Billy tenía por un lado pendiente al mariquita, que saboreaba sus relatos e informaciones con vistas a la publicación de una obra maestra destinada, con suerte, a aparecer a título póstumo; y por otro lado, se había asegurado una sinecura nada despreciable, financiada por sus antiguos compañeros.

Mientras tanto, no les hacía ascos a otros trabajitos. Como el que tanto interés despertaba en el italiano. El hombre que había ocupado el lugar del Viejo.

Al salir a su encuentro en el vestíbulo del aeropuerto, con la mano extendida y una amplia sonrisa estampada en la cara, Billy decidió que le diría algo, pero no todo. Tendría que ser él quien interpretara la señal. Por lo demás, no era asunto suyo.

El italiano, Scialoja, se había traído consigo a su amiguita. Un tipo notable, aunque algo huraño. Billy, tras conducir a sus invitados al *cottage* que había adquirido unos meses antes en Blue Hill, confió a miss Patrizia a los cuidados de su nueva esposa, Ingrid, una mujerona medio noruega y medio india o, para ser políticamente correctos, *native American*.

La impaciencia del italiano se reflejaba en cada uno de sus gestos, en cada una de sus frases. Se mostraba desesperado por cualquier información. Billy, haciendo gala de la hospitalidad que dictaban las antiguas tradiciones de Maine, le daba largas, se tomaba su tiempo. Obligó al italiano y a su hermosa acompañante a dar un paseo turístico por el pueblo mientras él iba alabando las bellezas de Maine. Maine era un puerto de llegada. Maine era una conquista. Maine era un nido de jodidos radicales,

pero también un pedazo de la vieja América inmortal que ejercía sobre los hijos de los inmigrantes una atracción casi enfermiza.

Para cenar se sirvió bogavante con *mashed potatoes*. Scialoja, resignado a aquel intercambio de palabras insulso, picoteó el crustáceo, pero apenas probó el Chardonnay Lorenzo Mondavi, que a su gusto adolecía de un retrogusto a melaza. Hasta el punto que Billy Goat, sacudiendo la cabeza con un gesto de desaprobación, se vio obligado a destapar un mediocre rosado de Oregón. En cuanto a las mujeres, aunque no estaba claro en qué idioma se comunicaban, parecían entenderse de maravilla, como si se conocieran desde siempre.

Por fin, mientras Ingrid y Patrizia, al final del embarcadero que penetraba en el océano, disfrutaban en un éxtasis silencioso de una de las últimas y maravillosas noches estrelladas de la temporada, Billy decidió que ya tenía bastante de juegucitos y, mirando a Scialoja fijamente a los ojos, le dijo:

—No ha habido nunca, a nivel gubernativo, un proyecto para desestabilizar Italia.

—¿Me está diciendo que acabo de apostar doscientos de los grandes al caballo equivocado?

—¡He dicho «a nivel gubernativo», mister Scialoja!

—Entonces hábleme de los otros niveles.

—Mejor hablemos un poco de política. Periódicamente, mis compatriotas parecen advertir una perniciosa necesidad de libertades constitucionales y derechos civiles, de tutela de las minorías y de recuperación del sueño americano, y éste, amigo mío, es precisamente uno de esos momentos...

—¿Podría intentar hablar más claro?

La mirada de Billy adoptó un aire de maldad y su tono de voz se volvió duro.

—Clinton será elegido presidente. Clinton toca el saxofón como los negros..., oh, perdón, como los ciudadanos de color... Clinton babea por el Papa. A Clinton le da igual si en Italia o en cualquier otra parte del viejo continente los rojos se hacen con el poder. Clinton mira a Oriente. A Clinton le pierden los buenos sentimientos. Clinton mira a su alrededor y no ve más que odio. Clinton se pregunta: «pero ¿por qué nos odian? ¡Nosotros somos una gran nación! ¡Tienen que querernos!». Clinton hará lo imposible por hacerse querer por los beduinos, por los mugiki, por las lesbianas con los ojos almendrados, por los defensores de los derechos de las focas monje y por la Liga por el desarme unilateral... Los norteamericanos adoran a Clinton, y Clinton meterá a su país en líos. ¡Pero no siempre ha sido así!

—Creo que empiezo a comprender.

—Ya. No siempre ha sido así. Y no todos pensamos igual. No me sorprendería si, dada la situación que le acabo de exponer, en un pasado reciente algún ciudadano con las ideas claras en esta parte del océano se hubiera dirigido a algún ciudadano con las mismas ideas en la otra parte del océano... Los vínculos entre nuestras comunidades

siempre han sido muy estrechos y profundos, pero convendrá conmigo, mister Scialoja...

—¡Desde luego, mister Billy Goat! Muchos hablan aún el mismo idioma. Quizás el siciliano...

—Algunos se han sentido autorizados a ir más allá. Han pensado que determinada isla estaría mejor bajo la bandera de barras y estrellas que bajo la tricolor...

—Pero...

—¡Pero quizá se hayan pasado!

—Ha sido muy ilustrativo, mister Goat. Y muy útil.

«Útil, quizá», pensó Billy, mientras avivaba el fuego del puro. Claro, hasta cierto punto. Pero si el italiano quería leer la historia en términos de mafia de aquí y mafia de allá, estupendo. Las cosas eran mucho, mucho más complejas. Por otra parte, había pagado, y se merecía alguna otra aportación. Billy repitió a Scialoja, obviamente sin citar las fuentes, el discursito que le habían hecho en julio, cuando la victoria de Clinton ya parecía inevitable, a sus amigos texanos.

—Pero todo eso ya es historia pasada. Es como cuando compras una maravillosa vaca de ancha grupa y a la primera monta te das cuenta de que la mala bestia es estéril. Desde luego podrías tomarla con el hijo de puta que te la ha vendido, o llevarla a un especialista para ver si hay algún remedio nuevo, pero sólo perderías un montón de tiempo y de energía. ¡Casi es mejor comprarse otra vaca!

Las mujeres entraron en la casa con la cara rosada por el frío y los ojos brillantes. La conversación se había agotado. Scialoja y Patrizia cerraron tras de sí la puerta del pequeño apartamento decorado en madera donde les había conducido la presurosa Ingrid. Patrizia sintió que algo le rozaba la pierna. Gritó. Scialoja lanzó una mano instintivamente y logró aferrar al vuelo al intruso. Era un *chipmunk*, una ardilla americana. Lo miraba con una expresión entre furiosa y aterrada. Se debatía en una serie de esfuerzos patéticos por morderle los dedos.

—¿No es mona? —preguntó Scialoja. Patrizia estaba pálida, con los puños apretados y una expresión de terror en el rostro—. ¡Podríamos llevárnosla a Italia!

—¡Suéltala! ¡Por favor, deja que se vaya!

—Pero ¿por qué? Si aquí está calentita, con nosotros... Deja que sea ella la que escoja, ¿no?

—¡Nadie escoge nunca, nadie! ¡Deja que se vaya!

Él llevó al inquieto animalito hasta la ventana, deslizó el doble cristal y lo puso en libertad. En un momento, la larga cola había desaparecido entre el follaje de un enorme nogal americano. Patrizia lo abrazó. Scialoja se tendió a su lado. Nunca la había visto tan frágil, tan desesperada. Se quedó acariciándole el pelo, hasta que el sueño la venció.

Un atardecer en el Gianicolo. Por debajo de ellos se iban encendiendo, una tras otras, las luces de la Roma inmortal. Patrizia tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviera frío. A lo mejor no se le había pasado aún el *jetlag*. O quizás había algo más.

Stalin le rodeó los hombros con un abrazo tierno y posesivo. Ella se dejó hacer.

—¿Algún problema, cariño?

—No, no, ninguno. Será que estoy algo cansada.

Vaya por Dios. En Estados Unidos había pasado algo. Patrizia aún no le había contado nada útil sobre el viaje de Scialoja. Había sucedido algo. Algo que la había acercado a Scialoja y la había alejado de él. Pasado cierto límite, ninguna mujer consigue fingir de forma convincente. Patrizia no era una excepción. Había tensado demasiado la cuerda. Había sobrevalorado a la puta. No quería siquiera contemplar otra posibilidad: que Scialoja poseyera recursos insospechados en el campo del «factor humano». Se impuso mantener la calma.

—Perdóname. ¡Pero es que estaba tan contento de volver a verte, después de tantos días!

Una duda cruzó el rostro de Patrizia como un relámpago. Stalin humilde. Stalin sumiso. Stalin que se disculpaba. Stalin le rozó los dedos con una serie de besos encadenados. La capacidad que tenía de presentar como verdad la más insignificante mentira le llenaba de orgullo. Patrizia, apoyada en una inestable barandilla, contemplaba Roma iluminada. El amo se había dado cuenta por fin de que la perrita se había alejado demasiado y la llamaba al orden con un simple silbido.

—¿Cuándo acabará este juego, Stalin?

—Cuando consiga lo que me corresponde.

—¿Cuándo?

—Pronto. ¡Muy pronto!

—¿Y después?

—Y después empezará por fin nuestra vida de verdad.

—¿Debo creerte?

—¡Eres mi mujer!

—En Maine se ha reunido con un tipo, un tal Billy Goat...

—¿De verdad?

—Sí. Scialoja dice que es... una especie de *killer*...

¿Una especie de *killer*? Una definición tan limitada era típica de la mentalidad de nuevo rico de Scialoja. Él y Billy se habían conocido en 1985. Un comando capitaneado por Abú Abbás, primo de Arafat, se había apoderado de un crucero. Tras

una larga negociación, los heroicos combatientes palestinos se habían rendido a la justicia italiana: mientras tanto habían ajusticiado heroicamente a un viejo judío norteamericano en silla de ruedas, tirándolo a las azules aguas del Mediterráneo ante los ojos de su mujer.

Abbás había sido cargado en un avión militar que tenía que devolverle la libertad. Los norteamericanos habían interceptado el vuelo. El avión había aterrizado en una base de la OTAN en Sicilia. Los marines exigían la entrega de Abbás. Bettino Craxi, jefe del Gobierno, había ordenado formar a los *carabinieri* en armas contra el más poderoso aliado de Italia. Bettino Craxi tenía cojones.

Los norteamericanos despoticaban: en aquel avión podía estar Abú Abbás. El Gobierno italiano aparentaba estupor: «¡Estáis equivocados!». A los norteamericanos se los llevaban todos los demonios: «Estamos seguros de que en ese avión está Abú Abbás». El Gobierno italiano lo desmentía oficialmente.

Mientras tanto, el avión rodaba por la pista. Los soldados de ambos bandos iban poniéndose nerviosos. Nadie quería un conflicto armado. Nadie quería quedar como un tonto. El avión rodaba por la pista. Los soldados de ambas partes estaban cada vez más nerviosos. Se olía el incidente diplomático.

El Viejo había llamado a un contacto suyo en Washington. Enseguida se organizó una reunión. Stalin Rossetti y Billy se habían encontrado al borde de la pista. Stalin había dejado que el norteamericano se desfagara. Le bastó una única pregunta para desmontarlo.

—¿Cómo podéis estar tan seguros de que está en ese avión?

—Eso es un secreto militar.

—Mentira. Lo sabemos todo, del satélite. Hace años que espiáis nuestras comunicaciones reservadas. Espiáis a un país aliado. ¡Muy bonito, amigo!

—No estoy autorizado a hablar del tema.

—Me parece que en nuestro país los rojos darían saltos de alegría si se hiciera pública la noticia...

—No lo haréis...

—¡Tú no conoces al Viejo!

—¿El Viejo es un rojo?

—El Viejo es el Viejo, y con eso basta. El Viejo os aconseja olvidaros del paleta de la *kaffiyah* y que os quedéis con vuestro satélite.

Billy Goat había llamado a Washington por teléfono. El avión había vuelto a despegar con su preciosa carga. Se había remendado el descosido. Billy Goat y Stalin Rossetti recibieron elogios de sus respectivos mandos. Stalin Rossetti se había buscado dos chicas para descargar la adrenalina, y juntos se habían pasado toda la noche bebiendo Moscato de Pantelleria.

A continuación hubo otras misiones, otros encuentros. La última vez que se

habían comunicado había sido durante el exilio en Salento. Había sido precisamente Billy quien le había dicho que sería Scialoja quien ocupara el lugar del Viejo. Aquella noche Stalin había destrozado un precioso billar de principios de siglo. Y había decidido que volvería a la lucha.

Todo aquello era Billy Goat. Todo aquello y algo más. Que Scialoja se hubiera dirigido a él era preocupante por dos aspectos. Primero: porque Billy, aunque involuntariamente, podía haber enviado al poli tras su rastro. Segundo: porque ¿qué demonios tenía que ver Billy con los asuntos internos actuales de Italia?

Cuando Stalin le llamó, Billy se mostró más tranquilizador que nunca. No, no le había hablado a Scialoja de él. Nunca habría traicionado a un amigo, a menos que fuera por una solicitud explícita generosamente recompensada; siguiendo la práctica habitual, vamos. Con el italiano se había hablado de cosas completamente diferentes.

—Supongo que el contenido de vuestra conversación será confidencial, Billy...

—Bueno, el tipo ha pagado por cierta información...

—¿Cuánto?

—Para ti cien mil.

—¿Te has pasado últimamente al departamento de extorsiones?

—Es un precio de favor. En nombre de la antigua amistad.

—Puedo hacértelos llegar dentro de un par de días.

—¡Entonces hablaremos dentro de un par de días!

Después, una vez concluida la transacción, Billy se preguntó cómo se habría enterado Stalin de la visita del italiano. ¿Alguien en Washington? O si no... ¿la chica? ¡Pero entonces lo espiaba! ¡Stalin espiaba a Scialoja! Billy Goat recordó la cara de perro que había puesto Stalin cuando le había revelado que Scialoja había sido nombrado sucesor del Viejo. Espiar. Odiar. Scialoja tenía un enemigo. Billy Goat se preguntó si la información podía valer, digamos, unos cincuenta o sesenta mil dólares. La idea de la traición lo sedujo por un instante. Pero al final decidió que no informaría a Scialoja. En primer lugar, la codicia excesiva repugnaba a su parte protestante. De aquel asunto ya había sacado todo lo posible, así que mejor dejarlo así. En segundo lugar, Clinton, a fin de cuentas, no era eterno. En tercer lugar: un amigo como Stalin siempre podía resultar práctico. Y como era de amistad de lo que se hablaba, en el fondo Billy se sintió obligado a añadir al dossier una tarjeta con una frase ocurrente: «*Take care of the lady*», es decir: «Cuida a la señora». «Pero también ten cuidado con ella, amigo. Úsala todo lo que quieras, pero ten cuidado.»

Un proyecto, por tanto, sí que había habido. Alguien, en Estados Unidos, no veía con buenos ojos la nueva Italia. La mafia norteamericana había sido avisada. La mafia norteamericana se había puesto en contacto con sus primos Corleone. Se había acordado montar un poco de jaleo. Se habían garantizado ciertas protecciones. Se había planteado el espejismo del separatismo. Hacer de Sicilia el nuevo estado de Estados Unidos. Mafialand. Como ya había proyectado el banquero Sindona quince años antes. La Cosa Nostra había apuntado alto. Demasiado alto. Las matanzas de Capaci y de Via D'Amelio habían desencadenado reacciones imprevisibles al otro lado del océano, donde a Falcone y a Borsellino se les tenía más respeto que en su propia patria. Los norteamericanos se habían asustado. Y luego estaba Clinton, a punto de llegar. Clinton el demócrata. Los estadounidenses se habían echado atrás. Así que asunto cerrado. No valía de nada perder tiempo en busca de responsables que nunca encontrarían. ¿Algún republicano emponzoñado? ¿O algún elemento escindido de la CIA que hubiera enloquecido? No tenía ninguna importancia. El terminal italiano era sólo uno: la mafia. La mafia, que se había quedado sola. Aquél fue el meollo del discurso que le hizo Scialoja a Camporesi cuando volvió.

—Por eso han venido a buscarnos. ¡Porque están solos!

—En realidad hemos sido nosotros quienes hemos ido a buscarlos...

—No exactamente. A su modo, los homicidios son una oferta de negociación. ¡Han sido ellos los primeros en dar el paso! Ahora sólo tenemos que intentar convencer a los capullos de los jefazos que es necesario hacer alguna concesión. Una concesión cualquiera...

El tema, por lo que a él respectaba, acababa ahí. Pero Camporesi seguía frente al escritorio, tieso, con una pregunta no pronunciada en la mirada.

—¿Y bien? ¿Se puede saber qué pasa ahora?

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Aparte del trabajo bien, diría...

—La señorita...

—¿Sí?

—Ella..., ella ha asistido a alguna reunión, se ha informado sobre el trabajo, ha...

—¿Qué quiere decir, Camporesi? —Scialoja se puso tenso.

—¿Qué sabe exactamente de ella, *dottore*?

—¿Quiere que le cuente mi larga y atormentada historia de amor?

—Con todo el respeto, creo que ya estoy informado de los episodios más destacados.

—¡Entonces déjelo ahí y vuelva al trabajo!

—¿Por qué ha aparecido precisamente ahora, *dottore*? ¿Se lo ha preguntado alguna vez? Porque ahora que usted...

—¿Ahora que tengo los papeles del Viejo? ¿Es eso lo que le atormenta,

Camporesi? ¿Tiene necesariamente que haber algo turbio?

Scialoja a veces era huraño, a veces complicado y contradictorio. Pero Camporesi nunca le había visto perder el control tan abiertamente. Quizás hubiera sido más sensato batirse en retirada. Pero en la ira de Scialoja había también algo de excesivo. ¡Sí que le había llegado dentro, aquella mujer!

—Si usted me autorizara, jefe, podría hacer alguna pequeña averiguación...

—Fuera de aquí. ¡Inmediatamente!

Pero ya había sembrado la duda. O mejor, la había desenterrado. Y una vez más la inseguridad volvía a golpear a Scialoja. No quería pensar que en el regreso de Patrizia hubiera algo de sospechoso. Él no era un poli de los que pierden la cabeza. Pero algo de falso, algún desajuste de fondo, alguna nota anómala, eso sí que lo había percibido. A Patrizia le gustaba viajar. A Patrizia le gustaban los encuentros que él le organizaba. Patrizia se movía con gracia y naturalidad por todos los ambientes en los que la había introducido. A Patrizia le gustaba la vida de un hombre de éxito. A Patrizia le gustaba un hombre de éxito. A Patrizia le gustaba el éxito.

Scialoja desapareció durante dos o tres días, con el pretexto de una misión imprevista. Las hizo él mismo, las «pequeñas averiguaciones». Descubrió un detalle que, en un principio, le desconcertó. Después le entró un ligero temor. Y por fin, una rabia que le quemaba por dentro. Decidió plantarle cara un domingo por la mañana. A pesar de la lluvia, ella hacía *jogging* por Villa Ada. Le cortó el paso y la bloqueó contra el imponente tronco de un cedro del Líbano, y le preguntó por qué le había mentido. Patrizia se quedó pálida. Scialoja sintió que el corazón se le encogía.

—He hablado con el Seco. No os veis desde la muerte del Dandi. Nunca habéis estado juntos. Me has mentido. ¡Quiero saber por qué!

Patrizia se apartó de la frente los cabellos mojados y se le quedó mirando, con una mueca desafiante.

—¿Y si te dijese que te he contado una pequeña mentira para darte celos?

—No te creo.

—¿Qué fantasías te estás imaginando?

—No lo sé. Eres tú quien tiene que explicármelo, Patrizia.

—¿Quieres estropearlo todo?

—Espero una respuesta.

—¡Vete a tomar por culo, poli!

El bofetón le cogió desprevenido. Dejó que se fuera. No intentó retenerla. Y sin embargo, nunca la había deseado tanto. Nunca había deseado tanto su complicidad, su protección, aquella sensación de ser aceptado por fin por lo que era. Con todos sus defectos y sus ambigüedades. Habría cedido todo su poder, habría quemado los malditos papeles del Viejo con tal de recuperar aquel mágico entendimiento que sus sospechas habían roto en pedazos. Pero desapareció ante sus ojos, a paso ligero, entre

el follaje mojado. Sintió un escalofrío de frío. Sintió un escalofrío de miedo. ¿Estaba escrito que la perdería, ahora que la había vuelto a encontrar? Pero no podía fiarse de ella. Por la noche llamó a Camporesi.

—Sígala y tome nota de todos sus movimientos. Pínchele el teléfono. Quiero un informe detallado cada veinticuatro horas.

Revelaciones

1

«Esto es lo bueno que tiene la zona gris: cuando estás dentro, estás en el centro del mundo, y nada que sea realmente interesante o que pueda llegar a ser conveniente se te puede escapar. Pero basta un pequeño momento de distracción y estás fuera. Y entonces la historia te pasa al lado, te mira con sus ojitos maliciosos y, en menos que canta un gallo, te descarta. Y volver al juego se hace cada vez más difícil. Y costoso», pensaba Stalin Rossetti. Aquella sanguijuela de Billy Goat le había exprimido bien. Y por si fuera poco, los mafiosos le habían recompensado a su modo por el *cadeau* del pobre Manuele Vitorchiano.

—Es cierto —había pontificado el tío Cosimo— que nuestro Rossetti nos trajo al «infame». Pero también es cierto que durante años hizo negocios con él, consciente de su situación como muerto andante. Así que, como él sacó partido, ahora nos toca a nosotros.

Conclusión: en lugar de su hombre, ahora para controlar la red de distribución por el centro de Italia habían colocado al pimpollo de una familia de Catania aliada de los Corleone. Un perfecto subnormal que aprovechaba su cargo para robar a hurtadillas. Y un treinta por ciento de las ganancias pasaban directamente de los bolsillos de Stalin a las voraces fauces de la Cosa Nostra. Al final de una reunión «operativa», con el debido respeto, le hizo notar a Angelino Lo Mastro la evidente pérdida de estilo de los sicilianos. Estaban en una casita del alegre pueblecito de Las Marcas que el joven había elegido como cuartel general, oficialmente para darle un empujón a una región de consumo bastante moderado; en realidad porque el ambiente del lugar le gustaba a su remilgada consorte.

—Habéis sido un poco puntillosos —observó, secamente, Stalin Rossetti.

—Sí, tienes razón. Se podía haber hecho la vista gorda —convino Angelino—, ¡pero mientras allí abajo estén los viejos, se hace a su modo!

—Está bien. Pero que valga la pena.

El mero hecho de que un *uomo d'onore* hubiera osado expresar una velada crítica a la organización en presencia de un «no bautizado» era de por sí una señal de excepcional benevolencia. Y por otra parte, era inútil insistir. Los mafiosos nunca cambiarían de idea. Era inútil insistir, cuando había otra mucha carne en el asador. Pero no se quedó con las ganas de dar una estocadita más, por puro placer.

—En Florencia no fue muy allá, ¿eh, Angelo?

Angelino se lo quedó mirando, con cara de pocos amigos. Unos días antes, en

Florenxia, los *picciotti*^[14] habían depositado explosivos en los jardines de Bóboli. Hasta aquí todo bien: tenía que ser el inicio de la nueva fase. El problema fue que nadie se dio cuenta. Sucedió que el encargado de efectuar la llamada reivindicativa, la que explicara a quien correspondía que la mafia cambiara de estrategia, que a partir de ahora tendrían que esperarse otras medidas de presión diferentes a la eliminación de un juez ya condenado o de un viejo compadre que ya no convenía mantener con vida..., sucedió que el mafioso, un ignorante, un plebeyo, un mentecato, no se había explicado bien.

De modo que el aviso había caído en saco roto.

Y nadie se había enterado de nada.

—Pues sí, ¿qué quieres que te diga? Usamos a un *picciotto* algo cateto. Era el que teníamos a mano. ¡Pero que fuera tan cateto no me lo esperaba ni siquiera yo! ¡Joder, Stalin! ¡Desde luego la tienes tomada con nosotros!

—¿Yo? ¡Qué va! Estoy a punto de hacerte un buen regalo, amigo mío. Escúchame...

Mientras le contaba todo lo que le había explicado Billy Goat, Stalin se relamía con las expresiones del mafioso. Estupor. Consternación. Resentimiento. Orgullo herido. Era evidente que al joven Lo Mastro lo habían mantenido apartado de todo. Y se preguntaba: «¿De quién puedo fiarme ahora?». Y se preguntaba: «¿Dónde ha ido a parar la regla que impone al hombre de honor decir siempre la verdad en presencia de otro hombre de honor?». ¿Había existido realmente alguna vez, aquella regla? Los que estaban al corriente les han mandado al matadero, como corderitos de Pascua, y mientras tanto los parientes norteamericanos les decían adelante, adelante, y ellos seguían adelante, sin saber nada, iban haciendo. Después, al final, había sucedido lo que tenía que suceder. Y Stalin Rossetti, insinuante, que le apoyaba una mano sobre el hombro, y le repetía: «Sólo te puedes fiar de mí, sólo de mí...».

Angelino se sintió sofocado. Salió al balcón, se encendió un cigarrillo. El valle estaba sumergido en una neblina enfermiza, desvaída. Hacía frío. ¿Tenía que ir muriendo lentamente en su corazón la Cosa Nostra? Todos los que se habían arrepentido, antes o después, habían dicho aquello: que no eran ellos los traidores. Era la Cosa Nostra quien los había traicionado. Con un gesto horrorizado, Angelino se dio cuenta de que empezaba a entender a aquella gente. El cansancio de aquella gente. El *non ne pozzu cchiú*^[15] de aquella gente. ¿Era aquello lo que se sentía cuando uno se quedaba huérfano? «Sólo de mí, sólo te puedes fiar de mí...» ¿Y tenía que ponerse en manos de aquel extraño? ¿Aquél era su destino? El cigarrillo se lo había fumado el viento. Un viento que producía escalofríos. Angelino volvió dentro. Stalin Rossetti, en un ataque de rabia, estampó el teléfono móvil contra una pared.

—Tengo que volver a Roma. Te diré algo muy pronto.

Salía por la mañana, temprano. Hacía compras. Volvía a la hora de comer. Después al cine. Por la noche, frente a la tele, con la pantalla encendida hasta tardísimo, a veces se dormía allí mismo. Los chicos del turno de noche no habían observado nada interesante. Camporesi les había dado el relevo a las once. Ahora estaba escondido en un coche con una matrícula civil. Ella llevaba media hora en la peluquería, y vete a saber para cuánto tenía. Una llovizna incómoda caía sobre Via Sabotino. Era uno de aquellos momentos en los que las personas sanas envidian a los enfermos adictos al humo. Un cigarrillo al menos habría atenuado la sensación de aburrimiento. Llevaba dos días así. Patrizia llevaba una vida quizás hasta demasiado normal. Poquísimas llamadas. Proveedores, el fontanero, una amiga fotógrafa que no había vuelto a llamar, el canal de televisión con el que colaboraba de vez en cuando, para acordar una grabación del programa de *fitness*. Todo muy normal. Todo demasiado normal. O si no, todo desoladoramente banal, si era cierto. ¿Había metido la pata? Patrizia no le gustaba. Tras la seducción le había parecido intuir una agresividad feroz, ultrajante. Pero, a veces, tras aquella agresividad asomaba una punta de timidez e indefensión que tenía la capacidad de desconcertar. ¿Quién era realmente Patrizia? Scialoja había perdido la cabeza por ella, y sin embargo no había rechazado sus sabios consejos. ¡Sabios consejos! Aquella mujer lo excitaba, ahí estaba el caso. Aquella mujer segregaba feromonas tóxicas. No podías estar en un mismo espacio con ella sin saturarte de ellas. Camporesi deseaba a Patrizia. Si consiguiera demostrar que era falsa, mentirosa, oportunista..., bueno, sólo le habría hecho daño a ella y a Scialoja, y a sí mismo. Pero ¿por qué, entonces, estaba Patrizia con Scialoja? ¿Por qué? De su jefe, Camporesi no quería opinar aún. Pero seguía preguntándose —como todos, desde luego— por qué el Viejo le había escogido precisamente a él. Tan gris, tan... ¿A lo mejor era precisamente aquello lo que le había convencido? ¿Su absoluta carencia de cualidades? Patrizia salía de la peluquería. Con un pañuelo para protegerse el pelo. Patrizia abría el paraguas rosa y se dirigía con paso decidido hacia el paso de peatones, en dirección, quizás, al célebre café Antonini. Camporesi oyó el rugido del motor de una moto que se acercaba y se giró de golpe. Eran dos, con cascos. Iban hacia ella. Camporesi abrió la puerta del Golf. Pero llegó demasiado tarde. Patrizia ya estaba por el suelo, con cara de susto. La moto desapareció de allí. El del asiento posterior llevaba apretado contra el pecho el bolso recién tironeado. Instintivamente, desenfundó la Beretta reglamentaria. Una mujer gritó. Se estaba formando un corrillo en torno a Patrizia. Un hombre de pelo gris la ayudaba a ponerse en pie. Un curioso que iba en un Volvo se detuvo, y no le dejó ver el corrillo. La mujer volvió a gritar. Camporesi la vio dar unos saltitos, señalando algo con la

mano extendida. Dos o tres personas empezaron a exaltarse, señalando en su dirección. Había otros curiosos en la acera contraria. Lo miraban con expresión horrorizada. Por fin Camporesi se dio cuenta de la situación: estaba en medio de la calzada, pistola en mano, descompuesto. Un idiota descompuesto y armado. Un idiota que estaba cargándose su propia tapadera. Retrocedió hacia el Golf, esforzándose por lucir una sonrisa tranquilizadora. Pero seguía agitando la pistola, y ahora ya todo el mundo gritaba al verlo. Metió la pistola en su funda, arrancó y salió de allí quemando neumático. Por el rabillo del ojo vio a Patrizia y al hombre del pelo gris. Él la sostenía, ella caminaba trastabillando. Volvió a pasar por allí unos minutos después. Dos patrullas controlaban la zona. La mujer que había gritado reconoció el Golf y se puso a jalearse furiosamente a un agente. Para evitar más jaleo, Camporesi se le acercó mostrando la placa. La gritona, decepcionada, se desinfló. Nada ni nadie le quitaría de la cabeza que el tirón no era más que una maniobra de distracción. Y a todo esto él había perdido a Patrizia.

3

Más tarde, en el salón del Centro de Estudios e Investigaciones, Stalin se excusó por la falta de pericia de los dos de la moto.

—Es que no había tiempo. ¡He tenido que buscarlos por la calle!

—¡Así que ha hecho que me siguieran!

—Tú también has visto a Camporesi, ¿no? Plantado en medio de la calle, como un pistolero majara... Ah, y también tienes los teléfonos pinchados.

—He seguido tus instrucciones.

—Y efectivamente no ha pasado nada.

—¿A eso le llamas tú «nada»?

Stalin la besó con ternura.

—Cálmate. Has estado muy valiente. Y ahora explícamelo todo.

—Hay poco que explicar. Ya no se fía de mí.

—Es por lo de la historia con el Seco, ¿no?

—Sí. Tenías razón. He sido una tonta.

—Es un error remediable.

—No creo.

—Sigues infravalorándote, Patrizia.

—Ya no me apetece hacerlo, Stalin. ¡Acabemos ya con esta historia, por favor!

Stalin no respondió. Puso su canción. Patrizia cerró los ojos. Acabar. O volver a empezar.

—Ahora vuelves a casa y retomas tu vida de siempre. Tenemos que convencerlo de que sus sospechas son infundadas. Fíate de mí, Patrizia. Todo irá bien.

Estadistas

1

DECLARACIONES DEL ARREPENTIDO LEONARDO MESSINA A LA COMISIÓN ANTIMAFIA
4 DE DICIEMBRE DE 1992

La Cosa Nostra está renovando el sueño de volverse independiente, de convertirse en dueña y señora de un ala del país, un Estado suyo, nuestro.

En todo eso la Cosa Nostra no está sola..., son formaciones nuevas, no tradicionales..., no vienen de Sicilia... La Cosa Nostra no puede continuar sometida al Estado, a sus leyes. La Cosa Nostra se quiere imponer y tener su propio Estado.

La separación debería afectar a Sicilia, Campania, Calabria, Apulia... Si lo consiguen, habrá un nuevo compromiso con quien represente al nuevo Estado.

Ellos tienen que alcanzar un fin; sea la masonería, sea la Iglesia u otra cosa, tienen que alcanzar el objetivo. La Cosa Nostra tiene que alcanzar el objetivo, por cualquier medio.

2

Para poder expresarse correctamente sobre un tema —pensaba el senador Argenti— era necesario hacerse con la mayor cantidad posible de información.

En otros términos, hay que estudiar, estudiar y estudiar.

Desde el momento en que había leído las declaraciones del arrepentido Messina, el senador se había puesto a estudiar a fondo la masonería.

La idea de base consistía en la localización de un núcleo seleccionado que habría adoptado la ingrata misión de conducir el desordenado rebaño humano hacia los verdes pastos del progreso, del orden y de la justicia. La masonería había sido decisiva para la unidad de Italia. Muchos de ellos eran de buena familia. Se podía decir entonces que se trataba de logias desviadas. Pero se podía decir también que la idea en sí era peligrosa.

Una idea elitista: deja fuera a todos los demás. No obstante, podría decirse que ésa era también la idea de Lenin: la vanguardia del proletariado, revolucionarios de acero dispuestos a derramar sangre por la conquista del Palacio de Invierno. En realidad, los bolcheviques habían derramado sangre a torrentes. En su mayoría, sangre de otros.

Horrorizado, Argenti levantó la mirada de los papeles y se pasó una mano por la frente. Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Qué vergüenza! Realmente la nueva promoción estaba rompiendo todos los cauces. Ya no había límite. Ni siquiera para un viejo comunista como él. Un paso más y se pondría a teorizar que Stalin había sido un asesino en serie.

Había que encontrar un punto de referencia.

Logias desviadas que reclutan mafiosos.

¿Y los comunistas?

Podía descartar, con toda seguridad, que alguno de sus compañeros..., quizás entre los más jóvenes y ambiciosos... Pero ¿por qué «jóvenes y ambiciosos»? ¿No había también alguno de su generación que había hecho de todo por aliarse con los socialistas de Craxi, «a cualquier precio»? Los socialistas que soltaban espumarajos de rabia por la boca. Agredían a los jueces de Milán. Usando dos varas de medir diferentes. Despiadados con el «antiguo régimen», indulgentes con los comunistas. Con aquella mezcla de cinismo y admiración que los italianos tributan a los listillos que se salen con la suya, se vociferaba que los comunistas saldrían indemnes de la tormenta judicial porque eran demasiado listos como para dejarse pillar.

Deshonestos, y por tanto diferentes a los demás.

Sólo que más pelotas.

Sin embargo, Argenti no había aceptado nunca una lira de dinero sucio en toda su vida. Y le habían educado en el culto a la ética del partido en contraposición con la inmunda Babilonia de los torrezneros clérigo-fascistas.

Por ello se había resistido a cualquier tentación de compromiso, para que el partido no se viera afectado por las investigaciones. Pero había que admitir que el partido estaba lleno de compañeros, jóvenes o mayores, que habían digerido mal su intransigencia. Aquéllos ya estaban «listos». ¡Habría tenido que presentárselos a Scialoja!

Volvió a concentrarse en el tema: masonería y poder.

Idea noble, pero por tanto peligrosa. Y no sólo eso, porque cada secta se considera la única. Son ideas que no toleran la competencia. Cada grupo cree actuar con el mejor de los fines. Y el objetivo es sólo uno: el poder.

Mafia y masonería.

Messina hablaba de un proyecto separatista.

Argenti examinó su archivo. Ahí estaba: separatismo siciliano. Movimiento nacido durante la Segunda Guerra Mundial que propugnaba la escisión de Sicilia de Italia y su afiliación a los Estados Unidos de América. Más o menos. Argenti releyó los apuntes sobre el separatista Giuliano. El atentado de Portella della Ginestra. Las nuevas hipótesis de los historiadores sobre el papel de fuerzas externas a la mafia. La ejecución de Giuliano. El café envenenado de su lugarteniente Pisciotta^[16].

Había otro café envenenado en la historia reciente de Italia.

Se lo habían servido al empresario Sindona en la cárcel de Pavía.

Sindona, que en 1979 hizo que el médico Miceli-Crimi le disparara en una pierna.

Sindona, que había vuelto a Sicilia con un proyecto separatista.

Sindona masón.

Sindona envenenado.

¿Cómo decía aquella cancioncilla burlona? «Venga a tomarse un café con nosotros. Ucciardone^[17], celda treinta y seis...»

La declaración de Messina dibujaba un contexto ambiguo.

¿A quién se refería la expresión «nuevo Estado»? ¿Al nuevo Estado nacido del separatismo? ¿O al Nuevo Estado italiano que habría tenido que llegar a algún acuerdo con la mafia?

¿Y si a la izquierda le llegara «realmente» el momento de gobernar?

¿Habría aceptado hacer pactos con la mafia?

¿Era eso lo que pensaban Riina y sus acólitos?

Sin duda, eso era lo que pensaba Scialoja.

Le entraron ganas de reír.

«Camarada Argenti —le diría un día una voz—. Hay que hacer algo por nuestros hermanos mafiosos.»

¿Y qué habría respondido? ¿Habría obedecido? ¿O los habría enviado a todos a tomar por culo? ¿A la espera de que colocaran en su lugar a alguien con mayor predisposición?

¿Quizás un camarada más joven y ambicioso? ¿O un viejo con ganas de revancha? Uno «predispuesto», en cualquier caso.

Se le pasaron las ganas de reír. El senador Argenti sintió un escalofrío de terror. Un miedo de otro tiempo. El miedo de un niño que en una tarde de lluvia pierde la seguridad del contacto con la mano materna y se encuentra vagando por entre una selva de piernas desconocidas, hostiles, y grita desesperado, y nadie acude en su ayuda.

La mafia. La masonería. ¿Eran realmente las piedras angulares del poder italiano?

¿Realmente era imposible prescindir de ellas?

La mafia. La masonería. Y los norteamericanos. Los habían mantenido alejados del poder durante todos aquellos años. Los largos años de la Guerra Fría. Ahora que la Guerra Fría se había acabado y que los norteamericanos ya no daban miedo, ¿quién se ocupaba de tener controlados a los ex comunistas?

¿Y cómo?

¿Con sutiles engaños?

¿Con otras bombas?

¿O convenciéndolos de que pactaran?

¿Y no era mejor, entonces, perder?

¿No era más justo, entonces, perder?

¿Y renunciar a la posibilidad de cambiar las cosas?

Pero ¿las cosas pueden cambiar algún día?

Cuando Beatrice volvió de uno de aquellos aburridísimos *vernissages* a los que

iba ella, con la piel fresca por el aire de invierno que sabía a nieve y con un rayo de luna en los cabellos, lo encontró acurrucado en el sillón, a oscuras, con las gafas en la frente, presa de un sueño pesado que le daba la expresión de un niño asustado.

En la mesita frente al televisor apagado aún estaban los restos de una pizza con *peperoni*.

Beatrice lo sacudió levemente. El senador murmuró algo que su compañera no comprendió.

—Yo no quiero nada de todo eso —murmuró Argenti—. No permitiré que suceda.

A la mañana siguiente irrumpió en la oficina de Scialoja enarbolando la declaración del arrepentido Messina.

—¿Es esto lo que está tramando, Scialoja? ¿Quiere regalarle a Sicilia la independencia? ¿Quiere que nombremos a Riina senador vitalicio?

Scialoja cogió la declaración y la dejó a un lado con una mirada triste. Después le invitó a que se sentara. Argenti se avergonzó de su propia agresividad y sintió la tentación de disculparse. Scialoja parecía demacrado, chupado, como si hubiera perdido la energía. Llevaba incluso una barba de uno o dos días.

—Ya no hay nadie que crea en el separatismo, senador. En cuanto a mí, me contentaría con mucho menos. Un gesto humanitario, por ejemplo. Permitir que un viejo capo muriera en su casa. Trasladarlo a una cárcel menos inhumana. Alguna pequeñez, un pequeño gesto. El Estado no se vendrá abajo por tan poco.

—Significa negociar, Scialoja. ¡Y eso el Estado no puede hacerlo!

—Ustedes los comunistas no cambian nunca, ¿eh? Como en los tiempos de Moro: no se negocia, no se negocia, y mientras tanto...

—Fue una decisión dolorosa... ¡y obligada!

—Ya, ¿quién lo niega? ¡Y un año más tarde hemos pagado a los de las Brigadas Rojas y a los de la Camorra para liberar a Cirillo! Venga, hombre, usted tiene en la mente un Estado que no existe, senador.

—Cualquiera que sea el Estado que tengo yo en la mente, Scialoja, gente como usted no debería formar parte de él.

Argenti se levantó, volvió a coger la declaración y se despidió con un gesto más bien forzado. Scialoja se pasó una mano por el pelo.

—¿Le envidio, sabe? Envidio su seguridad..., o es blanco o negro, los buenos aquí, los malos allí... Aquí, en la zona gris, las cosas las vemos algo diferentes... Aquí los colores se confunden todos... y... ¿Quiere saber otra cosa? Al cabo de cierto tiempo, uno se acostumbra. Le deseo que pueda mantenerse el máximo tiempo posible del otro lado de la barrera.

Y aquéllas no eran las palabras del hijo de puta que gestionaba los archivos clandestinos del Viejo. Eran las palabras de un hombre amargado y mucho, mucho

más complejo de lo que su papel actual y su historia personal dejaban entrever. Sólo mucho después, durante su último encuentro, entendería Argenti que, a su modo, en aquel momento, Scialoja le estaba pidiendo ayuda.

Lady Hero *comes back*

1

Nick Cave cantaba: «Tu funeral es mi juicio».

Valeria escuchaba con los ojos entrecerrados.

Valeria escuchaba la melodía oscura del señor de las tinieblas y soñaba con Pino Marino.

Valeria soñaba con Pino Marino y soñaba con Lady Hero.

Pero Lady Hero era una virgen vestida de negro y de beso envenenado.

Y Pino Marino un caballero demasiado indeciso.

Valeria se portaba bien.

Valeria se dejaba retratar por él.

Valeria tocaba el clarinete para él.

Valeria le explicaba el jazz y la música de frontera.

Pino descubría un mundo nuevo.

Valeria quería hacer el amor, pero él no se lo pedía.

Valeria había dicho: «Vámonos de aquí». Él le había respondido: «No puedo, ahora no, mañana, quizá, quién sabe, un día».

Valeria había insistido: «Nada de mañana, quizá, quién sabe, un día. Ahora».

Pino Marino le había dicho: «Espera».

Valeria esperaba.

Pero Lady Hero era impaciente.

Lady Hero llamaba a su puerta y la arrancaba de un sueño atormentado con su sueño seductor y un apretón de su mano diáfana y escurridiza.

Valeria recibió una llamada.

Era B.G. Estaba en Roma para grabar un espectáculo. Hacía un montón de tiempo que no hablaban. ¿Por qué no quedaban una noche para pasárselo bien, por los viejos tiempos?

—No —le dijo Valeria—. Estoy ocupada.

Valeria hizo una llamada.

Pino Marino no respondía.

B.G. volvió a llamar.

Valeria dijo que sí.

Lady Hero entró por la ventana.

Lady Hero le tendió su diáfana y escurridiza mano.

—Sígueme —le dijo.

Valeria la siguió.

2

Unos días después del episodio del tirón, Yáñez informó de que los teléfonos habían sido «liberados» y de que habían levantado la guardia. Ya no vigilaban a Patrizia. Stalin le envió al Tuerto.

—El *dottore* le ruega que prepare las maletas para una semana. Él ya está en Ciampino. El avión tendría que salir dentro de un par de horas.

—¿Avión? ¿Adónde?

—El *dottore* no me lo ha dicho, señorita. Creo que quiere darle una sorpresa. Pero me ha ordenado que le diga que coja algo de ropa de abrigo.

Patrizia, cariacontecida, miró a aquella bestia que Stalin le había presentado como «mi guardaespaldas». Era de una fealdad impresionante. Cuando le invito a entrar en casa se ruborizó y, una vez dentro, se sentó sobre una *tonet*, con la espalda tiesa y los brazos cruzados. Como si no supiera qué hacer con sus grotescas manazas. El fiel, obtuso ejecutor de órdenes. «El *dottore* me ha ordenado...» Pero también a ella le había dado una orden. Patrizia sintió que le afloraba dentro algo bastante parecido a un acto de rebeldía. No iría con él. No lo seguiría. Los últimos días había saboreado de nuevo la libertad. Había descubierto que la soledad puede convertirse en un estado cómodo. Siempre que se pueda decidir cómo y cuándo interrumpirlo. Pero aquel viaje no era una elección. Aquel viaje era una orden. Stalin no hacía más que atenerse al esquema que compartían. Él llamaba, ella acudía. Él desaparecía, ella esperaba. Era ella, Patrizia, el problema. Era su inquietud creciente, la «tormenta».

—Señorita, se está haciendo tarde... El *dottore* estará impaciente...

—¿El *dottore* se ha planteado la hipótesis de que yo no quiera ir?

El Tuerto se rascó la cabeza y empezó a frotarse las manos. La miraba con una mirada suplicante que quería decir: «No me metas en líos. No me metas en líos». Estaba claro que la orden era perentoria y no admitía réplica. Patrizia pensó en Scialoja. En sus legítimas sospechas. Se preguntó si, cuando le había mentido a propósito de su relación con el Seco, no había decidido dejar abierta una vía de fuga. Si no lo había provocado deliberadamente para que desvelara su gran mentira. Pero si era realmente la libertad lo que deseaba, había perdido la ocasión de conseguirla. Habría tenido que contárselo todo. No lo había hecho. ¿Por fidelidad? ¿Por miedo? ¿Porque aún no estaba lista para liberarse de su esclavitud? Así que ahora Stalin reivindicaba su legítimo derecho a la posesión. Mientras que el otro, Scialoja, la había dejado ir. «En tu vida no hay nobles caballeros dispuestos a escalar la torre para

liberarte del dragón, pequeña Patrizia. En tu vida sólo hay un dueño llamado Stalin Rossetti.»

—Muy bien, enseguida estoy.

El Tuerto la condujo hasta el extremo de la pista donde un avión privado calentaba motores. Mientras la ayudaba a transportar la maleta, el Tuerto le susurró un tímido «Gracias». Patrizia le dio un beso en la mejilla. El Tuerto se ruborizó.

Stalin, ya a bordo, la acogió con una sonrisa y una copa de champán helado.

¡Sí, champán! ¡París! ¡La música desafinada de su vida! Stalin romántico. Stalin que piensa en cada mínimo detalle. Stalin que desaparece y vuelve a aparecer con un enorme ramo de flores. Stalin en las exposiciones y Stalin en las librerías de la Rive Gauche. Stalin en el Louvre y Stalin en Chez Lipp. Stalin que canta *Les feuilles mortes* a dúo con el pianista del viejo hotel de la Rue d'Aubuisson. Stalin, el de las tarjetas de crédito sin límite de disponibilidad. Stalin que, en una *boîte* detrás de la Bastilla, compra coca para ella a un matón *pied-noir* y que después se lo presenta: «Maurice algo, un viejo camarada del SDC, el servicio secreto francés». La mirada de admiración del hombre por Patrizia. El vómito en el baño del hotel, en plena noche. Stalin que le limpia el sudor. Stalin que tira al retrete la coca que ha sobrado. El desayuno en la gran cama de dosel violeta. El saqueo sistemático de las tiendas de la Rive Droite. La música desafinada que con sinuosa lentitud se transforma en una sinfonía. El poder mágico de Stalin sobre ella. La época de la gran confusión. La rendición. Stalin seductor y, por fin, Stalin inesperadamente frío, la última noche, en La Coupole.

—Las vacaciones han acabado. A partir de mañana volvemos al trabajo.

—No tiene sentido que yo me ponga a buscarlo, después de lo que ha sucedido.

—Exacto. Será él el que vuelva. Se ha puesto en ridículo. Tenemos la sartén por el mango, cariño.

Patrizia inclinó la cabeza. Stalin se concedió un suspiro de alivio. Ella se fue. Una semana de mierda, con todo ese almíbar y toda esa ternura, pero era el único modo de devolver el equilibrio al sistema.

3

La muchacha se presentó al alba. Al Tuerto le costó reconocerla. La última vez que se habían visto (ella paseaba abrazada a Pino Marino) le había parecido una de aquellas extrañas vírgenes que poblaban las fantasías pictóricas del chico. Una virgen guapa, había tenido que admitir el Tuerto, que iba mucho a misa y que lo hacía de buena gana, y que a veces limpiaba sus pecados en el transcurso de largas confesiones que

suscitaban más de una mueca de incredulidad en el sacerdote de turno. Ahora que volvía a encontrarla, desaliñada y greñuda, con las ojeras amoratadas y un largo araño en la mejilla izquierda, el pelo sucio y el paso renqueante, veía de nuevo en ella a la drogadicta que, en el fondo, había sido siempre. Y siempre lo sería. Tanto era así que lo primero que ella le pidió fue una dosis de mierda. A cambio, le ofrecía aquel famoso trabajito con la boca.

El Tuerto no era una lumbrera, de acuerdo, pero algunas cosas, pocas y elementales, una vez que las había interiorizado, no había modo de quitárselas de la cabeza. Una de ellas era la ecuación Valeria igual a Pino Marino. Ecuación que llevaba como coletilla: Pino Marino igual a problemas. Él lo había visto en acción. Sabía de lo que era capaz aquel pequeño bastardo. Por eso, con toda la gracia y el garbo que su escasísima educación y su oligofrenia de fondo le permitían, le dejó claro a la tipa que, si tenía un poco de paciencia, la pondría en contacto lo antes posible con Pino Marino.

—Yo no quiero ver a ese capullo. Yo quiero la mierda. Si la tienes, bien. Si no, que te jodan.

El Tuerto sabía que los drogadictos suelen ser incontrolables. Lo sabía porque, de chaval, junto a otros grandullones, había tenido que participar en una larga serie de misiones de castigo contra ellos. El Tuerto recordaba con placer aquellos tiempos. Partían la cabeza a unos cuantos, distribuían un poco de mierda por la calle, usaban un poco de sana violencia para limpiar el barrio. La gente a veces les daba las gracias; otras veces manifestaban de un modo más tangible su reconocimiento. Todo un chollo. Y con los drogadictos también había tenido que tratar más tarde. Cuando lo habían aceptado en la Cadena y Stalin le había explicado que los drogadictos pueden convertirse en un recurso precioso: excelentes informadores, unos infiltrados aceptables, incluso, en caso de extrema necesidad, culpables ideales para alguna acción, si el correspondiente procedimiento de cobertura no funcionaba. Y al menos un par de veces se había dado el caso, con el secuestro y el estrangulamiento de un tipo al que se le había ocurrido hacer chantaje nada menos que a Stalin Rossetti. Al final, con los drogadictos incluso había salido ganando.

Sin embargo, sabía lo incontrolables que podían volverse. De modo que fingió pensárselo un poco, mientras la chica se balanceaba sobre una pierna, mordisqueándose las uñas ya descarnadas; después, como resignado de pronto, con un profundo suspiro le invitó a seguirla al Centro. Ella desconfió por un momento. El Tuerto le hizo el gesto de la jeringa y luego asintió con decisión. Valeria pasó incluso delante de él por las escaleras. El Tuerto observó sus medias con carreras y la amplia porción de muslo que asomaba bajo el ondear de la falda. Y fantaseó un poco con la imaginación. Sólo una inocente fantasía. Después, le vino a la mente la imagen de la hoja de la navaja de Pino Marino y la fantasía desapareció de golpe.

Cuando entraron en el Centro, antes de que Valiera se girara para pedirle la mercancía por enésima vez, el Tuerto le dio un golpetazo en la base del cuello. Un golpe inocuo, no quería hacerle «mucho» daño. Sólo deseaba quitársela de encima el tiempo necesario para buscar a Pino Marino. La cerró con llave dentro de un trastero. Por exceso de precaución, porque no se sabe nunca. La amordazó también, pero muy suavemente, con una servilleta que había anudado con mucho cuidado.

Encontrar a Pino Marino. Como si fuera fácil. El Tuerto lo intentó llamando al móvil. Con pocas esperanzas. Y efectivamente, estaba apagado. Pino parecía tener alergia a las comunicaciones. Nadie sabía dónde vivía Pino Marino. Ni siquiera Yáñez. Sólo Stalin tenía acceso a las estancias secretas. Pero Stalin estaba lejos, en París, con su amiguita. Patrizia había sido amable con él. No se había puesto a gritar ni lo había insultado, como le había pasado tantas veces en el pasado, cuando había tenido que ocuparse de mujeres. Con una así al lado —pensó el Tuerto— habría podido llegar a ser otra persona. Un capo. Pero él no era un capo, y no era Stalin. Sólo esperaba que aquel bastardo no le hiciera demasiado daño. Él no era un capo. De momento no era más que el guardián del Centro, donde, no obstante, no sucedía nunca nada. Se aburría mortalmente. Además, por si aquello no fuera suficiente, Stalin había prohibido hacer jaleo, lo que implicaba: nada de sexo. Una vida de monje de clausura, ¡y ahora la chica!

No quedaba más que ponerse en marcha. Visitar unos cuantos lugares posibles. Hacer alguna pregunta. Y también corría el riesgo de que Stalin volviera de pronto... El Tuerto sintió que le iba a estallar la cabeza. Siempre le daba dolor de cabeza, cuando se forzaba a elaborar alguna reflexión más compleja. El Tuerto se dejó caer en un pequeño sofá, después intentó ponerse en pie de nuevo, antes de que fuera demasiado tarde. Pero ya era demasiado tarde. Un dolor de cabeza que le quitaba el aliento, comparable sólo a aquella vez en que él y otro desgraciado de la Brigada Folgore se habían puesto a provocar a unos estibadores de Livorno. No habían contado con las mazas de hierro. No creían que se hubieran atrevido a tanto. Honor a los compañeros, en cualquier caso. Después de la paliza los habían reanimado a base de *grappa* y palmaditas en la espalda. Resultó que el desgraciado era medio comunista. El único rojo por el que el Tuerto había sentido algo vagamente similar a una sensación de agradecimiento.

El Tuerto se quitó las botas militares y se tumbó en el sofá. El Tuerto cerró los ojos y se sumergió en un sueño reparador.

Casualmente Pino Marino se dejó caer por el Centro unas horas más tarde, a primera hora de la tarde. El Tuerto se levantó de golpe. El dolor de cabeza había desaparecido. En cuanto a los ruidos y los gemidos procedentes del trastero, si le daba un momento, se lo explicaría todo.

Estaban en los montes de la Tolfa, al borde de un prado helado. El Tuerto y Yáñez controlaban los dos senderos de acceso. Pino Marino hacía saltar una lata tras otra con su tiro rápido y preciso. El valle resonaba con el canto inexorable de la pistola Astra que Stalin le había traído como regalo de París. Después de aquella aburrida semana con Patrizia, un poco de sano ejercicio viril era una bocanada de aire puro. Pero parecía ser que siempre tenía que haber algún problema. Problema Patrizia: resuelto. Ahora le tocaba a Pino. El muchacho estaba raro. Había algo que no andaba bien. Pino le tendió el arma, que quemaba.

—¿Echamos unos tiritos más, Pino?

—Por hoy tengo bastante.

—¿Algo no va bien?

—Todo va bien.

—Nunca se te ha dado bien mentir, Pino. A mí no. Venga, cuéntamelo todo...

—Stalin, yo... he conocido a una chica...

Stalin Rossetti suspiró. Antes o después tenía que suceder.

—Adelante. Te escucho.

—Se llama Valeria...

Stalin escuchó en silencio. Las palabras fluían a trompicones, frenadas por el esfuerzo de matizar, de minimizar. Pero había poco que matizar, poco que minimizar. La cosa era seria, muy seria. La cosa era grave. Era una crisis propiamente dicha. Stalin recordó la expresión desconfiada e irónica con la que había reaccionado el Viejo ante su decisión de ocuparse del chico.

—¿Qué hacía ahí ese Pino Marino?

—No tiene madre, sólo tiene una tía que hace la carrera en Secondigliano. Aquel día ella se lo había dejado a una amiga del gremio. Pasquale Settecorone tenía ganas de sexo. La desgraciada se lo había llevado consigo. Una pura casualidad. Eso es todo.

—¿Ha pensado en los aspectos burocráticos del asunto, Rossetti?

—Formalmente está bajo la tutela de la tía. En realidad, Pino se queda conmigo.

—¿Podría saber el motivo de esta decisión?

—Me gustan sus dibujos.

—En mi modesta opinión está cometiendo un error. Tenga presentes estas palabras, y recuérdelas cuando llegue el momento.

Por lo que parecía, el Viejo había acertado. Pero la siniestra profecía no se cumpliría. Y él no permitiría que el muchacho tomara el camino equivocado.

Durante todos aquellos años, Pino Marino había demostrado ser una excelente

inversión. Había sido un..., un hijo leal, fiel y devoto. Sólo había habido un tema con el que no había nada que hacer: las mujeres. Pino Marino había matado, y volvería a hacerlo. Pero nada de mujeres. Era la única condición que había impuesto Pino, cuando Stalin le había explicado cómo sería su vida en el futuro. Yo no mato mujeres. Pino Marino no mataba mujeres y pintaba vírgenes. Stalin Rossetti aceptaba sus rarezas porque Pino Marino había demostrado ser una excelente inversión.

Al menos hasta aquel día.

Porque antes o después tenía que ocurrir. Pino se daría cuenta de que no era más que un muchacho. Un muchacho enamorado, con los ojos encendidos.

—Es una drogadicta, Pino. Los drogadictos no son de fiar.

—Se curará.

—Querría creerte, pero la experiencia...

—Sé que te debo mucho, Stalin. Y nunca te he pedido nada. Pero ahora...

Stalin Rossetti era un tipo pragmático.

Stalin Rossetti necesitaba a Pino Marino.

Stalin Rossetti sabía que, si le decía que no, le heriría irremediablemente.

Stalin Rossetti necesitaba a Pino Marino.

«Ganaré tiempo», decidió.

Stalin Rossetti le mostró una sonrisa tranquilizadora y abrazó a Pino.

—¡Deja que yo me ocupe, hijo!

Blanca Navid...

1

Scialoja y Mariella Brin habían acabado en la cama dos horas después de conocerse. No era precisamente un récord, pero casi. Ella había contactado con él para una entrevista «rosa», sobre los gustos y los amores de un hombre tan poderoso como esquivo y reservado. Él había respondido dándole largas: acabar en un periódico sensacionalista no era lo que más deseaba en el mundo. Aunque la periodista —tal como añadió, malicioso— desde luego merecía un trato mejor...

—¿Está tirándome los tejos, *dottor* Scialoja? —había respondido con una sana carcajada la Brin, mujer de uno setenta, minifalda espectacular y pechos considerables.

—¡Nunca me lo permitiría!

—¡Qué desilusión!

—¿Aún estoy a tiempo de retractarme?

—¿Te apetece ver mi colección de grabados orientales? No es muy lejos...

De modo que ahora la Brin estaba bajo la ducha, y cantaba a voz en grito «La cobra no es una serpiente...». La Brin gorjeaba: «Por favor, querido, ¿me pasas el acondicionador de pelo?». La Brin irrumpía desnuda, brillante y con los ojos encendidos de deseo.

Como amante era del tipo excesivamente fogoso y sustancialmente inconcluyente. Se sentía irresistible. Pero no poseía ni un gramo de la sensualidad de Patrizia.

Patrizia.

Era la primera vez que la traicionaba.

Porque de traición se trataba.

Ella estaba limpia. Incluso Camporesi había tirado la toalla. Se había disculpado y había tirado la toalla. Scialoja había acabado con todo. Scialoja lo había estropeado todo.

De pronto, aquella gata zalamera que se le frotaba contra el cuerpo le dio náuseas.

Se sentía culpable, doblemente culpable. De haberla traicionado y de haberle negado su confianza.

Scialoja se levantó de pronto, desnudo como estaba, rebuscando por la romántica suite con vistas a Piazza Tor Sanguigna en busca de sus ropas, esparcidas por todas partes.

La Brin hizo una mueca. No podía importarle menos.

—Tienes razón de estar enfadado conmigo, Nico.

—No estoy enfadado contigo. Tengo que ir al trabajo.

—La entrevista no era más que un pretexto.

Ahí está. Ahora ella le exigiría el precio de la prestación. De la «contrapartida», tal como diría el Viejo.

A lo mejor necesitaba que le presentaran a alguien.

O había un director que le tocaba las narices.

O necesitaba una recomendación.

—No te preocupes. He estado muy a gusto. Eres una amante formidable.

—Mentiroso. ¡La verdad es que quería irme a la cama contigo desde la primera vez que te vi!

Scialoja se giró. Ella ahora sonreía, indefensa.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? —le preguntó, incrédulo.

—En casa de aquel director, cómo se llama, Trevi...

—Trebbi.

—Sí, en su casa. ¡Te estuve rondando toda la noche, pero tú ni te fijaste en mí!

—¿Y qué hacías en casa de Trebbi?

—Trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Entrevistas, cosas así... ¡En fin, que fue amor a primera vista!

Ahora tenía a la chica a sus espaldas. Le deslizó una mano hasta el sexo. Scialoja se encogió. Ella se echó a reír.

—¿Sensación de culpa? —insinuó—. ¡Mira que yo soy muy, muy discreta! Entre otras cosas porque, al final, volverás a mí...

Scialoja sintió un sofoco. Pero ¿de dónde había salido esta Brin? ¿De una novela decadente de D'Annunzio? «Volverás a mí.» ¡Fuera, fuera! ¡No sólo no le pedía nada, sino que incluso le hablaba de amor! ¡Fuera, fuera! Scialoja le besó en las mejillas, se vistió resistiéndose a la tentación de una última *performance* y pudo respirar aliviado sólo cuando hubo dejado a sus espaldas Piazza Navona y una mañana gris y cargada de humo de coches, y se atrincheró tras su macizo escritorio de nogal.

¡Amor! ¡Amor a primera vista!

¡En este jodido ambiente, dominado por los intereses!

Había tres posibilidades. Primera: la chica era muy lista y el mazazo llegaría más adelante, con el tiempo. Segunda: era una de esas que siempre se enamoran, mira por dónde, de la persona ideal. De la que podía allanarle el camino, darle —como se decía en la jerga de la televisión— un «empujoncito». Tercera hipótesis, y la más inquietante: la chica era sincera.

En tal caso, se trataba de una psicópata.

En definitiva, la Brin no era más que una mediocre metáfora de su mediocre

existencia. Ahora vivía en estado de alarma permanente. Mediocridad. Miseria. Y Patrizia lejos, ¡Patrizia perdida por su locura! La locura de haber sospechado de ella.

Patrizia, aquella mañana, había ido a grabar una entrega de su programa de *fitness*.

Cuando se disponía a entrar en casa, tras un bocadillo y un batido de manzana y zanahoria, se lo encontró frente al portal de casa. Ella no podía saberlo, pero él llevaba esperando dos horas.

Había adelgazado. Tenía un aire de culpabilidad. Había vuelto, a fin de cuentas. Había vuelto, tal como había previsto Stalin.

Ella se rio con ganas.

—¿Cómo era?

—¿Quién?

—La que te has tirado esta noche.

—Pero qué dices...

—Venga, hombre, tengo cierta experiencia en el campo... Ven, que te preparo un café.

2

Maya se detuvo con un elegante derrape y siguió con la mirada la pista azul. Le había parecido que Raffaella la llamaba. Aquel desesperado «Mamá, mamá» imaginario que, como un *leitmotiv* obsesivo, marcaba su jornada. Serían cien, no, doscientas veces como mínimo. En aquello, por lo menos, era igual a muchas otras mamás. Y la pequeña parecida a tantas otras pequeñas. Maestros que ayudaban, pacientes, a esforzados y minúsculos principiantes. Monos de esquí de marca de todos los colores. En la pista negra, al lado pero perfectamente visibles, los virajes con los que Ilio y Ramino Rampoldi, con un deslumbrante conjunto verde padano, se cortaban el camino, sumidos en el ancestral juego masculino de la supremacía. Pero de Raffaella ni rastro. ¿Y si se había caído algo más arriba, antes de la curva? ¿Y si se hubiera salido de la pista azul por error, o por ponerse a prueba, y hubiera embocado la negra?

—¡Mamá, mamá! ¿Qué pasa, mamá? ¿No estás bien?

No, qué alivio. Ahí llegaba, con su precioso mono rojo. Unos pasos por debajo, incluso. Raffaella debía de haberle pasado al lado justo cuando ella iniciaba la frenada. Maya sintió de pronto un pinchazo en el costado. Quizá fuera efecto del cansancio. Esquiaba en contra de las recomendaciones de los médicos. Esquiaba porque el concepto de convalecencia chocaba de frente con el sentido más profundo

de la vida. Aquella obsesión por «hacer» que había heredado del Fundador. Esquiaba porque no se quería perder por nada del mundo el espectáculo de Raffaella, que remontaba los pocos pasos que la separaban de ella con la expresión triunfante del joven que por fin ha superado al viejo. Sus ojos que brillaban bajo las gafas de nieve. El movimiento frenético de los bastones, la sonrisa que ponía al descubierto los expresivos huequecitos entre incisivos y caninos...

La abrazó. Empezó a cubrirla de besos. Por un momento, Raffaella la dejó, pero luego empezó a quitársela de encima. Maya le pidió perdón, pues no había cumplido su promesa de llevarla a Kenia a ver animales, o a México o Guatemala a escalar las montañas de aquellos antiguos indios que llevaban su nombre...

—¡Pero a mí me da igual *Guatelama*, mamá! Yo aquí estoy bien. ¡Me divierto mucho!

Bueno, ella no. Pensó en aquellas horas después, frente a la chimenea, mientras Jimmy y Shona se apresuraban a preparar la mesa, y todos los demás, la comitiva, por decirlo así, ya vestidos para la cena, se torturaban en busca de algo divertido para hacer después.

¡Faltaba poquísimo para Navidad, qué diantres!

¡Bien habría que inventar algo!

Pero nadie era capaz de inventarse nada nuevo.

No aquella noche.

No en Cortina.

El viaje se había anulado oficialmente por lo de su ojo. Pero tanto ella como Ilio sabían que, con un poco de buena voluntad, habría podido capear la prohibición del médico de algún modo. No obstante, Ilio había suspirado aliviado. Ella no había insistido. Ilio le había confesado que estaba cansado. Pero aquella también era una versión oficial. Ilio estaba raro. Raro, pero de un modo diferente. Ésta era, en cierto sentido, la realidad del caso.

Y por tanto Cortina, *of course*.

Estos ricos tan previsibles. Tan rutinarios. Tan necesitados de sentir la tranquilidad que les dan las caras y los lugares de siempre.

Esa tribu insoportable.

Su tribu.

Una tribu *apartheid*.

Maya se quedó mirando a Jimmy y a Shona. Sus rostros negríssimos, sus movimientos elegantes. Ellos sí que sabían lo que significa *apartheid*.

En cuanto a ella, no era más que una señora rica, consentida y aburrída. Antes o después se apartaría de aquello. Antes o después. Pero no aquella noche. No en Cortina.

Sentados alrededor del estofado de ciervo —aunque a Raffaella se le hablaba,

genéricamente, de pollo: no se puede pretender que una criaturita de apenas ocho años acepte tranquilamente la idea de comerse a Bambi a bocaditos—, Ramino Rampoldi, con un entusiasmo que rozaba el éxtasis, explicaba su reciente reunión en la cumbre con el profesor Gianfranco Miglio, el ideólogo de la Liga Norte. Definición: un viejo arrogante, padano radical. Su sueño: un norte de Italia maravilloso, devuelto por fin a los padanos.

—Sin profesores *terroni*. Sin obreros *terroni*. ¡Sin magistrados *terroni*!

Ramino atravesaba a la comitiva con una mirada panorámica, casi como considerando el impacto de su entusiasmo de neófito. Había quien asentía, e incluso con cierta convicción. Y había quien desviaba la mirada, como Ilio. Maya no supo resistir la tentación de lanzar un golpe bajo.

—¿También los magistrados? ¿Y eso? ¿No erais todos tan partidarios de Di Pietro y compañía?

—Sí, pero es que ahora ya se pasan.

Los brazos abiertos de Ramino. El consenso general, unánime, esta vez. Maya cruzó una mirada con Ilio, ligeramente tenso.

—¡Pero si cuando imputaron a Craxi, tú mismo, Ramino, te presentaste con una *mágnum* de champán!

—*Prosecco* padano para ser exactos, querida.

Risas. Ilio con la vista en el plato. Tampoco a él le gustaba. Ponía al mal tiempo buena cara. Pero ¿por qué? ¿Había una unidad que no podía romperse? ¿A ningún precio? Maya abandonó la mesa y se dejó caer en el sillón con una novela de misterio. Fuera Cortina o Saint-Moritz, o incluso Davos, ya que habían decidido pertenecer a una comunidad *apartheid*, ella misma se «apartaba». Las ganas de estar en otra parte iban en aumento. En otra parte, y en otra vida.

—¿Todo bien?

La caricia de Ilio. Su mirada llena de cariño y de preocupación.

—Todo bien.

Por otra parte, no bastaría con irse. Había que llevárselo también a él. Quemar los puentes tras ellos. Hacer *tabula rasa*. Y volver a empezar en otro lugar. Ilio se quedó unos segundos, le rozó el cabello con un beso tierno pero comedido.

Había algo en el aire, aquella noche. Una tensión creciente, indescifrable. Una sospecha, quizá.

El incidente llegó más tarde, cuando, como era de esperar, todos los planes para pasar una noche extraordinaria se habían quedado en nada. La comitiva se preparaba para disolverse y alguno de los invitados que se quedaban a pasar la noche en la «maravillosa» casa de época del Fundador ya se había retirado a su habitación.

Ramino Rampoldi seguía parlotando con vehemencia con Ilio y Giulio Gioioso, que se había unido a la comitiva más tarde. Y fue Jimmy quien montó el lío. Al

retirar una bandeja, dio sin darse cuenta contra un vaso de whisky, y lo volcó. Una mancha enorme se extendió sobre el suéter, obviamente verde, de Ramino Rampoldi.

—¡Ten cuidado, *negher de l'ostia!*

En realidad tampoco era un insulto tan vehemente. Más bien una constatación. Una constatación de la pertenencia a dos clases distintas e incompatibles: a un lado estaba Ramino; al otro, el negro. El hecho de que no lo definiera explícitamente como «negro de mierda» dependía, quizá, de algún mecanismo inconsciente de consideración hacia los dueños de la casa.

Maya, que había asistido al incidente, notó la rabia reprimida en la mirada de Jimmy. Se plantó frente a Ramino Rampoldi, con su máscara de virtud ultrajada, mientras Giulio Gioioso parecía no comprender bien las implicaciones de aquello. Ilio, que en cambio preveía la tormenta, le hacía gestos desesperados de que lo dejara estar.

—Le pido excusas, señor —murmuró por fin Jimmy, inclinando la cabeza—. Si tuviera la amabilidad de dejarme su suéter...

—¡No! —dijo Maya, tranquila. Después, mirando fijamente a Ramino, añadió con una sonrisa tensa—: Ramino, me gustaría que pidieras excusas a Jimmy por ofenderlo.

Ahora la miraban como si estuviera loca. Aquello sucedía con demasiada frecuencia últimamente. Ya se imaginaba los comentarios. «Pero ¿qué le ha dado a Maya? ¿Correrán aires de crisis entre ella e Ilio? ¿Sabes que le hizo hacer un papelón al pobre Ramino, que se había quejado justamente de la distracción de un criado negro? ¡Le ordenó que pidiera excusas! ¿A quién, al criado? Qué va, ¿si no dónde estaría el escándalo? ¡A Ramino!»

—¡Perdona, Maya, era un suéter nuevo! ¡Me ha costado casi un millón de liras y ahora está para tirarlo! Francamente no creo...

—Te he rogado amablemente que le pidas excusas a Jimmy. No lo has hecho. Ahora ten la cortesía de salir de mi casa.

Le dio la espalda. Abandonó la estancia. Lo que más le dolía era la consternación de Ilio. O no entendía o no aceptaba. Una de las dos. Y para ella, ninguna, ninguna de las dos, era aceptable. Jimmy la alcanzó en lo alto de las escaleras que llevaban a la habitación de Raffaella.

—Gracias, señora. ¡Pero no hacía falta!

Quizá temiera que después le castigaran. O a lo mejor pensaba que Ramino Rampoldi montaría un lío para convencerla a ella, o a Ilio, o a los dos, de que los despidieran a él y a su mujer.

—Hacía falta —respondió cortante, orgullosa—. ¡Y no habrá consecuencias!

Jimmy bajó la cabeza. Él tampoco entendía. Y tampoco aceptaba. Si Jimmy y Shona estaban a su servicio era gracias al Fundador, que, en los largos y duros años

del *apartheid*, no había regateado a la hora de aportar fondos al partido de Nelson Mandela. No porque hubiera tenido una visión reveladora de camino a Damasco. Al contrario, los viejos sudafricanos blancos le parecían honestos en los negocios, correctos en las relaciones privadas, fascinantes conversadores, en fin, gente justa. El problema era otro. Se trataba de cálculo y de intereses. ¿Cuántos eran los negros, y cuántos hijos tenían? ¿Y cuánto podía resistir el fortín de los blancos? Así que el Fundador hacía negocios con el Gobierno racista y pagaba bajo cuerda al movimiento de liberación.

Ella era hija del cálculo y del interés.

Todos ellos lo eran.

Hablaron del tema al día siguiente. Por lo que Ilio decía, todo se había resuelto del mejor de los modos. No es que Ramino se hubiera excusado, pero al final se había quedado el suéter con la mancha y le había pasado a Jimmy un billete de cincuenta mil liras como resarcimiento.

Maya se imaginó la escena. Ramino que, con una sonrisa forzada, le metía el billete en el bolsillo al negro, y Jimmy lo aceptaba. ¡Lo aceptaba! Maya se imaginó la escena y explotó de rabia.

—¿Qué está sucediendo, Ilio? ¿Qué nos está sucediendo a todos?

Ilio no respondió. No había respuesta.

Todos ellos eran hijos del cálculo y del interés.

Ella dejaría de serlo.

El crepúsculo de los dioses

Estaba el representante de la provincia de Trápani y el representante de la provincia de Caltanissetta. Estaban los de Catania y Agrigento. Estaba el jefe de zona de Guadagna-Santa Maria del Gesù y el jefe de zona de San Giuseppe Jato. Y estaban los jefes de zona de Ganci y de Passo Rigano, de Caccamo, Partinico y Resuttana. Y el de Ciaculli que, para ser exactos, ahora había pasado a denominarse Brancaccio. De Villabate había venido el *reggente*, así como de Pagliarelli, Belmonte Mezzagno, de La Noce y de San Lorenzo. De las familias de Capaci, San Cipirello y Mistretta habían enviado, por legítimo impedimento penitenciario de titulares y titulados, sustitutos o simples «hombres de honor», así como de Altofonte.

Todos. Estaban todos. Estaban todos los mafiosos.

Allí, donde los *picciotti* de guardia vigilaban los coches blindados, la carretera y el sendero, estaban los mafiosos.

Donde la nieve se condensaba con el crudo invierno de Enna, estaban los mafiosos.

Sí, claro, faltaba Provenzano. Y nadie sabía quién hablaba por él. Podía ser cualquiera. Y podía no ser nadie.

El tío Cosimo, en cambio, sí sabía por quién hablaba él. Traía la última palabra de Riina. Porque Riina, el 15 de enero, había caído. Por culpa de un soplón, por culpa de un infame, de un esbirro. Pero había caído. Y se lo habían llevado a alguna cárcel especial, que hasta a los animales los tratan con más humanidad.

Y la palabra era sólo una: sangre.

Y sólo una podía ser aquella palabra: matanza.

Los mafiosos competían entre sí, a ver quién hacía las propuestas más extremas. Echar cianuro en las cañerías. Quemarlos vivos con toda la familia, a jueces y a políticos bribones. Lanzar misiles sobre la casa del Papa, que no mueve un dedo mientras los cristianos son masacrados, peor que en el Coliseo.

El tío Cosimo los escuchaba, con una sonrisa en los labios.

El tío Cosimo dejaba que se desfogaran, porque al final daría órdenes y todos acatarían sus palabras, que eran las palabras de Riina. Las palabras de Riina, con la aprobación de Provenzano; eso tenía que quedar claro.

Angelino Lo Mastro permanecía mudo en una esquina. Mordía una colilla de cigarrillo y pensaba que empezaban a circular actas judiciales con su nombre. La libertad se había acabado. Empezaba la clandestinidad. Angelino se preguntaba si

había valido la pena. Si aquello que estaban celebrando no era, en el fondo, el funeral de todos ellos.

Después, cuando se decidió que había acabado el tiempo del burro que come de dos pajares, cuando el tío Cosimo hubo explicado cuáles eran los primeros objetivos y cómo y cuándo se tenía que atacar, cuando la sala se vació, el tío Cosimo se acercó sonriendo a Angelino y le dijo:

—Ven. Tengo que hablar contigo.

Fuera había anochecido. Fuera hacía un frío de perros, un frío por el que sólo quien no ha estado en Sicilia de noche puede seguir llamándola la Isla del Sol. El tío Cosimo se llevó a Angelino frente al despeñadero que dominaba el valle y, con el dedo seco pero firme, iba señalando las luces de los pueblecitos colgados de la montaña. Y recordaba el pasado, el glorioso pasado de todos ellos.

—Allí fue la matanza del 69..., allí vengamos a aquellos dos pastores que tú sabes..., y allí, en la misma plaza de la Catedral, cogimos a ese infame de Totuccio Lopiparo... Éramos tres..., como tres hermanos, éramos..., y qué triste, Angelino, cuando los jóvenes dan la espalda a los viejos...

Angelino sentía escalofríos. Y no era sólo el frío. Era la capacidad de su antiguo mentor de leerle en los recovecos más ocultos de la mente. Aquello era lo que le asustaba.

—¿Qué hay, Angelino? ¿Qué es lo que te reconcome?

—Nada, tío Cosimo, nada.

—Todo lo que hemos construido, Angelino, no podemos perderlo. No nos lo podemos permitir. Por eso tenemos que seguir adelante. Yo lo sé, que tú eres joven y ambicioso. Y también sé que a los jóvenes la cárcel os preocupa más que a nosotros, que ya hemos vivido nuestra vida. ¡Pero precisamente por eso tenemos que seguir adelante! Es el momento de permanecer unidos, Angelino, unidos como los dedos de una mano... ¡Si nos paramos ahora, lo mismo daría disolver la Cosa Nostra y entregarnos todos! Corren rumores...

Angelino se encendió el cigarrillo. El tío Cosimo mostró su desaprobación frunciendo el ceño. El humo hace daño. Las mujeres hacen daño. Sólo la Cosa Nostra no hace daño, ni lo hará nunca. Aparte de a sus enemigos. Angelino tenía cosas que decirle al tío. También sobre esos «rumores». ¿De qué rumores se trataba? ¿Los que decían que se habían puesto de acuerdo con los norteamericanos y que ellos no sabían nada? «¿Y ahora? ¿Ahora con quién os habéis puesto de acuerdo? ¿Y quién decide esos acuerdos? ¿Y por qué nadie habla con Provenzano desde hace meses? ¡Unidos, sí, como los dedos de la mano! Pero ¡qué mano!»

No era el momento. Pero ¿llegaría algún día ese momento? ¿O sería que en realidad le faltaba cada vez más el valor?

—¿Qué rumores, tío?

—Algunos *tragediatori* van diciendo por ahí que a Riina lo entregó una mano amiga...

Los rumores sobre el desacuerdo de Provenzano se sucedían, volaban de boca en boca, se magnificaban hasta rozar el insulto. Los «hombres de honor» ya no se fiaban el uno del otro. El hermano tenía miedo de su hermano. Las familias se iban desmembrando. Había quien acusaba al triunvirato de traición. El tío Cosimo, por fin, había preparado la lista de sujetos de riesgo: fuera porque habían sido descubiertos formulando propuestas de insubordinación, o porque se mostraran reticentes a la adhesión a las directivas impartidas por la Comisión Central. Figuraban también muchos «hombres de honor» próximos a Provenzano.

El tío Cosimo le entregó el documento a Angelino y le preguntó:

—¿A quién quieres salvar de éstos?

Angelino dio un rápido repaso a la lista de nombres. El suyo estaba en lo alto. Angelino suspiró.

—Se salvan todos los que merecen vivir, y se condenan todos los que merecen morir.

El tío Cosimo asintió. Le pidió el encendedor y quemó la lista. Después, tras un golpe de tos y una sonrisa, se retiró.

Mientras el último tizón negruzco se dispersaba por el gélido valle, Angelino comprendió que no había salida, que no había remedio. Angelino comprendió que la Cosa Nostra no tenía una puerta de salida que no fuera la muerte.

Y Angelino se sentía demasiado joven para pensar en la muerte.

La iluminación de Carú

«Las ideas. Los mitos. Ésa es la clave. Extiende las ideas. Controla los mitos. Y controlarás a la gente.» Palabra de Emanuele Carú.

Ya. Pero ¿cómo diablos se hacía para meter esta verdad elemental que seguía rondándole por la cabeza en un editorial que tendría que celebrar el triunfo del Estado *versus* Salvatore Riina? Carú sudaba, Carú se servía otra dosis de bourbon y rompía la enésima versión del texto que, en breve, tendría que leer ante las cámaras de uno de los muchos canales con los que colaboraba.

Las ideas. Los mitos.

«Y has acabado como “colaborador especial”, pobre, viejo Carú. Un modo como cualquier otro de decir: temporal, trasnochado, expuesto al capricho de un director de turno impuesto por el accionista mayoritario.»

Carú soñaba con ser él quien se convirtiera en el accionista mayoritario.

El accionista mayoritario de sí mismo.

Carú soñaba con un periódico. Su periódico.

Los periódicos siembran ideas. Los periódicos crean mitos. Los periódicos controlan las conciencias.

Ya lo tenía claro.

Costes de redacción bajísimos, gracias a un elenco de frustrados de luchar contra aquellos grandes cerebros de la *intelligentsia* roja que los habían condenado a un resignado silencio. Grandes campañas con el lema del Nuevo Orden Moral y de la abolición de los tabúes de una sociedad ablandada, flácida y feminizada por la permisividad de la izquierda. Alguna apertura en lo social, para que no los declararan inmediatamente fascistas: los italianos aún no estaban listos. Haría falta un poco de tiempo. La mutación del sentido común tenía que producirse, al menos durante las primeras fases, siguiendo una línea suave y calculada. Una apoteosis del sugerir a través del decir y el no decir. Una obra capilar de revalorización de los lugares comunes que sus fríos ex amigos intelectuales liquidaban con un despreciativo encogerse de hombros. ¿Proposiciones antihistóricas? Al final llegarían. Cuando, un buen día, los italianos se despertarían con un montoncito de ideas bien precisas en la cabeza sobre su presente y sobre su país. Los gitanos tocan los cojones. Los negros huelen mal. Las mujeres son todas unas putas, y las que abortan son las más putas de todas. Los reclusos deben quedarse en la cárcel. Todo el mundo tiene derecho a armarse para defender la propiedad privada. Esa mañana los italianos se despertarían

con el estupor de descubrir que todos pensaban esas cosas.

Y no se trataba, ni mucho menos, de sacar, a través de un paciente trabajo mayéutico, lo peor que llevan dentro los italianos desde siempre.

En el pasado se había conseguido llegar así al fascismo. Mussolini no habría caído si no se hubiera hecho la ilusión de poder hacer el fascista en serio. Mussolini no habría caído si no se hubiera tomado demasiado en serio a sí mismo.

Antes o después los italianos se cansan de los que se toman en serio.

Carú nunca se tomaba en serio.

Carú nunca se tomaba ninguna idea en serio.

Carú consideraba una basura el pensamiento de derechas.

Carú consideraba una basura el pensamiento de izquierdas.

Carú pensaba que el hombre inteligente no se vende nunca a una idea.

Carú pensaba que el hombre inteligente se concede en arriendo a una idea durante el tiempo necesario para obtener el máximo provecho. Ni un minuto más, ni uno menos.

Había un único y grave problema. El dinero. Un periódico cuesta dinero. Un periódico es una empresa. Carú miró a su alrededor y estuvo a punto de entrar en una crisis depresiva.

¿A quién iba a pedirle ese dinero?

¿A los viejos democristianos, que iban a ser barridos?

¿A sus nuevos amigos socialistas, que también tenían los días contados?

¿A los del Movimiento Social Italiano? Parecía que se habían decidido por fin a enterrar el lúgubre lábaro del pasado. Pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que sus votos perdieran valor?

¿A los «bárbaros» de la Liga, con su grotesca imaginería bélica campestre y su evidente estado de erección permanente?

Llamaron a la puerta del camerino. Carú decidió que improvisaría. Elogiar al Estado le repugnaba. Pero aquello era lo que pretendía su cliente. Y lo que quería oír el pueblo. Intentaría, al menos, introducir alguna nota venenosa. Como felicitarse por el paciente trabajo de los oscuros magistrados que no acaban en primera página, sino que cumplen su deber en silencio y discretamente.

Sí, eso podía decir. Pero con moderación. Para no correr el riesgo de que el elogio de unos sonara a crítica a los otros. El recuerdo de los atentados aún estaba demasiado fresco. El país aún estaba lleno de plañideras en acción por Falcone y Borsellino. ¡Aún estaba lejos el tiempo en que un hombre libre pudiera expresar libremente sus ideas!

Las ideas..., los mitos...

Carú cumplió diligentemente con su encarguito y se fue a desconectar a casa del director Trebbi.

Y fue precisamente aquella noche, frente a una mediocre *mousse* de chocolate — hacía un tiempo que la calidad en casa Trebbi iba cayendo peligrosamente— cuando Carú hizo el descubrimiento que le cambiaría la vida.

Sucedió cuando un hermano masón, tras el convencional intercambio de saludos, le preguntó si estaba al corriente de lo que sucedía en Milán.

—¿Cómo?

—Más que en Milán, debería decir Arcore...

—Sigo sin entender.

—Corre la voz de que Berlusconi tiene intención de saltar a la arena...

—¿Saltar qué?

—¡No te veo muy lúcido, Carú! Saltar a la arena..., entrar en política... ¡Crear un partido, vaya!

—¿Y con quién creará este partido? ¿Con Mike Bongiorno y los de *Drive In*^[18]?

Su interlocutor había puesto fin a la conversación bruscamente, molesto con su falta de tacto. Luego Carú supo, por Trebbi, que se trataba de un mando intermedio de Publitalia, la sociedad encargada de estudios de publicidad por cuenta de los canales de televisión de Berlusconi.

Aunque su primera reacción había sido de una incredulidad divertida — ¿Berlusconi en política?, vale que Reagan había sido presidente de Estados Unidos, pero en fin...—, los días siguientes empezó a ver las cosas desde otro punto de vista.

Carú hizo llamadas.

Todos los que podían saber, negaban. Todos los que negaban lo hacían de un modo demasiado convencido. Demasiado aseverativo.

Carú comprendió que la noticia era cierta y se preguntó si tras el tono de charla informal del publicista no se ocultaba una especie de oferta de reclutamiento. O un sondeo.

Carú sintió un palpito.

Carú hizo un sondeo personal.

Carú habló con gente. Recogió opiniones.

Berlusconi tenía encanto. Carisma. Desfachatez. Los que lo conocían alababan su irresistible simpatía humana. Era un anticomunista tenaz. Estaba convencido de que la izquierda se la tenía jurada. La victoria de los rojos para él podía suponer la ruina. Berlusconi también estaba cargado de deudas, y una solución política podía resultar providencial para su empresa. Berlusconi era un hombre amado por el pueblo. Unos años antes, cuando los jueces le habían cerrado sus canales de televisión, se había generado una auténtica revolución. Los niños lloraban y las mamás soltaban improperios contra los monstruos que habían matado a los pitufos.

Pero ¿bastaba con eso para crear un líder político?

Fue una colega periodista de la prensa extranjera la que le iluminó. Sucedió una

noche, tras un aburridísimo debate sobre la legalidad a la luz de los procedimientos de Milán, con jueces *superstar* y políticos falderos. Le preguntó sobre Berlusconi; ella, con una bella sonrisa nórdica que le eliminó milagrosamente las profundas arrugas en las comisuras de una boca amplia y bien formada, respondió:

—¡Ah, Berlusconi! ¡Es tan..., tan perfectamente italiano!

Eso era. La clave de todo.

Italia.

Italia buscaba un dueño.

Italia buscaba un dueño italiano.

Berlusconi era el más italiano de todos.

Berlusconi se convertiría en el dueño de Italia.

Carú aparcó cualquier duda y cualquier miedo.

Carú escribió un texto que escondió en un archivo escondido en su ordenador. Lo llamó *Líneas para el futuro* y se juró a sí mismo que un día aquel texto haría historia. La historia de Italia.

En el texto presagiaba para su..., para nuestro vapuleado país la merecida paz que sigue a la anarquía.

Auguraba el surgimiento de un Nuevo Amanecer Italiano.

Profetizaba la llegada de un hombre.

Carú anuló todas sus colaboraciones y voló a Milán.

¡Quería encontrarse en el lugar indicado en el momento indicado, y por Dios que lo haría!

Los inexorables

1

Aunque sólo fuera para dejar claro cómo estaban las cosas, desde primera hora de la mañana Scialoja había mandado a dos hombres que le pisaran los talones a Giulio Gioioso.

—No os esforcéis en pasar inadvertidos. ¡Tiene que sentir la presión!

Siguiendo sus indicaciones, los muchachos siguieron con la sirena puesta al Mercedes, desde el centro de Milán a la elegante villa señorial en el corazón de la verde Brianza. Y luego, con aire socarrón, barba larga y un cigarrillo a un lado de la boca, se pusieron a comprobar hasta el último detalle de las credenciales de todos los ilustres invitados que acudían al «convite» para celebrar el cumpleaños de la pequeña Raffaella Donatoni.

«Es por su seguridad», respondían, secos e inflexibles, a las protestas, cada vez más vehementes, de desconcertadas familias bienestantes que acudían con toda su prole, niñeras de color más o menos negro o gris y chóferes con auricular perfectamente visible. Encogiéndose de hombros, liquidaban, indiferentes, las amenazas de traslado y los insultos directos que aquella panda de intocables se sentía autorizada a dirigirles.

Maya fue a su encuentro tras montar una escena con Ilio.

—¿Tú sabes algo? ¿Nos controlan? ¿Qué diablos está sucediendo?

Pero los muchachos de Scialoja alegaron que tenían órdenes de sus superiores y atajaron cualquier disputa de raíz.

Scialoja, informado por radio de la evolución de la situación, dejó que la puesta en escena durara más de media hora antes de marcar el número del móvil de Giulio Gioioso.

—¿Gioioso? Soy Nicola Scialoja. Tengo que hablar con usted.

—¿Nos conocemos, señor... Scialoja?

—Tenemos un amigo en común.

—Me parece que no recuerdo, lo siento.

—Angelino Lo Mastro. Estaré ahí dentro de veinte minutos.

A su llegada, después de asegurarse de que la presa seguía en la trampa, ordenó a los muchachos que levantaran el bloqueo y, una vez en el patio de la residencia, esgrimió su mejor sonrisa y se dirigió a la señora que le esperaba, furiosa, junto a una fuente con empalagosos querubines decimonónicos cubiertos de musgo. Se presentó y le tendió la mano, pero ella se quedó con los brazos cruzados, hosca, glacial. Una

mujer bellísima. Debía de tener al menos quince o veinte años menos que su marido.

—¿Ha sido usted quien ha ordenado esa payasada de ahí fuera?

—Lo siento. Se habían registrado movimientos sospechosos en la zona...

—¿Y los busca aquí, sus movimientos sospechosos? ¡Los niños están aterrorizados!

—Ha sido una iniciativa de mis hombres. Ya me he encargado de que recibieran su merecido. Permítame que le presente mis excusas, señora Donatoni.

Le besó la mano, un gesto algo fingido, y le dedicó una reverencia, decididamente irónica. «¡Mira por dónde! ¡Primero te invade la casa con el Séptimo de Caballería y luego se pone a jugar a oficial y caballero!» Maya retiró la mano con una mueca malhumorada.

—¿Me ha tomado por una vieja chocha?

Scialoja se irguió, algo violento. Había momentos en que le envidiaba a Camporesi el aplomo que la tradición familiar le daba en los actos sociales.

—¡Apenas hace unos minutos que la conozco y me veo obligado de nuevo a pedirle excusas!

—Con pedir las no basta. ¡Venga conmigo!

Maya lo arrastró hasta el centro de la fiesta, entre un montón de ceños fruncidos de padres y de miradas ansiosas de niños.

—Este señor es el jefe de la Policía. Es un jefe bueno y sabio. Ha echado a esos hombres malos que estaban al otro lado de la puerta. ¿Es verdad?

Scialoja asintió. Maya sonrió. Alguna mamá, primero tímidamente y luego con mayor convicción, le dio las gracias. Un par de padres le estrecharon la mano. La pequeña Raffaella le preguntó si de verdad era policía.

—Algo así.

—¡Ah, por eso no llevas uniforme!

Después Raffaella se dedicó a algo o a alguien más interesante. Maya lo presentó a diestra y siniestra, y mientras todos se preguntaban quién sería aquel misterioso pez gordo, Scialoja se liberó con un pretexto cualquiera y se puso a buscar a los que sí sabían quién era. Giulio Gioioso e Ilio Donatoni estaban atrincherados en una especie de cantina de techos altísimos, frente a la chimenea apagada. No hubo necesidad de presentaciones. Le esperaban. Con una frase dejó claro a Ilio que el objeto de su visita no eran sus asuntos en común, asuntos que desde luego podrían dar mucho de que hablar, sino la persona de Giulio Gioioso. Donatoni se retiró, aliviado. Giulio Gioioso juntó las manos como si fuera a rezar e intentó tantear el terreno con una sonrisa meliflua.

—Francamente, *dottor* Scialoja, toda esta puesta en escena no era necesaria. Si quería verme, habría bastado con pasar por mi oficina.

—Muy bien, Gioioso. Saltémonos el protocolo. Necesito que usted le lleve un

mensaje de mi parte a nuestro amigo común.

Una mueca tensa ocupó el lugar de la sonrisa meliflua. Gioioso pidió permiso para fumar. Quería ganar tiempo. Angelino Lo Mastro había desaparecido. Su teléfono estaba desconectado. Sus técnicos le habían explicado que era posible localizar un aparato, aunque estuviera apagado, por el rastro que dejaba la batería. Protocolo «reservado», según le habían garantizado. Pero ya se sabe: en Italia la reserva es una quimera. Cuando Angelino había decidido evitar el encuentro, también había hecho desaparecer la batería.

Scialoja se había enterado de que pesaban sobre él dos órdenes de detención cautelar por asociación mafiosa y participación en extorsión. Pero el verdadero motivo de la desaparición era otro. La captura de Riina. Angelino no quería hablar con él porque la captura de Riina se había interpretado en Sicilia como una traición. Pero si traición había sido, Scialoja no tenía nada que ver. El canal no podía saltar así, de pronto, por culpa de los doce hombres del Capitano Ultimo^[19]. Pero ¿cómo encontrar el rastro de Angelino? Scialoja había rebuscado por entre los papeles del Viejo. Por la voz «Cosa Nostra/contactos/no fichados». Había aparecido el nombre de Giulio Gioioso. Una generación mayor que Lo Mastro, licenciado en Medicina, aunque nunca había ejercido. Emigrado de Palermo a Milán a principios de los años setenta. Tampoco él estaba fichado, también él era empresario, pero con suerte diversa: administrador dimitente de un par de sociedades, condenado en primer grado y después absuelto de la acusación de quiebra fraudulenta y, últimamente, asesor del Grupo Donatoni. El Viejo había anotado al margen, con su irritante caligrafía de escolar diligente: «Gio. lleva a Don. a Sicilia. ¿Contrapartida?». No había pruebas irrefutables de la pertenencia de Giulio Gioioso a la mafia. O al menos, no en los apuntes del Viejo. Gioioso y Lo Mastro. Un hombre de negocios y un mafioso célebre. Y Donatoni, el hombre de la bella señora, Donatoni llevado a Sicilia...

—Admitamos que yo haya conocido, en el pasado, al señor Lo Mastro... En sus condiciones actuales... Usted está al corriente de sus problemas judiciales, ¿verdad? En sus condiciones actuales me parece difícil que...

—Planteémoslo así, Gioioso. Nuestro amigo común es el ministro de Exteriores de la mafia. Yo represento al Estado. Tenemos que organizar un encuentro. Usted me ayudará a hacerlo, y yo olvidaré ciertas informaciones reservadas sobre usted que, si se divulgaran, podrían costarle un bonito retiro por cuenta del Estado...

Gioioso se rio, nervioso.

—¿Informaciones reservadas? ¡Yo no tengo nada que esconder!

—Los jueces de Milán no pensarían lo mismo, Gioioso.

—¡Cuando se hacen ciertas acusaciones hay que estar en disposición de demostrarlas!

—Le garantizo que si decidiera ocuparme de usted en serio, las pruebas serían el

menor de mis problemas. Por suerte para usted, usted no me interesa, ni me interesan sus negocios con Donatoni. Únicamente le pido que transmita un mensaje. Dígale a nuestro amigo común que garantizo personalmente su seguridad. Él sabe cómo contactar conmigo. ¡Que tenga un buen día, doctor Gioioso!

Afuera, la fiesta estaba en su mayor apogeo. Había magos, organizadores de juegos y saltimbanquis que entretenían a los niños en un delirio de gritos, cantos y correrías. Maya estaba atando a una cuerda tendida entre dos árboles una gran olla. Scialoja le rozó un hombro. Ella se giró. La sonrisa de sus bellos labios se apagó.

—Ha venido por mi marido, ¿verdad? Ilio me ha dicho que usted es...

Scialoja consideró su expresión tensa, la ansiedad que denotaba el tono de voz, el deseo de protección que dejaba entrever una pregunta tan directa. Maya Donatoni debía de estar realmente enamorada. Enamorada del hombre equivocado. Scialoja estuvo tentado de decirle: «Lléveselo de aquí, señora, sea lo que sea lo que está haciendo, impídale que lo lleve a término. ¡Váyanse, por el amor de Dios!».

—¡Pero qué dice, señora! ¡Su marido puede estar absolutamente tranquilo!

—Gracias —dijo Maya, y lo besó impulsivamente en la mejilla.

Mientras se dirigía a su coche, Scialoja sintió que aquel beso le quemaba como una marca de infamia.

Angelino Lo Mastro dio señales de vida dos días después de la charla de Scialoja con Giulio Gioioso. Se encontraron la primera semana de marzo, en Villa Celimontana. Scialoja había puesto hombres por toda la casa, por si algún policía o *carabiniere* demasiado diligente tuviera la brillante idea de echarle mano a alguien tan buscado por la justicia. Angelino se presentó vestido con su habitual elegancia, pero tenía los ojos rojos y no paraba de sorber con la nariz. Cocaína, decidió Scialoja.

Dadas las circunstancias, los saludos se redujeron a un frío gesto. Scialoja entró *in media res*: no tenía nada que ver con el arresto de Riina. El acuerdo, por lo que a él respectaba, seguía siendo válido.

—En Sicilia no saben que nos hemos visto —le soltó Angelino.

—¿Quiere decir que ya han decidido? —preguntó Scialoja, con aire taciturno.

Angelino asintió. Scialoja apretó los puños, en un gesto de rabia.

—Escúcheme. Dentro de un mes se celebrará el referéndum electoral. Ganará el sí. Los viejos partidos están destinados a desaparecer. Muy pronto habrá elecciones. Quien gane tendrá una mayoría estable y segura. ¡Y entonces se podrá negociar!

—¡Esa canción ya la he oído, *dottor* Scialoja! Nosotros no pedíamos más que una señal. ¡Pero no la que nos han dado! ¡Ahora ya es demasiado tarde!

—¡Podría hacer que revocaran su orden de busca y captura, Lo Mastro!

El joven mafioso se le quedó mirando, inmóvil.

—¡Ya le he dicho que en Sicilia no saben nada!

—Se lo dirá usted, cuando se haya convertido en un hombre libre.

Naturalmente, Stalin Rossetti sabía que se encontrarían. El famoso «servicio de información» le había dado cuenta del viaje de Scialoja a Milán y del encuentro con Giulio Gioioso. A Stalin no le había costado nada echar la cuenta. No obstante, con él, Angelino no entró en detalle, y se limitó a decirle que el poli hablaba por hablar y que ellos ya estaban hartos de sus promesas. Los preparativos para la acción avanzaban en la isla, y pronto, muy pronto, se dejarían ver los efectos.

—Pero tú también, Rossetti, a fin de cuentas... ¿Nosotros qué ganamos?

—Espera y verás, Angelino. Dame tiempo.

Stalin, al final de la velada, le ofreció cocaína. Angelino la rechazó, indignado. Él nunca había querido probar aquella porquería. Aquello era para botarates. Los hombres se ganaban la vida con aquello, no se la arruinaban. Stalin se disculpó, más bien sorprendido. Angelino comprendió que la oferta tenía que ver con sus ojos enrojecidos, el goteo de la nariz y todo lo demás, y estalló en una gran carcajada.

—¡Ah, ya entiendo..., pero la cocaína no tiene nada que ver, amigo mío! Es ese maldito polen, que me tiene frito. ¡Todos los años la misma historia!

2

En el funeral del *onorevole* Corazza no había más que unos cuantos íntimos. Y Argenti. Corazza le había escrito un par de líneas de su estilo antes de palmarla: «*Arge', nun te fa' 'ncula' dalli compagnucci tua. Famo 'n accordo o finiremo tutti nella merda*^[20]». Con su refinado estilo. No había habido tiempo de verse, el cáncer había sido demasiado rápido. De modo que no le quedaba más que rendirle homenaje al viejo bastardo. El olor penetrante de las flores apestaba la anónima iglesia de la Balduina. Un cura distraído magnificaba las virtudes morales y civiles del difunto, hombre dedicado a la familia, a la religión, a la patria. Si hubiera podido asistir a sus propias exequias, Corazza habría soltado una buena carcajada. Scialoja y Patrizia estaban dos bancos por detrás de Argenti y Beatrice. Tras el encuentro con Angelino, Scialoja se había encomendado a todos sus santos, protegidos y protectores, con el fin de obtener la más mínima disposición favorable al mafioso. Camporesi, que se había lanzado a hacer gestiones en los tribunales correspondientes, había vuelto con el rabo entre las piernas. Había bastado insinuar el asunto para provocar una amenaza de arresto. Y lo mismo con los políticos. En teoría, todos disponibles, todos conscientes de la dificultad del momento. En realidad, ninguno asumía la responsabilidad de un gesto, de una iniciativa. Todos temían echarse en contra a los jueces. Jueces que ya estaban fuera de control. Actuaban como gobernantes. «Nos están haciendo la cama —le había confesado una vieja gloria de la Primera República—; hemos sido

demasiado buenos con ellos. Nos están haciendo la cama porque saben que ganarán los comunistas. Y son todos comunistas.» Scialoja, que había conocido a decenas de jueces en su carrera, empezando por el medroso *dottor* Borgia, que le había impedido una vez mandar al Viejo al «Hotel Regina^[21]», sabía que los jueces no se habían vuelto comunistas de pronto. Quizás habían virado hacia la izquierda, eso sí, pero en su mayoría de un modo inconsciente. Hastiados de la porquería que iban desenterrando día tras día, asqueados ante el lento e inexorable proceso de descomposición del Estado, lo que, como protagonistas autónomos, los volvía extremadamente peligrosos. Razón de más para limitar al máximo los contactos. Pero el que de verdad era una mosca cojonera —«Arrodíllate», le dijo Patrizia con un codazo en el costado, ya que era el único que se había quedado de pie ante la elevación del cáliz—, la mosca cojonera era Argenti. No había medida «humanitaria» que no chocara contra su rigor calvinista. No había camarada que no temiera sus ataques de furia. Argenti se le ponía por en medio en todos sus proyectos. En la respetada empresa «Oscuros Tejemanejes & Co», no faltaban «camaradas» hábiles y sin escrúpulos, camaradas a los que les daba igual el respeto y la tradición legal. Pero todos bajaban la cabeza ante Argenti. Por lo menos de momento. De modo que Scialoja tenía que volver a enfrentarse al gran oso. Lo haría en cuanto terminara la triste —y tediosa— ceremonia.

Patrizia, que en las iglesias siempre se sentía incómoda, había salido a fumarse un cigarrillo al pórtico.

—¿Me da fuego?

La esposa de Argenti, Beatrice. Patrizia le ofreció el encendedor. Ella le dio las gracias con un esbozo de sonrisa. Mario —le explicó—, Mario Argenti, detestaba el humo. Como todos los neoconvertos, su intolerancia dejaba al descubierto algunos rasgos obsesivos de su carácter. ¿Cómo definir, sino como obsesivo, a alguien que se pone a olisquear el traje chaqueta como un sabueso en busca del rastro de la odiada nicotina?

Scialoja y Argenti salían juntos de la iglesia. El senador tenía aire de sorpresa, pero también ligeramente divertido. Scialoja había aprovechado el último saludo al féretro para abordarlo.

—¿Cómo ha sabido que vendría aquí, Scialoja? ¿Me tiene controlado?

—Claro —se rio Scialoja—, pero desgraciadamente no he podido descubrir nada interesante sobre usted. Por eso me he decidido a venir a verle personalmente...

—Oigamos —concedió Argenti con un suspiro.

Más tarde, mientras acompañaba a Beatrice a la redacción de camino al Senado para una reunión de la Comisión de Justicia, Argenti se desahogó.

—Scialoja ha ido demasiado lejos. ¡Pediré que le retiren de todos sus cargos!

—¡Exagerado!

—¡Ese hombre ha perdido la cabeza, Bea! ¡Me ha pedido que le ayude a que revoquen la orden de busca y captura para un mafioso!

—¿A ti?

—¡A mí! ¡Parece ser que está convencido de que los cuerpos de seguridad dependen de mí, o algo parecido!

—No es el único que lo piensa.

—Si fuera verdad, no estaríamos como estamos.

—Bueno, en cualquier caso es un halago... Quiere decir que te tiene en buen concepto y que te teme...

—¡Quiere decir que está podrido hasta la médula, eso es lo que quiere decir!

—Qué lástima. Su amiga me parece muy simpática. Me gustaría conocerla mejor.

—No me parece oportuno.

—¿Así están las cosas, senador? ¿También controlamos la vida privada?

—Podría ser un truco para pillarme.

—Estás volviéndote paranoico. No es más que una mujer complicada, y un poco triste...

—¿Y tú qué sabes?

—Estamos leyendo el mismo libro. Aquellos relatos de la Bachmann...

—Es una ex prostituta, Beatrice.

—¡Y tú eres un machista en activo y sin posibilidad de recuperación, Mario!

Resurrección

Valeria había preguntado a su tutor si por lo menos el día de su cumpleaños le permitirían ver a un amigo. Llevaba en la comunidad tres meses, se comportaba y se merecía una pequeña recompensa.

—¿Un amigo? ¿Cuándo?

—Esta tarde.

—Es pronto. Y además... ¡Tus amigos somos nosotros, Valeria!

—¡Se da el caso de que yo tengo otros amigos, además de... «nosotros»!

—¡Se da el caso de que aún no estás preparada!

Las normas eran la base de la recuperación. Las normas. Y los pasos. Algunas eran estúpidas. Como la limitación de los cigarrillos o el racionamiento de las pastillas de jabón, o la prohibición de llevar camisetas con ciertos símbolos, desde paz, amor y música a estrellas de rock con aire de toxicómanos.

Otras eran crueles.

¿Por qué no podía decidir sola?

Ella se sentía preparada. Lo estaba.

Pidió permiso para hacer una llamada. Permiso denegado.

Se encerró en el baño, el único espacio donde no la molestarían con sus obsesiones comunitarias.

Imaginó la mirada encendida de Pino Marino mientras se asomaba a la portería y pedía que le dejaran verla.

Imaginó la respuesta del vigilante de turno, con un tono de fingida desolación. Del sádico de turno. Sólo a los sádicos se les encargan ciertas tareas.

Imaginó la desilusión del muchacho, lo vio metiéndose de nuevo bajo el brazo la carpeta con su retrato en forma de Virgen, el que le había prometido en la última carta.

Se podían recibir cartas; retratos y fotografías no. Otra regla. Estúpida, cruel y absurda.

Pero también del baño la sacaron a la fuerza.

En el fondo era su fiesta, así que había que celebrarlo.

Todos unidos en torno al tabernáculo. Oración facultativa, pero recomendada. Después, presentación de Didi, Dodi y Dadi, o como diantres se llamaran. Los últimos tres que «lo habían conseguido».

Después el discursito del Patriarca, como llamaban al hombre barbudo e inspirado

que había consagrado su existencia a la recuperación...

Su *incipit* hipócrita: «Sé que muchos de vosotros no queríais estar aquí ahora mismo, sé que algunos de vosotros aún sueñan con la vida que han dejado a sus espaldas, la que llamáis la vida libre de la calle...».

Hipócrita. Mientras se esforzaba por adoptar una expresión compungida, con el único objetivo de evitar interrogatorios e incordios posteriores, Valeria se dio cuenta de que el Patriarca, en cierto modo, se parecía a B.G.

El «nuevo» B.G. B.G. que había cambiado. B.G. que alababa su elección. B.G. que había comprendido que la vía de la recuperación era lenta y dura y que le mandaba su bendición. B.G. que no necesitaba ayuda para desintoxicarse, porque él nunca había caído realmente. B.G. que había visto la luz y que estaba preparando un nuevo disco de canciones de inspiración religiosa. B.G. que escribía una autobiografía que causaría sensación. B.G. que se proponía como nuevo modelo para los jóvenes en busca de un camino. B.G. que firmaba «tuyo como siempre».

«Miente», le dijo Lady Hero, que se materializó junto a su camita, cuando por fin dejaron que se fuera.

«Miente. Él no cambiará nunca. Tú no cambiarás nunca.»

«¿Por qué no vas con él?»

«¡Sería tan fácil!»

«Conoces todas las salidas y todos los pasillos.»

«Al fin y al cabo, no es una cárcel.»

«Al fin y al cabo, no pueden detenerte.»

«Sólo tienes que querer.»

«Sólo tienes que decidirlo.»

«¡Da el primer paso, amiga mía, y todo será tan sencillo!»

«Él ahora está en Milán.»

«¡Él no te dejará!»

«¡No pensarás que dejaré que te vayas con aquel exaltado y sus Vírgenes de tres al cuarto!»

«No son feas, de acuerdo. Pero un poco de impresión sí que dan, ¿no te parece?»

«¡Venga, vamos!»

«¡Es tu fiesta!»

«¡Tienes derecho a algo mejor que una banda de pesados ex drogadictos!»

«¿Te acuerdas de los flashes?»

«¿Te acuerdas del alucine?»

«¿Te acuerdas...?»

Aquella vez le había costado quitársela de encima. Por fin lo consiguió. Y sin ayuda de nadie.

El mes siguiente todos los monitores la felicitaron por los pasos de gigante que

estaba dando hacia la recuperación.

Un día le dijeron que tenía una visita.

Podía cambiarse, si quería.

Podía incluso ponerse unas gotas de perfume.

Cuando la vio venir hacia él, con la camiseta roja y los vaqueros anchos, casi deformados, Pino Marino sintió ganas de abrazarla.

Pero tenía miedo de tocarla.

Y en aquel preciso instante comprendió lo que significa sentirse perdidamente, desesperadamente enamorado.

Cuando el juego se pone duro...

En la salita reservada del cineasta Trebbi, Scialoja y el hermano masón P. comentaban la reciente evolución de la situación italiana. El referéndum sobre la ley electoral, en el que habían vencido de largo los seguidores de la opción mayoritaria, acababa de un plumazo con la vieja política. Se pasaba página. Las elecciones eran prácticamente obligadas. Scialoja no se resignaba a abandonarse a la inercia de sus interlocutores. Había hecho el tonto para arrancarles una mínima señal. Había puesto bajo control a los magistrados, pero también ellos, como Argenti, parecían limpios.

¡Argenti! Argenti era su condena. Argenti había movido todos los resortes disponibles para neutralizarlo. Sin conseguir nada. Mientras estuvieran en su poder los papeles del Viejo, era intocable. Y no obstante, el mero hecho de que un comunista, o socialista, o como demonios se llamaran ahora, hubiera osado «intentarlo», solamente era un claro reflejo de los tiempos que corrían. «Los buenos» se habían puesto a hacer de buenos en serio. Y aquello, en los tiempos del Viejo, habría sido impensable. E impensable habría sido aquella victoria de la izquierda que para entonces ya todos daban por descontada. Había algo que se le escapaba, en aquel aire de resignación indefinida. ¿O es que ya se habían rendido todos a los rojos?

El hermano P., uno de los miembros más influyentes de la logia Sirena, estaba preocupado. Con aire taciturno y confundido, le reveló que «estaban sucediendo cosas increíbles».

Corría la voz de que el gran maestro se había retirado. Se decía que tenía intención de presentarse ante el duque de Kent, el jefe supremo de la Obediencia, para denunciar a otros hermanos masones.

—¿Y qué se supone que han hecho esos cofrades? —susurró, escéptico, Scialoja.

—Si te lo digo, no te lo crees.

—Prueba.

—Se dice..., se habla de mafiosos y masones que estarían organizando matanzas juntos... ¿Qué te parece? Increíble, ¿no?

—Desde luego. Es increíble.

«O insensato. Eso, insensato. ¿Ya no sabes a qué santo encomendarte, eh, hermano G.? La simple idea de que un mafioso pueda ser también masón te descabala el credo de toda una vida... A lo mejor alguna vez has pensado que aquel tipo extraño que te habías encontrado en aquella reunión... Aquel viejo caballero de acento siciliano o, quizá, americano... A lo mejor has pensado que no te contaban toda la

verdad..., pero has mirado a otra parte..., insensato. Increíble, ¿verdad, cofrade G.?»

Scialoja truncó la conversación con palabras afectuosas y tranquilizantes para el ingenuo cofrade.

El rumor sobre las «logias descarriadas» se extendía. Había algo en el aire. El silencio de las instituciones era clamoroso. Y sospechoso. Bueno, pues que se resignaran los demás. Él, esta vez, se distanciaría de las enseñanzas del Viejo. Esta vez actuaría en primera persona.

Camporesi acogió el plan con entusiasmo. El muchacho tenía ganas de acción. La idea de pillar a una pieza del calibre de Angelino Lo Mastro le exaltaba. Scialoja, obviamente, se guardó bien de explicarle la segunda parte del plan. Coger a Angelino, sí, pero no para entregarlo a la justicia. Scialoja pensaba en una especie de intercambio. Fuga, pasaporte y un poco de dinero a cambio de información sobre los próximos objetivos de la Cosa Nostra. A Camporesi le sentaría mal. Pero no era su problema. Por primera vez después de tanto tiempo, Scialoja descubrió que le horrorizaba la posibilidad —es más, la certeza— de que al final de la partida quedaran tendidas en el campo demasiadas víctimas inocentes. Quizás era una concesión al sentimentalismo que el Viejo habría desaprobado, pero sentía que tenía que intentarlo. El vagabundeo de los últimos tiempos volvía a tener sentido. A fin de cuentas tenía a Patrizia, y tenía un proyecto no exento de cierta carga de discutible nobleza.

Así que volvió a presionar a Giulio Gioioso, y acordó una reunión supersecreta con Angelino. Un cara a cara definitivo y bajo su responsabilidad personal. Angelino, a través del mismo canal, le confirmó su presencia.

Los días previos a la cita estuvieron dedicados por completo a los preparativos. Escuadrillas estratégicamente situadas vigilaban Villa Celimontana. No se había dejado nada al azar. Scialoja, solo y desarmado, inició una inspección ocular general una hora antes de la fijada para el encuentro. Todo parecía estar en su sitio. Bajo un farol, un muchacho de aspecto algo nervioso se besuqueaba con una rubita flacucha. Al pasar a su lado, Scialoja sintió un escalofrío de envidia. Ahora que tenía la pasión, una pasión que tanto le había costado conquistar, echaba de menos algo que podría definirse como «el camino hacia la pasión».

Los largos cortejos, el cogerse de la mano, el dolor del abandono momentáneo que te parece irrevocable y te mina por dentro, el alivio del reencuentro... Todo aquello se les había negado a él y a Patrizia. Ellos dos siempre habían sido —y siempre serían— algo diferente. Su historia había empezado directamente en el tercer acto.

Pino Marino, después de recuperar el aliento tras el beso apasionado a Valeria, siguió al poli hasta que las sombras de la noche lo engulleron. Otras sombras seguían paso a paso el recorrido de Scialoja. Tal como Stalin Rossetti había imaginado, era

una trampa.

—Tenemos que irnos —le recordó Valeria.

Pino asintió. Ya había visto bastante. Era el primer permiso de salida de Valeria desde que había ingresado en la comunidad. Se lo había imaginado diferente, aquel primer encuentro como personas libres. Pero Stalin, con su habitual pragmatismo, le había explicado que dos jóvenes enamorados serían una cobertura excelente. Y Pino había dado crédito por enésima vez al hombre a quien tanto le gustaba definirse como «padre». Un crédito que le resultaría muy útil en el momento del reintegro. Porque pronto, muy pronto, en cuanto Valeria estuviera curada del todo, él se retiraría.

—Perdona, Valeria, tengo que hacer una llamada. ¿Me esperas en el coche?

Stalin Rossetti recibió el mensaje con una sonrisa complacida, e informó a Angelino Lo Mastro. El mafioso se puso rojo de rabia.

—Pero ¿ha perdido la chaveta? ¿Qué es lo que quería demostrar?

—Que es más fuerte que tú. A lo mejor quería trapichear con tu libertad, a cambio de alguna revelación... Obligarte a poner a los jefes al descubierto... ¡Es el movimiento de un hombre desesperado, Angelino!

—¡Mierda, yo a ese cabrón lo mato!

—No vale la pena, Angelo. Tenemos otras cosas que hacer.

Sin embargo, Angelino tardó un poco en calmarse. Pensaba en el terrible peligro que había corrido y se le llevaban todos los demonios. Había estado a punto de perderlo todo de golpe: la libertad, el poder, el honor, el respeto..., porque un mafioso que se deja pillar así por un poli vale menos que una mierda de perro.

—Te debo un favor, Stalin. Un gran favor.

Más tarde, con Patrizia, Stalin se esforzó en mostrarse amable, afectuoso, pero la cólera y la impaciencia se reflejaban en cada pequeño gesto, en cada frase.

Si Angelino no le hubiera informado de la petición de Scialoja, habría perdido a su único aliado. ¿Por qué había fallado Patrizia esta vez?

—Hace dos semanas, él fue a Milán.

—Sí. ¿No te lo había dicho?

—No.

—Se me habrá pasado por alto.

—No debe suceder.

—A lo mejor no era nada tan importante...

Patrizia estaba demasiado a la defensiva. Situación problemática. Se perfilaba una nueva crisis. La *défaillance* informativa era síntoma de una grieta mucho más profunda. Patrizia se estaba hundiendo. Le había impuesto un juego demasiado duro. Patrizia estaba perdiendo el contacto con la realidad. Si no intervenía rápidamente, corría el riesgo de que empezara a perder el criterio y a confundir buenos y malos. Les había sucedido a un par de infiltrados, en tiempos de la Cadena. Se habían dejado

llevar. Se habían traicionado a sí mismos involuntariamente. Y el plan se había ido al garete. Frente a una crisis de este calibre sólo había tres posibilidades: una enérgica llamada al orden; una pausa de reflexión; la solución final. Stalin descartó la primera opción: un exceso de violencia podía suponer el golpe definitivo para su frágil mujercita. Quedaba escoger entre la pausa y lo que, una vez, el Viejo había definido públicamente como «la interrupción de la relación laboral». Pero raramente se recurría a la solución final. Contrariamente a lo que se cree, en la zona gris (y la Cadena desde luego no era una excepción) rige un férreo principio de economía de la violencia.

Toda solución final deja tras de sí una estela de rastros. Y los rastros implican peligro. Por eso, sólo cuando se han agotado todas las demás posibilidades, sólo entonces «se interrumpe la relación laboral». Se había pasado días explicándoles a los reclutas que el delito por el delito es un arma contraproducente. Sólo los psicópatas disfrutaban matando. Claro está que, en determinadas circunstancias, los psicópatas también pueden revelarse útiles. Pero aquello era otra historia, concluyó Stalin. Y no tenía nada que ver con Patrizia. Mientras mantuviera un sólido control sobre ella, no habría ningún despido. Correría cierto riesgo, eso era evidente. Pero no podía renunciar a sus informaciones. Ahora no. Con un suspiro, le acarició el cabello.

—Está bien, en el fondo no ha sucedido nada irreparable. Los dos estamos algo tensos. Tómate una pausa, Patrizia. Desaparece dos o tres días. Inventa excusas plausibles. Necesitas recargarte. Después, cuando te sientas preparada, podrás volver al trabajo. ¡Cuento contigo, cariño!

En aquel mismo momento —era casi medianoche—, Scialoja y Camporesi se rindieron a la evidencia. Angelino no acudiría. Algo había fallado. Angelino lo había entendido todo. Scialoja, con gesto cansado, llamó a los muchachos.

Angelino contactó con Stalin la primera semana de mayo.

El Tuerto los llevó a un terreno baldío junto a Via Ostiense y se quedó esperando en el Mercedes.

Angelino condujo a Stalin hacia una pequeña barraca medio en ruinas y sembrada de cascotes.

—Ahí dentro están los parmesanos.

Stalin le echó una mirada interrogativa. Angelino se rio y le explicó que en Sicilia habían preparado unos cuantos cientos de kilos de explosivos diversos.

—Para que los técnicos de los *carabinieri* no entiendan nada, trituramos una buena cantidad de material y lo compactamos. Cuando tiene forma de parmesano, la metemos en el camión y lo traemos a la península...

—¡Entonces por fin se empieza!

—Eso parece. ¡Los próximos días mantente alejado de Parioli, amigo mío!

—¿Por qué? ¿Qué pasa en Parioli?

—¡Con este parmesano estamos preparándole un buen plato de pasta al señor Maurizio Costanzo!

—Pero ¿qué coño estás diciendo?

Angelino se mostró plenamente de acuerdo con él. El atentado era absurdo. Dado que el destino de Costanzo les dejaba del todo indiferentes, el problema era de otro tipo.

¡Otro objetivo humano!

La estrategia que habían barajado en Riofreddo se iba alejando.

Todo había sido inútil.

Angelino intentó tranquilizarlo. Ya habían previsto un golpe doble. Costanzo era una acción obligada, según los esquemas de los de abajo.

El ataque llevaba tiempo programado.

Costanzo había hablado contra la mafia. Costanzo les había augurado sufrimientos atroces a los mafiosos. Costanzo era un hombre escuchado y respetado. Costanzo creaba un sentimiento de hostilidad hacia la mafia. Costanzo incitaba al odio contra la mafia. Corría el rumor de que quería fundar un partido con aquel otro cerebro brillante de Michele Santoro. El partido de los polis. ¡Un partido de polis cabrones para dar por culo a la *onorata società*!

Todo aquello merecía un castigo.

Así razonaban en Palermo. Y así se haría.

Efectos colaterales

1

DE LA SENTENCIA DEL JUZGADO N.º 2 DE LO PENAL DE FLORENCIA
6 DE JUNIO DE 1998

ROMA, VIA FAURO, 14 DE MAYO DE 1993

El 14-5-93, hacia las 21.35, se registró en Via Ruggero Fauro de Roma, a unos 15 metros del cruce con Via Boccioni, una violentísima explosión que sacudió toda la zona. Quedaron gravemente dañados los edificios sitos a la derecha de la calle, mirando hacia la parte baja de ésta (Via Fauro baja hacia Via Boccioni).

Sufrieron graves daños, en particular, los edificios (de 6-7 plantas) de los números 60-62-64 de Via R. Fauro y el número 5 de Via Boccioni, del que cayeron postigos, voladizos (cornisas, balcones, etc.), se despegaron los revestimientos y se abrieron algunos tabiques divisorios.

Quedaron arrancados los postigos de los inmuebles en un radio de casi 100 metros; en un radio aún mayor se verificaron roturas de cristales. En el lado opuesto de la calle, cerca del epicentro de la explosión, quedó parcialmente derruido un largo tramo de la tapia del centro escolar C. Cattaneo. Además sufrieron graves daños la escuela primaria y el parvulario que forman parte de dicho complejo escolar.

Unos sesenta automóviles aparcados en la zona resultaron dañados, algunos gravemente; seis quedaron destruidos.

Al menos unas treinta personas precisaron atención sanitaria, aunque afortunadamente nadie sufrió daños físicos importantes. No obstante, muchas quedaron traumatizadas por el incidente y nunca se recuperaron.

En el momento de la explosión circulaban por Via R. Fauro dos automóviles: un Mercedes conducido por D. S. y en el que viajaban Maurizio Costanzo, conocido presentador televisivo, y Maria De Filippi, conviviente de este último; y un Lancia Thema en el que viajaban D. P. D. y R. A., guardaespaldas de Costanzo, que seguía al anterior a corta distancia.

En el mismo momento en que se produjo la detonación, el vehículo de Costanzo, procedente de la parte alta de Via Fauro, acababa de tomar Via Boccioni; el Lancia de la escolta estaba girando hacia Via Boccioni, o acababa de efectuar el giro. Ambos vehículos quedaron gravemente dañados; D. P., conductor del Lancia, sufrió heridas cortantes que sanaron en unos 20 días; R. A. presentó lesiones que le han dejado, como efecto residual, calambres en la cabeza; los demás quedaron milagrosamente ilesos. La explosión provocó la formación de un «cráter» en Via Fauro y en la acera contigua al número 41. El cráter tenía forma ovoidal, con un diámetro máximo de 2,90 metros, uno mínimo de 2,10 metros y una profundidad de 40,4 cm.

Sin duda la explosión fue provocada por una mezcla de explosivos de gran potencia colocada en el interior del automóvil Fiat Uno con matrícula ROMA...

Entre los restos se identificaron:

1. Nitroglicerina (Ng)
2. Etilenglicoledinitrato (Egdn)
3. Isómeros de Dinitrotolueno (DNT)
4. Amonio nitrato (An)
5. 2, 4, 6 Trinitrotolueno (TNT)
6. T4
7. Pentrita

Probablemente el explosivo estaba colocado en el portamaletas o sobre el asiento posterior del Fiat Uno.

En Via Fauro no hubo muertos ni heridos graves, pero fue únicamente gracias a una afortunada combinación de circunstancias que evitó la tragedia.

De hecho, de los que parecían, ya desde un principio, los objetivos del ataque (Costanzo y su escolta), sólo D. P. D. sufrió una herida de corte, que se curó en unos 20 días; los demás, a parte del *shock*, salieron prácticamente ilesos.

Pero toda la parte posterior del Lancia Thema fue alcanzada por una gran cantidad de metralla que la dañó gravemente: uno solo de aquellos proyectiles, de haber salido proyectado en otra dirección, podía haber sido letal para los ocupantes.

El vehículo de Costanzo, en cambio, aunque quedó dañado, no recibió el mismo impacto.

No obstante, las personas arriba indicadas no fueron las únicas que escaparon, por puro milagro, al encuentro con la muerte aquella noche. Los procedimientos de instrucción han revelado que, por diversos motivos, hasta momentos antes de la explosión, habían pasado alrededor del Fiat Uno una gran cantidad de personas que posteriormente se habían alejado.

Por otra parte, no podía ser de otro modo, ya que el coche bomba explotó en una zona densamente habitada, en una hora de descanso (la posterior a la cena), en las cercanías de un teatro (el Parioli, sito en la adyacente Via Borsi) y precisamente al final del *show* de Costanzo.

FLORENCIA, VIA DEI GEORGOFILI, 27 DE MAYO DE 1993

El 27-5-93, unos minutos después de la 1.00, se registró en Via dei Georgofili, de Florencia, en la confluencia con Via Lambertesca, una violentísima explosión que sacudió el centro histórico de la ciudad. Perdieron la vida cinco personas y muchas otras resultaron heridas.

Quedó completamente destruida la Torre dei Pulci, sede de la Accademia dei Georgofili, que sepultó bajo los escombros a los cuatro miembros de la familia Nencioni, encargada de la vigilancia de la Accademia (murieron Fabrizio Nencioni, su esposa Angela Fiume, y las hijas Nadia y Caterina Nencioni); se incendió el edificio sito en el n.º 3 de Via dei Georgofili, lo que provocó la muerte de Davide Capolicchio, que ocupaba un apartamento en la primera planta del edificio; también sufrieron graves daños los edificios situados en Via dei Georgofili y Via Lambertesca, con hundimiento de voladizos y de tabiques interiores, destrucción del mobiliario y de los elementos decorativos (en particular los de los números 1 y 3 de Via dei Georgofili y en los números 1, 2, 4 y 6 de Via Lambertesca); muchos otros edificios presentan daños menores (pérdida de revestimientos y rotura de cristales).

En síntesis, la explosión afectó a una superficie de unas 12 hectáreas, con forma circular y un diámetro de unos 400 metros.

Se registraron 35 heridos, algunos de ellos graves. Muchas personas han manifestado que sufrieron lesiones menos graves, aunque también significativas (que curaron en 20-30 días). Casi todas quedaron traumatizadas por el suceso y no han recuperado la tranquilidad de antes.

Por lo que respecta a los bienes históricos y artísticos, sufrió graves daños la iglesia de Santo Stefano y Santa Cecilia, situada a unos 30 metros del epicentro de la explosión, enfrente de la Piazza del Pesce. En este caso, la onda expansiva desencajó la «máquina arquitectónica» del edificio al levantar la cúpula, que se separó de las geometrías normales.

También sufrió gravísimos daños el complejo artístico-monumental de los Uffizi, separado del centro de la explosión únicamente por la Torre dei Pulci. Quedaron muy dañados los muros de estructura de la Galería, las conexiones verticales, las escaleras, las claraboyas, los techos y los tejados, aunque afortunadamente no quedó comprometida la estabilidad del edificio. Entre las escaleras, quedó especialmente dañado el Scalone del Buontalenti, que lleva a la planta baja.

Entre las obras pictóricas y escultóricas, quedaron completamente destruidas tres pinturas (dos de Bartolomeo Manfredi y una de Gherardo delle Notti, cuyo valor comercial se calculaba, en conjunto, en unos 15 millones de liras). Sufrieron daños otras 173 pinturas, algunas de ellas dañadas gravemente (en particular, la celeberrima *Muerte de Adonis*, de Sebastiano del Piombo); 42 bustos arqueológicos y 16 estatuas de grandes dimensiones (entre ellas el célebre *Discóbolo*, roto en varios trozos). En conjunto, sufrieron daños aproximadamente el 25 por ciento de las obras de la galería.

También quedaron destruidas o dañadas por efecto de la explosión algunas obras presentes en la Accademia dei Georgofili y otras situadas en el Museo della Scienza e della Tecnica.

Los daños económicos para la ciudad y el Estado fueron enormes. De hecho, se gastaron más de 30.000 millones en la reconstrucción de la Torre dei Pulci, la reparación de la iglesia de Santo Stefano y Santa Cecilia, y el complejo de los Uffizi, y en la restauración de las obras afectadas.

También se gastó una cantidad ingente de dinero en los (numerosos) ciudadanos que lo habían perdido todo y que habían sido evacuados de la zona.

Las investigaciones llevadas a cabo han permitido determinar, sin lugar a dudas, que la explosión fue causada por una mezcla de explosivos de gran potencia colocada en el interior del Fiat Fiorino matrícula FI...

Precisamente, frente a la Torre dei Pulci, se descubrió un cráter típico, atribuible por su forma y sus dimensiones a la explosión.

Por otra parte, todos los edificios de los alrededores habían recibido una gran cantidad de metralla procedente del cráter; los efectos sobre las cosas y sobre las personas fueron los típicos de la onda expansiva de una detonación de explosivos de alta potencia y de sucesiva depresión (destrucción de las estructuras próximas al punto de la explosión, desarticulación de las estructuras circundantes; daños a larga distancia, tanto sobre las cosas como sobre las personas –en particular, sobre los órganos del oído–).

En cuanto al tipo de explosivo utilizado, se empleó una mezcla de explosivos compuesta de Pentrita, Trinitrotolueno, T-4, Nitroglicerina, Nitroglicol y Dinitrotolueno.

En lo referente a la cantidad de explosivo empleada, los asesores han determinado con suficiente aproximación el peso de carga, calculado en unos 250 kg.

En el caso de la Via dei Georgofili, la enorme potencia ofensiva de la operación se refleja, además de en la muerte de cinco personas, en el hecho de que el artefacto fue colocado en una zona densamente poblada, donde el balance final podía haber sido sin duda mucho más grave.

De hecho, también fueron numerosos los heridos.

La explosión afectó a una zona de unas 12 hectáreas, el «casco antiguo» de Florencia; un edificio entero se derrumbó (la Torre dei Pulci), otro se incendió (el n.º 3 de Via dei Georgofili), muchos pisos situados en la zona tuvieron que ser evacuados y sometidos a intensas labores de recuperación; quedaron gravemente dañados algunos edificios monumentales y obras de arte de incalculable valor; y se destruyeron muebles y elementos decorativos de numerosos inmuebles.

2

Uno-dos. Los mafiosos habían cumplido su palabra. Un hombre, un monumento. Algún efecto colateral, pero aquello no preocupaba a nadie.

Angelino y Stalin lo celebraron con champán en el Café de Paris: un lugar que a Stalin le parecía algo degradado, pero que se adaptaba de maravilla a la imagen algo *démodée* de la Ciudad Eterna que tanto gustaba al mafioso.

Costanzo había escapado, y aquella también era una buena noticia. ¡Larga vida a Costanzo! Ya tenían demasiados mártires. En este caso, el error en la fase de ejecución se revelaba providencial en el marco de una estrategia global. A los jefes se les contó que se había tratado de una demostración de fuerza: «'U ficimu scantari^[22]. ¡Así deja de tocarnos los cojones con la cultura de la antimafia!».

Angelino Lo Mastro encendió un cigarrillo y dijo que Scialoja estaba loco por ponerse en contacto con ellos.

—Al pobre Giulio Gioioso lo tiene vigilado veinticuatro horas al día...

—¿Y tú?

—Yo ya no hablo con ese mierda. ¡Y los compadres de la isla piensan igual que yo!

Stalin llamó al camarero y pidió un Dry Martini.

—Yo también me he movido, Angelo.

Stalin le dijo que había enviado mensajes, había firmado amenazas con una vieja rúbrica, Falange Armada, muy útil para diversos fines. Que había «preparado el terreno». Que así era como funcionaban las cosas: con la acumulación de muchas pequeñas señales aparentemente insignificantes que después encuentran en el «gesto» su sentido último.

—¿Y cuál sería ese gesto?

Por mucho que se esforzara en seguir su razonamiento; por muy inteligente que fuera —y Angelino era un joven inteligente—, no entendía del todo la argumentación

de su amigo. Stalin sintió un arrebató de orgullo: «Aquí se está hablando de alta escuela. ¡Estamos hablando del Viejo!».

—El gesto más conveniente. ¡Ya lo verás!

Angelino lo dejó con sus pensamientos y se despidió con un apretón de manos y una propina exagerada. Típico. En el fondo de su alma de mafioso había algo de irredimible que resistiría a cualquier cambio.

Stalin ordenó la enésima copa y miró a su alrededor. La evolución de los acontecimientos le había puesto de buen humor. Y le había estimulado cierto apetito sexual. Con Patrizia, ni hablar. Ella había empezado a informarle de nuevo regularmente, y aquello ya era un resultado. La presa resistía, por lo menos. Pero cuando se veían siempre era como si ella estuviera en otra parte. Escueta, a veces incluso hosca. Era sólo cuestión de tiempo. Todo aquel asunto no era más que una carrera contra el tiempo. El ganador lo decidiría todo. Incluida la suerte de Patrizia.

Un par de mesas más allá observó a una muchacha con un vestido rojo. Uñas pintadas. Un aire de puta rematada. Quién sabe si con una oferta adecuada... Pero en aquel mismo momento ella se levantó, y con un tono remilgado y una voz sorprendentemente infantil dijo:

—Perdóname un momento, papá, voy al baño.

Stalin se sintió de pronto viejo y fuera de lugar.

Pero ¿qué estaba sucediendo?

¿Ya no era capaz de distinguir a una profesional de una buena chica?

La sinceridad

1

Ilio besó a Maya en el cuello y se tumbó a su lado. La pequeña Raffaella se le subió a horcajadas sobre el pecho. Él la lanzó al aire y volvió a cogerla al vuelo. La niña se rio.

—El príncipe de Gales me ha ofrecido un montón de dinero por el barco.

—¿En serio? ¿Está aquí?

—Está en el fondeadero entre las dos islas. Dice que corresponde a su ideal estético de embarcación. ¡Y lo dice en italiano!

—¿El príncipe Carlos habla italiano? —preguntó Raffaella.

—Bueno, no deja de ser inglés. Pero tiene cierta debilidad por Italia y le gusta demostrarlo.

—¿Y está también Lady Di? —se informó Maya.

—Claro. ¿Y quieres saber una cosa?

—Dime.

—Está sobrevalorada.

—Si tú lo dices...

—Para mí es fácil decirlo. ¡Tengo a la mujer más guapa del mundo!

—¡Tonto! Pero tú..., ¿vendes?

—¡Ni hablar! ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque, un día, Raffaella, tú y yo nos subiremos al *Nostramo* y nos iremos para siempre de este país de mierda...

—¡Ilio!

—¡Papá ha dicho una palabrota! ¡Papá ha dicho una palabrota!

—¡Perdóname, nena! Pero os juro que lo haré. ¿Y sabéis otra cosa? Ese día subiremos al barco y no bajaremos nunca más. Viviremos viajando de puerto en puerto. Nos alimentaremos de pescado y marisco, y beberemos agua salada filtrada por los potentes desalinizadores de a bordo... Ah, y además me haré un cañoncito, y así cuando me apetezca apunto hacia todos los que me caen gordos y... ¡pam! ¡Los dejo tiesos!

—¡Muy bien, papá! —gritó Raffaella. Después se liberó de su abrazo y se puso a correr hacia el mar.

Un marinero gesticulaba sobre el puente del *Nostramo*, intentando atraer la atención de Ilio. Éste le respondió con un saludo. El marinero hizo con la mano el

inequívoco gesto del teléfono. Ilio se puso en marcha rebufando.

Maya fue a buscar a la pequeña.

Minúscula, con los bracitos abiertos, los puños apretados y el tierno rostro fruncido por el esfuerzo de una voluntad extrema, Raffaella, con los piecitos a una distancia de seguridad de las olas, parecía desafiar al mar: «Ven hasta aquí, mar, tómate, si puedes, y si no puedes, quiere decir que yo soy la más fuerte...».

Maya observaba a su niña con una mezcla de ternura y de pena. Ella, tan menuda, y aquel mar tan inmenso, tan peligroso, el inquieto Mediterráneo de piedras blancas y acantilados verticales... Sólo una niña, ¡pero cuánta fuerza en aquel gesto suyo de desafío!

A medida que la pequeña crecía, a Maya le parecía que se alejaba cada vez más de su mansa condescendencia, pero también del dinamismo impredecible, a veces excesivo, de Ilio. Era como si en la obstinada determinación de Raffaella se estuviera reavivando la chispa del Fundador. Como si, paradójicamente, se hubiera saltado una generación y el espíritu indomable del Fundador hubiera decidido reencarnarse en alguien más digno de acogerlo. Una niña que se convertiría en una mujer, quizá mejor que ella.

Antipaxos estaba atestada de yates. Sobre todo, italianos. Maya identificó el del príncipe de Gales. Ni punto de comparación con el *Nostramo*. En ocasiones se preguntaba qué sería de su vida si Ilio lo hubiera dejado todo para dedicarse a su única pasión verdadera: el mar. Quién sabía si lo que había dicho antes iba en serio. Quién sabía. El ojo mejoraba poco a poco, pero se veía obligada a llevar siempre unas gafas oscurísimas: el reflejo del sol de Grecia sobre las blancas piedras resultaba insufrible para su pobre retina maltrecha. A veces pensaba que no había sabido aprovechar la ocasión que le había planteado el accidente. Había vuelto a caer en la vida de siempre tras una brevísima tentativa de resistencia. Una vida dorada que cualquiera envidiaría.

Y las envidias no faltaban, desde luego. Pero era una vida estúpida. Una vida estéril. Aparte de Ilio y la pequeña, claro. Que, por otra parte, lo eran todo en su vida. Así que se cerraba el círculo. Un lamento vano. Porque nunca podría renunciar ni al bravucón de su marido ni a la princesita-regente. Entonces, ¿de qué se trataba? ¿De un *incipit* de neurosis de ama de casa bienestante? ¿O había algo más? ¿Algo relacionado con ella misma, algo poco claro que flotaba en el aire y que una especie de sexto sentido heredado del Fundador le permitía percibir, pero de forma vaga, superficial..., como superficial era su existencia? Una vez, el Fundador le había contado que un día de 1966 o de 1967 le había quedado claro, de repente, que muy pronto estallaría la revolución. Tal como lo contaba el Fundador, había sido una historia de miradas. Había ocurrido una mañana de enero. Frío y viento, en unas obras de construcción en Val Brembana. Durante una inspección, su mirada se cruzó

con decenas de miradas resignadas o cabreadas de capataces, vigilantes, carpinteros y temporeros. Pero lo que le despertó aquella intuición fue la mirada de alguien que no tenía nada que ver con la obra. Un muchacho, apenas un adolescente. Llevaba a toda prisa un paquete con la comida a un obrero que estaba en lo alto de un endeble y precario andamio, bajo una densa capa de nubes que parecían presagiar un inminente aguacero. El obrero se había olvidado la comida en casa. El muchacho se había saltado un día de colegio para remediarlo. El capataz no tenía intención de permitir que el obrero bajara a buscar su mísero paquete. El muchacho insistía, empeinado. El Fundador mandó llamar al obrero. El obrero bajó, cogió el paquete sin siquiera despedir a su hijo y se excusó por el incidente. El Fundador le concedió un día de permiso.

—Vete a comer con tu hijo. No te descontaré el día de paga. ¡Y que aproveche!

El obrero le dio las gracias. Fue entonces cuando el muchacho le miró. En aquellos ojos pequeños y oscuros, en los que esperaba encontrar agradecimiento, leyó en cambio odio. Un odio antiguo y mortal. El Fundador comprendió que era imprescindible aplacar aquel odio.

El Fundador no había sido un buen hombre. A veces se había comportado de modo equitativo; otras veces como un verdadero bastardo. El Fundador era, por encima de todas las cosas, un hombre inteligente. Había comprendido que iba a suceder algo, y no quería que le pillara desprevenido. Cuando expuso el proyecto, en el consejo de administración le miraron como a un loco. Aquellos cabezas cuadradas emitieron sentencia: no se hace nada. Los cabezas cuadradas pontificaron: costes insostenibles con la situación actual del mercado. El Fundador no se detuvo. Al fin y al cabo, tenía la mayoría de las acciones. Y por lo tanto su palabra era ley.

En poco tiempo, la empresa se convirtió en un modelo de integración social. Guarderías. Permisos retribuidos. Todo un barrio de servicios y zonas verdes nacido de la nada, con viviendas para los oficiales a precios competitivos. El Fundador se había anticipado al estatuto de los trabajadores y a 1968. Y cuando el 68 estalló, el Fundador pasó por él indemne. Y todos comprendieron, una vez más, lo que suponía ser el Fundador. Suponía saber leer en el ánimo de los hombres. Implicaba moverse a tiempo para impedir el incendio, sin esperar que la llama prenda para echarse luego a llorar por la lentitud de los bomberos.

Al Fundador le gustaba contar aquella historia, aunque el final era amargo. El obrero había caído la semana siguiente del andamio, antes de tener ocasión de ocupar la vivienda que se le había asignado. Su hijo se convirtió en uno de los más despiadados sicarios de las Brigadas Rojas. Lo capturaron mientras preparaba el atentado mortal contra el Fundador. Cuando lo supo, éste se ofreció a pagar los gastos legales: le debía mucho a aquel chico. Los dos eran más o menos de la misma pasta. Pero los compañeros del brigadista no lo veían así. Y tras un juicio sumarísimo lo

mataron a cuchilladas en la prisión «especial» de Novara.

Una tragedia a la italiana, decía el Fundador. Y la moraleja era que, con el paso del tiempo, todos perdemos algo.

Y Maya estaba segura, confusa pero absolutamente segura, de que algo flotaba en el aire. No obstante, ella carecía de la capacidad del Fundador para comprender qué era, para percibir las señales suspendidas en el vacío del presente; su presente, el de todos.

—¡Papá! ¡Papá ha vuelto!

Ilio tenía una expresión grave.

—Lo siento. Un lío imprevisto. Tengo que estar en Milán esta noche.

—¡Pero si es domingo!

—Mandaré que se lleven el *Nostromo* a puerto. Tengo un vuelo a las siete de la tarde desde Atenas. Lo siento. ¡Lo siento mucho!

Maya se le aferró al brazo. Un gesto algo teatral, del que se arrepintió enseguida.

—Ilio, ¿qué está pasando?

—Nada, nada..., luego te lo explico... Perdóname. Te quiero.

Giulio Gioioso había sido categórico. Por ningún motivo tenían que salir a la luz las cuentas sicilianas. Que los jueces metieran las narices donde les pareciera, pero no en las cuentas sicilianas. Y bajo ningún concepto Ilio podía hablar con ningún bicho viviente de aquellas cuentas. Con nadie en absoluto, y eso incluía a Maya.

—Haz que desaparezcan inmediatamente. ¡Yo voy a cambiar de aires durante un tiempo!

Giulio Gioioso había sido categórico con Ilio Donatoni. Pero aún más categórico tenía que ser consigo mismo. Scialoja le pisaba los talones. Amenazaba con arruinarlo si no le entregaba a Angelino. Y eso significaba una muerte segura. Giulio Gioioso tenía que desaparecer. Giulio Gioioso sabía que era sólo cuestión de tiempo. Las cosas volverían a su sitio. La sangre dejaría de correr. Giulio Gioioso soñaba con una vida sin sangre.

Pero si naces en Palermo y debes tu espléndida existencia a una cadena de favores, antes o después te pedirán que pagues la cuenta. Giulio Gioioso envidiaba a los que no habían tenido necesidad de recurrir a favores para obtener una vida espléndida. Giulio Gioioso envidiaba a Ilio. Y amaba a Maya. Giulio Gioioso odiaba su pasado y odiaba su tierra. Pero no había nada que hacer. Había sido así y así seguiría por siempre. Por eso Giulio Gioioso llamó a Angelino Lo Mastro y le dijo que todo estaba bajo control. Angelino Lo Mastro le dio las gracias y le sugirió que no perdiera de vista la televisión los días siguientes, o quizás incluso las horas siguientes, porque iba a pasar algo.

Los chicos de la comunidad estaban preparando el palco para la Fiesta de la República.

Esperaban a un ministro, o cuando menos a un subsecretario.

Esperaban a un cardenal, o cuando menos a un sacerdote.

Los chicos de la comunidad estaban orgullosos de los progresos realizados, de la situación a la que habían llegado.

Los chicos de la comunidad saludaban a Pino Marino como si fuera uno de ellos.

Pino Marino distribuía sonrisas tímidas y palabras de circunstancias.

Todos sabían que Pino Marino no era uno de ellos.

Pino Marino era el novio de Valeria.

Valeria, que leería el discurso al ministro o al subsecretario. Valeria, que besaría el anillo al cardenal o la mano al sacerdote.

Valeria, que tocaría una pieza suya al clarinete, acompañada por la orquestina de los otros *liberandi*.

Valeria, que estaba lista. Volaban las golondrinas. En el aire se respiraba el verano.

Valeria y Pino Marino se cogían de la mano.

—En serio. Dentro de dos meses estaré fuera de aquí. Me han ofrecido un trabajo. Tendría que ir a coordinar el centro de Roma. Dicen que lo hago muy bien con..., con los chicos que están en crisis...

—¿Aceptarás?

—Depende de ti.

—Es tu vida, Valeria.

—¡Demasiado cómodo, mister! Tú me has salvado y ahora eres responsable de mi futuro... ¿Te suena la historia de Moisés?

—Yo sólo quiero irme contigo y empezar de nuevo en otra parte.

Nunca se habían besado así. Con tanta pasión y con tanta desesperación. Fue un beso largo.

El aplauso de los chicos, que habían dejado por un instante de clavetear los soportes del entarimado, les hizo sonrojarse y sonreír avergonzados.

Sí. Irse. Empezar en otro lugar. Con los cuadros y con la música.

Hacia una vida diferente.

Valeria le preguntó si se quedaría a la ceremonia.

Pino Marino le explicó que tenía un trabajo urgente en Roma.

Ella le dejó marchar con una mueca triste.

Aquel extraño muchacho se le había colado en el alma.

La mañana siguiente, a las 11, Pino Marino retiró de un garaje de Via Prenestina el Cinquecento azul que el Tuerto había robado dos días antes junto a Piazza Colonna, y se puso en marcha tranquilamente.

Pocos minutos después de las 12, Yáñez hizo una llamada al 112.

Los artificieros llegaron al lugar en un tiempo récord y se pusieron manos a la obra con el robot antiexplosivos.

En el asiento posterior del Cinquecento se encontraron un mando a distancia y una caja con una bombona que contenía una mezcla explosiva a base de nitrato de amonio y ANFO.

A las 13.45 Yáñez llamó a la Asociación Nacional de Prensa de Nápoles, reivindicando el atentado fallido en nombre de la Falange Armada.

Por la tarde, Stalin Rossetti intentó explicarle a Angelino Lo Mastro, que había liquidado el asunto con una sonrisa despreciativa —¿y era ése el gesto?, ¿esa gilipollez?— que, en cualquier caso, el acto tenía un gran valor simbólico.

—No habéis sido vosotros. Y ellos lo entenderán enseguida. Y se preguntarán: «¿Quién? ¿Quién lo ha hecho?». Y eso hará que aumente la confusión. Ya no entenderán nada, si es que hasta ahora habían entendido algo. En este sentido también es un mensaje para Scialoja: «¡Hazte a un lado, no cuentas una mierda, ahora estamos nosotros!».

—¿Y tú dices que hay «conveniencia»?

—¡Yo digo que estamos cerca de la meta, amigo mío, muy cerca!

Había estado convincente. Angelino le había creído. Aquél era su terreno. Desinformación. Intoxicación. Confusión. Sinergia. Una pequeña pero importante contribución a la causa. Y, por fin, el botín.

Aquella jornada memorable habría podido cerrarse con un balance notable, de no ser por Pino Marino.

El chico se lo dijo con decisión, mirándole a los ojos.

—Al final del verano me voy. No nos volveremos a ver.

Después añadió frases del tipo: «Has sido un padre para mí», «Te lo agradezco, pero se trata de mi vida»...

¡Pino, Pino!

—Pino, ¿por qué me decepcionas de este modo?

Stalin también le miró a los ojos.

—Es por aquella chica, ¿verdad?

Pino Marino bajó la cabeza.

—Bueno, es tu vida, hijo. ¡Te deseo mucha suerte e hijos varones!

Pero hasta el final del verano quedaba mucho tiempo.

Camporesi había vuelto de Florencia con lágrimas en los ojos. Su ciudad devastada. Los cuerpos humanos hechos jirones. Las estatuas desmoronadas. El olor de la carne carbonizada. Era demasiado, demasiado para él. ¿Quién podía resistirse ante aquella devastación?

Una vez agotada la obvia e inevitable fase de los pésames, Scialoja intentó explicarle, igual que había hecho en los días anteriores con una plétora de «interlocutores institucionales», que el atentado verdaderamente inquietante era la demostración de fuerza de Via dei Sabini.

Había insistido en aquella expresión, «demostración de fuerza», para provocar una reacción en sus interlocutores. Los *carabinieri* enseguida habían rectificado la versión original, que hablaba de una llamada anónima. Los hilos que salían del artefacto eran los que habían hecho posible que se detectara tan pronto. Sin la rápida intervención de los artificieros habría sido una escabechina.

Pero el asunto no era ése.

La llamada de la Falange Armada era una clara señal de que había que mirar en otra dirección.

Alguien le estaba diciendo a la mafia: «Seguid adelante, que algo bueno sacaremos».

Alguien que tenía las ideas muy claras.

«Este atentado apesta a complicidades internas. Apesta a aparatos. Apesta a Estado. Apesta a vosotros. A nosotros», había gritado a los atónitos asistentes.

Sus palabras fueron acogidas con frialdad, escepticismo y una indisimulada suficiencia.

¿Dónde estaban las pruebas, Scialoja?

¿Quiénes serían estos misteriosos traidores?

¿Conocía sus nombres?

¿Podía dárselos?

¿Tenía al menos alguna idea al respecto?

Y después todos a repetir su letanía: «que quede claro que con la mafia no se trata. La mafia se destruye. Mandaremos al ejército, es más, dado que ya lo hemos mandado, reforzaremos su presencia».

Y después, todos, en privado, en pequeño comité, se dirigirían a él con una actitud bien diferente, desesperada: «pero ¿realmente conseguirá hacer algo para poner fin a esta matanza?».

«Pero ¿quiere hacer algo, en nombre de Dios, usted que ha ocupado el lugar del

Viejo?»

Y todos, con una muda acusación en la mirada: «Sí, has ocupado el lugar del Viejo, pero no le llegas ni a la altura del zapato».

Y Argenti, el jacobino Argenti, el inflexible Argenti, ¡escupía fuego por la boca!

Y ahora el llanto de Camporesi. Era demasiado.

Con un gesto de rabia, Scialoja le ofreció al joven un pañuelo de papel.

—Estoy hasta los cojones, Camporesi. Si cree que no está hecho para este oficio, váyase. ¡Le escribiré una carta de recomendación, pero quítese de en medio!

En aquel preciso momento, Camporesi levantó la mirada y le miró con una expresión afligida que enternecería a un corazón de piedra.

—No puedo —murmuró—, no me lo permitirán.

Y Scialoja comprendió. Comprendió que aquel ingenuo tocapelotas quizá fuera en realidad un astuto zorro. Como siempre había imaginado.

Así que le habían engañado otra vez. ¿Cuánto tiempo habría tardado el Viejo en descubrir la infiltración?

—*Dottore...*

—¿Qué pasa ahora?

—Habría un modo. Usted podría echarme como... *persona non grata*.

Scialoja se sintió tentado por la idea. Después reflexionó sobre las enseñanzas del Viejo.

—No. Usted se queda conmigo. Es más, le voy a dar ahora mismo una misión absolutamente confidencial.

—¡Dígame!

—Hágales saber a esos cabezas de chorlito de sus superiores que han de decidirse: si quieren este trato de las narices, que me autoricen a ofrecer algo concreto. Qué sé yo... la liberación de un capo..., el cierre de la Asinara..., la revisión de un proceso..., cualquier cosa. Que me lo pongan por escrito, y yo me encargaré del resto. ¡Dígaselo, e intente ser convincente!

Vio cómo se iba, desconcertado, incluso ofendido. El Viejo le había enseñado que los tipos como Camporesi, precisamente por ser desleales, podían convertirse en excelentes aliados. Si lo hubiera apartado, habrían puesto en su lugar a otro similar. ¿Por qué perder tiempo? Así al menos las cosas estarían claras.

Deseó a Patrizia. Su boca. Sus manos nerviosas. Su olor, que había aprendido otra vez a reconocer entre mil.

Patrizia. Ella era la única que conocía el valor de la palabra más maltratada: la sinceridad.

Family life

1

El senador Argenti había sido feliz durante una buena parte de la mañana.

Al final Beatrice se había salido con la suya. Habían cerrado el apartamento de la zona universitaria. Armarios y altillos habían vomitado polos, sandalias y bañadores del año anterior. Habían llenado una bolsa con bordados de flores con toallas y albornoces pasados de moda. Habían apagado el ordenador. El monumental ensayo de Berti sobre los demócratas del sur y la conspiración se había visto sustituido por un par de recopilaciones de poesía y un montón de novelas de espionaje. Entre ellas, el fascistísimo De Villiers, que a Argenti le parecía irresistible en las escenas de sexo, caracterizadas por señoras de una belleza exagerada que, en el espacio de quince líneas tras la aparición de Su Alteza Serenísima, se veían dominadas por el irrefrenable impulso de procurar al aristocrático agente irregular del Occidente cristiano inauditos placeres sodomitas.

Beatrice se había llevado el gato al agua porque ningún texto sagrado imponía que: a) la única víctima de la guerra personal que el senador Argenti había declarado al ambiguo *dottor* Scialoja tuviera que ser la compañera del mencionado senador; b) la misión de salvar al mundo le correspondiera al senador Argenti; c) aun en el caso poco probable de que el mundo estuviera dispuesto a dejarse salvar, hubiera que salvarlo precisamente aquel fin de semana. Que, mira por dónde, coincidía con el tercer aniversario de su..., en fin, del día en el que habían iniciado su relación. Con aquel sol cómplice que invitaba a otros *pas-à-deux*. Con aquel mar que, pobrecito, se había pasado todo el invierno rugiendo, triste y solitario, y que solicitaba un poco de compañía...

Sí. Había sido una mañana decididamente feliz.

Habían ido a un hotelito porque, para un político de formación universitaria y una periodista/escritora autónoma, el sueño de poseer una casita en el triángulo de oro entre Ansedonia, Capalbio y Porto Ercole era precisamente eso, un sueño y nada más.

Y porque había sido allí donde se habían mostrado y declarado el uno al otro la primera vez, y también donde habían decidido solemnemente hacer oficial a sus respectivos ex el anuncio de una ruptura que ya estaba en el aire.

Habían ido al hotelito porque venían de unos meses duros. Argenti consideraba inaudito que no se pudiera, que no se tuviera que retirar de cualquier cargo a un gilipollas que proclamaba a los cuatro vientos su voluntad de pactar con la mafia. Que proponía tratos ignominiosos. Que disfrutaba de una protección innombrable.

¡Los célebres papeles de aquel viejo! Pero ¿era posible que el Estado estuviera destinado a ser para siempre un rehén sometido a vetos, chantajes, podredumbre? Scialoja se había convertido en su obsesión personal. El partido era un órgano inerte. El partido, oficialmente, estaba fuera de un Gobierno al que, no obstante, apoyaba con hechos. El partido le decía: «Paciencia, llegará el momento». Y mientras tanto pasaban los meses, y la obsesión crecía. En la esfera pública, el senador aún conseguía protegerse bajo la máscara de una fría y afilada ironía.

Sin embargo, había dos personas a las que no podía mentir. Uno era su asesor personal en la base: Bruno, el carnicero del mercado cubierto de Via Catania. Un comunista romano de toda la vida que le leía en la cara la amargura ante ciertas manifestaciones del secretario, que había volado a Wall Street para tranquilizar a los mercados con respecto a la ya probada fe democrática de los poscomunistas italianos. Siempre tranquilizando. Siempre remando contracorriente para quitarse de la cara y de la ropa aquel tufo a izquierdas. Como mayordomos admitidos a la comida de gala, que tienen que someterse al escrupuloso examen de etiqueta de avinagrados diplomáticos con muchos humos. ¡Manda cojones! Bruno le había echado una mirada y había sacudido aquel cabezón suyo.

—¡*Mamma mia*, lo que hace falta es que, ahora que os habéis vuelto importantes, no os pongáis a hacer el guarro como esos otros!

Es decir, como los de siempre. La Italia de los pillos, la Italia de «todo va bien mientras se coma». La Italia de «total, todos son iguales, todos un asco». La Italia de la sociedad de los escépticos, los de «yo no me lo trago». La Italia de siempre. La Italia de los Scialoja. Con una mano en los archivos que oficialmente no existen y la otra en la espoleta de la próxima bomba...

Y la otra voz de la conciencia, la otra a la que no podía mentir, naturalmente, era Beatrice.

Beatrice decepcionada y Beatrice peligrosamente próxima a alguna determinación.

Porque cuando la mujer que amas empieza a tener jaqueca demasiado a menudo, cuando la mujer que amas te dice: «Ya no te reconozco», cuando la mujer que amas te dice: «A ver si sientas la cabeza»...

Entonces hay que hacer algo.

Y se fueron al mar. El sexo, antes que el amor. Como cuando hay un hambre urgente que hay que saciar a cualquier precio. Después, un amor más meditado. Y finalmente el sexo sin urgencia. El sexo lento. El sexo y basta.

Después, un poco de espectáculo, que nunca va mal.

A Argenti no le gustaba vocearlo a los cuatro vientos, pero bajo el plúmbeo corsé del académico dedicado a la política palpitaban dos corazones sorprendentes. El corazón sensible de un amante de la poesía y el corazón anárquico de un viejo

universitario enamorado del vodevil, del sainete, de las *soubrette*, de la *macchietta* napolitana, de los pequeños montajes. Sólo una vez, una única vez, había perdido el control en una ocasión, por así decirlo, social. Se había autodefinido como «un cruce entre un dandi sentimental y un charlatán con una pasión inconfesable por nuestro *trash* más auténtico y casposo». En realidad había sido su lado reprimido el que había seducido a Beatrice. Lo que ella había entendido era que Mario no tenía necesidad de fingir que era un tipo complejo y algo loco. Mario era un tipo complejo y algo loco. Sólo que de vez en cuando se le olvidaba.

Pero aquella mañana inolvidable, trágica e inolvidable para ellos como para toda Italia, como intuirían unas horas después, Argenti estaba imparable.

Declamó para Beatrice a su querido Cardarelli y algunas estrofas inconmensurables de Pound: «*And thus came the ship... O moon, my pin-up...*». Pound, viejo y sublime chamán fascista...

Y la hizo estallar en carcajadas cuando, desnudo, con un sombrero de paja, cantó imitando a Fanfulla^[23]:

«Había nacido en Novi, pero de novicia no tenía nada...».

Argenti había vuelto. Argenti era feliz. Beatrice tenía los ojos brillantes. Había sido una mañana espléndida.

Después llegaron Valente y Morales. Dos jóvenes esperanzas del pensamiento progresista. Con sus acompañantes respectivas. La del tipo «chinchita revienta, que es mío y sólo mío» y la del tipo «Dios santo, cuánto ofende el hedor del mundo a mi delicada naricilla».

Y se acabó la fiesta. La felicidad, al garete. La paz, devastada.

Con una profusión irrefrenable de expresiones y coletillas pijas, las susodichas iniciaron un debate sobre la escuela a la que más convenía apuntar a sus retoños — convenientemente aparcados para la ocasión con la filipina de rigor— en vistas a los más brillantes futuros profesionales: «¿Chateaubriand? El francés está pasado de moda. O sea, eso creo. ¿Los jesuitas irlandeses? Quizá demasiado severos. ¿O no? ¿Merrymouth? ¿El colegio alemán? ¡Mientras dentro de diez años se les pueda enviar por lo menos a Los Ángeles!». La observación a media voz de Beatrice, «¿Y nuestra escuela pública...?», quedó subrayada por suspiros y sacudidas de rubias melenas: «Pero cariño, nuestra escuela pública es un desastre, eso es evidente, desgraciadamente no hay nada que hacer: irrecuperable».

Valente sacó a colación la invitación que había recibido para ir a un popular magazín de la tele. El primer político comunista al que se le pedía que cantara en público una canción melódica. Valente había optado por *Questo piccolo grande amore*, de Claudio Baglioni. Para demostrar de una vez por todas —se justificó con vehemencia— que también los rojos tienen su corazoncito y que no se comen a los niños.

En cuanto a Morales, intervenía únicamente para demostrar su dominio de la jerga marinera, recientemente adquirido. Morales procedía de un pueblecito perdido en medio de los Apeninos, y aunque su relación con el mar podría definirse cuanto menos de problemática, se acababa de inscribir en un curso de vela. Así podría reírle las gracias con más propiedad a D'Alema, y estar preparado en el feliz momento en el que, como era ya sabido, el sucesor de Togliatti se convirtiera por fin en jefe supremo.

Argenti sintió una arcada de resentimiento anarco-plebeyo que le subía por el esófago y le presionaba con violencia contra la campanilla, en busca de una liberación que, de permitirle —no había que ser un genio para intuirlo— sería acre, desagradable y muy comprometedor para su *cursus honorum* en el partido. Consiguió contenerla con un sonido que quedó a medio camino entre un eructo involuntario y un rictus histérico. Todos se giraron a mirarlo. Se salvó de la reprobación general con un oportuno acceso de tos. Se puso en pie con aire indolente, anunciando que estaba tostado de tanto sol y que necesitaba dar unas brazadas restauradoras. Beatrice lo siguió esbozando una sonrisa. A mar abierto lo besó con furia; después, de repente, le hundió la cabeza bajo el agua y la mantuvo allí hasta que él pidió clemencia agitando ostentosamente los brazos.

—¡Cuidadito de no envejecer antes de tiempo! —le amonestó después, mientras él se recuperaba, jadeando, de la broma—. ¡O la próxima vez vengo con tu amigo Scialoja!

2

Ilio paseaba, nervioso, por la sala de reuniones.

Maya agarraba con una mano el busto del Fundador, casi como si el bronceo invitado de piedra pudiera transmitirle la energía necesaria para afrontar la tormenta que ella misma había desencadenado.

En la otra mano blandía una fina carpeta, y con un tono de voz que intentaba moderar repetía por enésima vez:

—¿Qué significa todo esto?

Ilio tenía ganas de fumar. Pero lo había dejado hacía años. Ilio querría encontrarse a mil kilómetros de allí. En mar abierto, en la cubierta del *Nostramo*. Libre y solitario, como antaño.

—¿Qué significa todo esto?

—¿De dónde has sacado esos papeles?

—Me los ha dado Mariani.

—¿Quién?

—El *dottor* Mariani, del estudio Mariani e Tursi. Deberías conocerlos, ¿no?

—Pero ¿qué tienen ellos que ver con...?

—Han realizado una auditoría contable...

—¿Y quién les ha...?

—Yo.

—¿Tú?

—Tranquilo, Ilio. Mariani está obligado al secreto profesional. Ni uno solo de estos documentos saldrá de esta empresa. No tenía otra salida. No me has dejado otra salida...

—Pero Viggianò...

—Viggianò ha dimitido. ¡Y ahora, si no te molesta, explícame qué significan estos papeles!

—Harías mejor en no meterte en esta historia.

—¡Esto también es asunto mío, no lo olvides! ¡Yo soy la hija del Fundador!

Ilio se cogió la cabeza con las manos. ¿En qué se había equivocado con ella? ¿Qué le había negado? ¿De qué podía acusarlo? Nunca la había traicionado, nunca la había... nunca había dejado de amarla, de desearla. Ella y Raffaella eran lo único que había hecho bien en su vida. Y ahora..., ahora... Intentó recordar cuándo había empezado aquella locura. Ah, sí, después de Navidad, en Cortina, con el *exploit* de aquel idiota de Ramino Rampoldi. Había sido en aquel momento cuando Maya había decidido embarcarse en la aventura de la escuela. Recordaba perfectamente la noche en que se lo había dejado caer. Una escuela para los hijos de los inmigrantes. Una escuela laica y gratuita, con los mejores profesores. Una escuela para la integración y la sociedad multiétnica, contra el racismo de los Rampoldis de turno. Él había asentido distraídamente, convencido de que se trataría de un capricho pasajero de su inquieta mujercita. Y aquél había sido su error. Había olvidado de quién era hija Maya. Había infravalorado una vez más el legado del Fundador. Maya había seguido adelante. Maya estaba decidida a llegar hasta el fondo. Viggianò había intentado hacérselo entender, con elegancia, a su modo. Cuando ella le pidió que desbloqueara ciertos fondos personales suyos y el ingeniero había salido corriendo a decírselo a él. Ilio había anulado la orden; seguro que antes o después se le pasaría. Pero no se le había pasado y ahora..., ahora estaba entre la espada y la pared. Y la sonrisa burlona en los finos labios de la estatua del Fundador parecía reflejar perfectamente la situación.

—Tenemos una crisis de liquidez —dijo, despacio, con un suspiro.

—Ya veo. Habéis recurrido incluso a mis reservas personales. Pero lo que no consigo explicarme es este concepto..., ya sabes cuál... Parece que has pagado una cantidad exorbitante a estas sociedades sicilianas... y a Giulio Gioioso...

—Él no ha hecho más que de intermediario.

—Conozco la diferencia entre una mediación y una donación a fondo perdido, Ilio.

—No hay ningún fondo perdido, Maya. Ese dinero está invertido y... de algún modo revierte...

—¿De qué modo, Ilio?

—Hay muchas maneras de...

—¿De qué modo?

—Favores..., seguridad... Sicilia es una tierra difícil, y nosotros la necesitamos para mantener la empresa...

—¿Me estás diciendo que pagamos a la mafia?

—Yo... no sería tan categórico...

—¿Y Giulio Gioioso está implicado?

—¡Pero qué dices! Él es un empresario como tantos...

—¿Ah, sí? ¿Y dónde están sus fábricas, sus almacenes, sus materias primas? ¿Sus materias elaboradas? ¿Las piezas? ¿Las cosas? ¿Dónde están las cosas, Ilio? ¿Dónde? ¿Dónde hay algo que se pueda tocar con las manos? ¿Dónde? ¿Qué hace exactamente Giulio Gioioso? ¿Quién es Giulio Gioioso? ¿Y dónde está Giulio Gioioso? ¡Erais inseparables, y hace semanas que no da señales de vida! ¿Te ha dejado con este marrón a cuestas y ha huido como un conejo?

Una secretaria asomó por la puerta. Había una llamada de Estados Unidos. Si el presidente podía... Ilio la despidió con un gesto fatigado. La mujer se retiró. Maya se había hundido en una de las butacas que rodeaban la gran mesa rectangular.

—Tendrás tu escuela, te lo juro —susurró Ilio—. Aún hay fondos que...

—No me interesa. No en estas condiciones, Ilio. ¡No quiero seguir así!

Maya se le acercó, se refugió entre sus brazos. Tenía muchísimas ganas de llorar. Como una niña entre los brazos de un padre afectuoso y... de un padre normal. No grande, ni envidiado, ni terrible como un Júpiter materializado en carne. No como aquel Fundador al que Ilio se había esforzado tanto en imitar.

—Vendámoslo todo. Ahora. Enseguida. Cojamos el *Nostromo* y echémonos al mar. Lo dijiste tú, aquella vez, en Grecia, ¿te acuerdas? Naveguemos a nuestro aire, lejos de esta porquería... Hagámoslo, Ilio, vámonos para siempre.

Ilio no sabía qué responder. Estaban en un punto muerto. Su vida estaba en un punto muerto.

La poesía de las bombas

1

DE LA SENTENCIA DEL TRIBUNAL DE LO PENAL N.º 2
DE FLORENCIA
6 DE JUNIO DE 1998

El 27-7-93 una patrulla móvil de la Guardia Urbana de Milán transitaba, hacia las 23.00, por Via Palestro, en dirección a Corso Venezia-Piazza Cavour. En un momento dado se acercó a la patrulla, compuesta por los guardias Katia Cucchi y Alessandro Ferrari, un grupo de personas que señalaron la presencia de un coche que soltaba humo en la misma calle.

En efecto, unos metros más allá, los guardias descubrieron, en el lado izquierdo de la calle –en el sentido de la marcha–, justo frente al Pabellón de Arte Contemporáneo (PAC) 28, un Fiat Uno de color gris aparcado con el morro en dirección a la Piazza Cavour (por tanto, en sentido contrario). Enseguida observaron en el interior del habitáculo un humo blanquecino que salía por una de las ventanillas anteriores, que tenía una rendija abierta.

Solicitaron inmediatamente la intervención de los bomberos, que llegaron en pocos minutos (en el registro de los bomberos resulta que recibieron la llamada a las 23.04 y que llegaron a destino a las 23.08). Eran siete bomberos, a saber: Stefano Picerno (jefe de brigada), Carlo La Catena, Sergio Pasotto, Antonio Abbamonte, Paolo Mandelli, Antonio Maimone y Massimo Salsano.

Los bomberos abrieron la puerta del automóvil sin contratiempos y el humo desapareció enseguida. No advirtieron procesos de combustión activos.

El jefe de brigada Picerno y el bombero Pasotto abrieron la portezuela posterior, y en el portamaletas encontraron un paquete de grandes dimensiones que ocupaba gran parte del espacio. Estaba cuidadosamente embalado con cinta adhesiva ancha de color marrón; en la parte izquierda (para el observador) sobresalían uno o dos cables que desaparecían en el habitáculo.

Pasotto tuvo la impresión de que se trataba de un artefacto explosivo y comunicó dicha impresión a Picerno. Picerno ordenó evacuar la zona. Efectivamente, Cucchi y Ferrari se alejaron hacia Corso Venezia, y se detuvieron en el cruce entre Via Palestro y Via Marina. Los bomberos se alejaron hacia Piazza Cavour unos veinte metros, descendieron del vehículo en el que iban y empezaron a desenrollar la manguera.

No obstante, al cabo de unos minutos, el guardia urbano Ferrari, por orden de la central de mando de su brigada, volvió a acercarse al coche para tomar el número de matrícula; otros bomberos hicieron lo propio, con la intención de pasar al otro lado de la calle (donde se encontraban los guardias urbanos).

Precisamente en aquel momento el coche estalló.

Murieron el guardia Alessandro Ferrari y los bomberos Stefano Picerno, Sergio Pasotto y Carlo La Catena. Posteriormente, en el otro lado de la calle, en los jardines públicos frente a Villa Reale, fue hallado el ciudadano marroquí Mussafir Driss, agonizando (moriría durante su traslado al hospital).

Hubo numerosos heridos.

La explosión causó desperfectos en la calle, en una gasolinera cercana, en el sistema de iluminación pública y en muchos vehículos aparcados en la zona; rompió los cristales de las viviendas en un radio de unos 200-300 metros y dañó el mobiliario de 39; también provocó daños en la fachada exterior del PAC, aunque no cayó.

Por otra parte, la explosión alcanzó la conducción de gas subterránea, a la que prendió fuego. Durante horas hubo unas llamas altísimas, que los bomberos, pese a la intervención de choque, no conseguían controlar, hasta que hacia las 4.30 del 28-7-93 explotó también una bolsa de gas que se había ido formando precisamente bajo el PAC.

La segunda explosión tuvo efectos mucho más destructivos sobre el pabellón que la anterior, ya que lo reventó por completo. En aquel momento se estaba preparando una muestra de pintura que debía inaugurarse en septiembre de 1993: la explosión dañó unas treinta obras presentes para la ocasión; algunas quedaron completamente destruidas.

También se registraron daños, producto tanto de la primera como de la segunda explosión, en Villa Reale, sede de la Galería de Arte Moderno, que albergaba una rica muestra pictórica y escultórica de arte italiano del siglo XIX (Hayez, Pellizza da Volpedo, Segantini, Mosè Bianchi, etc.). Se rompieron los postigos y los cristales de las ventanas, y también sufrieron daños las estructuras del falso techo.

Entre los bienes culturales afectados cabe mencionar también el Museo de Ciencias

Naturales, sito en Corso Venezia, y la iglesia de San Bartolomeo, sita en Via Moscova; ambos registraron daños, aunque no graves.

La explosión se debió a una mezcla de explosivos de gran potencial colocada en el interior del Fiat Uno matrícula MI...

El explosivo utilizado resultó ser del mismo tipo que el hallado en Via Fauro (Roma) y en Via dei Georgofili (Florenca). Se usó una carga de unos 90-100 kilos de material explosivo.

ROMA. PIAZZA SAN GIOVANNI IN LATERANO,
28 DE JULIO DE 1993

El 28-7-93, a las 0.03 horas se registró otra explosión en la Piazza San Giovanni in Laterano de Roma, en la esquina entre el Palazzo del Vicariato y la Basílica de San Juan.

La explosión tuvo graves efectos sobre los edificios de la plaza y sobre la propia plaza. De hecho, quedaron completamente destruidos accesorios y elementos decorativos de la planta baja del Palazzo del Vicariato. En los pisos primero y segundo, los daños fueron menos evidentes, pero más graves (el techo de madera quedó gravemente dañado).

Se produjeron daños irreparables en los frescos que decoraban el nártex de la basílica, muchos de los cuales se pulverizaron; lo mismo ocurrió con los frescos que decoraban la logia superior del nártex.

Se registraron asimismo graves daños en el interior de la basílica (en las pinturas, en los elaborados confesionarios, en los mármoles del suelo y de las paredes).

Los ventanajes de la basílica y del palacio quedaron destruidos o gravemente dañados.

Se verificaron daños menores, aunque también significativos (rotura de cristales, desconchones, caída de techos falsos) en un radio de 100 metros, por ejemplo en el Policlínico Militar del Celio, en el hospital de San Giovanni y en Via Labicana.

Afortunadamente no se registraron víctimas, pero varias personas resultaron heridas de mayor o menor gravedad.

También en San Giovanni la explosión fue provocada por una mezcla de explosivos de alta potencia colocada en el interior de un Fiat Uno.

El coche bomba seguramente se situó en la esquina entre el Palazzo del Vicariato y la Basílica de San Juan, el lugar del cráter, con la parte anterior orientada hacia el Palazzo del Vicariato y ligeramente inclinada hacia la basílica.

También en este caso las investigaciones sobre los explosivos revelaron la presencia de EgdN-NG-DNT-TNT-Pent y T-4 60.

El peso calculado, con una aproximación ligeramente mayor que en los otros casos, se eleva a unos 120 kilos de explosivo.

No hay duda de que en San Giovanni sólo una afortunada combinación de circunstancias evitó que, además de los bienes materiales, se perdieran también muchas vidas humanas.

ROMA, VIA DEL VELABRO,
28 DE JULIO DE 1993
0.08 HORAS

A las 0.08 horas del 28-7-93, se registró en Via del Velabro, de Roma, el último atentado con bomba del año.

La explosión abrió en la calzada adoquinada un cráter de forma ligeramente ovoidal, con un diámetro máximo de 280 cm, uno mínimo de 230 cm y una profundidad de 110,63 cm.

Como siempre, fueron gravísimos los daños perimetrales. La iglesia del Velabro, afectada especialmente por los efectos de la explosión, sufrió el derrumbe del pórtico frontal, del portal de entrada, del rebozado de la fachada, de algunas paredes internas, de una parte de las cerchas del techo y del falso techo de la sacristía, así como de diversos elementos decorativos.

Junto a la iglesia había una residencia (Casa Kolbe) en la que se alojaban siete religiosos de la Orden de los Padres de la Santa Cruz. La onda expansiva y la metralla de la explosión afectaron a la fachada del edificio, desquiciaron las ventanas y elementos internos, así como las puertas de comunicación entre el pasillo y la sacristía y las ventanas del jardín, y provocaron el derrumbe parcial de tabiques y techos.

Sufrieron también graves daños el edificio situado al fondo de Via del Velabro (n.º 4 y el de enfrente (n.º 5); ambos registraron daños en la cubierta (que cayó en parte) y en las ventanas.

Frente a la iglesia se encontraba el aparcamiento del Ayuntamiento de Roma, en el que, además de los daños correspondientes a los elementos externos, se produjeron profundas grietas en los techos falsos; en las plantas superiores cayeron algunos techos.

Quedaron también destruidos o dañados los muebles y accesorios de la iglesia y de numerosas viviendas.

Unos quince vehículos aparcados en la zona sufrieron daños más o menos graves en carrocería, faros y cristales. Por último, algunos religiosos de la Casa Kolbe y algunos

habitantes de la zona resultaron heridos leves.

También en este caso se empleó un explosivo de alta potencia colocado en el interior de un Fiat Uno.

2

¡Tres, cuatro y cinco! Seis, si se contaba también «la tontería» de Via dei Sabini, que, de hecho, era perfectamente computable.

La noche de los atentados, Stalin Rossetti había realizado su pequeña contribución mandando a Yáñez a dejar a oscuras las centralitas de la Presidencia del Gobierno. Un gran toque de estilo que Angelino había sabido apreciar.

—Pero a aquellos pueblerinos no vale la pena decírselo. No comprenderían lo sutil del gesto —le había sugerido Stalin.

Angelino se había mostrado de acuerdo. Al oírle llamar «pueblerinos» a los viejos jefes de la Cosa Nostra no había pestañeado siquiera. Se estaba separando lenta pero inexorablemente de una mentalidad o, mejor dicho, de una cultura. Stalin Rossetti sentía el mismo orgullo que cuando, en tiempos de La Cadena, conseguía transformar a un sincero idealista en un desalmado hijo de puta. El placer del reclutador, del demiurgo.

En Sicilia estaban de los nervios. Cinco «golpecitos» y aún nada.

Cinco «golpecitos» y quien tenía que mover ficha no daba señales de vida.

—¡Eso querrá decir que daremos otro! —había propuesto Stalin entre risas.

—¿Otro golpe? ¿Otro baño de sangre?

Stalin decidió que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Le explicó al mafioso que pensaba en otro tipo de baño. Un baño... sí, exacto, un baño «inteligente». Inteligente como las bombas de tecnología avanzada que su amigo Billy Goat presumía de haber vendido en abundancia a la Administración Bush en tiempos de la Guerra del Golfo. Bombas selectivas para objetivos selectivos.

—En este caso —le confió Stalin— tendremos que acuñar la expresión «bomba *sòla*», así, en romano, es decir, bomba falsa, bomba señuelo.

Es decir: lo que necesitaban para recoger los frutos de tan duro trabajo era un cambio decidido de estrategia.

Flexibilidad: eso es lo que hacía falta.

Flexibilidad. Estrategias que cambian con el tiempo.

Flexibilidad. Los mafiosos eran demasiado rígidos. El Estado era demasiado rígido.

Flexibilidad.

Estaba llegando el momento justo.

Les tocaba a ellos ofrecer algo a cambio de otra cosa.

Las bombas no habían bastado para doblegarlos.

Habían preparado el terreno, de acuerdo, pero por sí solas habían demostrado ser un instrumento de presión insuficiente.

Cuando has ido demasiado lejos, lo que hace falta es dar un paso atrás.

A veces un paso atrás es mejor que un avance impetuoso.

Era más «conveniente».

En especial si antes el terreno se había sembrado convenientemente de minas.

Y tú eres el único que conoce su ubicación exacta.

Había que pasar a los anuncios de bomba.

Presentarse una bonita mañana a quien correspondiera y soltarle un buen discurso: «Señores, hasta ahora han visto solamente una pequeña demostración de lo que sabemos hacer. Digamos que les hemos servido el aperitivo. Ha llegado el momento de pasar al plato fuerte. ¿Recuerdan Milán, Florencia, Roma? Bueno, pues imagínense algo inmensamente más atroz. De una devastación mucho más terrible. ¿Cien muertos? ¿Quinientos? ¿Mil? A lo mejor alguno más, uno arriba, uno abajo. Un trabajo perfecto. Una obra de arte sin precedentes en la historia. Y llegamos al objetivo de este encuentro. Yo puedo impedir que esto suceda. Sólo que ustedes tienen que darme algo a cambio».

Aceptarían. Stalin estaba tan seguro como de su propia existencia.

—¿Y tendríamos que conseguir con el engaño lo que no hemos conseguido con la sangre?

—La sangre es la semilla; el engaño es la cosecha.

—Me parece complicado.

—Así va el mundo, Angelino.

—Tengo que hablar con los de abajo...

Angelino no parecía convencido. ¿Habría ido demasiado lejos? ¿Acaso el proceso de emancipación del muchacho no estaba aún suficientemente avanzado? ¿Y si no conseguía convencer a los mafiosos de la validez del plan? ¿Y si insistían en provocar la enésima matanza? Angelino podía decidir actuar por su cuenta. Desoír las órdenes. En cuyo caso, ningún problema. Pero ¿y si a pesar de todo Angelino optaba por la obediencia?

Bueno, en aquella desgraciada eventualidad siempre podría contar con Pino Marino.

El chico se había perdido la parte final de los fuegos de artificio. Había sido el propio Stalin quien lo había mandado a Las Marcas para reorganizar la venta de droga, tras la desafortunada detención del primo de Catania que había ocupado el lugar del pobre Vitorchiano.

Stalin había alejado deliberadamente al muchacho.

Al muchacho que no dejaba de repetir: «Me iré, me iré».

Habría sido una locura renunciar a un colaborador como aquél.

Una locura y una injusticia. Había hecho mucho por aquel chico, y no se merecía que le correspondiera con una ingratitud tan evidente.

—Yáñez ha descubierto algún contacto extraño —le había dicho, mientras le entregaba un nuevo teléfono portátil—. Podría ser que nos estuvieran vigilando. Hay que extremar las precauciones... Ah, y no llames a la casa, no des este número a nadie..., a nadie. Pino, ¿me entiendes?

A nadie. Y mucho menos a esa Valeria. Porque el problema era ella, obviamente.

Y Stalin ya se había encargado de todo.

Todo, todo debía proceder en perfecta sintonía hasta el gran final.

Quién sabía qué pensaría el Viejo de todo aquello.

Quién sabía si desde su agujero, en las profundidades del Infierno, le estaba observando y daba su aprobación con un parco gesto con la cabeza.

¡Quién sabía si se arrepentía de haberse decantado por aquel idiota de Scialoja!

Teniendo en cuenta el puritanismo de fondo de su antiguo mentor y el empeño que ponía Michelle en ponérsela dura, probablemente era de suponer que el Viejo habría apartado la mirada.

Michelle. Es decir, Michelina Catinari, de Ferrandina. Michelle sonaba más exótico y misterioso, desde luego. Michelle. La chica del vestido rojo. Que sí, era hija de aquel hombre maduro, pero que decididamente sentía atracción por otro tipo de hombre maduro. El fascinante, amable y misterioso *dottore* Stalin Rossetti, tan hábil en la cama y tan «generoso» con una estudiante empleada a tiempo parcial y que daba sus primeros pasos en el rutilante y arriesgado mundo del espectáculo.

Michelle, con aquel tatuaje en forma de rosa que le nacía de la entrepierna y aquel precioso pisito en Via della Scala, tan anónimo, tan discreto, tan útil.

Michelle. Por fin algo se movió por la zona baja y decidió poner freno a sus cavilaciones.

«Gracias, Michelle. En el fondo, aquella tarde, en Via Veneto, no me alejaba tanto de la realidad.»

La perdición

1

Tras volver de la misión en Las Marcas, Pino Marino fue enseguida a la comunidad en un Renault alquilado.

Uno de los muchachos, con el que tenía más confianza, lo cogió del brazo y le obligó a sentarse.

Casi parecía que esperase aquella visita.

—Valeria ha desaparecido —le dijo el joven. Después apartó la vista, porque lo que veía pasar por los ojos de Pino le dio miedo.

Stalin lo vio llegar en plena noche. El penoso espectáculo del muchacho hecho un mar de lágrimas le llevó a reflexionar, una vez más, sobre la fuerza devastadora del «factor humano». Stalin se mostró comprensivo, afectuoso, paterno. Exactamente lo que se espera de un padre ante el hijo pródigo. Evitó incluso recordar las sabias advertencias que le había dispensado —«¡Los toxicómanos! Hijo mío, los toxicómanos al final siempre te joden. ¡Estás equivocando el camino!»— y cuando Pino le dijo que si no la encontraba se volvería loco de dolor, que moriría de dolor, Stalin prometió que la buscarían juntos.

—Pero de momento has vuelto. Ésta es tu casa. ¡Y yo siempre seré como un padre para ti!

Más tarde, después de atiborrarlo de somníferos, llamó a Sonila, para asegurarse de que la situación estaba bajo control.

—Todo bien, Stalin.

—¡Mil gracias de nuevo, preciosa!

Sí. Desde luego, Sonila había hecho un trabajo excelente.

Cuando se conocieron, Stalin Rossetti estaba discutiendo con uno de los numerosos lugartenientes del jefe de Valona.

Estaban en el caserío de Salento que en aquella época usaba Stalin como base de operaciones. Era una tarde pesada y bochornosa, típica del verano en el Jónico. El esbirro no dejaba de toquetear la culata del kalashnikov y de jurar y perjurarse que tanto él como su jefe eran de confianza. Junto a ellos había una muchacha dormida. Una drogadicta. Ya había iniciado la crisis de abstinencia. Había llegado al caserío hecha un guiñapo. Stalin Rossetti le había dado algo de mercancía y había ordenado que la mandaran de vuelta a Albania aquella misma noche. El esbirro del jefe sacudía la cabeza. ¿Por qué renunciar a una ganancia segura? Era una muchacha guapa, quizás un poco flaca. Podían revenderla a algún clan del norte. O a los griegos.

Stalin Rossetti se mostró inamovible. El jefe de Valona no había respetado el pacto. Él no quería drogadictas. El asunto estaba cerrado.

El albanés insistía. Estaba autorizado a aumentar hasta un diez por ciento el porcentaje de Stalin Rossetti. La familia de la chica ya había pagado. Repatriarla significaría un desprestigio. ¡Y el Jefe de Valona no podía perder prestigio!

Stalin Rossetti encendió un cigarrillo.

—Si no quieres que tu jefe pierda prestigio..., ¡pues máatala!

El albanés se rascó la cabeza. El Jefe ya le había dicho que el italiano era un cabrón. Pero no tan cabrón. El albanés ya había eliminado a dos putas unos meses antes. Pero aquélla era otra historia. Una se había ido de la lengua con los *carabinieri* y les había vendido a dos primos del Jefe que estaban de paso por Brescia. La otra había invadido el territorio. Aquellas dos se lo habían ganado. Pero esta chica, en cambio, estaba en regla. Su familia estaba en regla. Matarla significaría violar el código de las montañas. El albanés abrió los brazos y se encogió de hombros.

—Me la quedo yo.

—Haz lo que te parezca. Pero tendrás que resarcirme.

—¿Resarcirte con qué?

—Me conformo con poco. Un par de kilos de hierba. Y dile a tu jefe que no quiero mercancía mezclada. Nada de amoniaco ni de anfetaminas.

—Dos kilos... ¡Tú estás loco, italiano! ¡Me cago en tu hermana!

—Y yo en la tuya. Nos vemos con la próxima carga.

Al final, no obstante, Stalin Rossetti había decidido quedársela. Aunque iba puesta de heroína hasta las cejas, era incuestionable que la muchacha tenía una inteligencia y unas ganas que podrían llegar a resultarle útiles. El «factor humano», una vez más. Así que la había rescatado, pagando de su bolsillo al Jefe de Valona, le había conseguido el permiso de residencia, se había asegurado de que no fuera seropositiva, se la había llevado a la cama e incluso la había enviado a uno de esos curas que se ganan el Paraíso ocupándose de las almas descarriadas.

Y ella prácticamente le había devuelto a Pino Marino.

2

Sonila había llegado a la comunidad a principios de junio, sólo unos días antes de la marcha de Pino.

La habían enviado desde Vicenza en prácticas. Y no casualmente. En realidad, Valeria tenía que hacerle de maestra durante unas semanas, quizás un mes, hasta que estuviera preparada para volver y salvarles la piel a los desgraciados que llamaban a

la puerta de la comunidad.

Sonila era menuda y graciosa. Sonila había vivido un infierno. Había sobrevivido de milagro. Los monitores de Vicenza decían que aquella muchacha tenía una voluntad de hierro y una fuerza contagiosa.

Desde el momento en que se había puesto en sus manos, Sonila había hecho de todo para hacerse amiga de Valeria. Al principio no tenían mucho que decirse. Los temas preferidos de Sonila eran la ropa, las discotecas y los famosos de la televisión. Y, por supuesto, los chicos en proceso de recuperación.

—Pero eso es trabajo, ¿no? Lo que nos da de comer y nos mantiene alejadas de las tentaciones, como dicen los curas. La vida es otra cosa. ¡Y tendremos que volver a ella antes o después!

A pesar de todo, Sonila era una excelente colaboradora. Inteligente y siempre a punto para sacar el mejor partido de cada situación. Y gustaba a los recién llegados, aún en pleno mono mental y físico. Su alegría algo insustancial era un excelente contrapeso frente a la austeridad de los otros monitores y los ayudaba a perder el miedo ante la dureza del tratamiento.

A Pino no le había gustado. Le parecía una entrometida, le irritaban sus zalamerías, su insistencia obsesiva. Valeria la justificaba porque comprendía su situación. Era la primera vez en dos años que abandonaba la protección de su comunidad. Tenía que adaptarse a caras nuevas, a rutinas diferentes. Era lógico que Sonila estuviera un poco angustiada, que le asustaran las opiniones y que se mostrara deseosa de que la aceptaran sin reservas. Sólo había que darle un poco de tiempo. Tiempo y confianza.

—Si tú lo dices. Pero a mí no me gusta.

—La salida es la fase más difícil, Pino. ¡Tendrás que tener mucha paciencia conmigo!

—Tú no eres como esa estúpida, Valeria.

—¡Y tú siempre con tantas... sombras!

—¡Los pinos siempre dan sombras!

—¡Déjalo estar, cariño! ¡El humor no es tu fuerte!

Lo cierto es que estaban volviéndose inseparables, y tras la marcha de Pino para su viaje de trabajo —«El último viaje, Valeria, y perdóname si no puedo venir a buscarte, voy a un sitio perdido, con unos artistas eslovenos...»—, incluso amigas. La tristeza sorda que había caído sobre Valeria al sentirse sola fue el detonante. En aquel trance, Sonila se mostró afectuosa, cómplice, discreta como nadie.

Una tarde, después de pasar revista a los nuevos ingresos, a Valeria se le escapó algún detalle de su historia con B.G.

Sonila se puso en pie de un salto, dando palmas como una niña entusiasmada.

—¡B.G.! ¡El cantante! ¿De verdad?

Valeria había observado que, en los momentos de excitación, su italiano neutro y controlado perdía calidad, y que en las últimas sílabas de las palabras afloraba cierta dureza gutural típica de su lengua materna. En aquellos momentos, Sonila podía incluso llegar a ser desagradable. Y le daban ganas de dar la razón a Pino Marino: sonaba a falso.

Pero ¿quién era ella para juzgar? ¿O para condenar?

—Sí, el mismo. B.G.

Sonila estaba extasiada. Le habló de su gran sueño. Trabajar en televisión. Sabía bailar, había tomado lecciones de canto, se sabía de memoria todo el repertorio de Mina. Tenía un físico que no estaba mal. A los hombres les gustaba, y sabía moverse. Sólo con que se le presentara una ocasión, una mínima e insignificante ocasión...

—Está bien. Cuando salgamos de aquí te lo presento.

Se lo había dicho para quitársela de encima, porque el mero hecho de pensar en B.G. le resultaba insoportable. Pero Sonila se lo había tomado en serio. Tremendamente en serio. El ingenuo entusiasmo de Sonila, su risa sonora, encendida..., sí, tendría que hacerlo. Le presentaría a B.G. Al fin y al cabo era lo suficientemente fuerte como para verlo. Aquello pertenecía al pasado y estaba superado.

Y además tenía a Pino, ¿no?

La carta llegó dos días después. Sonila la leyó, se quedó pálida, se llevó una mano al pecho y se encerró en el baño. Valeria se temía alguna desgracia familiar y corrió tras ella. Sonila le gritó que se fuera, que no quería verla nunca más, ni siquiera hablar con ella. Valeria intentó hacer que entrara en razón. Al oír los gritos de Sonila acudieron unos cuantos chicos. Ella cambió de tono. No era más que un momento de malestar. Se le pasaría. Quería estar sola un rato, nada más.

Volvieron a verse por la noche. Sonila estaba pálida, demacrada, abatida. Le pidió perdón y le enseñó la carta. La carta de Pino.

Tiempo después, Valeria recordaría sólo algunos fragmentos. Y el hielo que le había penetrado en el corazón mientras recorría con la vista aquellas líneas frías, hostiles, incomprensibles.

Querida Sonila:

Perdóname si te escribo a ti, pero no he tenido el valor de [...] viaje [...] lo entenderás mejor que nadie [...] Eslovenia [...] el ambiente de los artistas [...] he conocido a una persona [...] muy dulce [...] creo que me quedará aquí un tiempo [...] sé que le estoy haciendo daño pero he comprendido que con ella no habría funcionado nunca [...] espero no haberle roto el corazón [...] con el tiempo comprenderá [...] será mejor que no me busque...

Valeria pidió permiso para usar el teléfono. No se atrevieron a negárselo. El móvil de Pino no daba señal. Siguió probando una y otra vez, hasta que Sonila la arrancó del aparato. Valeria se metió en la cama y no se levantó hasta dos días después.

Sonila la justificó en público diciendo que estaba enferma. No se separó de ella, sin decir una palabra. Al tercer día le dijo que había pedido un permiso especial para visitar a unos familiares en Milán.

—He pensado que estaría bien que fuéramos juntas... Te irá bien cambiar de ambiente... Una semana y después volvemos y ya veremos lo que hacemos... ¡Venga, no me digas que no!

Valeria asintió en silencio. Ella la levantó de la cama. La llevó al baño y la metió bajo la ducha. La lavó y la vistió como a una niña. Por la noche salieron a hurtadillas de la comunidad («lo hago por ti, cariño, pero está todo en regla, he hablado con el responsable en persona»).

Descubrieron la fuga a la mañana siguiente. Y todos se preguntaban qué sentido tenía. Dos chicas como ellas, dos joyas de la comunidad..., tan de pronto... Iniciaron una investigación interna. Descubrieron que al llegar Sonila había dado datos falsos. En cuanto a Pino Marino, nadie, aparte de Valeria, sabía nada de él. Uno de los ancianos recordó que durante un tiempo la chica había recibido cartas de B.G., el cantante. Lo localizaron, pero él dijo que hacía meses que no se veían. Así que las dieron por perdidas.

Al llegar a Milán resultó que los familiares de Sonila se habían ido de vacaciones a Albania. De modo que las dos alquilaron una habitación en una pequeña pensión cerca de la estación central. Valeria era una presencia inerte, insensibilizada por el dolor. No se levantaba de la cama, y Sonila se veía obligada a meterle la comida en la boca para evitar que muriera de hambre. Sonila ya no podía más. La cosa estaba alargándose demasiado. Y cuando intentó introducir el tema de B.G., por toda respuesta obtuvo un suspiro agotado. Lo pagaba todo ella, y la cartera se le iba vaciando a ojos vistas. Si Stalin Rossetti no le hubiera prometido todo aquel dinero, la habría dejado pudriéndose en aquella pensión de mierda y se habría buscado la vida por su cuenta. Pero no podía. Era una cantidad realmente considerable. Y ella necesitaba el dinero.

Después, tras unos cuantos días de agonía, agravada por el calor sofocante del agosto milanés, hojeando una revista, Sonila se enteró de que había una fiesta en un local de los Navigli a la que asistiría el conocido cantante B.G. Obligó a Valeria a que la acompañara: sin ella, le sería imposible siquiera meter la nariz tras los cristales tintados del Nottiziario. Engalanadas al gusto de Sonila —más dinero gastado en humo para cubrir a aquel saco de huesos, ¡y menos mal que por lo menos se había decidido a ir a que le arreglaran el pelo!—, convertidas prácticamente en dos pelanduscas de barrio taconeando por el centro, se presentaron en la puerta principal unos minutos después de las ocho. El portero no se dignó siquiera mirarlas; se limitó a cerrarles la puerta con una mueca. Sonila le dio un codazo en la barriga.

—¡Esta señorita es amiga de B.G.!

—¿Cómo de amiga? —preguntó el tipo, con aire de suficiencia.

—Muy amiga —rebató Sonila, sacando del microscópico bolsito dos billetes de cien.

El portero se echó a un lado. Sonila empujó a Valeria hasta la mesa donde pontificaba B.G. rodeado de señoras operadas con cierta debilidad por los psicotrópicos, distinguidos cincuentones al borde de la apoplejía y jovencitas en avanzado estado de anorexia. Desde que se había vuelto respetable, B.G. había abandonado las chaquetas con flecos y las botas *country*. Corría la voz de que tenía intención de meterse en política.

Cuando vio aparecer ante sí a aquel fantasma de su pasado, B.G. se levantó de golpe, forzando una sonrisa y ofreciéndole educadamente la mano, como exigía su actitud de neoburgués. Pero cuando cruzó la mirada con la de Valeria se quedó rígido, paralizado por un acceso de terror.

Ojos apagados. Los ojos de una muerta.

Mientras tanto, Ramino Rampoldi, desde la cabecera de la mesa, había cruzado unas cuantas miradas con Sonila.

—¿No nos presentas a tus amigas, B.G.? Él recobró la compostura y con una sonrisa indefinida balbució:

—Ésta es Valeria. Somos... primos...

Se hizo un educado silencio, que se rompió con la risita contenida de Rampoldi. Valeria había sonreído. Era una sonrisa aún más aterradora que su mirada. Después clavó lo que le quedaba de las uñas en el dorso de la mano de B.G., hundiéndoselas con ganas.

—¡Te veo en gran forma, primito!

Y dio media vuelta. Sonila la alcanzó cuando ya había rebasado la puerta. La aferró por un brazo y la obligó a girarse.

—Pero ¿estás loca? ¿Qué te ha dado? ¡Lo estás estropeando todo!

—¡Suéltame o te mato!

Sonila se asustó. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar aquella idiota? Soltó la presa, dio un par de pasos atrás. Y se encontró entre los brazos de Ramino Rampoldi.

—Un poco alterada la primita, ¿eh?

Sonila lanzó una mirada distraída a la silueta de Valeria, que corría con precario equilibrio sobre unos tacones de vértigo.

—Ya se le pasará. Está un poco estresada, sólo eso.

—Oye, ¿qué te parece si seguimos la fiesta en otro sitio..., nosotros dos solos?

—¿Por qué no?

A la mañana siguiente, desde la casa de Rampoldi (Ramino: amante gruñón, poco fantasioso y muy endeble, pero decididamente generoso, ¡por lo menos en promesas!), Sonila puso al corriente a Stalin Rossetti.

—Muy bien, buen trabajo.

—¿Y con ésa qué tengo que hacer?

—Déjala a su aire. Ahora ya está perdida.

Stalin Rossetti, como siempre, miraba al futuro.

Frente a la puerta del Nottiziario había pasado algo definitivo.

Valeria había reconocido a Sonila.

Y no era Sonila.

Era Lady Hero.

Lady Hero que la llamaba de nuevo.

Estaba decidido que se perdiera.

Y así sería.

I left my heart in Portofino

1

Fue Ramino Rampoldi, con su consabido *bon ton*, quien informó a los hombres del grupo de que «la chica del romano era una que hacía la calle». Provocó un estallido de risas y un aluvión de comentarios sarcásticos a los que se unió incluso Ilio, venciendo el malhumor y la tristeza de aquellos días terribles para él, para ella, para todos ellos. Cuando se dieron cuenta de que Maya los estaba escuchando, los hombres intentaron contenerse. Maya pasó de largo, sin dignarse a prestarles atención. Ilio había intentado cogerle una mano, pero ella se soltó girando bruscamente la cadera. Ilio la siguió, resentido. ¿Por qué le hacía quedar mal ante sus invitados?

—Yo no sé quién es esa chica del romano. ¡Pero sé con quién se lo monta tu amigo Ramino!

—¿La chica albanesa, quieres decir? ¡Tampoco la hemos invitado!

—¡Sólo faltaría!

Patrizia llegó una hora más tarde. Agotada por la pronunciada cuesta, el único camino posible, que llevaba de la placita de Portofino a Villa Tre Orsi. Se dejó caer sobre un banco a la sombra y parecía que disfrutaba de la vista del golfo y sus aguas incandescentes al sol del segundo viernes de agosto. Parecía ajena a la tormenta hormonal que había desencadenado con su presencia. Los hombres estaban agitados como una manada de gorilas ante una hembra en celo. Ramino Rampoldi enseguida empezó a revolotear a su alrededor, preguntando si «la señora» deseaba algo fresco, o quizás algo más fuerte, una copa o quizás un helado porque, como es sabido, los helados tienen el poder de aliviar el calor sofocante del verano, y en la preparación de helados «nuestra adorable Maya» es insuperable.

Scialoja y Maya intercambiaron un saludo cordial, evocando con cierta ironía el episodio de la fiesta de Raffaella. Ilio la había reprendido por invitar al policía. Pero había sido idea de Carú. No habría podido negarse sin embarcarse en una interminable discusión o, peor aún, sin suscitar sospechas de algún tipo.

—Pero cuidado con él, Maya. ¡Scialoja es un enemigo!

—¿Un enemigo de quién, Ilio? ¿Tuyo, de Giulio, de la mafia?

—¡Maya, por amor de Dios, haz lo que te digo!

Fresco y sin una mancha de sudor en el traje de lino blanco, amable y ligeramente distante, Scialoja desapareció por la finca, conducido en su canónico peregrinaje precisamente por Ilio, que mostraba una cortesía casi pegajosa.

El acompasado Carú simulaba educada indiferencia, pero las miradas que lanzaba repetidamente a la chica del romano no se le pasaron por alto a su última pareja, una procaz periodista que lucía el último modelo de Via della Spiga: *shorts* —¡horrible visión!—, camiseta con cuentas de Krizia y zapatos de tacón vertiginoso (nada que temer: la cuesta la había subido con los Clarks y después había tardado más de media hora en cambiarse y retocarse el maquillaje). Ahora los dos estaban sumidos en una agitada conversación/explicación. Ramino Rampoldi había aprovechado para lanzar un ataque más decidido a la bella recién llegada.

Bella, sin duda, aunque no jovencísima. Alta, esbelta, de rostro irregular, pómulos de corte eslavo, una sobria camiseta blanca cuidadosamente desabotonada, tejanos ajustados y zapatos bajos, un bolso sin firma —¡gracias, Dios mío!—, apoyada descuidadamente contra el costado izquierdo. Manos largas, nerviosas y cuidadas. Maya decidió intervenir cuando resultó evidente que no soportaba más las maniobras de Ramino. Lo mandaban los cánones de la hospitalidad, pero al mismo tiempo sentía una curiosidad que, a pesar de todo, no podía contener. ¡Qué pérfidos y morbosos somos todos!

—Ramino, hazme un favor, prepáranos dos Martinis.

La chica del romano, la invitada (no conseguía acordarse del nombre), acogió a su salvadora con un suspiro levemente amargo.

—Un tipo agobiante, ¿no?

—¡Ya no sabía qué inventarme para quitármelo de encima! Y eso de Ramino, ¿de dónde viene?

—Su padre era jugador. Ganó su primera nave industrial a las cartas, jugando al ramino. Típico humor del norte.

—Bueno, gracias de todos modos, señora...

—Yo soy Maya.

—Cinzia. O Patrizia, si prefiere.

—Si vuelve a la carga... con sus extrañas maniobras, como agacharse con alguna excusa cualquiera y rozarle «casualmente» las tetas..., dígamelo. Lo cojo y lo tiro al mar. Son ochenta y seis metros de dura roca. ¡Llevo toda la vida soñando con hacerlo!

—¿También lo ha probado con usted?

—¡Que se atreva!

Maya se preguntó si quizá se había pasado con las confianzas. En el fondo eran dos perfectas desconocidas. Pero Cinzia/Patrizia le sonrió, divertida.

—Hagamos una cosa, señora. Ahora voy donde ese tipo y empiezo a trabajármelo. Le garantizo que en una hora, como máximo, estará bien cocido. Luego llega usted, y entre las dos lo tiramos al mar.

Maya se rio. Luego le ofreció la mano.

—¿Te parece que nos tuteemos?

—Trato hecho.

Ramino, que volvía jadeando y con los dos Martinis, fue acogido por las dos mujeres con una carcajada incomprensible. Maya le quitó las copas de la mano, le pasó una a Patrizia —había decidido que Patrizia le gustaba mucho más que Cinzia— y se puso en pie con aire solemne.

—Ven, que te enseñaré el lugar. Tu quédate aquí, Ramino. ¡Total, ya lo conoces!

Frente al imponente nogal araucano que había importado el Fundador de los terrenos de la familia en Argentina, Patrizia se lo quedó mirando con unos ojos enormes, luminosos. Su sonrisa, libre ya de la amenaza de antes, era realmente encantadora. Maya se sorprendió a sí misma al reconocer un atisbo de envidia. No era de extrañar que los hombres perdieran la cabeza por una mujer así. Pero enseguida se avergonzó de aquel efímero pensamiento rastrero. Ella empezó a contarle con todo lujo de detalles el viaje que habían hecho por la región. Su compañero, como definió a Scialoja, había transformado la invitación de Carú en un viaje sentimental. Habían ido en barca, al promontorio de Levanto, a un lujosísimo hotel no-sé-dónde y ahora allí, en Portofino.

—Y esto es..., ¡es magnífico! Es..., es Portofino, ¿no? Portofino es...

—¡Ahora no me digas que es el lugar más bonito del mundo!

—¡Para mí, el segundo más bonito del mundo!

—¿Y el primero cuál sería?

—¡Las islas Fiyi!

Maya se echó a reír, lo que atrajo una mirada esperanzada de Ramino, que esperaba la ocasión ideal para volver a la carga. Con un gesto brusco, la anfitriona dejó claro que no era bienvenido. El primate enseguida dio media vuelta. Patrizia se puso seria de pronto.

—¿Qué tienen de malo las islas Fiyi?

—Es un sitio falso, eso es lo que tienen.

Le pareció que Patrizia tardaba una eternidad en responder.

Y cuando después dijo: «artificial sí, pero desde luego falso no», se preguntó qué sentido podía tener aquel sutil juego de adjetivos. Y por qué había usado aquel tono tan cargado de una vehemencia... ¿voluntad de creer? Era evidente que las Fiyi tenían un significado particular para ella. Así que su sarcasmo debía de haberla ofendido. Maya estaba buscando el modo de reparar su error cuando Patrizia le apretó fuerte una mano.

—¡Eres una mujer afortunada, Maya!

Ahora le tocaba a ella sentirse tocada. No. No era una mujer afortunada. No en el presente. Pero lo había sido, desde luego. Afortunada e ignorante de su propia suerte. Y de todo lo que le estaba costando. Y se traicionó. Con la sacudida violenta de la

cabeza, que la había despeinado (se estaba dejando crecer el pelo de nuevo), quitándose y poniéndose sus inseparables gafas de espejo, con la risita neurótica con la que había respondido: «Sí, sí, claro». Patrizia la escrutaba como si hubiera intuido algo. Una desconocida. Pero siempre puedes decidir abrir el corazón a una desconocida. La sintió próxima, muy próxima. Si intuyes un terreno común... ¿Uno de aquellos flashes que los psicólogos de lo «femenino» definirían como «típicamente femenino»? ¿La eterna excusa ideada por los hombres para evitar adentrarse en el laberinto de la mente femenina, algo parecido al «Cariño, ¿estás nerviosa?» con el que defienden su tosquedad de base de nuestras ansias por profundizar?

Sin embargo, no hubo tiempo de profundizar. Se les acercaron Ilio y Ramino, hablando en voz alta, seguidos por el periodista, que se sentía abandonado y ponía cara de reproche. Había que ocuparse del catering. Había que dar órdenes al servicio para la distribución de los invitados. El deber llamaba a la anfitriona. Por una vez Ramino había atinado: ¡no era justo que Maya monopolizara de aquel modo a la bella romana!

2

Carú, mientras tanto, se había llevado a Scialoja a una especie de pequeña cantina con mostrador y música de fondo. El aire acondicionado hacía que el local, lleno de plantas, diera la extraña impresión de ser una especie de invernadero frío. Intercambiaron el saludo masónico. Entre una bocanada de Cohíbas y un sorbo de Lagavulin, Carú profetizó que quizás ellos serían de los últimos en poder disfrutar del privilegio de una vista tan espléndida desde un lugar tan especial.

—¿Por qué? ¿Cree usted que hay peligro de que pongan aquí una bomba? —preguntó Scialoja, provocativo.

—Usted es el experto en seguridad, *dottor* Scialoja... No, no estoy pensando en una bomba... Es Donatoni el que saltará. El dueño de la casa. ¿Qué sabe usted de él?

—Que tiene una esposa muy guapa.

—Le gusta Maya, ¿eh? Bueno, ¡y a quién no! Aunque últimamente podría decirse que...

—¿Monta números? —completó Scialoja, interpretando el gesto inequívoco de Carú.

—Digamos que está un poco agotada —se rio el periodista—. Les sucede a las mujeres tan guapas, cuando sus maridos las descuidan...

—¿Él tiene a otra? —preguntó Scialoja, un poco cabreado, preguntándose si Carú

habría organizado todo aquel montaje para ponerlo al corriente de los más recientes cotilleos de la capital milanesa.

—¡Ojalá! Donatoni no es más que un vanidoso que ha crecido a la sombra del dinero de la bella señora... Se cree la reencarnación del Fundador y le ha mandado la sociedad al cuerno... Parece ser que quiere vender y poner tierra de por medio..., siempre que se lo permitan...

—¿Quiénes?

—Los jueces. Le pisan los talones. No me sorprendería que uno de estos días lo viéramos en el noticiario esposado... Los jueces están convirtiéndose en los dueños de Italia, ¿no le parece?

Scialoja se limitó a asentir. La pregunta era retórica, al más puro estilo Carú.

—Pero nosotros dejaremos que se diviertan un poco más. ¡Luego las cosas cambiarán!

—¿Cambiarán?

—Y por eso le he pedido que se una a nuestra pequeña compañía...

Carú se inclinó hacia él, que empezó a contarle.

Berlusconi entraba en política.

Había fundado un partido prácticamente de la nada.

Un milagro de fantasía, ciencia, inventiva y... política.

Se llamaría Forza Italia-Asociación por el Buen Gobierno.

Berlusconi estaba en constante contacto con Craxi.

La noticia de momento era un secreto, aunque empezaba a circular, ya se sabía cómo iban las cosas en Italia..., muy pronto, no obstante, saldrían al descubierto.

Se perfilaba una alianza estratégica con la Liga Norte y Fini, si finalmente los viejos camaradas se decidían, como parecía, a proclamarse post-, si no ya antifascistas.

Se estaban sentando las bases para un nuevo bloque moderado que daría vida a la derecha moderna.

Las cosas iban a cambiar.

Llevarían las riendas del país los próximos cincuenta años.

Scialoja había escuchado como alelado, mientras el cerebro le trabajaba a mil por hora. Nuevo partido..., escenario impensable..., el empresario que se convierte en mánager de estado, es más, del Estado... Una idea fascinante, no, es más, seductora... Berlusconi..., tan simpático..., tan espabilado..., tan «italiano»...

—Necesitaremos colaboradores de confianza e inteligentes, como usted, *dottore*...

Era una oferta. Una invitación. Una oferta seria. Una invitación tentadora.

Scialoja decidió servirse él también un poco de whisky.

—Yo no tomo partido por principio. Debería saberlo.

—Y hace mal. Un hombre con su talento...

—Digamos que con mis «papeles», señor Carú.

—Pues sí. Digámoslo. Seamos francos. Jugamos con las cartas descubiertas, si me acepta el juego de palabras. Únase a nosotros. No pierda esta ocasión.

Así era, y así sería siempre. Los papeles. Los papeles del Viejo. Estaba condenado para siempre a ser una pálida copia del Viejo. Un reflejo cada vez más distorsionado, cada vez más alejado del modelo. Scialoja. El guardián de los papeles.

—¿Así pues?

—¿Qué me dice de Giulio Gioioso?

Los ojos de Carú se iluminaron con un brillo divertido.

—Gioioso ha conservado profundos vínculos con su tierra de origen, lo cual es positivo, en estos tiempos tan inciertos. ¡Fíjese por lo que estamos pasando, *dottor* Scialoja! Suceden cosas que ni siquiera un hombre con su poder es capaz de prevenir. ¿Y sabe por qué? Porque este Estado es débil. Condescendiente. Porque los italianos han dejado de soñar. ¡Y eso es grave! Muy grave... Por otra parte, imagino que usted, como yo, como todos, ya estará harto de toda esta violencia... Obviamente, no pretendo una respuesta inmediata. Piénseselo, pero no se lo piense demasiado. Las cosas cambiarán muy rápido. Un día sus famosos papeles podrían acabar siendo sólo un montón de papel mojado.

El *brunch* era de un nivel excelente. Scialoja picoteaba distraídamente la deliciosa comida, demasiado concentrado en las revelaciones de Carú como para apreciarlo. Maya estaba enfrascada en sus obligaciones como anfitriona. Pero cada vez que se presentaba la ocasión, buscaba a Patrizia con la mirada. Y ella le correspondía con un rápido gesto, con su sonrisa luminosa y triste.

Se había establecido entre las dos un repentino y milagroso entendimiento. Pero Ramino perseveraba, con sus juegos de palabras y sus imitaciones de *terroni* y de romanos —«Sin ánimo de ofender, eh, *dottore*, nada personal»—. A continuación efectuaron el paseo social a Santa Margherita con aperitivo incluido, una cena ligera a base de pescado, helado, más charla y un juego de sociedad idiota propuesto por un divertido Ramino. Maya y Patrizia no consiguieron volver a coincidir hasta entrada la noche. Scialoja no dejaba de atormentarla con la historia de Berlusconi. Ella le dijo que el *cavaliere* le caía simpático y que, por intuición, instintivamente, le habría votado. Cuando Scialoja se durmió por fin, Patrizia se reunió con Maya en la terraza.

Maya le pasó un porro. Patrizia aspiró, y le dio un ataque de tos.

—Un poco de hierba no ha matado nunca a nadie. ¡Y además es buena para el ojo!

—He perdido el hábito, lo siento.

—Hoy me has dicho que soy una mujer afortunada, Patrizia.

—Y tú estabas a punto de responderme que no es verdad. Que me equivoco.

—Sí, te equivocas...

Le habló de Ilio. De la crisis entre los dos. De Raffaella, que se movía inquieta por la gran casa de Milán, en otra época acogedora y ahora de pronto fría y hostil, preguntándose por qué mamá y papá habían dejado de dirigirse la palabra. Le habló del proyecto fallido de la escuela, de las dificultades cada vez mayores de la empresa, de las cuentas hipotecadas. De Ilio, que le rehuía la mirada. De su incapacidad para tomar una decisión, la decisión, la única correcta. De la confianza perdida entre ellos.

Patrizia no había tenido más que una amiga: Palma, la ex terrorista a la que había salvado la vida en la cárcel. Ahora ella trabajaba de fotógrafa de moda y tenía la agenda siempre llena de compromisos: «Quedemos la semana que viene, Patrizia, cariño, ay, no, perdona, la semana que viene estoy en la Expo de Sevilla...».

Y ahora aquella mujer tan diferente a ella, y sin embargo tan parecida..., le abría el corazón... Patrizia sintió una pena inmensa por Maya. Y por sí misma.

—No me equivocaba. Eres una mujer afortunada. Sabes lo que quieres. Quieres a Ilio. Quieres a tu familia. Yo..., yo soy como tu hombre..., tampoco sé decidirme... y acabo por perderlo todo. Pero cuando lo quieres todo, antes o después lo pierdes todo.

—¿Te apetece hablar, Patrizia?

—Me apetece otra calada.

3

El sábado por la mañana, de común acuerdo, Maya y Patrizia decidieron no salir a navegar en el *Nostromo*. Después de nadar un buen rato en la piscina olímpica de Villa Tre Orsi se tendieron al sol, completamente desnudas. Bebieron vodka muy frío, se liaron porros, hablaron de la vida. Maya reveló a Patrizia algunos de sus sueños obscenos, como el de la mujer objeto a merced de una panda de brutos... Sueños que le habían creado un deseo seguramente insano. Y del miedo a lo que pudiera significar aquel deseo.

—Es como en aquella película, *Belle de jour*, no sé si la recuerdas...

—Aquello también era un sueño, Maya.

Patrizia la rozó con una caricia afectuosa.

—Yo he hecho cosas peores. Y no en sueños. En la realidad.

—Me lo habían dicho.

—No es un secreto.

—¿Te has psicoanalizado alguna vez, Patrizia?

—Me da miedo analizarme.

—¡Si supieras el miedo que me da a mí! Digamos que no creo en ello, ¿vale? Y

además, ¿qué podría decirme el analista? ¿Problemas con mi madre? Yo, en todo caso, los tenía con mi padre...

—Háblame de él.

—Era agobiante. ¿Sabes por qué se llama esta finca Tre Orsi? Porque cuando tenía tres años mi cuento preferido era *Ricitos de oro y los tres osos*. Por eso, cuando el Fundador...

—¿El Fundador?

—Mi padre. Lo llamábamos así porque él estaba en el principio de todas las cosas, dentro de todo, alrededor de todo. El Fundador, vamos. En fin, cuando el Fundador decidió regalarme esta casita...

—¡Por llamarla de algún modo!

—Así lo explicaba él, Patrizia. Cuando decidió regalarme todo esto, me preguntó: «¿Cómo quieres que la llamemos, pequeña?». ¿Tú qué habrías respondido?

—A los tres años, mi padre, como mucho, me habrá regalado entradas para el circo. De hecho, una vez lo hizo. Al principio no quería ir. Después me convencí pensando en los payasos, en sus tropezones, en sus pedorretas y en todo lo demás. Pero los que me conquistaron fueron los animales. Me quedé literalmente fascinada por aquellos animales. ¿Sabes que tengo por lo menos quinientos peluches?

—Sí, pero ¿tú qué nombre le habrías puesto a la casa?

—Bueno, pues... *Ricitos de oro*, ¿no?

—Es lo mismo que dije yo. Pero él quiso llamarla *Tres Osos*. Porque en el fondo, decía, los protagonistas son los osos, especialmente el pequeñito, el osito que se queja siempre...

—¿Quién ha dormido en mi camita? ¿Quién ha comido de mi platito? —recitó Patrizia.

—Exacto. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Ni siquiera era dueña de elegir el nombre de mi casa!

—¡Tenías sólo tres años!

—Si hubiera tenido treinta habría sido lo mismo, créeme. De modo que ahora soy una rica señora que sueña con escapar de este lugar de mierda, de esta gente de mierda, de esta vida de mierda...

—¿Por qué no lo haces?

—¡Porque no puedo hacerlo sola! ¡No voy a ninguna parte sin Ilio y la niña!

Patrizia se levantó de golpe.

—Entonces secuéstralos. Échales somnífero en la sopa y llévatelos de aquí. Pero hazlo enseguida. Hazlo antes de que la costumbre se imponga. ¡Hazlo antes de encontrarte como una esclava que no sabe cómo romper sus malditos grilletes!

Maya se la quedó mirando, pasmada. Patrizia se había transfigurado. Tenía el rostro contraído en una expresión rabiosa. Con los puños cerrados y un brillo de

locura en la mirada. Maya se le acercó. Patrizia volvió en sí con un suspiro desgarrador.

—Te pido disculpas, Maya. ¡No sé qué me ha dado!

—¿Qué te pasa, Patrizia? ¿Qué es lo que te atormenta?

—No tengo ganas de hablar de ello.

—¡Tienes que hacerlo!

—No tengo derecho a involucrarte.

—Ya estoy involucrada.

—Podría contarte cosas que no te gustarían.

—No te juzgaré. Somos amigas, Patrizia.

El domingo por la mañana, mientras los invitados se preparaban para abandonar Villa Tre Orsi, Maya sintió un repentino ataque de remordimiento. Le había prometido a Patrizia que mantendría el secreto, y desde luego la historia que le había contado merecía el secreto más absoluto. ¡Pero a Scialoja se le veía tan apasionado! Y, además del amor, en su modo de dirigirse a ella, en las miradas que le lanzaba, en las caricias furtivas que intentaba robarle cuando creía que no lo veían, en todo eso se reflejaba una desesperada necesidad de ella, una necesidad que se había convertido en dependencia. Scialoja era adicto a Patrizia. Y ella tenía que tomar una decisión. En un sentido o en el otro. ¿Tendría fuerzas suficientes? ¿O se dejaría llevar, como había hecho toda su vida? Maya tuvo que dominarse para no intervenir. La decisión le correspondía únicamente a Patrizia. Nadie podía interferir. Pese a todas sus dudas, Maya respetó la consigna de silencio. Nunca traicionaría a una amiga. Pero mientras intercambiaba un beso cómplice con Patrizia, no pudo evitar pensar que muy probablemente no se verían nunca más.

La fuerza del sentimiento

1

A la vuelta de Portofino, durante dos días, Patrizia evitó a Scialoja. Al tercer día le pidió que la llevara al lago.

—¿Al lago? ¡Pero si es de lo más deprimente!

—Tengo que hablar contigo.

—Razón de más. ¿Qué te parecería una cena a la luz de las velas en Cannes?

—Llévame al lago, por favor.

Las palabras de Maya le habían llegado muy dentro: «Tienes que tomar una decisión. No puedes posponer más el momento de la verdad». En aquel momento se había mostrado de acuerdo con la sabia reflexión de la amiga. De vuelta a Roma, había caído presa de una rabia sorda. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que elegir? ¿Por qué decidir? ¿Sería tan fácil desaparecer! Patrizia, lejos para siempre del alcance de uno y otro. El fantasma de Patrizia. Scialoja se resignaría, antes o después. Pero Stalin no le dejaría irse tan fácilmente. Patrizia había vaciado las cuentas del banco. Le había contado al director del banco que tenía intención de comprarse una casa nueva. Seguro que aquel hombre estaría en la nómina de Stalin y le pasaría la información. Que la creyera o no era lo de menos. A aquellas alturas no le suscitaba más que una leve repulsa. Y lo único que necesitaba era un poco de ventaja. Pero cuando ya tenía preparada la bolsa de viaje, cuando todo estaba listo, sintió que la dominaba una incomprensible sensación de pérdida. No puedes esconderte por siempre, Patrizia. Ya no te basta con sobrevivir. Hay una luz que te está esperando, en algún lugar. Y en aquel momento, mientras se quitaba las sandalias y sumergía los pies en el lago, mientras se estremecía al contacto con el agua fría, no sabía qué esperar de aquel encuentro: si la confirmación de los miedos que la habían acompañado durante toda una vida de errores o la explosión de la irracional esperanza que sentía crecer, día tras día, en su interior.

—Aquí estuve con mi primer novio. Se llamaba Gerardo, Gerry para los amigos. Era un camello de poca monta. Cultivaba hierba y la vendía en el patio del colegio. Decía que emigraría a América. Decía que conquistaría América. Y también decía que yo tenía que ir con él. Decía que América me salvaría de mí misma.

El verano se había abatido inexorablemente, también sobre Castelgandolfo. Una familia de filipinos se daba un banquete sobre los bancos alineados en el terraplén que parecía hundirse en el fondo fangoso del lago. Un hidroavión contra incendios, rojo y amarillo, llenaba la cisterna a intervalos regulares. Dos remeros paleaban con

fuerza desafiándose con gritos y risas.

Scialoja le tomó una mano entre las suyas. Estaba a punto de decirle algo. Ella le hizo callar con un gesto.

—Pero con aquellas cuatro perras no íbamos a llegar a América. Un día, Gerry se dio cuenta de cómo me miraban los chicos mayores..., chicos de buena familia..., uno de ellos le hizo la propuesta. Él le dijo que me hablaría del asunto. Vamos, que me pidió que fuera con ellos. Por dinero. Yo dije que no. Lo mandé al diablo. Lloré desconsoladamente. Él se echó de rodillas, me pidió perdón. Le respondí que no nos veríamos nunca más. Aquella misma tarde llamé a uno de aquellos chicos. Nos pusimos de acuerdo sobre el precio y pasamos juntos el fin de semana en la casa de sus padres, en el Circeo. Luego él me presentó a sus amigos...

—Patrizia...

—Prefería todo aquello a mi familia de mierda. A mi vida de mierda. Todo. Si estaba escrito que tenía que venderme, al menos lo haría por mi cuenta. Sin chulos. De los chicos pasé a los profesores. Se extendió la voz. Hacían cola para estar conmigo. Y pagaban. Cuando un bedel nos sorprendió en clase de química, me puse a gritar que me estaban violando. El profesor intentó defenderse. Le contó a todo el mundo cómo era en realidad. No le creyeron. En aquella época se me daba muy bien hacerme la inocente. Convencí a mi padre para que no presentara denuncia. El profesor se fue a dar clase a otra parte. Yo dejé el colegio. El resto no es ningún secreto. Pero quiero que sepas una cosa: no me divertía, pero no sufría. Todo me era indiferente. De todo aquello lo único que me interesaba era el dinero con el que me había comprado la libertad. Ésa soy yo.

—¿Por qué? ¿Por qué me dices esto?

Ella rehuyó su mirada.

—El primer chico por el que sentí algo quiso utilizarme. Todo el mundo utiliza a alguien en este mundo. Por eso tienes que decirme la verdad, *dottor* Scialoja: ¿tú qué quieres de mí?

—Yo te amo, Patrizia.

—No me mientas. Yo no valgo nada. Nada, ¿entiendes?

Por un instante a Patrizia le pareció que Scialoja ya no la escuchaba. Estaba de rodillas en la orilla y se había puesto a remover el agua con un lento movimiento semicircular. Con la mirada parecía seguir las evoluciones del hidroavión. Cuando se puso en pie, se la quedó mirando con una sonrisa amarga.

—Yo no te amé a primera vista. Durante mucho tiempo no te amé, Patrizia. Deseé tu cuerpo. Tu insensibilidad me descomponía. Aquella indiferencia feroz que aplicabas al sexo. Habría querido ser todos los hombres con los que hacías el amor. Todos a la vez, en el mismo momento. Me excitaba saberte con ellos. Me excitaban los fotogramas de tu cuerpo al desnudo. Aquellas relaciones desapasionadas. La

vulgaridad de la contratación. El dinero sobre la mesilla. Los preservativos tirados a la basura. El látex. Las esposas. Todos los objetos que habrías podido enseñarme a usar... Contigo y conmigo... Soñaba con irrumpir en tu habitación, meterle una bala en la cabeza al tipo que tenías encima y ponerme en su lugar, allí, dentro de ti... Soñaba con violarte y hacerte mi prisionera, día y noche, hasta el agotamiento... Despertarme de madrugada y ponerme a olisquear como un perro el olor de tu noche...

Patrizia le sonrió inesperadamente, más animada.

—¿Lo ves? Eso no es amor. Es la típica historia del poli y la puta...

Retiró los pies del agua, como si sintiera frío, y se agachó para recoger las sandalias.

Scialoja la agarró del brazo.

—Tienes razón. El amor llegó después. Cuando te metí en la cárcel. Nunca podré olvidar aquella mañana en que te presentaste al interrogatorio sucia, despeinada, perversa. Había un brillo en tus ojos..., un brillo desafiante...: «demuéstrame de qué eres capaz, poli..., pero no conseguirás doblegarme...». Y cuando le salvaste la piel a aquella terrorista... Descubrí a otra Patrizia. Una mujer generosa. Una reina. Pasabas indemne por un mar de fango. Inocente... Tu cuerpo ya no me bastaba. Yo quería la posesión absoluta, total, y fundirme contigo, desaparecer en tu interior... Si eso no es amor... ¿Y ahora me preguntas qué es lo que quiero de ti?

Patrizia se cogió la cabeza con las manos.

—No..., no... —murmuró.

Scialoja la abrazó con ternura. Ella se abandonó al llanto. Lloraba porque las palabras de Scialoja, su tono apasionado, le hacían sentir sucia, un ser horrible y sucio incapaz de hacer nada más que mentir y engañar. Lloraba porque no encontraba en su interior la fuerza necesaria para contener el torrente de aquel sentimiento que la arrollaba. Lloraba porque se había enamorado de él. Y aquello nunca debía haber sucedido.

De pronto lo apartó de un manotazo, y en sus ojos volvió a brillar aquella luz malvada que a aquellas alturas conocía tan bien.

—¡Vete! ¡No me sigas! Yo no valgo nada... Nada, ¿entiendes? ¡Nada!

Angelino había vuelto de Sicilia con funestas noticias. El tío Cosimo había caído por culpa de un traidor. Provenzano había multiplicado las precauciones. Se movía constantemente y cada contacto suponía semanas de espera. Los Brusca se habían

fugado y habían cogido a un chaval como rehén, el hijo de un arrepentido al que amenazaban con fundir en ácido si su padre no se retractaba, y muchos decían que aquello iba en contra de las normas de la Cosa Nostra. Pero ¿quedaban normas a estas alturas?

En cualquier caso, se había decidido seguir adelante.

El proyecto del falso atentado había sido desestimado.

Stalin hizo un último intento de convencer a Angelino. Pero el mafioso había recibido órdenes precisas. Y por el tono perentorio y ligeramente angustiado con el que le hablaba, Stalin comprendió que, de algún modo, su posición en el seno de la Cosa Nostra no era tan segura como antes. En el fondo, los sicilianos tenían sus motivos. Scialoja había quemado los contactos con la imprudente tentativa de capturar a Angelino. Pero él, Stalin, aún no había ofrecido nada concreto. Sólo la promesa de un resultado. En fin, los mafiosos tenían sus motivos, y Angelino no estaba listo para dar el gran salto. La fuerza del vínculo aún era demasiado fuerte.

Así que habría que recurrir al plan alternativo.

—Está bien. Se hará como han decidido ellos. Me he enterado de una cosa, Angelino...

Stalin le habló del «salto a la arena política» de Berlusconi. El mafioso se quedó impasible.

—¿Tú crees que lo conseguirá? —le provocó Stalin.

—¿Quién sabe?

—Mejor él que los comunistas, ¿no?

—Cualquiera es mejor que los comunistas. A nosotros lo mismo nos da uno que otro.

«A vosotros quizá sí, amigos míos. Para mí cambia mucho, mucho. Yo tengo que saber quién va a ganar y ponerme a su servicio un minuto antes que Scialoja», pensó Stalin.

No puedo aceptar que me dejen de lado.

Así, el partido se jugará con mis reglas. ¡Y enseguida!

—¿Ya tenemos una fecha, un objetivo?

—Estamos pensando en ello.

—Tenemos que darnos prisa. Aprovechar la situación. Si os faltan hombres, podemos echarle una mano, Pino y yo.

—¿El chaval? Pero ¿no os habíais dado ya el besito de buenas noches?

Fue entonces cuando Stalin cedió a un infantil impulso de protagonismo, le contó cómo se había desembarazado de Valeria.

Más tarde Stalin llamó a Michelle y le dijo que no podrían verse en un par de días. Los típicos compromisos de trabajo, ya se sabía. A ella no pareció importarle demasiado. Seguramente la zorrilla habría encontrado algún sustituto. Stalin se

propuso comprobarlo. Pero más adelante, con calma.

De momento tenía una cuestión más urgente que resolver.

Patrizia.

3

Cuando llamó por teléfono a Portofino, los criados le dijeron que Maya había tenido que volver a toda prisa a Milán. La situación de Ilio estaba complicándose por momentos. Patrizia la localizó en el móvil casi a medianoche. Por un largo y precioso momento, Maya consiguió dejar de lado su propia desesperación para concentrarse en la de su amiga.

—No me preguntes a mí qué tienes que hacer, Patrizia. Tú ya sabes lo que te conviene.

—Tengo miedo, Maya. Miedo de perderlo.

—Te quiere demasiado; no dejará que te vayas.

Sí, Maya tenía razón. Toda la razón del mundo. Sólo podía hacer una cosa. Habría tenido que hacerlo antes, mucho antes. Abandonar a Scialoja en el lago había sido el enésimo error. Cuando él había intentado retenerla, ella se había rebelado. Le había arañado. Le había herido. Un error. El último error. Ahora había vuelto la calma. Ahora, por fin, el futuro tenía sentido. Patrizia empleó un tiempo exagerado en maquillarse. Mientras tanto, se esforzaba en elaborar un discurso convincente. No es fácil darse cuenta de golpe de que hay alguien que da verdadero sentido a tu vida. No cuando una siempre ha estado convencida de no valer nada. Llámalo revelación. Llámalo algo que llevaba dentro, llámalo... Pero cada frase sonaba irremediabilmente banal. Lo que lo decidiría todo sería el sentimiento. ¡Siempre que él la entendiera! Eligió un vestido de noche con un escote moderado, negro, de seda. Se puso dos gotas del perfume que tanto le gustaba a él. Si él decidiera que no quería verla más..., la última imagen tenía que ser espectacular, perfecta.

Tenía que ser una sorpresa para Scialoja. Típicamente femenino, comentaría él más tarde. Después de perdonarla.

Estaba metiendo las llaves en el bolso cuando Stalin y el Tuerto se materializaron a sus espaldas.

—¡Hola, mujercita mía!

—¿Y esta visita imprevista?

Stalin observó, sin inmutarse, los gestos nerviosos de ella. Sus mejillas rojas, aquel sospechoso estremecimiento... Aquel vestido de noche..., el leve rastro de perfume..., el silencio de los últimos días..., la cuestión del dinero... Decididamente,

la situación se había complicado. ¡Patrizia, Patrizia!

—¿No me ofreces una copa?

Ella se apresuró a servirle un whisky. Las manos le temblaban ligeramente. ¡Patrizia, Patrizia!

—Bueno, qué te voy a decir... Hace un tiempo que no encontramos el modo de vernos... Cuando he sabido que has retirado todo ese efectivo me he preguntado: ¿no será que mi amorcito me está preparando alguna sorpresa desagradable?

—He decidido comprar una casa, ya lo sabes.

—Aaaah, una casa... ¿quizás un chalé junto al lago?

—¡Me has hecho seguir!

Stalin agitó el vaso y se encogió de hombros.

—Forma parte de las reglas del juego, tendrías que saberlo. Bonito vestido. ¿Sales?

—Tengo que ir a ver a una amiga.

—Entonces llegamos a punto. Tuerto, prepara el Mercedes. Acompañaremos a la señora Patrizia...

—Gracias, Stalin, pero ya he llamado un taxi...

—Ve con él.

No hubo tiempo de responder. Sonó el teléfono. Stalin, con un gesto decidido, le dio a entender que más le valía no moverse. El contestador saltó a la tercera llamada. Era Scialoja. Su voz decidida, llena de pasión. Mientras escuchaba el mensaje, Stalin apretaba los finos labios en una forzada sonrisa de decepción.

«No me digas que no vales nada... Patrizia, tú lo eres todo para mí...»

—¡Oh, Señor, estamos en pleno melodrama! ¡Patrizia, Patrizia!

—No te traicionaré —dijo ella, mirándole a los ojos.

Stalin se rio: «¡Cómo me gustaría creerte, palomita! Pero tu mirada te traiciona. El olor que emanabas te traiciona. Olor a miedo. Olor a fuga. Olor a adiós. Así, por fin, la fuerza del sentimiento había acabado por tomar las riendas del “factor humano”. ¡Cómo se habría divertido el Viejo con aquel espectáculo!». Stalin cerró los ojos y se dejó mecer por los recuerdos. Patrizia que se prepara una copa. Patrizia que pone un disco con alguna sentida canción de amor, de aquellas un poco ramplonas, de noches de otros tiempos. Patrizia que se quita los zapatos, que se echa en el sofá de piel blanca, que encoge las piernas a la altura de los muslos. Patrizia que improvisa para él un *striptease*. «¡Qué lástima, este final!»

Stalin dio un paso en su dirección. Patrizia fue más rápida. Con un gesto decidido se lanzó hacia la puerta, colándose con agilidad entre él y el Tuerto.

—¡Cógela, Tuerto!

El Tuerto era lento. El Tuerto era pesado. El Tuerto sentía simpatía por aquella mujer. Pero el Tuerto era un soldado adiestrado. Aferró a Patrizia al vuelo, por la

cintura, y la lanzó al suelo. Como si tuviera prisa por desembarazarse de su cuerpo. Ella cayó con un golpe seco. Stalin se inclinó sobre ella y le acarició el cabello.

Patrizia le escupió en la cara.

Stalin se limpió con calma y luego la golpeó en la cara. Una, dos, tres veces. El Tuerto gritó:

—¡Basta, jefe!

—¡Cállate!

Patrizia seguía mirándolo fijamente. Se esforzaba en dominar el dolor. Contenía las lágrimas. Tenía los ojos llenos de odio. Stalin suspiró.

—¿Por qué? ¿Por qué, Patrizia? Habrías podido tenerlo todo... ¿Por qué?

—¡Porque él es mejor que tú, Stalin!

Stalin volvió a golpearla. Patrizia perdió el sentido. El Tuerto se echó adelante.

—Jefe, ya me ocupo yo de la chica. Me la llevo a casa y me quedo con ella. Te garantizo que no la perderé de vista ni un momento. ¡Estará más segura que en una cárcel! Y luego, cuando acabe todo, ya no hará falta...

Stalin fijó la mirada en el Tuerto con una media sonrisa. ¡Él también había caído presa del encanto de esa puta! El Tuerto, mientras tanto, lo escrutaba, intentando descifrar con su primitiva mente qué significaba aquella media sonrisa.

—¿Así que quieres ocuparte tú de ella, Tuerto?

—Fíate de mí, Stalin. Todo irá bien.

—De acuerdo. Si quieres ocuparte de ella..., ¡tírala por la terraza!

—No.

No mataría a la mujer. Stalin estaba fuera de sus cabales. Stalin había perdido el control. Stalin no era un comandante iluminado. Stalin era un psicópata. No mataría a la mujer. Le había sucedido una sola vez, años atrás. Pero había sido un accidente. Aquella otra mujer podía considerarse el efecto colateral de una operación de limpieza en terreno hostil. Ahora las cosas eran diferentes. Hay cosas que no se hacen. Bajo ningún concepto. Hay límites que no pueden rebasarse. Hay cosas que antes o después se pagan. Y el Tuerto no quería pagar.

Stalin levantó el índice de la mano izquierda y se lo metió al Tuerto en el ojo sano. El Tuerto soltó un gruñido bestial.

—Cuando acabes de lloriquear, limpia los rastros.

Stalin se echó el cuerpo de Patrizia al hombro y se dirigió, decidido, a la terraza.

Unas horas más tarde, Camporesi, con el rostro lívido, irrumpió sin llamar a la puerta en el despacho de Scialoja, enarbolando una nota escrita a mano.

Scialoja estaba al teléfono con Carú. Estaba buscando el tono ideal para comunicarle que habían aceptado la oferta. Con un gesto imperioso le comunicó a Camporesi que no quería que lo interrumpieran. El teniente le quitó delicadamente el

auricular de las manos y le obligó a leer.

Camporesi se llevó las manos a los oídos: el grito de Scialoja tenía un tono inhumano que no podía soportar.

4

PLAN DE RENACIMIENTO DEMOCRÁTICO

Este documento fue incautado en 1982 a la hija de Licio Gelli, gran maestro de la Logia P2, junto al memorándum sobre la situación política en Italia.

Hecho público en la Comisión Parlamentaria de investigación sobre la logia masónica P2, IXª Legislatura.

PREÁMBULO

El adjetivo «democrático» implica que se excluyen del presente plan cualquier móvil o intención, oculta o no, de cambiar el sistema. El plan tiende a revitalizar el sistema a través de la participación de todos los mecanismos que prevé y contempla la Constitución, desde los órganos del Estado a los partidos políticos, a la prensa, a los sindicatos y a los ciudadanos electores.

El plan se articula en función de una sumaria declaración de objetivos, de un desarrollo de procedimientos de actuación —incluidos algunos alternativos— y, por último, un listado de programas a breve, medio y largo plazo.

Cabe mencionar, por otra parte, que los programas a medio y largo plazo prevén algunos retoques a la Constitución —posteriores a la rehabilitación de las instituciones fundamentales— que, sin alterar la armonía de su diseño original, permitan su buen funcionamiento para garantizar a la nación y a sus ciudadanos plena libertad y progreso civil en un contexto internacional actualmente muy diferente al de 1946...

Mientras le presentaba el texto del Plan de Renacimiento Democrático atribuido a Licio Gelli, el periodista de *L'Espresso* le miró con una sonrisita educada. Como diciendo: «¿Todavía?». Todavía, todavía y siempre, rebatiría Argenti. Aquello era lo que le había asegurado un puesto de honor en la lista de derechólogos-complotistas a ultranza. No podía quejarse. Tal como estaban las cosas, el grito y el silencio tenían el mismo valor. Cero.

El rumor de la vuelta a la acción de Berlusconi a la cabeza de un bloque moderado era ya de dominio público. Ya no era un rumor, sino una certeza. Argenti había sido el primero en saberlo, al menos de los de su partido. Había sucedido al final de un nuevo debate televisivo con Carú, dos semanas antes. Más que un debate, un monólogo en el transcurso del cual Carú, su ex camarada Carú, se había desahogado soltando las consabidas letanías contra los clérigos de su antigua iglesia. Argenti se había defendido lo mejor que había podido, pero la experiencia mediática de Carú no tenía rival. Lo había destrozado. El segundo asalto, por tanto, había sido para él una debacle. Cualquiera que asistiera a aquella representación volvería a casa con un claro convencimiento: Carú representaba el futuro, la novedad, la esperanza.

Argenti era un pasado que olía a rancio, la vieja política. El brillante contra el burócrata. Era un anticipo en versión reducida del enfrentamiento que en breve se reproduciría en las elecciones generales. Porque no había duda de que habría elecciones. Un parlamento lleno a reventar de diputados procesados no podía durar. No sin partidos con una clara dirección política. Y los partidos se estaban disolviendo bajo la onda expansiva de los procedimientos judiciales.

¡Como si los jueces, a la chita callando, hubieran estado trabajando a sueldo para el nuevo jefe!

Elecciones, por tanto, y derrota.

En cuanto a lo de Berlusconi, Carú se lo había dejado claro al darse la mano en el camerino.

—Pero ¿de verdad creíais que os dejaríamos solos frente a los fascistas? ¿Vosotros de un lado, ellos del otro y en el centro nada? ¿De verdad creíais que el enorme espacio político que se abrió con la crisis de la Democrazia Cristiana quedaría vacío? ¡Ilusos!

—Ilusos vosotros —le había rebatido Argenti, mucho más por fidelidad a su ideología que por íntima convicción—. ¿Y quién debería ocupar ese espacio político?

—¡Ya hay quien se ocupa de eso, senador!

El resto no fue más que una hábil charla de pasillo. Y, naturalmente, cuando informó a la cúpula del partido, sus miedos fueron acogidos con un coro de carcajadas. ¿Berlusconi? ¡Pero si era un «impresentable»!

De modo que se los cargaría.

Nada ni nadie podía erradicar de la conciencia de Argenti el profundo convencimiento de que el *ubi consistam* del futuro poder italiano estaba allí, en aquel plan de Gelli.

Desde luego, releídos once años después de su hallazgo, aquellos papeles reflejaban el paso del tiempo. Aquel mundo de contraposiciones frontales ya no existía. El fantasma del viejo Marx con su amargo fardo de ilusiones perdidas y sus antiguos adversarios yacían ya, todos juntos, bajo los escombros del Muro de Berlín.

Algunas intuiciones del plan ya se habían hecho realidad: la caída del monopolio de la Rai, por ejemplo.

Aparte de todos los misterios y habladurías —¿habría alguien detrás de Gelli?, ¿quién?, ¿el hallazgo había sido casual o provocado?, ¿existía de verdad una segunda lista de masones, más amplia, llena de nombres insospechados y altisonantes?—, la línea central del proyecto impresionaba por lo concreto de sus ideas.

Un plan de transformación del país.

Menos vínculos y más espacios para la empresa.

La vuelta a la escena de la magistratura.

La sustitución de la relajación imperante por un nuevo orden.

La libertad de acción de los policías.

El control sobre la prensa.

El redimensionamiento de los sindicatos.

Ideas simples, un excelente punto de partida para aquella derecha que Berlusconi conduciría a la victoria.

¿Y qué importaba si no era político de oficio?

¡La gente ya no soportaba a los políticos de oficio!

¿Que se había hecho popular por el espectáculo? ¿Y qué?

¿Acaso Ronald Reagan no había sido un gran presidente?

Pero lo que más inquietaba era la fuerza de las ideas.

Ideas simples. Ideas con las que mucha gente se identificaba. Y en el futuro muchos otros se unirían al rebaño. La izquierda nunca tendría una capacidad de síntesis igual. Se lo impedía su ADN complicado y ensamblario. La izquierda se andaba por las ramas. Aquéllos iban derechos hacia la meta.

Un país seguro, un país ordenado, un país dirigido por «la ley y el orden», donde unos cuantos elegidos decidían por todos y la masa nadaba tranquila en aguas acotadas, bajo el control de un ejército de polis y de jueces dispuestos a combatir el más mínimo delito.

Y a cerrar los ojos ante todo lo demás.

En el plan no se hablaba de mafia.

Para quien lo había escrito, ¿la mafia no era un problema?

Pero, en el fondo, ¿no era lo que todos deseaban?

¿Que alguien se encargara de resolver todos los problemas?

Y si los problemas eran irresolubles —había advertido una vez un sabio político de la vieja guardia—, ¿no era mejor pasarlos por alto y saltar al siguiente punto del orden del día?

Había momentos en los que la conciencia de saber y no poder le angustiaba tremendamente. «Yo no permitiré que todo esto suceda», había jurado. Pero, por lo que parecía, la historia no se resignaba a someterse a las ataduras que tan tenazmente quería imponerle. La historia dejaría a Italia en buenas manos.

Cuando Beatrice entró en la sala, él no le prestó atención. Fue al oír su llanto cuando se decidió a levantar la vista del plan de Gelli. Beatrice tenía los ojos rojos y la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—¿Te acuerdas de la novia de Scialoja?

—Aquella..., sí, claro... Patrizia, ¿no?

—¡Ha muerto!

—¿La ha matado él? —preguntó Argenti con una punta de sarcasmo.

Pero enseguida se dio cuenta de que había cometido un error. Y corrió a consolar

a Beatrice.

5

Ilio Donatoni había recibido al gabinete de crisis a primera hora de la tarde. Por motivos de seguridad, la reunión se había celebrado en su residencia privada. Hacía días que la empresa era objeto de una inquietante actividad con la presencia de inspectores de Hacienda.

Los abogados se mostraban convencidos de que la orden de captura, o como diablos se llamara ahora, ya estaba sobre la mesa del fiscal general.

Era cuestión de días, o quizá de horas.

Los periodistas llamaban sin cesar a los números de Ilio. Secretarías angustiadas respondían invariablemente que estaba reunido. Cuando empezaron a colapsar también el número de casa, Maya se rebeló con tal violencia que cabía pensar que el día de la detención acabaría en primera plana de los periódicos.

Sí. El día de la detención.

Quizá mañana. ¿Dónde había leído que solían arrestar a los sospechosos al amanecer para no darles tiempo a pensar, para aturdirlos con el terror de las esposas?

Mientras los abogados enhebraban, una tras otra, estrategias que uno o más colegas, por turno, se aprestaban diligentemente a echar por tierra, Ilio se giró varias veces a contemplar el cuadro colgado en la pared a sus espaldas.

El Fundador, con su cabello blanco al viento, apoyaba una mano sobre el hombro de Ilio, que le correspondía con una mirada llena de adoración y gratitud. Sobre el fondo de un cielo azul surcado de gruesas nubes de realismo socialista, la mirada límpida del Fundador se perdía en un horizonte poblado por una masa de obreros que se dedicaban a la construcción de la Ciudad Perfecta. La ciudad inspirada en los criterios del Fundador —sobriedad, holgura, compensación de conflictos—, destinada a convertirse, a todos los efectos, en la Ciudad de Ilio.

Aunque desde luego no podía decirse que aquel cuadro le hubiera dado al artista fama y gloria eternas (entre otras cosas, no recordaba siquiera su nombre), aquel pegote le había costado una buena cifra.

La escena representaba el traspaso de poderes. El momento en el que Ilio había conquistado la mayoría del accionariado y el Fundador le había dado el relevo.

Una escena encargada para inspirar «sobriedad, holgura y compensación de los conflictos». El padre que se hace a un lado para dejar el campo libre a su sucesor. Y todo bajo la insignia de la continuidad de la tradición...

¡Menuda mentira! ¡Una mentira colosal!

La retirada del Fundador había sido lenta, larga y dolorosa, y había estado salpicada de golpes bajos. Ilio no se sintió ganador hasta que vio que Maya se posicionaba por fin de su lado.

Todo el mundo pensaba que lo había hecho porque no aguantaba más la tutela del Fundador.

Pero no era así.

Lo había hecho por amor.

Maya lo había amado con un amor absoluto, incondicional.

Un amor loco, sí, loco. Porque sólo la locura podía haberla inducido a ver en él cualidades que no había poseído nunca, la grandeza que nunca le había correspondido.

Maya había creído ciegamente en él.

Y él le había correspondido llevándola a la ruina.

Recordaba las últimas palabras del Fundador. Durante aquella mañana fría y gris —¡nada de un cielo azul ni de blancas nubes!— en el que había sufrido la más amarga de las derrotas.

—¡Sólo espero que todo esto no quede reducido a cenizas algún día!

Los abogados habían llegado por fin a un acuerdo. Por lo que parecía había una posibilidad, aunque fuera vaga. La llamaban «constitución concordada». En un par de ocasiones había funcionado. ¿Por qué no intentarlo? Se trataba de presentarse voluntariamente ante la fiscalía para someterse a interrogatorio. Y sí, bueno, soltarlo todo. Confirmar todo lo que ellos ya sabían —la inspección de Hacienda, en este sentido, había resultado devastadora— y... dar nombres. ¿Éticamente reprochable? Quizá, pero dado que la mayor parte de aquellos nombres ya los habían descubierto..., y además, en la situación en la que estaban...

—Lo pensaré —se limitó a responder, y despidió a los letrados con un gesto fatigado.

Los vio alejarse en grupo, decepcionados, resignados.

Incrédulos. ¿Por qué rechazar una ocasión como aquélla, única e irrepetible?

Funcionaría. Tenía que funcionar.

Sí, quizá. En circunstancias ordinarias. En un contexto diferente. Quizás en tiempos del Fundador.

Ilio manoseaba nerviosamente una nota de Giulio Gioioso.

«Nosotros confiamos en ti.»

¡Una nota! Ya no usaban los teléfonos, porque estaban todos pinchados. De acudir en persona, ni hablar. Ahora todo el mundo lo evitaba, como si estuvieraapestado: «Nosotros confiamos en ti».

«Sí, claro, queridos abogados. No se trata sólo de dar alguna comisión a algún político, de robos de poca monta, del funcionamiento habitual del “sistema”. Es ese

“nosotros” el que marca la diferencia. Nosotros. Nosotros que sabotamos los frenos de los coches. Nosotros que hacemos que las fábricas salten por los aires. Nosotros que decidimos quién merece vivir y quién no. Nosotros que, viendo incluso las lágrimas en los ojos de Giulio Gioioso, no dudaríamos ni un momento en matar a tu bella mujercita y a tu avispada niñita.»

Sólo de pensar en Maya se le desgarraba el alma.

Ella le había dado su apoyo como nunca. Esperaba su decisión. Lo seguiría hasta el fin.

Únicamente esperaba una señal por su parte.

La hija del Fundador lucharía con toda la energía que a él siempre le había faltado.

Y la destrozarían.

Ilio Donatoni cerró la puerta del despacho con llave y se dirigió a la caja fuerte.

Introdujo la combinación y la gran puerta se abrió con un chasquido seco.

Se quedó mirando la Luger que el Fundador le había quitado a un soldado alemán caído en los Apeninos Emilianos en 1944.

Un empleado se encargaba de tenerla en perfecto estado de uso.

Ilio cogió el arma y la sopesó.

Comprobó que estuviera bien engrasada.

Colocó el cargador.

Introdujo la bala en la recámara.

Apoyó el cañón en la sien y con el índice tanteó el gatillo. Oponía demasiada resistencia. Se había olvidado del seguro.

Apoyó de nuevo el cañón en la sien.

Ojalá que Maya comprendiera que lo hacía por ella.

Después, sin pensárselo dos veces, disparó.

6

Cuando Scialoja se decidió por fin a abrir, Maya Donatoni sintió que se le encogía el corazón. ¿Qué había sido del frío y fascinante caballero de Portofino? ¿De su sonrisa educada y distante? Barba larga, ojos hundidos, camisa sucia, pies descalzos, pelo enredado, con un olor a leche cortada que daba arcadas..., realmente el dolor nos transforma. Su joven ayudante, Camporesi, le había dicho la verdad: «Ya no es él».

Ya no era Scialoja. Era un hombre enloquecido que había destrozado una oficina propiedad del Estado; que había amenazado, en plena crisis alcohólica, con tirar por la ventana a un coronel de los *carabinieri*; que había irrumpido en el despacho del

fiscal general gritando que era un inútil o, peor aún, un corrupto. Porque sólo un inútil o un corrupto podía creer en el suicidio.

—Vamos, que ha perdido la cabeza. Nos ha hecho repasar diez mil veces los registros telefónicos, ha ordenado redadas, ha interrogado personalmente a testigos que no sabían nada, intimidándolos y..., bueno, eso es mejor que no se lo diga.

Que durante un interrogatorio un pobre hombre había tenido la desafortunada idea de responder con tono provocativo a la enésima pregunta exaltada, y que entonces Scialoja lo había aferrado por el cuello y había empezado a golpearle la cabeza contra la pared, y que si no hubiera intervenido él mismo, Camporesi, aquel desgraciado se habría dejado la piel... ¡Y que ahora tenía que hacer frente a una denuncia! ¡Un pez gordo del Estado como él, acabar así!

—La verdad es que no consigue entenderlo, pero se equivoca. Ha sido un suicidio. Él mismo ha declarado que, durante su último encuentro, en el lago, ella estaba desesperada... No consigue perdonarse por no haberla seguido, no haberse quedado con ella... Quizá, si no la hubiera dejado marchar, ella aún estaría aquí... ¡Pero lo que no consigo comprender, señora, es qué diablos veía Scialoja en esa mujer! Sabe que esa Cinzia Vallesi, en otro tiempo...

—¡Lo sé y me importa un rábano! —le había cortado ella con dureza.

—Era muy guapa —había susurrado Camporesi.

Después, aún ruborizado, le había escrito en un papelito la dirección y el teléfono.

—¿Puedo entrar?

Scialoja se hizo a un lado y, de malos modos, le dijo:

—Ha dicho que traía un mensaje de parte de ella. ¡Démelo enseguida y váyase!

Ella entró. Botellas vacías tiradas por el suelo. Dos lámparas tumbadas. Marcas rojas por las paredes. El televisor encendido. Se volvió a mirarlo, sintiendo por un momento vergüenza de su traje chaqueta fresco de lana, su melena perfectamente peinada y su moderno broche sobre el pecho. Vergüenza por haber decidido rechazar el papel de viuda desconsolada, por haber eliminado de su vestuario los tétricos símbolos del luto.

Vergüenza por haber intentado darle con la puerta en las narices al dolor.

Pero fue sólo un instante. Un brevísimo instante de debilidad. Todo lo que podía concederse la hija del Fundador.

—Primero quiero que eche un vistazo a estos papeles —dijo, tendiéndole la carpeta con el resultado de la auditoría de Mariani.

—Explican por qué se ha quitado la vida Ilio.

Lo había decidido tras un largo tormento. A los jueces les había dicho que no sabía nada, que Ilio no le contaba nada de sus negocios. Y no había sido la sonrisa hipócrita de Giulio Gioioso la que la había inducido a... traicionar la voluntad de Ilio. Estaba segura, él se había pegado un tiro porque la amaba. La amaba a ella y a

Raffaella y pensaría..., esperaría que con su muerte desapareciera el peligro. No. Lo había decidido cuando había visto en televisión a Ramino Rampoldi: «Yo, ¿amigo de ése? ¡Mire que le pongo una querrela, señor mío! ¡Los tipos como ese Donatoni son una deshonra para la clase empresarial italiana! ¡Los tipos como Donatoni son una vergüenza para los laboriosos emprendedores milaneses! ¡Yo con esa escoria no he tenido nunca ninguna relación! ¿Y sabe qué le digo? Que descanse en paz, desde luego, pero... ¡Ha recibido su merecido!». Y no habían sido ni siquiera las palabras (¿qué otra cosa cabía esperarse de un tipo así?). Había sido el gesto. Aquellos tres dedos que se había llevado a la sien, en una grotesca simulación del tiro que se había llevado a su amor...

Había enviado a Raffaella y a la niñera a Argentina, donde tenían la única casa que no les podrían quitar.

Lucharía.

Y decidió implicar al policía.

Scialoja la miraba como si fuera de otro planeta. Cogió los papeles, los sopesó con una mueca sarcástica, sacudió la cabeza y tiró la carpeta sobre el sofá.

—No me interesan. Y además, ¿qué quiere que me digan esos papeles? ¿Que Giulio Gioioso es de la mafia y que su marido hacía negocios con él? ¡Hasta ahí ya había llegado por mi cuenta! Patrizia me había pedido que los ayudara a usted y a su marido...

—¿Lo habría hecho?

—Si hubiera tenido tiempo, sí. Pero ahora... ¿Qué sentido puede tener todo esto para mí?

—Tengo pruebas ahí dentro, *dottor* Scialoja.

—¡No me importan una mierda sus pruebas! ¡Deme ese maldito mensaje y quítese de en medio!

—No es el único que ha perdido a una persona querida —dijo ella con frialdad, marcando las sílabas—; no tiene el monopolio del dolor. Deje de compadecerse de sí mismo y vuelva a luchar.

—¡Váyase!

—Patrizia se equivocaba con usted. ¡Es usted un don nadie!

Lo vio encogerse, como si estuviera a punto de saltarle encima y sofocar aquella voz ofensiva, hiriente. De pronto se vino abajo y se echó la mano a la garganta. Instintivamente, ella le apoyó una mano en el hombro. Toda la rabia y la ira habían desaparecido.

No era más que un pobre hombre desesperado. No tenía derecho a hurgar en la herida. Tampoco ella poseía el monopolio del dolor.

Scialoja volvió en sí, asintió y abandonó la sala.

La espera duró media hora. Él volvió con ropa limpia, con el pelo aún húmedo y

la barba arreglada. Maya le sonrió.

—Perdóneme. No tenía derecho...

—Miraré los papeles. Y si puedo, la ayudaré.

Maya le dio un sobre.

—Tenga.

Scialoja lo cogió con delicadeza. Como una reliquia. Dudó antes de abrirlo. Pasó una uña por el hueco de la solapa. Cuando vio la foto sintió ganas de llorar. Se contuvo.

¡Patrizia! ¿La había visto alguna vez tan luminosa, tan feliz, cuando estaba con él?

¿La había hecho feliz alguna vez?

Y aquel hombre... ¡Cómo lo miraba! ¡Con qué intensidad y qué orgullo! «Mi hombre», parecían decir aquellos ojos... Por detrás había una frase. «Bula... Patrizia... otra vida...» Pero ¿qué sentido tenía todo aquello? ¿Quién era aquel hombre? Le pasó la foto a Maya y la interrogó con la mirada.

—Se llama Stalin Rossetti —dijo Maya—. Ahora se lo cuento todo. Todo lo que ella no ha tenido tiempo de decirle.

7

Al principio, Stalin no había sido más que uno de tantos. Quizás algo más amable. Cinzia recordaba que colaboraba con dos espías, Zeta y Equis, que habían transformado su burdel en una especie de panóptico donde los vicios y los secretos de sus clientes más asiduos eran objeto de seguimiento constante gracias a unas sofisticadas cámaras de vídeo. Venía, miraba, recogía material, bromeaba con las muchachas, pero nunca se iba a la cama con ellas. Nunca. El Rana, el arquitecto mariquita, su refinado confidente, la había advertido: «Ése no es de la parroquia; ése es un hijo de puta». El Rana había probado suerte y había salido trasquilado con la reacción de Stalin. Nada violenta, desde luego, pero cargada de un sarcasmo lacerante. El Rana había llegado a la conclusión de que Stalin Rossetti era un hombre peligroso. Pero el Rana tenía debilidad por él, era más que evidente. ¡El Rana no era objetivo! Y ella lo olvidó enseguida. ¿Qué motivo tenía para recordar a uno cualquiera, uno de tantos? En aquellos años, ella se había retirado del oficio para convertirse en la mujer de un ambicioso traficante de droga que se hacía llamar Dandi. El Dandi había estado en busca y captura mucho tiempo. De pronto aparecía de improviso, con caros regalos, arriesgándose a que lo pillaran en cualquier ocasión. El otro, Scialoja, iba y venía, corroído por las obligaciones de su cargo: «Ayúdame a

pillar a éste, cuéntame de este otro». Lo que le pedía, en el fondo, no distaba mucho del juego que le propondría después Stalin Rossetti.

Sin embargo, Stalin tenía una ventaja indiscutible: Stalin conseguiría hacerse con ella.

Había reaparecido en el verano de 1991. Sus primeros acercamientos la habían dejado fría.

Accedió a salir con él por curiosidad, porque era un caballero, porque conocía locales magníficos en los que se movía como pez en el agua. Bailaron pegados. Le envió montones de flores. En una exposición de animales de peluche le compró la pieza más cara, un cocodrilo sonriente de mirada ambigua.

La primera vez que subieron a casa de ella no se le echó encima. Se comportó como un galán discreto y *charmant*. Poco a poco, el juego empezó a parecerle interesante. Los hombres no solían perder su precioso tiempo cortejándola. Lo que hacían los hombres era echársele enseguida entre las piernas.

—¿Qué puedo hacer para que seas mía? —le preguntó aquella noche.

—Ya no trabajo —respondió ella, decepcionada.

—No hablo de eso. He dicho para que seas mía, no para follar contigo.

—Cásate conmigo —dejó caer ella, para ponerlo a prueba.

Una semana más tarde estaban en un avión. *Business class*. Dirección Nadi, en las islas Fiyi, con escala en Los Ángeles. Desde allí, en hidroavión, llegaron a su destino final: la isla de Taveuni.

Un sacerdote nativo con pantalones cortos los casó.

¿Qué mujer no ha soñado nunca con una boda en la Polinesia?

En el vuelo, ella se dio cuenta de lo mucho que Stalin se parecía a su padre. El Mariscal. El inflexible guardián de las normas de la Marina. El mismo semblante militar, la misma decisión, los mismos ojos de hielo que sabían ponerse de pronto lánguidos, tiernos. Pero el Mariscal se había ido demasiado pronto. Como una especie de héroe, le decía su madre, para consolarla. En la cubierta del barco, mientras a su alrededor los náufragos se aferraban a los cabos que él les tendía desafiando a la muerte. Hasta que una ola traicionera se lo llevó. Pero no hubo consuelo. Nadie debería crecer con un padre que desaparece demasiado pronto y con una madre «muerta».

Stalin Rossetti la hizo suya cuando le dio un nombre.

¿Qué mujer no ha soñado con una boda en la Polinesia?

Los engalanaron con guirnaldas de flores de colores y los pasearon en un baldaquín con una alfombra de hojas olorosas cubiertas de esterillas pintadas a mano.

Los indígenas a su alrededor gritaban: «¡Bula!».

Los indígenas a su alrededor reían y cantaban.

Para eso les habían pagado.

Les habían pagado, pero a ella no le importaba.

El cura leyó las fórmulas rituales con su grotesco acento inglés.

Ella dijo que sí. Stalin dijo que sí.

Los volvieron a embarcar en una canoa y les cantaron hasta que los engulló el gran disco rojo del sol del ocaso.

¿Qué mujer no ha soñado nunca con una boda en la Polinesia?

«Bueno, pues yo la tuve.»

«Toda aquella gente cantaba y reía para mí.» Para la pequeña Cinzia. Y la pequeña Cinzia, por una vez en su vida, tenía «realmente» ganas de llorar.

«Que Dios te bendiga por lo que me has dado», Stalin Rossetti.

«Y que Dios te maldiga por lo que me has obligado a hacer.»

Volvieron entrada la noche.

Habían bebido kava y habían hecho el amor.

La luna de miel duró dos semanas.

Habían nadado en el arrecife de coral, entre legiones de peces loro.

Habían bebido kava con los isleños.

Habían hecho el amor.

Un indígena los había fotografiado sin que Stalin se diera cuenta. Aquélla era la foto que un día mandarían a Scialoja.

Al partir, los isleños cantaron *Isa Lei*, la canción del adiós.

Para eso los habían pagado. Y era maravilloso que lo hicieran para ella.

En Roma se separaron con un beso y un «¡bula!» en los labios.

—Desapareceré a menudo. Tendrás que acostumbrarte. Pero siempre volveré a ti.

No le había creído, claro. Sabía a qué se dedicaba, agente secreto o algo parecido, igual que él sabía del pasado de ella. Y del mismo modo que a él no le había importado, ella tampoco tenía por qué atormentarse. Había durado poco, pero había sido bonito.

Y sin embargo, Stalin había mantenido su palabra. Había vuelto. Cada vez volvía.

Un día, por fin, él descubrió sus cartas.

—Quiero que retomes el contacto con un viejo amigo.

—No —respondió ella, instintivamente—, no. No quiero que me utilicen más.

—Él lo ha hecho contigo. Y seguiría haciéndolo, si tuviera ocasión. Es..., cómo decir, a fondo perdido...

—No.

—¡Lástima!

Stalin puso su canción. La cogió entre los brazos. Bailaron pegados. «Lástima —seguía susurrando él—, tú y yo juntos somos una fuerza de la naturaleza. El futuro nos pertenece..., ¿qué nos importa ese cabrón que ha buscado en ti sólo un cuerpo... o, peor aún, una informadora? No me digas que no, Cinzia, no lo hagas. O si quieres,

hazlo. No cambiará nada entre nosotros. Pero... ¡qué lástima! ¡Qué lástima! *My wonderful lady...*»

Por supuesto, al final había cedido. Al fin y al cabo, era ella la sofisticada señora que elegía cuidadosamente el vestido que tenía que ponerse y que lo lucía en las fiestas, mientras él se complacía al ver las miradas de los otros hombres, y su sonrisa decía: «¿Veis? ¡Es mi chica!». Y ella que lo acariciaba luego, cuando él tenía aquel terrible dolor de cabeza y le preguntaba si había sido bonito, amor, y él, de pronto curado por el contacto de aquellos suaves labios perfumados, volvía a sonreír y le susurraba «*Oh, my darling, you were wonderful tonight*; sí, cariño, estabas guapísima esta noche».

Y ahora, de todo esto, de golpe, no le quedaba más que un puñado de rencor. Rencor y miseria.

—Patrizia al final comprendió que no había sido más que una esclava. Ha sido su amor, señor Scialoja, lo que la liberó del poder de aquel hombre. Por eso, cuando ella me habló de las islas Fiyi..., y yo reaccioné como..., como lo que soy... o lo que era..., una niña rica de buena familia... ¡Las islas Fiyi! ¡Dios mío, qué previsible que es todo! ¡Qué... falso! Aquella carcajada le rompió la ilusión...

Scialoja ya no la escuchaba. Scialoja repasaba mentalmente su primer encuentro con Patrizia. Cuando se introdujo en su casa y hurgó en la intimidad de una joven prostituta. Cuando se sintió por primera vez poseído por un deseo que el tiempo transformaría en amor. Entre los papeles y los peluches había un folleto publicitario. El desplegable de un viaje de ensueño por los mares del Sur. Nunca había estado tan cerca del corazón de ella, de su alma, como en aquel momento.

Y no lo había comprendido. Nunca había entendido nada.

Un final conocido

1

Excitación. Nerviosismo.

Angelino Lo Mastro no comprendía el motivo de toda aquella excitación, de todo aquel nerviosismo.

De acuerdo, faltaban dos días para el «golpecito».

«No es que nos obligue nadie a hacerlo. Lo importante es que el “golpecito” se lleve a cabo, y que por fin se muevan las aguas. Hoy o mañana, o a final de mes, ¿qué más da?»

Stalin Rossetti ni siquiera se planteaba explicárselo.

Angelino pensaba en el «golpecito» y él, en cambio, en el gran final.

Y para que fuera grande, y sobre todo final, había que darse prisa. Mucha prisa.

Antes de que Scialoja encajara el golpe de Patrizia.

El asunto también había sido desagradable para el Tuerto. Estaba destrozado. Stalin lo había sorprendido saliendo de una iglesia. ¡El Tuerto rezaba! ¡El Tuerto pedía piedad para su alma inmunda! El Tuerto ya no servía. Los esclavos amenazaban con rebelarse. Stalin decidió mantenerlo apartado.

Tampoco Yáñez sabía nada. Aquel tipo no era nada de fiar. Perdía sumas ingentes jugando, y con Scialoja en pie de guerra podía representar un peligro. Si no fuera porque era muy bueno en su campo, Stalin lo habría liquidado sin dudar. Pero en un futuro podía resultarle útil para ciertos trabajitos.

Lo soportaría hasta que apareciera alguno mejor que él. Quizás alguno de los chicos que trabajaban para Scialoja. Cuando el equipo de Scialoja pasara a su servicio, con todas sus armas y sus recursos.

En definitiva, tendría que hacerlo todo solo. Conseguir los vehículos, preparar el relleno, calibrar el detonador, averiguar el lugar, la fecha y el objetivo.

Bueno, todo solo no. Angelino le había echado una mano.

Y además estaba Pino, naturalmente.

O lo que quedaba de él.

La pérdida de la drogadicta lo había dejado en nada. Ejecutaba las órdenes como un autómatas. Había perdido quizá diez kilos, y eso que no era robusto. Ya no pintaba.

¡Mientras le aguantara dos días! ¡Sólo dos míseros días más!

Él era esencial para el éxito del proyecto.

Después..., después ya se libraría de él.

Quizá le sirviera para una última misión suicida.

¡Ya que tan poco le importaba la vida!

Pero mientras tanto, dos días. Y luego... ¡el triunfo!

Estaba tan inmerso en sus sueños de gloria que casi no oyó el móvil. No se decidió a responder hasta la quinta llamada. La voz de Yáñez sonaba agitada.

—Jefe, estamos jodidos. ¡Vienen a por mí!

—¿Quién?

—Scialoja. Ya están aquí...

Estuvo a punto de dejarse llevar por una oleada de pánico. ¡Scialoja! ¡Tan pronto! Y Yáñez... Lo primero que haría aquel desgraciado sería escupirlo todo... No lo sabía todo, desde luego, pero sí lo suficiente como para hacerle la vida imposible.

—Jefe, ¿qué hago?

Pero... un momento. Quizá no todo estuviera perdido. Dependía de la velocidad de reacción. Scialoja no tenía superpoderes. Había cierto margen. Exiguo, pero un margen al fin y al cabo.

—¡Jefe!

—Dame sólo seis horas, Yáñez. Seis horas. Y te cubriré de oro. Seis horas. Luego haz lo que te parezca.

—Lo intentaré.

¿Funcionaría el recurso de la codicia? ¡En cualquier caso, no tenía un minuto que perder!

Llamó al Tuerto y le ordenó que cambiara de escondrijo. Ya se encargaría él de buscarlo.

Pino se encargó de trasladar los coches a un lugar más seguro.

Él personalmente limpió todo lo que pudo el despacho.

Poco después de medianoche, con sus llaves, entró en el apartamento de Michelle.

El chulo de turno, un capullo alto y rubio con pendiente y tatuajes tribales, se levantó de entre las sábanas con aire chuleta, invitándole a que se volviera al geriátrico.

Stalin le rompió la nariz de un cabezazo y no aflojó la presión sobre las pelotas del rubio hasta que éste se puso a lloriquear llamando a su mamá.

—¡Coge tus trapos y vete a tomar por culo!

Michelle había observado la escena en completo silencio.

Stalin, que admiró su estilo, apoyó sobre la cama el maletín que se había traído de la oficina. Hizo saltar la cerradura y le mostró a la muchacha los fajos de billetes de cien mil liras.

—¡Vaya!

—¡Son para ti!

—¿Tengo que matar a alguien?

—Necesito tu casa. Puedes volver dentro de una semana.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Por qué no?

Una vez solo, echó un vistazo al Rolex. La una. Desde la llamada de Yáñez habían pasado menos de tres horas.

Una muestra de eficiencia prodigiosa.

Ahora faltaban «menos» de dos días.

Lo conseguiría.

2

Un grupo de terroristas del IRA secuestra a un soldado inglés de color y decide matarlo. Durante el cautiverio, el soldado traba amistad con un terrorista y le pide que sea él quien ejecute la condena. El terrorista, que en el fondo es una buena persona, se lo lleva al bosque, donde el soldado intenta alargar la cosa hablándole de su gran amor. Llega incluso a mostrarle la fotografía de su novia. El terrorista, que se debate entre sus obligaciones para con la causa revolucionaria y la piedad humana que le inspira aquel pobre hombre, se distrae, lo que permite que el rehén escape. Pero el soldado, al que evidentemente le persigue la mala suerte, acaba aplastado bajo un camión. Presa del remordimiento, el terrorista se traslada a Londres e intenta ponerse en contacto con la viuda.

El senador Argenti se agitaba en su butaca. La película no le gustaba, y no era amante del misterio. Más de una vez, Beatrice había tenido que reprenderlo. Para ella aquella película era una de las grandes obras de arte de los últimos años. Sería la cuarta o la quinta vez que la veía. Había insistido mucho en que también él la disfrutara con ella, y él había conseguido ir postergándolo —la película ya tenía unos meses; antes o después Beatrice se rendiría—, hasta que los dueños de la sala parroquial del Flaminio —que entre otras cosas era de una incomodidad inaudita— habían decidido reprogramarla de pronto. Y Argenti había tenido que ceder.

Entendía a Beatrice. Ella intentaba hacerle reaccionar. Ayudarle a superar aquel estado de hosca resignación que se había apoderado de él en los últimos tiempos.

—¿Quieres dejar de moverte?

Beatrice hacía lo que podía. Y él se sentía cada vez más en deuda con ella por su dedicación y su paciencia. Y culpable, obviamente.

Pero ¿qué podía hacer si aquella historia insulsa y romántica le ponía de los nervios?

¡Y además, ya conocía el final! Lo habían comentado todos los periódicos. Ella no era ella, sino él. Un transexual. Y gracias a aquel truquito los listillos de los

productores habían logrado una recaudación fenomenal.

Al oír el móvil, se sintió como si se le hubiera aparecido la Virgen.

—Eres un idiota —declaró Beatrice mientras se alejaba para responder con toda calma al desconocido salvador.

Fuera de la sala, ajeno a la tupida llovizna que le resbalaba por el impermeable azul, Scialoja esperaba al senador Argenti. Una repentina punzada en la boca del estómago le hizo vacilar. Las siluetas de Via Guido Reni se volvieron imprecisas. La vista empezó a fallarle. ¿Cuánto tiempo hacía que no se metía nada en el estómago? Extrajo un frasco del bolsillo y engulló dos comprimidos. El aturdimiento desapareció de inmediato y en su lugar sintió una lucidez malsana. Era como si los sentidos se le hubieran agudizado de golpe. Percibía hasta los ruidos más insignificantes, el murmullo de los neumáticos contra el asfalto empapado, el zumbido de las farolas, podía retener en la retina la estela luminosa de los faros de los coches... Anfetaminas. Hacía dos días que vivía de anfetaminas.

Todo había pasado con una rapidez impresionante.

Scialoja había ido a hacer una visita a Ciccio uno y a Ciccio dos.

Allí no había ningún Stalin Rossetti.

Scialoja le había mostrado la foto de Stalin Rossetti a Rocco Lepore. El guardián de la casa se había limitado a sacudir la cabeza.

¿Qué broma le había jugado el Viejo?

Scialoja había ordenado a Camporesi que preguntara a los australianos. «Tengo que saber si este Rossetti y Patrizia estuvieron en las islas Fiyi, y cuándo. Cuándo, “cuándo”, no “si”; es un hecho demostrado. Quiero la fecha del vuelo, el nombre del hotel; quiero saber si durante su estancia sucedió algo. Quiero saberlo todo. No me importa cuánto tiempo tarde. Será demasiado. Quiero saberlo todo. Y quiero saberlo ya.»

Los chicos del equipo de teléfonos habían trabajado como locos con los números de Patrizia. Hallaron dos o tres datos relevantes. Stalin Rossetti y Patrizia —o, mejor dicho, Cinzia Vallesi— habían visitado las islas Fiyi en agosto de 1991. Del registro de la parroquia de No-sé-dónde salió incluso un certificado de matrimonio.

Era todo cierto. Todo terriblemente cierto.

Stalin y Patrizia eran marido y mujer. Si no ante la ley («No hay constancia en Italia, he preguntado en el Registro Civil, había puntualizado Camporesi»), sí ante Dios.

Marido y mujer.

Él. Stalin Rossetti.

Camporesi acudió enseguida con un vaso de whisky. Scialoja recuperó la compostura.

Él. Él se la había mandado. Había sido todo teatro. La había mandado a espiarle.

Mientras hacían el amor, mientras poco a poco iba renaciendo en él la pasión..., ella... le era fiel a ese otro...

Después había llegado el amor.

Y ella había sido asesinada.

La había matado él.

Stalin Rossetti.

Un hombre del Viejo.

Los chicos del equipo de teléfonos se asomaron con cara de circunstancias:

—Tenemos un número. Aparecen frecuentes contactos con la señorita. Tenemos el número.

—¿Por qué ese aire de funeral, entonces?

—Es un número no registrado. Oficialmente no existe. No corresponde a ninguna identidad física.

—¡Sé perfectamente qué quiere decir! —gritó Scialoja. Luego añadió, en voz baja —: ¿Hemos sido nosotros, entonces? ¿He sido yo?

«¿Soy yo el que te ha condenado a muerte, Patrizia?»

—Nosotros no —protestaron los muchachos—. Nosotros estamos con usted, jefe. ¡Y además, se puede comprobar enseguida!

—¿Comprobar qué? Si no podéis hacerlo vosotros, ¿quién? ¿No sois los mejores? ¡Es más, los únicos! ¿No os he fichado precisamente por eso?

—Bueno, no exactamente. Puede que haya alguno por ahí, algún profesional extranjero, por ejemplo. Está aquella historia del apagón en la centralita de Palazzo Chigi la noche de las bombas..., eso desde luego no fue una obra nuestra, y sin embargo lo hicieron... No podemos pretender tener la exclusiva sobre la tecnología...

—Y luego está Yáñez —dijo el mayor de ellos.

—¿Yáñez? ¿Quién es ese Yáñez?

—Bah, un espabilado. Pero completamente loco. Por eso no ha hecho carrera.

—¿Loco? ¿Qué quiere decir loco?

—Quiere decir... ¡Yo qué sé, jefe! Digamos que en tiempos de la Gladio..., loco, Yáñez está loco. Por eso lo echaron.

—A ver si lo entiendo. Había un técnico de primerísima clase que reclutaron para la Gladio y que en un momento dado fue apartado...

—Exactamente.

¿Y dónde está ahora? ¡Quién sabe! Pero si era cierto lo que se decía de él, no hay más que darse una vuelta por los garitos y aparecerá.

—¡Porque no sabe estar lejos de las mesas de juego!

Scialoja revolvió en el fango de los informadores.

Y encontró a Yáñez.

Lo cogieron y él se dejó esposar con una sonrisa burlona.

Había aguantado seis horas en la salita insonorizada. Camporesi había tenido que amenazar con presentar una denuncia si Scialoja no abandonaba la violencia.

De madrugada, Yáñez pidió un cigarrillo y que lo dejaran a solas con Scialoja.

—¿Qué me dais si hablo?

Scialoja le prometió la libertad. Camporesi se rebeló:

—¡No tiene autoridad para hacerlo!

Scialoja se limitó a mirarlo. Camporesi bajó la vista.

Yáñez habló.

Seguía cayendo la lluvia. Y el senador seguía sin aparecer. Scialoja se metió otra anfeta.

Todo había empezado en la época de la Gladio. Organización de «protección» interna creada a resultas de los pactos secretos entre Italia y Estados Unidos, que pasaría a la acción en caso de golpe de Estado comunista. O de victoria electoral de la izquierda, según muchas fuentes. El Viejo había sido uno de los supervisores de la operación. Y en un momento dado había decidido que la Gladio ya no bastaba.

Así que inventó la Cadena.

Funcionaba así: durante los periodos de instrucción regular, se seleccionaban algunos elementos de entre los reclutas de la Gladio. Con algún pretexto se los expulsaba. Luego se los recuperaba y desde aquel momento dejaban de ser Gladio y pertenecían a la Cadena.

La Cadena. Una banda de desgraciados y asesinos. La Cadena. Las SS del Viejo. La escoria del Viejo.

Stalin Rossetti había sido el último comandante operativo de la Cadena.

El Viejo la había disuelto tras la caída del Muro.

Todos se habían vuelto a casa.

Todos menos Stalin Rossetti, Yáñez y otro, un gorila apodado «el Tuerto».

Stalin había alcanzado un acuerdo con la mafia.

Y con Patrizia.

¡Y el Viejo nunca le había hablado de él!

El Viejo se la había jugado incluso después de morir.

Divide et impera.

El senador Argenti asomó por la puerta del cine, luchando contra un pequeño paraguas de color violeta que no parecía querer abrirse. En la torpeza de sus movimientos había algo de honesto y anticuado que resultaba enternecedor.

Scialoja fue a su encuentro, convencido de haber acertado con su elección.

Pino Marino aparcó el coche bomba entre un viejo Fiat Uno y la furgoneta de un panadero.

Del cercano Estadio Olímpico partían a intervalos irregulares gritos de rabia o de entusiasmo de los aficionados.

Angelino, al volante de su Saab, vio que el chaval toqueteaba algo en el maletero. «Estará comprobando el contacto», se dijo.

Estaban cerca de la puerta G8. El partido acababa de empezar.

Al cabo de poco más de hora y media, los aficionados empezarían a aparecer, e invadirían las calles contiguas.

El coche bomba estaba colocado precisamente en una de esas calles.

Apostados en una plazoleta a cien metros, Pino y Angelino darían inicio al espectáculo cuando vieran pasar la columna de coches patrulla que acudirían para mantener el orden público.

Sería una carnicería.

Doscientos, quinientos, quizá mil entre policías y aficionados.

El «golpecito».

Eso es lo que pensaba Angelino Lo Mastro.

Y pensaba: «Ese chaval me gusta. Con todo lo que le ha hecho su jefe, aún tiene fuerzas para seguir adelante. El chaval es de esos que no tienen miedo de mirar a la cara a la muerte. Si no hubiera nacido en el lugar equivocado, podría ser uno de los nuestros».

Pero ¿por qué tardaba tanto en comprobar el artefacto?

¿Acaso había algo que no iba bien?

Tanteó el asiento de al lado; el contacto con el mando a distancia lo tranquilizaría.

No estaba.

Inspeccionó el asiento posterior. Nada.

¡Lo ha cogido el chaval! Pero ¿por qué?

¿Qué está pasando?

Angelino salió del Saab y se dirigió hacia el muchacho.

—Pero ¿por qué tardas tanto?

—Sólo un momento.

Angelino echó una ojeada por encima del hombro de Pino. ¡No era posible! Todos los hilos desconectados..., la caja abierta... ¡Pero aquello era..., era sabotaje! ¡El chaval se había sorbido el seso! Angelino quiso sacar el revólver. Pino fue más rápido. Con el cañón de la semiautomática apoyado entre los ojos, Angelino dio un paso atrás.

—Pero ¿qué coño está pasando?

—Cambiamos de plan. Volvemos a casa.

—¡Tú estás loco!

—No soy yo quien da las órdenes. Vamos.

El mafioso escupió al suelo. Pino Marino se preguntó cómo tenía que interpretar las órdenes de Stalin. «Tráetelo aquí si puedes —le había dicho—. Pero si opone resistencia, le plantas una bala en la frente y luego haces desaparecer el cuerpo». ¿Aquel escupitajo era «resistencia»? Por otra parte, aquello a él le daba igual. Ya todo le daba igual. Dejó resbalar el dedo por el gatillo. El mafioso se puso pálido.

—Espera, espera, no perdamos la cabeza. Ha sido él quien te lo ha dicho, ¿no? ¡Aquel grandísimo hijo de puta! Bueno, amigo mío, pues espera que te cuente una historia...

Stalin estaba quince metros por detrás, protegido dentro de su Thema blindado. Lo había decidido en el último momento. Quería estar presente. Era el prelude del triunfo, al fin y al cabo. Y además... ¡Mejor no fiarse! Pino era un gran luchador, sí, pero no había que infravalorar a Angelino. Si algo saliera mal..., si la bomba explotara..., no habría una segunda ocasión... Hasta el momento parecía que todo salía según el plan. Pino armado, el mafioso que se echaba atrás. Pero ¿por qué se detenía Pino? ¿Por qué lo escuchaba tan concentrado? ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Stalin se puso en marcha. Estaba corriendo hacia los dos cuando se oyó el tiro. Instintivamente se echó al suelo, rodó unos metros y al levantarse empuñaba su pequeña arma del calibre 22.

El mafioso se cogía una pierna y gritaba de dolor. ¡El peligro de que llegara alguien era altísimo! ¡Altísimo! ¿Y Pino? ¿Dónde se había metido Pino?

Un coche pasó a toda velocidad, rozándolo. Era el Saab del mafioso. Al volante iba Pino, con el rostro desencajado.

Stalin corrió junto a Angelino.

4

Pino Marino conducía a doscientos por hora, y las lágrimas le surcaban las mejillas.

Lágrimas de esperanza. Lágrimas de rabia.

Cerca de Bolonia llenó el depósito y se atiborró de café. Fue al baño. Más allá rompió el mando a distancia y tiró los pedazos por la ventanilla.

Había perdonado la vida al mafioso porque, en cierto modo, le había devuelto la vida.

Y había perdonado la vida a Stalin Rossetti porque no tenía tiempo de ocuparse de él.

Tenía que llegar enseguida junto a Valeria.
Valeria, que estaba en Milán.
La encontraría. Se irían juntos. Para siempre.
No le debía nada a Stalin Rossetti.
No mataría más por él.
Tenía que conseguir a Valeria.
Pero Stalin se la había arrebatado.
Habría tenido que matarlo.
Pero no mataría nunca más.
Valeria. Valeria le esperaba, en alguna parte, en Milán.

5

Si eras Stalin Rossetti, tenías que saber hacer un poco de todo.

Recomponer de urgencia la rótula machacada de un mafioso. No escuchar la letanía de insultos y de amenazas. Eres hombre muerto, rata de cloaca... Palabras... Recordarle que si lo dejas con vida desde luego no es por razones humanitarias, sino sólo porque te interesa. Atiborrarlo a somníferos asegurándole que todo irá bien.

«¡Y déjame trabajar, atontado! Con tu bombita de mierda no habríamos llegado a ninguna parte. Si lo hacemos a mi modo, lo tenemos ganado. Y el chaval, el chaval... Dejémoslo estar, al chaval. ¡Qué coño nos importa el chaval! ¡Estamos hablando de dominar toda Italia!»

El Tuerto llegó al descampado de Via Ostiense media hora después de la llamada montado en un ciclomotor desvencijado. Estaba sucio como un mendigo y apestaba como tal. Stalin lo esperaba a las puertas de la barraca. Mantenía abiertos los cuatro tablones claveteados que hacían de puerta de entrada y le invitó a pasar.

Cuando el Tuerto le dio la espalda, Stalin le apoyó su arma del calibre 22 en la sien y disparó. En sus últimos momentos de conciencia, el Tuerto pensó que, en el fondo, era justo. Ya sabía que lo pagaría.

Stalin arrastró el cuerpo al interior y apretó los dedos de la mano derecha del Tuerto contra la empuñadura del arma. Luego llamó a Scialoja.

De pronto, ya no era cuestión de tiempo.

6

Había hecho de la búsqueda de Stalin Rossetti su obsesión.

Nunca habría pensado que sería él quien le buscara.

—Tenemos que hablar —le había dicho—, tú y yo. A solas.

Así que era aquel tipo. Aquel cabrón. El marido de Patrizia. Scialoja le había dicho a Camporesi que no le siguiera. Camporesi había insistido en que al menos montara algún dispositivo de identificación, aunque sólo fuera con un móvil. Pero Scialoja había rechazado todas las propuestas razonables.

Era una partida a dos bandas. Stalin Rossetti y él.

Así que aquél era el asesino de Patrizia.

—Antes de que me lo preguntes: ha sido él. Habría querido entregártelo vivo, pero ha sido más rápido que yo.

Scialoja se inclinó sobre el cadáver del Tuerto. Ninguna mueca de dolor, ninguna contracción en el último momento. Sólo una absurda serenidad.

—Este pobre desgraciado no tiene nada que ver. Has sido tú.

—¡Pero qué dices! ¡Qué dices! ¡Tú no te imaginas siquiera lo unidos que estábamos Patrizia y yo! Sí, es verdad, la utilicé para espiarte. Pero no lo habría hecho si el Viejo no me hubiera obligado.

—¿Qué tiene que ver el Viejo con todo esto?

—No tenía que haberte escogido a ti. No era justo. ¡No tenía que haberme dejado de lado como un trasto viejo! La culpa de todo esto es sólo suya. ¡Tú no sabes una mierda!

Parecía sincero. Fingía sinceramente. Scialoja ya no estaba en disposición de juzgar. Llevaba esperando aquel momento días enteros. Y ahora se sentía sin fuerzas, vacío, al borde del llanto. ¿De verdad Patrizia había amado a aquel hombre?

—Bueno, lo que querría proponerte...

—Tú no estás en disposición de proponer nada. Con lo que sé podría borrarte de la faz de la Tierra.

—¿Y quién lo niega? ¡Es más, tengo que felicitarte! Has estado brillante en tu búsqueda, has descubierto todo lo de la Cadena..., y sí, puedes hacer conmigo todo lo que quieras. ¡Siempre que aceptes llevar en la conciencia la vida de miles de víctimas inocentes!

—¿Qué quieres decir?

Con un suspiro, Stalin Rossetti le habló de la bomba. Scialoja se cogió la cabeza entre las manos. Mil muertos. Mil muertos. ¿Por qué el Viejo había puesto aquel peso sobre sus hombros? ¿Para «estropearlo»? ¿Para torturarlo? ¿Por qué? «Quiero huir. Quiero escapar de aquí. Ésta no es mi vida. No puedo escoger. Yo no. Ya no», pensó Scialoja.

—Podemos detener esta masacre. Tú y yo. Obviamente, habrá que hacer alguna concesión. Alguna cosita para tener a raya a los de abajo y para evitar que desagradables episodios como éste se repitan en el futuro... Pequeñeces, tal como están las cosas se contentan con algún traslado de las cárceles de seguridad..., a lo mejor podríamos hacer que cerraran la Asinara^[24], los pabellones más duros..., aligerar un poco el régimen penitenciario..., en fin, una señal. Sólo para que entiendan que las cosas han cambiado... Por otra parte...

—Por otra parte...

—Hay una pequeña cuestión privada...

Con un gesto, Scialoja le indicó que siguiera. Stalin Rossetti juntó las manos, como si fuera a rezar.

—Quiero tu puesto, Scialoja.

Scialoja soltó una carcajada neurótica, incontrolable.

—¿Tú quieres mi puesto? ¿Tú quieres mi puesto?

Stalin Rossetti se quedó pálido.

—¿Qué coño te da tanta risa, eh? ¡Te hago saltar por los aires a esos mil gilipollas, te juro que lo hago! Hay una persona esperando mi llamada; si no lo llamo dentro de menos de una hora...

—Tú no sabes con qué ganas te habría cedido mi puesto —murmuró Scialoja, serio de pronto—. El Viejo se equivocó escogiéndome a mí. ¡Yo no era la persona ideal, lo eras tú!

¡Ahh, ahh! Qué dulces palabras. Stalin Rossetti le habría dado un abrazo a aquel imbécil. Claro que él no era la persona ideal. Sólo que era tan estúpido que no había entendido que el Viejo no se había equivocado lo más mínimo. Eso sí, vete a saber si el Viejo había cambiado..., si se le había metido en la cabeza volverse..., bueno..., ya se sabe, la perspectiva de la muerte lo ablanda a uno... Había visto a ateos declarados que se transformaban en beatonas temblorosas ante el primer amago de incontinencia... A lo mejor quería divertirse un poco a su estilo..., el estilo inimitable del Viejo... En fin, en cualquier caso, la cosa ya se estaba alargando demasiado...

—He hecho una propuesta. Espero una respuesta.

—Déjame hacer unas llamadas —suspiró Scialoja.

Epílogo

Diciembre de 1993

Scialoja no volvió a dar señales de vida. Scialoja no mantuvo su promesa. Patrizia se había equivocado con él. Él no era diferente. Él era como todos los demás. Un miserable. Maya Donatoni le explicó por enésima vez al abogado que ya había tomado una decisión. Haría lo que le pareciera. No le importaban las consecuencias. ¡Ella era la hija del Fundador! Un mes antes, Giulio Gioioso le había dejado entrever que en un futuro..., si las cosas iban como tenían que ir..., podían esperar recuperar las propiedades..., las pérdidas no eran tan relevantes..., ahora los jueces estaban cabreados, pero la tormenta pasaría..., en Italia las tormentas siempre pasan..., basta con no perder la brújula en los momentos difíciles..., cuando parece que está todo perdido es precisamente cuando, tras la noche oscura, surge un amanecer radiante... Maya había fingido rendirse ante su tono empalagoso y se había mostrado de acuerdo. Giulio Gioioso se presentaba como un amigo sincero, devoto, destrozado por la pérdida de Ilio. Hoy. Mañana, quizá, con el tiempo... Le había dicho que sí, claro, porque esperaba una señal de Scialoja. Porque aún creía en él.

Pero Scialoja era como todos los demás.

Un miserable.

A las once en punto de un lunes, Maya le pidió al fiscal general que le tomara declaración.

Scialoja no había vuelto. Y ahora ya no volvería.

El *cavaliere*, Silvio Berlusconi, había anunciado públicamente su entrada en la política. El momento difícil que estaba atravesando el país lo obligaba a «saltar a la arena». En el partido habían brindado por ello: nunca habrían soñado siquiera tener un adversario tan fácil.

Argenti, con sus quejas constantes, había sido desplazado al sector de los pájaros de mal agüero, el más criticado. Sólo había otro peor, el de los gatos negros, los camaradas gafes. Pero ellos, por lo menos, eran temidos. Su nombre, en cambio, había desaparecido de todos los organigramas del futuro Gobierno de centro-izquierda.

Tampoco era para tanto, dado que no iba a haber ningún Gobierno de centro-izquierda.

Cuando Scialoja le había dicho que le entregaría los archivos secretos del Viejo, su primera reacción había sido de curiosidad.

—¿Por qué precisamente a mí?

—Porque usted es una persona honesta.

—En algunos contextos, «persona honesta» suena mal. Parece casi un sinónimo de «imbécil».

—¡Ojalá lo hubiera sido yo, senador!

—¿Honesto o imbécil?

—Ambas cosas. Pero ahora ya es tarde. Le traeré esos papeles. ¡Haga buen uso de ellos!

La segunda reacción había sido de indignación.

—¡Usted intenta hacerme cómplice suyo en una actividad de documentación no sólo antidemocrática, sino incluso ilegal! ¡Quiere hacerme cometer un delito!

—¿Uno solo? ¡El material que hay ahí dentro haría palidecer al más fantasioso escritor de novelas policiacas, querido senador!

—Su deber es entregar esos documentos a la magistratura.

—¡No me haga reír! Ocúpese usted, cuando llegue el momento. Pero acepte un consejo: antes de hacerlo, eche un vistazo a esos papeles. Pregúntese si no sería mejor usarlos para darle la vuelta a este país como un calcetín. ¡Para cambiar la historia de este país! Ya tendrá noticias mías, senador; ha sido un placer.

¡Vaya si pensó en ello! Día y noche. Además, teniendo en cuenta el inexorable proceso de marginación del que estaba siendo objeto en el partido, el tiempo le sobraba. Había pensado en ello y había decidido que, si realmente Scialoja mantenía su palabra, convocaría inmediatamente una rueda de prensa y se lo entregaría todo a los jueces.

¿O no? ¿Podía estar realmente tan seguro de su decisión?

¿No sería mejor reconsiderar el asunto, valorar pros y contras, examinar de nuevo el asunto en su totalidad con el fin de alcanzar una decisión razonada, como se dice, *melius re perpensa*?

Beatrice entró en el estudio y enseguida observó su expresión extasiada, casi extática.

—¡Oh, milagro! ¡El senador no está trabajando!

—Estaba soñando despierto.

—¿Debo sentirme celosa?

—¡Por favor...! Soñaba, ¿sabes?, cosas del tipo «cambiamos Italia», «recuperemos este país», «arrojemos un rayo de luz sobre la podredumbre de la Primera República», «construyamos un futuro mejor para nuestros hijos» El asalto al Palacio de Invierno en una versión corregida y actualizada...

—Rasca, rasca, y tras el demócrata aparece siempre el estalinista...

—Pues eso, ya te lo he dicho, soñaba. ¿Te apetece que vayamos al teatro?

—¡Doble milagro! ¡La cultura se impone a la política! ¿Dónde?

—Al Argentina. Está Carmelo Bene con *Un Hamlet menos*.

—Corro a arreglarme.

Scialoja no había mantenido su palabra. Mejor. La tentación era demasiado fuerte. La tentación del atajo. Pero no es así como funcionan las cosas. Las cosas avanzan a pasos pequeños. Con paciencia e ironía. Intentemos llegar a la meta todos juntos, si es posible. Y si no, tendamos al menos una mano a los que han quedado rezagados. Y después... hoy toca perder, no pasa nada.

Mañana ya nos inventaremos algo.

Todo había salido como estaba previsto.

Los planes de Stalin Rossetti.

Habían vaciado la cárcel de Asinara.

Habían llenado la de Ucciardone.

Habían suavizado el régimen carcelario de muchos reclusos.

Alguno había dejado el cargo, pero la señal la habían dado.

Los mafiosos habían recibido un regalo y, al menos de momento, estaban mucho más tranquilos.

Angelino había vuelto a la isla tras una fría despedida.

Estaba claro quién se atribuiría el mérito de la operación.

Pero a Stalin le importaba un rábano.

Él tenía los papeles.

Y se había quitado de en medio a Scialoja para siempre.

Los mafiosos habían hecho desaparecer el coche bomba. ¿Qué ganaban? Recuperaban el material. Siempre podía resultar útil en otra ocasión.

El atentado virtual había triunfado donde el TNT y el Semtex habían fracasado.

Se habían salvado mil vidas humanas.

¿Quién no lo consideraría un benefactor?

Algunos viejos amigos desaparecidos habían recuperado la memoria y habían dado señales de vida, felicitándolo y ofreciendo sus servicios.

Él tenía los papeles. Él era el heredero del Viejo.

Las cosas volvían a su sitio.

Stalin Rossetti se giró. El vigilante seguía en el umbral, con su estúpido fusil y su perro gruñón.

—¿Aún aquí? ¡Fuera, fuera!

Lo primero que haría sería liberarse de aquel viejo y de su bestia apestosa. Inmediatamente después, trasladaría el archivo a un lugar seguro, bajo su control directo.

Y después..., después volvería al trabajo. Como siempre. ¡Tenía que ponerse al día!

Pero no aceptaría peticiones oficiales, no, gracias, no hay peor jefe que el Estado,

y bastante había hecho ya.

Trabajaría por su cuenta.

Recogería información y cobraría por ella. O porque no viera la luz. Lo mismo daba. Aquél era el negocio del futuro.

Ahora podía hacer todo lo que quisiera. Todo.

Apenas había dado un paso hacia el camión cuando el primer tiro le alcanzó en el hombro.

Mientras se giraba, incrédulo, se preguntaba: «Pero ¿dónde me he equivocado?». Lo había organizado todo tan perfectamente...

Ahí estaba. Aquél era el error. Infravalorar al enemigo. Era el final. Lo comprendió al ver apuntando a Camporesi. Y a Rocco Lepore, junto a él, que empuñaba la escopeta.

Fue lo último que vio.

Camporesi guardó el arma y se obligó a no mirar hacia lo que quedaba del rostro de Stalin Rossetti. Después le hizo un gesto de agradecimiento al viejo. Nunca había matado a un hombre. No sabía siquiera si sería capaz de disparar el golpe de gracia. El guardián respondió llevándose una mano a la frente.

—¿Ordena algo más?

—Estoy pensando, Rocco.

—Pensar es una buena cosa..., si no dura demasiado.

Sí, había que tomar una decisión, y hacerlo enseguida.

¡Camporesi el honesto, el fiel..., hasta cierto punto! La orden que le habían dado, desde un principio, era la de dar con los papeles. Había sido elegido porque era el mejor, evidentemente. El mejor tonto de pega del que disponían.

No había tardado mucho en descubrir el archivo. Scialoja no era el Viejo. Eso lo sabían todos. Pero a su modo lo había respetado. Y, al final, había decidido seguirle el juego. Otra simulación, claro, pero ahora...

Habían sido los muertos de Florencia los que lo habían cambiado. Su ciudad herida.

Todo aquello no tenía que ocurrir nunca más.

Sí, pero ¿y ahora?

¿Obedecer las órdenes?

¿Quedarse él los papeles?

Qué inmensa fuente de poder, si quedaba en buenas manos.

Pero ¿existían buenas manos?

El perro gruñó. Camporesi suspiró. Rocco encendió un puro medio consumido.

—¿Volverá?

—¿Quién?

- El *dottore*.
- No creo... No, Rocco, no volverá.
- ¡Entonces todo esto ahora es suyo!
- Sí, parece que sí...
- ¿Y qué vamos a hacer, teniente?
- Aún no lo sé.
- Como quiera, teniente. Ahora manda usted.

Conclusión

Camporesi presentó la dimisión dos meses después de la muerte de Stalin Rossetti. En su último informe reservado, comunicó a sus superiores que los dossieres originales habían quedado destruidos durante el incendio que, efectivamente, devastó la nave.

Tras encontrar a Valeria, Pino Marino se mudó a una pequeña isla del Egeo. Actualmente dirige una próspera granja de cultivo ecológico. No ha dejado de pintar. Diseña personalmente las portadas de los discos de jazz que Valeria graba regularmente.

El cantante B.G. fue elegido dos veces diputado por listas de derecha. Actualmente dirige furiosas campañas contra el tráfico de estupefacientes.

Giulio Gioioso fue condenado a siete años de cárcel por colaboración con la mafia. Está a la espera de que se tramite su apelación.

Maya Donatoni fue la principal testigo de cargo en el juicio contra Giulio Gioioso. Fundó una revista de opinión y colabora activamente con diversos centros antimafia en toda la península.

Raffaella Donatoni estudia en una escuela de cine de Los Ángeles. Su sueño es llegar a ser directora de cine.

En 1994, Ramino Rampoldi fue nombrado administrador delegado de una importante empresa de capital mixto, público-privado. Dimitió en 1997 y volvió a ocupar el puesto entre 2001 y 2006. Actualmente preside una sociedad financiera. Es fiel a su mujer Sonila.

Sonila Landinisi de Rampoldi trabaja como productora de televisión. Sus colaboradores la detestan. Traiciona a menudo a su marido, al que suele definir como «ese mandril pomposo» cuando él no está presente.

Yáñez se ocupa de la seguridad de la filial europea de una importante multinacional.

Emanuele Carú dirige la agencia de prensa Vivacemente-News y dirige *Sin pelos en la lengua*, exitoso magazín de televisión. Sigue divirtiéndose dejando en ridículo a sus adversarios y es considerado por todos el hombre más inteligente —pero también el más antojadizo— de la derecha.

Mario Argenti sigue ocupando un escaño en el parlamento; libra su batalla política, con mayor o menor éxito, sea desde las filas de la mayoría o desde las de la oposición.

Beatrice escribió una novela de éxito y colabora en el suplemento dominical de *La Repubblica*.

Tras la captura de Bernardo Provenzano, Angelino Lo Mastro fue identificado por diversas fuentes como el número uno de la Cosa Nostra. Los arrepentidos afirman que, contrariamente al estilo y a la costumbre de la organización, a Angelino le gusta viajar, se traslada a menudo a la península y al extranjero, posee numerosos coches de gran cilindrada y se rodea de guapas mujeres. A pesar del desprecio que manifiesta por las más elementales reglas de la prudencia —y de que figura en la lista de los tres delincuentes más peligrosos en busca y captura—, sigue desaparecido. Según los mismos arrepentidos, se sometió a una intervención de cirugía plástica facial. Lo único que se sabe a ciencia cierta de su aspecto físico es que cojea visiblemente de la pierna derecha.

Nadie sabe qué fue de Nicola Scialoja después de que dimitiera de todos sus cargos.

Con posterioridad a los hechos narrados en esta historia, sólo en una ocasión (marzo de 1994) la Cosa Nostra ha recurrido a los explosivos, cuando intentó eliminar al arrepentido y testigo de excepción Totuccio Contorno, sin conseguirlo.



GIANCARLO DE CATALDO es juez del Tribunal de Casación de Roma, ciudad en la que reside desde 1973. Escritor, traductor, dramaturgo y guionista, ha escrito numerosos libros, la mayoría dentro del género de literatura negra o criminal.

Es autor de *Una novela criminal*, publicada en esta misma colección.

Notas

[1] En siciliano: «¡Mátalo, Rossè(tti), mátalo y vámonos!». (*N. del T.*) <<

[2] En siciliano: «Mata a ese apestoso». (*N. del T.*) <<

[3] «Come, come, hijo.» (*N. del T.*) <<

[4] Barrio histórico de Palermo. (*N. del T.*) <<

[5] Célebre episodio del Risorgimento italiano que tuvo lugar en 1860, cuando un cuerpo de voluntarios a las órdenes de Giuseppe Garibaldi partió de Génova y desembarcó en el oeste de Sicilia, desde donde conquistó el Reino de las Dos Sicilias, en poder de los Borbones. (*N. del T.*) <<

[6] Dícese de los italianos del sur, en muchos casos despectivamente, vistos desde la perspectiva de los del norte. (*N. del T.*) <<

[7] P2 (Propaganda Due): logia masónica que actuó en Italia entre 1887 y 1981, y que estuvo integrada en una organización irregular. Se hizo célebre al provocar uno de los mayores escándalos de la historia de Italia, en el que resultó implicado el Banco del Vaticano. (*N. del T.*) <<

[8] En siciliano: «Dejémoslo estar». (*N. del T.*) <<

[9] Sacra Corona Unita: organización criminal mafiosa de la región italiana de Apulia; especialmente activa en Bari, capital de la región. (*N. del T.*) <<

[10] «Mi hijo», en siciliano. (*N. del T.*) <<

[11] Probablemente en referencia al «Addio a Lugano», canto anarquista de 1895 que presentaba una imagen radiante de la ciudad. (*N. del T.*) <<

[12] Capaci es el municipio siciliano donde se perpetró el atentado contra el juez Falcone el 23 de mayo de 1992. (*N. del T.*) <<

[13] Comisión ilícita. El *pizzo* es el pago que exige la mafia siciliana, en teoría a cambio de protección. (N. del T.) <<

[14] Literalmente «pequeñajos». Usado en referencia a los integrantes más jóvenes de la mafia. (*N. del T.*) <<

[15] «No puedo más», en dialecto siciliano. (*N. del T.*) <<

[16] Salvatore Giuliano, terrorista independentista siciliano activo tras la Segunda Guerra Mundial. Se le atribuye el atentado con metralleta del 1 de mayo de 1947, en el que murieron once personas durante la celebración de la Fiesta del Trabajo. En 1950 fue asesinado por su lugarteniente, Gaspare Pisciotta, que a su vez murió envenenado en prisión cuatro años más tarde, cuando amenazaba con revelar los nombres de quienes habían ordenado la matanza. (*N. del T.*) <<

[17] Cárcel de Palermo. (*N. del T.*) <<

[18] Programa cómico de televisión emitido entre 1983 y 1988 en el Canal Italia 1, propiedad de Silvio Berlusconi. Mike Bongiorno fue uno de los colaboradores del programa. (*N. del T.*) <<

[19] Sergio de Caprio, Capitano Ultimo, fue el oficial de los *carabinieri* que arrestó a Salvatore Riina en 1993. (N. del T.) <<

[20] En siciliano: «Arge[nti], no dejes que te den por culo esos camaraduchos tuyos. Firmemos un acuerdo o acabaremos todos en la mierda». (*N. del T.*) <<

[21] En referencia a Regina Coeli, la cárcel más conocida de Roma. (*N. del T.*) <<

[22] En siciliano: «Le hemos metido miedo». (*N. del T.*) <<

[23] Luigi Visconti, conocido como Fanfulla, era un cómico italiano que solía llevar sombrero de paja en sus caracterizaciones. (*N. del T.*) <<

[24] Isola dell'Asinara, isla de Cerdeña célebre por su cárcel de máxima seguridad. (*N. del T.*) <<